



# ATRAPADA

*en mi pasado*



ROSE B. LOREN

**ATRAPADA**  
**en mi pasado**



**ROSE B. LOREN**

Todos los derechos reservados

Twitter: @rosebloren

Correo electrónico: [rosebloren@gmail.com](mailto:rosebloren@gmail.com)

[www.facebook.com/profile.php?id=100004509678721](https://www.facebook.com/profile.php?id=100004509678721)

Imagen: 123RF

Maquetación: Valerie Miller

Corrección: Violeta Triviño

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

Copyright © 2019 Safe Creative: 1908261776285

*El pasado no  
necesitamos borrarlo,  
editar o cambiarlo,  
solo necesitamos  
aceptarlo,  
superarlo y seguir  
adelante.*

## *ÍNDICE*

*Capítulo 1*

*Capítulo 2*

*Capítulo 3*

*Capítulo 4*

*Capítulo 5*

*Capítulo 6*

*Capítulo 7*

*Capítulo 8*

*Capítulo 9*

*Capítulo 10*

*Capítulo 11*

*Capítulo 12*

*Capítulo 13*

*Capítulo 14*

*Capítulo 15*

*Capítulo 16*

*Capítulo 17*

*Capítulo 18*

*Capítulo 19*

*Capítulo 20*

*Capítulo 21*

*Capítulo 22*

*Capítulo 23*

*Capítulo 24*

*Capítulo 25*

*Epílogo*

*Agradecimientos*

*Otras novelas de la autora*

# Capítulo 1

## Erin

Despertarse a medianoche con las mismas pesadillas persiguiéndote no es nada gratificante. Sé que debería olvidarme del pasado, como dice mi psicóloga, dejarlo todo atrás; siempre estoy intentando convencerme de ello al comenzar cada mañana y hay momentos en los que casi lo consigo, pero al llegar la noche, esos sueños se apoderan de mí y no puedo apartarlos de mi mente.

Hoy me he levantado deseosa de cumplir el propósito que durante tanto tiempo he planeado: vengarme de las personas que me causaron ese trauma. Para ello voy a regresar a casa. He dejado mi actual empleo en San Francisco como trabajadora social; realmente me gustaba y era muy gratificante ayudar a otras personas con problemas, pero debo hacerlo, al menos momentáneamente, para realizar lo que debería haber hecho hace mucho tiempo e intentar que esos perturbadores sueños me abandonen.

Nadie sabe lo que tengo planeado, ni siquiera mi gran compañera y mejor amiga Kate; es así como debe ser para que no se desbarate mi plan.

En unas horas tomaré un vuelo con destino a Los Ángeles, cuna del cine, la música y la televisión, el lugar donde viven mis progenitores.

Mi familia es conocida allí, mi padre es un famoso productor de cine y mi madre ha sido actriz en muchas de sus películas. Solo tengo un hermano, el cual se encarga de llevar la gestión de la empresa cinematográfica. Mi padre sigue produciendo las películas, pero es ahora mi hermano el que selecciona cuáles de ellas pueden ser interesantes para la empresa, aunque la última decisión la toma mi padre. En lo que respecta a mi madre, actualmente colabora en un programa de televisión como asesora de cocina. No es que tenga mucha idea, pero le dan los platos que tiene que preparar y ella se ciñe al pie de la letra a las premisas recibidas.

En definitiva, tengo una familia ejemplar a ojos de la sociedad, porque la realidad es mucho más oscura y compleja.

—Erin, ¿de verdad tienes que irte? —me pregunta Kate cuando estamos en el aeropuerto. Sus palabras me sacan de mis oscuros pensamientos.

—Sí, cielo, tengo que regresar —le respondo escuetamente.

—Pensé que no tenías relación con tu familia —comenta porque es lo que le he contado, que llevo un tiempo desconectada por un problema familiar. Pero no le he explicado la verdad.

—Es cierto, pero mi abuela está enferma. Ella no tiene nada que ver con mis padres y mi hermano. Siempre fue muy buena conmigo. Debo ir... —le miento. Me duele hacerlo, porque Kate ha estado a mi lado en los buenos y en los malos momentos de mi vida desde que llegué a San Francisco; pero debe ser así, no me queda más remedio. Si le cuento lo que pretendo hacer, no me dejaría ni intentarlo.

—¿Me llamarás? —inquire con los ojos vidriosos.

—Claro, Kate. Todos los días. Y volveré en cuanto mi abuela mejore o...

—Erin, no continúes por ahí. Seguro que mejorará.

Sonríó y le doy un beso en la mejilla. Ella siempre tan positiva.

Anuncian mi vuelo y nos fundimos en un tierno abrazo, cojo mi equipaje de mano y me dirijo a la zona de embarque.

Durante el trayecto voy pensando en mi plan. Hace cinco años que me marché de Los Ángeles, en cuanto terminé mis estudios y encontré trabajo. No he vuelto a tener contacto con mi familia desde entonces. Ahora, después de todo ese tiempo, regresar es algo extraño. No voy a ir a la casa ni voy a abordarlos por la calle, simplemente voy a aparecer casualmente. Lo tengo todo pensado. Durante varias semanas voy a espiar —literalmente— todos sus movimientos. Al menos los de mis padres, porque mi hermano es otro cantar, a él me lo reservo para el final. La venganza es un plato que se sirve frío y él tiene que sufrir... Se lo merece. Después apareceré y quizás tenga algún contacto con ellos, pero, como he dicho, casual. Y ahí es cuando empezarán a sufrir, primero mis padres y después mi hermano, lentamente.

En cuanto me doy cuenta, anuncian la llegada a Los Ángeles, apenas me he percatado de que ha pasado el tiempo del trayecto: una hora y media. Y todo porque me he pasado el viaje pensando en la venganza. Qué ruin soy.

Pisar de nuevo mi ciudad de nacimiento me pone nerviosa. Debería sentirme en paz, pero en contra de esos sentimientos a mí lo que me provoca es un gran desasosiego. No puedo evitar que ciertas imágenes de mi pasado regresen a mi mente, bombardeándome. No debo dejar que lo hagan, pero no puedo obviarlos, es algo que me supera y regresar me hace revivir esos momentos de angustia.

Espero a mi equipaje y recojo el coche de alquiler para después dirigirme al apartamento que he alquilado en el One California Plaza, un rascacielos en

el centro de la ciudad. Se encuentra lejos de la mansión de mis padres en Beverly Hills, que está a unos cuarenta minutos en coche. Tengo la ruta estudiada. Y solo he de observarles y conocer su trayecto para anotar horarios y su rutina. Hasta aquí todo es muy fácil y sencillo, el resto se irá complicando por momentos hasta que llegue el día, eso lo tengo claro. Aunque de momento no voy a ir adelantando acontecimientos.

Pongo algo de música y la primera canción que suena es *This is me* de la banda sonora de la película *El gran showman* interpretada por Keala Settle. Es una canción que ya había escuchado, pero en otras ocasiones no había prestado atención a la letra, en este caso me voy fijando con más detenimiento y hay una frase que se me queda marcada a fuego: «*Soy valiente, soy prueba de ello. Soy quien debo ser. Esto soy*».

Qué gran razón. Soy lo que la vida me ha enseñado a ser; después de todo lo que pasó hace años, creo que no he sido mala persona. Aunque cuando haya consumado mi venganza no creo que pueda decir lo mismo... pero no me importa. Si esto me trae paz mental, que así sea, no pararé hasta deshacerme de las pesadillas y los fantasmas. Y para ello, estoy dispuesta a todo.

La canción termina y suena otra, pero ya no la escucho, sigo con la mirada en la carretera y absorta en mis pensamientos hasta que el GPS me indica que he llegado a mi destino. Introduzco el coche en el garaje y me dirijo a la zona de oficinas que me indicaron.

—Buenos días, soy Erin Wise. Vengo a recoger las llaves de un apartamento que he alquilado —saludo al entrar.

—Claro, aquí tiene. Una pregunta, ¿es usted familiar del productor de cine? —inquire con una sonrisa angelical.

—No, lo siento... ¡Qué más quisiera yo! —le digo con sarcasmo—. Me lo preguntan muy a menudo. Es lo que tiene apellidarse Wise.

—Pues sí... Que tenga un buen día.

—Lo mismo digo.

Doy gracias a que no ha mirado mi identidad, porque si no se hubiera dado cuenta de que mentía, pero no quiero levantar sospechas. Me dirijo a la zona de ascensores, meto las maletas y subo al piso treinta y seis, que es donde se encuentra mi apartamento. Debo reconocer que es una gran zona de la ciudad. No es muy acorde con mi nivel de vida actual, pero juego con un as en la manga: estos gastos los va a sufragar mi padre. Me lo debe por todo el daño que me hizo en el pasado. Él aún no lo sabe y para cuando se entere, espero que todo mi plan haya concluido. Ventajas de ser trabajadora social y tener

algún contacto en la policía de inteligencia de San Francisco, mi gran amigo Manson, cada vez que pienso en él, creo que le debo la vida y sonrío como una tonta al pensar cómo he tramado esto y el favor que me ha hecho cuando le he dicho que necesitaba venir a Los Ángeles por un tiempo y que quería jugársela a mi padre. Él sabe algo más de mi vida, porque me ayudó a rehabilitarme; mientras pienso en ello, en el trayecto en el ascensor, mi mente vuela a ese día en el que planeamos esta jugarreta contra mi padre.

De repente, el elevador se detiene, las luces se apagan y me sobresalto. Mi corazón se acelera desmesuradamente. Es la primera vez que siento como si me faltara el aire. Nunca me había quedado encerrada en un sitio tan pequeño, sola y a oscuras. Y es en ese momento cuando te replanteas si realmente la vida te está poniendo a prueba por tus malos pensamientos.

Al principio no sé qué hacer, chillo, aporreo la puerta y por último parece que mi memoria se activa y pulso el botón de alarma. La voz dulce y sosegada de una señora se escucha a continuación:

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

«¿En serio me está preguntando esto?, ¿qué voy a necesitar? ¡Ayuda!».

—Señorita, me he quedado encerrada. La luz se apagado. Estoy sola aquí y comienza a faltarme el aire —contesto intentando no parecer nerviosa.

—¿Cuánto tiempo dice que lleva encerrada?

—Uno o dos minutos, como máximo.

—Lo primero que tiene que hacer es tranquilizarse. El ascensor se ha parado porque hay un aviso de incendio, pero no se inquiete, ya hemos avisado a los bomberos que están de camino. Ahora quiero que me diga si ve fuego, humo, o puede olerlo.

—No, no lo veo ni lo huelo —contesto muy asustada tras la respuesta de la señorita del otro lado.

—Perfecto, eso es buena señal. Si tuviera un pañuelo y una botella de agua, sería aconsejable que lo mojara y se lo pusiera en la boca para evitar cualquier inhalación de humo, es por precaución... —expone de inmediato la amable señorita—. Puede que lo no vea por la oscuridad y que esté ahí.

—Agua sí que tengo, y en la maleta tengo que tener algún pañuelo. Voy a coger el móvil para activar la linterna —respondo totalmente alterada y con las manos temblándome.

—Claro, no se preocupe, yo no me muevo de mi sitio y estaré hablando con usted todo el tiempo hasta que lleguen los bomberos, ¿de acuerdo? —me dice en el mismo tono de voz lento y pausado.

—Gracias —le respondo aún nerviosa.

Cojo el móvil del bolsillo y hago lo que me ha indicado. Rebusco en la maleta y consigo un pañuelo del cuello, lo humedezco y me lo pongo en la boca. La persona del otro lado del intercomunicador me va preguntando de vez en cuando por si noto algo o veo cualquier cosa. Yo sigo la conversación, pero los nervios cada vez me están poniendo más en tensión, mi cuerpo está alterado, el corazón late aún más acelerado y creo que de un momento a otro pueden llegar incluso a darme taquicardias.

«¡Este es el final, mi final por urdir semejante plan...!».

—Señorita, le informo de que los bomberos ya están en el edificio y están comprobando los pisos en busca del fuego, en el momento en el que esté todo controlado, la sacarán de allí. ¿Cómo se encuentra? —me pregunta consciente de que estoy perdiendo los nervios.

«¡Qué buena pregunta! ¿Cómo quiere que esté? Casi al borde del ataque de nervios y deseando salir, ¿dónde narices están los bomberos?».

—Bastante nerviosa... —le respondo como puedo.

—Lo comprendo, lleva ya un tiempo encerrada a oscuras y sola. Es usted muy valiente, solo tiene que serlo un poco más. Seguro que los bomberos no tardarán demasiado... —me dice la dulce mujer del otro lado, consciente de que mi tono es del todo menos cordial.

Tengo que admitir que es muy buena en su trabajo, cálida, sosegada y a la vez tierna y comprensiva. Imagino que las contratarán con templanza para no ponerse nerviosas en situaciones como esta y así poder ayudarnos a las personas que estamos atacadas de los nervios, como es mi caso.

—Gracias... —es lo único que consigo responder.

Me siento encima de una de las maletas, estoy agotada, asqueada de esperar. El tiempo pasa muy despacio y de repente noto unos golpes en la puerta.

—Señorita, bomberos de Los Ángeles. ¿Cómo está?

—Nerviosa... —respondo porque no voy a decir que estoy bien cuando realmente estoy fatal.

—Vamos a sacarla ahora mismo de ahí, no se preocupe.

«¡Qué manía con que no me preocupe! ¡Qué fácil es decirlo! Pero la que estoy encerrada aquí soy yo y me va a dar algo como tarden mucho más tiempo».

Oigo unos fuertes golpes en la puerta, después el sonido de una palanca haciendo fuerza y varios bomberos me incitan a que salga, uno me ofrece su

mano. Tiene unos preciosos ojos verde azulados. Por un momento nuestras miradas se enfrentan y me quedo inmóvil.

—Señorita, dese prisa... —me indica.

Salgo del ascensor agarrada a su mano y por un momento toda la tensión acumulada parece que hace mella en mí y siento como un pequeño desvanecimiento, si no fuera por sus fuertes brazos que me sujetan me caigo al suelo.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —me pregunta una sanitaria cuando abro los ojos y ya estoy tumbada en una camilla. No hay ni rastro del bombero.

—Sí, creo que sí —respondo intentando reincorporarme para ser consciente de dónde me encuentro.

—No se levante, vamos a comprobarlo. Si está todo correcto, podrá marcharse.

—¿Podemos volver al edificio?

—Imagino que en unas horas se restablecerá la electricidad. Solo ha sido un incendio en una cocina, pero ha saltado la alarma y se activa el sistema de seguridad paralizando el ascensor para que nadie lo utilice.

—¿Y no se dan cuenta de que podía haber gente dentro como ha sido mi caso? —inquiero furiosa.

—Eso tendrá que hablarlo con los responsables del edificio, nosotras solo somos las sanitarias.

—Lo siento... —les digo disculpándome por mi tono tan grosero. Ellas no tienen ninguna culpa.

Tras hacer una valoración, revisan mi estado, indicándome que me encuentro bien, me dejan marchar de la ambulancia. Al hacerlo, me percató de mi equipaje. Por lo que me dirijo al camión de bomberos que todavía sigue en medio de la calle.

—Disculpen, siento molestar... —les digo y de nuevo el bombero con esos preciosos ojos se gira y me mira intensamente.

—Señorita, ¿ya está bien?

—Sí, gracias. Perfectamente. Me gustaría saber qué ha ocurrido con mis pertenencias. Estaban en el ascensor.

—Claro, las tenemos nosotros. Esperábamos a que se recuperase para devolvérselas. Soy el teniente Patrick Stone, de la tercera compañía —expone alargando su mano para estrechar la mía.

—Un placer conocerle y gracias por salvarme. Erin Wise. Y antes de que me lo pregunte, no soy familiar del productor de cine —digo adelantándome.

Todos se echan a reír y yo con ellos.

—Vaya, imagino que está acostumbrada a que lo hagan.

—En efecto.

—Pues nada, no se lo preguntamos... Nosotros tenemos que irnos ya. Un placer conocerla, Erin. Que tenga un buen día.

—Lo mismo digo.

La verdad es que parece muy simpático y es muy atractivo. Aunque no debo distraerme de lo que he venido a hacer a Los Ángeles. Cojo mi equipaje y me dirijo de nuevo al edificio.

Hasta pasada una hora no nos dejan regresar y aunque me da un poco de pavor entrar de nuevo en el otro ascensor, ya que el anterior ha quedado inhabilitado por el destrozo de los bomberos, esta vez no me monto sola, sino que lo hago con otras personas que han sido desalojadas de sus apartamentos.

Poco a poco el ascensor va dejando a sus ocupantes en las plantas indicadas hasta que llego a la mía y por fin suspiro aliviada soltando toda la tensión que se había acumulado de nuevo en mi interior al montar en él.

Cojo las llaves y al entrar dejo la maleta y me dirijo a la habitación. Ni siquiera me importa cómo sea el apartamento, ahora solo quiero dormir un rato. Esta tensión me ha desgastado más que el viaje y la espera de regresar.

Me quedo dormida hasta que el sonido del móvil me devuelve a la realidad. Lo localizo encima de la mesita y, con los ojos medio abiertos, me doy cuenta de que es mi amiga Kate. Había quedado en llamarla cuando me instalara.

«¡Mierda! ¡Qué desastre! Se me había olvidado».

—Hola, Kate, cariño, perdóname, pero es que no te vas a creer lo que me ha pasado...

—¡Erin! Ya puede ser una buena historia, porque de lo contrario voy a Los Ángeles y te mato. ¡Estaba muy preocupada!

—¡Lo siento! Me he quedado encerrada en el ascensor de mi nuevo apartamento. Han tenido que rescatarme los bomberos, parece ser que se ha quemado algo en un apartamento y el sistema de seguridad del edificio bloquea todo.

—¡Madre mía, cielo! ¿Pero estás bien?

—Sí, tranquila, no ha pasado nada, pero lo he pasado tan mal..., ya sabes que los espacios cerrados no son mi fuerte.

—Lo sé, aún recuerdo cuando te quedaste encerrada con aquella niña en el armario...

—¡No me hables de eso! Casi me da un infarto.

—Lo importante es que estés bien.

—Sí, estoy bien. Pero me tumbé un rato en la cama y me quedé dormida. Ni he deshecho la maleta, estaba agotada.

—No me extraña nada. Ahora lo que tienes que hacer es descansar y mañana te ocupas de eso.

—Tienes toda la razón, eso haré. Te quiero, amiga. Cuánto te voy a echar de menos...

—Yo también te quiero. Seguro que no me echas de menos porque te voy a llamar todos los días cuando tú no me llames.

Sonríó porque sé que lo hará, de eso no me cabe la menor duda. Kate es así de testaruda.

—Me alegra saberlo. Te dejo, mañana hablamos. Un beso.

—Un beso, amiga.

Cuelgo el teléfono sonriendo, Kate no tiene remedio, es como una madre. No puede evitarlo y eso me gusta, porque la necesito mucho, más de lo que nunca voy a admitir.

Me levanto de la cama y doy una vuelta por el apartamento. Está amueblado y pese a que no es muy elegante, es bonito y funcional. Decido hacer caso a mi amiga y deshacer la maleta mañana, hoy voy a pedir algo de comer a algún restaurante cercano y descansar.

## Capítulo 2

### Patrick

Tras regresar del aviso del One California Plaza hemos tenido dos salidas más, ha sido un día complicado y encima tengo guardia hasta mañana. Lo peor de todo es que no puedo quitarme de la cabeza esa maldita mujer: Erin; tenía unas curvas de infarto, un cuerpo maravilloso y esa mirada tan penetrante, con sus preciosos ojos azules cristalinos que parecía que te traspasaban el alma... Cuando nos miramos al sacarla del ascensor fue como si en ese momento todo se hubiera detenido y solo existiéramos los dos. Su mirada reflejaba alivio y algo de miedo, era como un libro abierto, pero al encontrarse con la mía, algo cambió. No sé lo que fue, pero no puedo ignorarlo... ni olvidarla.

«¡Cuánto daría por tenerla esta noche entre mis sábanas!».

Siento un golpe en la coronilla y grito con una mezcla de dolor y susto.

—¡Joder! —me giro para ver quién ha sido y no es otro que mi compañero Jay—. ¡Vete a la mierda, tío!

—Despierta, que estás en babia. ¿Acaso no tendrá que ver con cierta mujer rescatada hoy?

—¡No jodas! ¿Qué mujer? —pregunto para que no se me note. No me gusta mostrar debilidad por una mujer y menos delante de mis compañeros. Tengo una reputación que mantener...

—No me digas que no te fijaste en la mujer del ascensor. Cuerpo torneado, pelo moreno, metro sesenta, ojos azul claro... —Pongo cara de no recordar—, la que decía que su padre no era productor de cine.

—¡Ah, esa! No mucho... ¿Estaba buena, entonces?

—¡Tío estás en babia! Estaba buenísima... Patrick, ¿estás enfermo? ¿O acaso tienes una mujer en tu vida que te da todo lo que necesitas y nos estás engañando? Vamos, suelta por esa boquita...

El resto de compañeros rompe en carcajadas al unísono y yo me río también.

—No, Jay, no tengo una mujer así. Sabes que yo no soy de compromisos largos, la morena de ayer sí tenía unas largas piernas, si eso te vale.

—¡Serás capullo! —dice de nuevo dándome otra colleja.

Otra vez me quejo y el parque se llena de nuevo de carcajadas hasta que

llegan las sanitarias. Brenda, una de ellas, fue mi novia hasta hace poco y cuando ella entra cesan las risas y el silencio se cierne sobre la sala. Brenda se negó a pedir el traslado tras nuestra ruptura.

—¡Chicos! Por mí no os cortéis, seguramente Patrick os estaba hablando de su último ligue, ¿no es cierto? —pregunta con retintín.

—Brenda..., ¿podemos hablar? —inquiero muy serio, no me gusta que me ponga en entredicho.

Entramos en mi pequeño despacho y ella pone los brazos en jarras.

—Sé que no estuvo bien lo que hice y te pedí perdón. Te di opción a que te fueras a otro parque. ¿A qué ha venido eso?

—¿Por qué tengo que irme yo si el que me engañaste fuiste tú? Aquí tengo amigos, mi compañera..., tú eres el capullo infiel, yo no hice nada malo... No vengas ahora preguntando que a qué venido eso cuando todos se callan cuando llegamos nosotras y hablas de tus ligues, ¡joder, que no he nacido ayer!

Sé que tiene razón y en parte debería irme yo, pero ella es sanitaria, puede irse a cualquier hospital, no hace falta que ejerza su trabajo en un parque de bomberos y la tercera compañía siempre ha sido mi hogar.

—Brenda, sabes que la tercera es como mi segunda casa... mi abuelo fue jefe, después mi padre hasta que falleció en un incendio, yo pretendo serlo algún día...

—Yo no voy a irme de aquí, Patrick.

—Está bien, como quieras..., entonces intentemos llevarnos bien. Nada de sarcasmos y olvidemos el pasado.

—Tranquilo, yo ya lo he olvidado, ¿o acaso te crees un Adonis? Hay más bomberos buenorros aquí... —dice con arrogancia.

—¿Pretendes enrollarte con alguno de los chicos? ¡No me hagas reír! No creo que ninguno se atreva.

—¿Por qué no? ¡No te creas tan importante! Además, lo que haga con mi vida, ya no es asunto tuyo. Y si me lio con otro bombero, no debería importarte. Ya no soy tu chica, ¿no lo recuerdas?

Verdaderamente tiene razón, pero me molesta que me diga que va a enrollarse con otro compañero, creo que simplemente lo dice por fastidiarme. Aunque si lo hace no tendría que molestarme, yo la cagué y me acosté con otra mujer, perdí todo el derecho sobre ella.

Brenda sale con esa cara de perdonavidas de mi despacho y me centro en preparar los informes de los incendios. Cuando me pongo con en el primero, mis pensamientos vuelven a volar hacia Erin. Los datos que nos ha facilitado

están aquí: el número de su apartamento, sus referencias... recuerdo su rostro y, en realidad, creo que sus facciones me suenan de algo. Como tengo toda la noche libre y un hermano trabajando en la unidad de inteligencia de la policía voy a ver si puede averiguar alguna cosa más sobre ella.

—Hola tío —me contesta cuando le llamo—, ¿qué necesitas esta vez?

—Hola, hermanito. ¿No puedo llamarte para que me hagas una visita en mi día de guardia?

—¿En serio solo quieres verme? ¿No me vas a pedir nada? —me pregunta a la defensiva.

«¡Joder, me conoce a las mil maravillas!».

—Está bien, quiero pedirte algo, pero me apetecía verte también. Haz una cosa, trae chocolate caliente, yo invito...

—¡Pero qué morro tienes! Encima te traigo chocolate... No tienes remedio. Que conste que me vas a invitar a los Lakers para el próximo partido. Lo sabes, ¿no?

—Veré lo que puedo hacer...

—No, ya estás moviendo tus hilos con ese amiguito tuyo jugador y consiguiéndome unas entradas de las buenas, ¡pero ya!

—¡Está bien!

Mi hermano Larry es un gran tipo, aunque no lleva nada bien que le pida favores policiales. Pero es que esa mujer me ha causado cierta admiración y que soltara de golpe que no era familia del productor de cine no ha hecho más que picarme la curiosidad. Puede que diga la verdad, pero también es posible que esconda algo y yo voy a intentar averiguarlo.

Larry aparece una hora después con chocolate caliente para todos y tras repartirlo con los compañeros nos vamos a mi despacho.

—Tú me dirás —comienza cruzándose de brazos.

—Necesito que investigues a alguien.

—Ya sabía yo... ¿De quién se trata?

—Verás, hoy hemos salvado a una mujer, Erin Wise. Ella afirma que no es familia del famoso productor Tim Wise, pero por lo que he visto en las redes, este tiene una hija, hace mucho tiempo que nada se sabe de ella. No sé por qué me da en la nariz que es ella. Aunque aún no entiendo por qué afirma no serlo.

—¿Y a ti qué más te da? ¿Qué es lo que quieres? —pregunta mi hermano ofuscado.

—Nada, es solo... curiosidad.

—Es guapa, ¿verdad? —inquieta con cara maliciosa.

—Bueno... No es eso, Larry, es solo que...

Apoya el trasero en la mesa, mirándome con picardía.

—Vamos, hermanito, que no he nacido ayer... Te ha gustado. Pero no te molan nada las mentiras.

—Básicamente y sabes que me gusta saber a qué a tenerme con la gente.

—Para ser un capullo arrogante infiel, a veces me caes bien.

Desvió la mirada, eso ha dolido.

—¡Joder, Larry! Cometí un error, pero tanto tú como yo sabemos que Brenda no era la mujer adecuada para mí, me absorbía completamente la vida.

—¡Era una broma! Y tienes razón, era una absorbe vidas, aunque no debiste ponerle los cuernos, hermanito, debiste dejarla y punto. Te lo dije muchas veces, pero no me hiciste caso.

—¡Vale! La cagué y admito mi culpa. ¿Tú también te pones en mi contra?  
—pregunto enfadado.

—No me pongo en tu contra, Patrick, eres mi hermano, aunque a veces no entiendo muy bien tus paranoias. Es como esto. ¿Para qué quieres saber si es la hija del productor de cine? ¿Quieres tirártela? Pues adelante, no necesitas nada más... ¿O acaso quieres algo más?

—¡No! ¡Claro que no! Ahora mismo mi vida no tiene cabida para nada más, es solo que ella fue la que lanzó el reto al presentarse. Y me pica la curiosidad, nada más.

—¡Lo entiendo, Patrick! Pero a veces para echar un polvo no necesitamos toda esa información. Puede que no nos guste el resultado...

Dudo por un momento si decirle que lo deje y al final niego con la cabeza. Es un reto y quiero averiguarlo. Esa mujer es enigmática, hay algo en ella que me intriga. Es como si detrás de eso pudiera ocultar algún secreto más, quién sabe. Prefiero atenerme a las consecuencias si al final decido acostarme con ella.

—Quiero saberlo, Larry, por favor... Ya no es por acostarme o no con ella. Porque eso es otro tema, ni siquiera sé si querrá hacerlo. Simplemente es como un desafío y quiero conocer el resultado. Normalmente la gente alardea de esas cosas, ¿no?

Sé que mi hermano no va a entender cómo me siento, así que pruebo con esa excusa. Si algo motiva a Larry es la competitividad.

—Está bien, te diré algo en cuanto lo averigüe, si es que lo consigo. No te prometo nada.

—Gracias. Sé que darás con ello.

Sale del parque y yo me centro en investigar algo más sobre la hija del productor en internet, pero no hay ni rastro de ella. Parece que han borrado sus huellas, como si nunca hubiera existido. Verdaderamente huele un poco mal y creo que es porque pretenden esconder algo y puede ser Erin. ¿Por qué si no se iba a molestar en desmentir tan rápidamente que no es su familia?

«¡Puede ser porque esté harta de que le pregunten constantemente si lo es!».

Eso también es cierto si todo el mundo te pregunta una y otra vez si eres familiar de alguien famoso, estás acostumbrado y te sale por inercia desmentirlo casi al instante.

En fin, de una u otra manera, voy a esperar a ver qué averigua Larry, ya se lo he propuesto y voy a dejar que haga su trabajo.

Tras una larga noche, en la que de nuevo un par de avisos ocupan la mayoría del tiempo, por la mañana, cuando llego a casa, mi hermano me está esperando. Parece un tanto airado.

—¿Qué es lo que ocurre? —le pregunto.

—Ocurre que tu amiguita y yo tenemos un amigo en común. ¿Te acuerdas de Manson?

—¿Manson, tu antiguo compañero? —inquiero confuso.

—¡Exacto!

—¿Cómo es posible? ¿No está destinado en San Francisco?

—En efecto. Hice unas averiguaciones sobre los datos que me diste. La tal Erin Wise tiene su permiso de residencia en San Francisco. Es trabajadora social allí, por lo que llamé a Manson para ver si sabía algo de ella *et voilà*, la conoce. Y vaya si la conoce, son íntimos amigos... Es algo así como su protector.

—¿Y te ha contado algo? —inquiero curioso.

—Nada de nada.

—¡Joder!

—Es más, me ha preguntado por qué quería saber algo de ella, estaba como a la defensiva cuando le he hablado del tema de la familia Wise. Al final, le he comentado que era una simple investigación por lo del incendio, para desviar la atención y que no sospechara nada sobre las preguntas que le estaba haciendo.

—¡Mi hermanito está hecho un gran investigador! ¡Ese es mi chico!

—¡Me debes una y muy gorda! —expone con orgullo.

—¡No te debo nada! No has averiguado si es hija del cineasta.

—¿Quién te ha dicho que no lo haya averiguado?

—¡Tú!

—Yo no he dicho que no lo haya averiguado, te he dicho que tenemos un amigo en común, pero como siempre no me has dejado acabar...

—¿Y bien? —inquiero expectante.

—Estoy casi seguro al noventa y nueve por cien de que sí lo es...

—¿Casi seguro? —pregunto yo, empezando a perder la paciencia.

—A ver, no estoy seguro del todo con tan poco tiempo, pero el señor Tim Wise tenía una hija y hace aproximadamente cinco años que no se sabe de su paradero. Da la casualidad de que su nombre es Erin. ¿Sigo?

—No... ¡Yo tenía razón! Pero lo que no entiendo es por qué ella dice que no es su padre.

—¡Vete tú a saber! Si desapareció hace cinco años y ha regresado... Quizás no quiera saber nada de su familia.

—Entonces te cambias el apellido y punto, ¿no?

—También es verdad. No sé, chico, la gente es muy rara. Bueno, cambiando de tema, consígueme esas entradas para el próximo partido. Yo he cumplido mi trato, hermanito.

—Las tendrás, cuenta con ello. Ahora me voy a dormir... El turno ha sido interminable.

—El mío también. ¡Que descanses!

—¡Igualmente!

Me meto en mi apartamento y aunque me tumbo en la cama no consigo conciliar el sueño de inmediato. La verdad es que no entiendo muy bien a esa mujer, pero evidentemente sus motivos tendrá.

Poco a poco y tras varios intentos con la mirada penetrante de la preciosa Erin grabada en mi mente, al final, tras más de una hora, consigo conciliar el sueño.

Al día siguiente salgo a correr y por la tarde, aunque no tengo turno, he quedado con los chicos para tomar unas cervezas en un bar donde solemos reunirnos para hablar y disfrutar de nuestra compañía, alejados un poco de todos. No es un bar para ligar, aunque a veces si aparece alguna mujer interesante y la situación es propicia, no perdemos la oportunidad...

Tras hablar de baloncesto —somos hinchas de los Lakers, mi amigo Jackson es base en el equipo y esta noche jugará—, no nos percatamos de lo que está sucediendo en la barra hasta que escuchamos a una mujer discutir con un hombre y elevar la voz. Es en ese momento cuando todos nos giramos y

prestamos un poco más de atención. Se trata de uno de los babosos asiduos al local. Siempre suele ir con alguna cerveza de más y se intenta enrollar con cualquier mujer que se le pone a tiro. La mayoría de ellas ya le conocen y pasan de él, pero parece que esta es nueva y no se había topado aún con este ejemplar.

—Te he dicho que me dejes en paz de una vez... —le está diciendo ella. Su voz me suena familiar. Clavo la mirada en su rostro y... No puede ser. ¡Es Erin! ¿Qué hará aquí? Decidido y sin mediar palabra me levanto del taburete y me dirijo a ayudarla.

—Pero tío, ¿qué haces? —me pregunta Peter—. No te metas...

—¡Es la mujer del ascensor! —le digo sin querer decir su nombre para que no se note tanto mi interés.

—¡Vaya, ya está el machito! Y eso que no se había fijado en ella... — responde con retintín Jay.

Pero no les hago caso. Me dirijo al borracho, que ni siquiera sé cómo se llama, y le agarro por la camisa.

—¡Oye, tú! Deja de molestar a la dama...

—¡Vete a la mierda! ¿No ves que estoy intentando ligar con ella?

—¿Es que no has oído que la dejes en paz? —le pregunto elevando el tono de voz.

—¿Y tú no sabes que cuando una mujer dice que no quiere saber nada de ti lo hace para hacerse la interesante? —inquire con el aliento apestando a alcohol.

—¡Macho, tú sí que entiendes de mujeres! ¡Hazte un favor y vete a dormir la mona! —le digo agarrándole y sacándole del bar a rastras.

Por suerte, no opone mucha resistencia; está como una cuba. Me sacudo las manos y, después de que el aire de la noche me refresque un poco las ideas, vuelvo al interior del local.

—Bueno, ya estás a salvo... —le digo a Erin cuando regreso.

—No tenías que hacerte el héroe delante de mí, sé cuidarme sola —espeta ella—. Tengo un curso de defensa personal y he practicado karate.

Vaya, al menos podía haberme dado las gracias por librarle de ese borracho, porque por muchos cursos y artes marciales que sepa, no la he visto mover un dedo en su defensa.

Enervado, me siento en la mesa con mis amigos. Pero al final, cabreado, decido marcharme visto que ni siquiera el partido de baloncesto y la compañía de mis amigos consiguen disipar mi mal humor al verla sentada en la barra

bebiéndose la cerveza, sola.

## Capítulo 3

### *Erin*

Hoy me ha llamado Manson, me ha dicho que un policía le ha hecho unas preguntas sobre mí y eso me ha preocupado un poco. Solo quería saber algo sobre el incendio, pero aun así, me ha mosqueado, por lo que he decidido salir a tomar una cerveza para disipar un poco mi humor; sin alcohol, por supuesto, porque después de desintoxicarme y llevar más de año y medio sin probarlo, por muchas tentaciones que tenga, se lo he prometido a mi amigo y padrino. He entrado en un bar cualquiera, pero enseguida el típico baboso se ha acercado a mí con ganas de ligar. Al principio he decidido ignorarlo, a ver si se cansaba, pero nada, el tío era insistente. Después le he pedido amablemente que me dejara en paz y ya por último he elevado mi tono de voz, cansada de repetírselo unas cuantas veces. Ha sido entonces cuando el bombero de ayer ha aparecido y se ha enfrentado a él. Por un lado me siento halagada, no voy a negarlo, pero por otro, yo sola podría haberlo reducido si hubiera querido, dos años aprendiendo defensa personal y otros dos karate me hubieran bastado para dejarlo tirado en el suelo en décimas de segundo. Pero el bombero, no sé si por hacerse el machito conmigo, quizás por intentar ligar o simplemente por quedar bien delante de sus amigos, ha decidido que él solito podía tomar las riendas de la situación echando al borracho del bar. Ha sido entonces, cuando mi vena borde ha salido a relucir y le ha dejado noqueado con mi respuesta.

«Debo reconocer que cuando quiero soy lo peor de lo peor».

Pero es que no necesito a nadie para salvarme, hace años quizás sí, pero ahora mismo soy autosuficiente y he aprendido a valerme yo solita.

Doy un sorbo a mi segunda cerveza sin alcohol. Por mucho que todo el mundo se empeñe en decir que sabe igual que la normal, esto es un verdadero timo, pero no puedo hacer otra cosa que beberla con resignación y cuando la acabo, decido irme al apartamento. Mañana debo continuar con mi vigilancia, pues hoy he empezado con mis padres y solo he obtenido algún detalle de sus visitas y sus itinerarios.

Al salir me choco de frente con el bombero, que me mira furioso.

—¿No sabes pedir perdón? —inquire de malos modales.

—Lo mismo podría decirte yo. Eras tú el que iba despistado.

—Eres una antipática... Te he salvado de ese borracho y ni siquiera me das las gracias. Sales del bar distraída y resulta que ahora soy yo el que no iba mirando... ¡Tiene cojones!

—¡Menudos modales! —digo elevando el tono.

—¿Y tú? Estoy esperando una disculpa y un agradecimiento...

—No voy a darte ni lo uno ni lo otro. Creo que no te lo debo, eres un engreído y un prepotente. No te he pedido nada. No necesitaba que me salvaras del borracho, pero quizás pensaste «mira una chica guapa, está sola en un bar, a lo mejor como soy bombero, me hago un poco el guay y esta noche me calienta la cama y otra cosa...» —comento totalmente enervada. Este hombre me saca de mis casillas, quizás se crea que por haberme sacado de ese maldito ascensor y tener unos ojos preciosos, ya me ha ganado.

—¡No eres mi tipo! —expone con desdén.

—¡Ja! Un engreído como tú no creo que tenga un tipo en concreto, tienes pinta de ser de los que les gustan todas...

—Mira, guapa, ya me estás hinchando las pelotas —dice acorralándome en la puerta del bar, acercándose peligrosamente. Puedo sentir su aliento cerca del mío y reconozco que incluso me siento un poco intimidada a la vez que excitada.

«¡Está bueno! ¡Para que voy a negármelo a mí misma!».

Y esta batalla me ha calentando por dentro haciendo que mi cuerpo sienta una especie de corriente eléctrica que me hace temblar de excitación, jamás me había pasado antes.

—¿Por qué tiembles, chulita? —me pregunta susurrándome al oído—. ¿Acaso te pongo nerviosa? ¿O es que realmente te excita la situación? ¿Te pongo cachonda? ¿Es eso?

—Ni mucho menos, gilipollas... Es solo que como no me sueltes de inmediato mi rodilla se va a situar en tu entrepierna...

Parece que la amenaza surte el efecto deseado y me suelta. Yo libero el aire contenido y nos quedamos mirando fijamente. Es como una lucha de titanes en toda regla.

—¡Está bien! Tienes razón, quizás fui un poco capullo al intentar quitarte al borracho de antes... Pensé que te estaba molestando, no pensé en que tú podías apañártelas sola, pero en ningún momento lo hice para acostarme contigo...

—Ah, ¿no? —comento arqueando una ceja. Eso no se lo cree ni él.

—No.

—De acuerdo. Pues entonces me disculpo por lo borde que fui.

—Y también deberías disculparte por salir distraída y chocar conmigo —dice conciliador.

—No, perdona..., el distraído eras tú —expongo ahora divertida.

—Y tú también. Está bien, los dos —comenta al ver mi cara.

—Lo dejamos en tablas —respondo alargando mi mano para sellar el pacto. Él duda un momento y al final la estrecha conmigo.

Tengo que reconocer que ese gesto me quema, hace mucho que no tenía contacto con nadie.

—Solo si me dejas llevarte a casa —expone risueño.

—¿En moto? —pregunto al ver que lleva un casco colgado del brazo.

—Sí, ¿algún problema? Libera adrenalina, además sé dónde vives, recuerda que ayer yo mismo te salvé del ascensor. ¿O te has mudado? —pregunta curioso.

Dudo por un momento si darle esa información, pero al final no me parece mala persona, un poco creído, pero en el fondo parece buen tío; y tiene razón, liberar adrenalina no me va a venir nada mal después del día que llevo.

—No te hagas ahora el héroe, que bastante has fardado ya hoy. Y no, no me he mudado, aún. Aunque debería hacerlo, porque menudo sistema de seguridad... —Me quedo un rato pensativa, creando un poco de expectación y después continuo—. Está bien, dejaré que me lleves, pero no pienses ni por un momento que, por acercarme a casa, voy a sucumbir a tus encantos. No eres mi tipo, así que no voy a acostarme contigo.

—¡Vaya! Tenía que intentarlo —dice a modo de broma chasqueando la lengua.

Nos dirigimos hasta su moto, que no está aparcada lejos. Es una deportiva, evidentemente, no podía ser otra y al montar, me entrega el casco.

—¿Y tú? —le pregunto al darme cuenta de que solo tiene uno.

—Tranquila, es un trayecto corto, no va a pasarnos nada.

—Pero...

—La próxima vez seré más precavido, lo prometo.

—¿Cómo sabes que habrá próxima vez? —inquiero confusa.

—Lo sé —responde tajante.

Me pongo el casco y niego con la cabeza. Es un engreído, no es nada que yo ya no supiera. Sonrío.

Arranca la moto, da varios acelerones y cuando estamos listos, sale a toda velocidad, obligándome a que me agarre fuertemente a él y a pegarme con

fuerza a su cuerpo. Creo que era lo que quería desde el primer momento. No sé cómo no he sido consciente de ello.

Cuando pasan unos minutos, por fin me relajo; no he montado en muchas ocasiones en moto y debo admitir que Patrick la maneja con maestría. Al prestar atención a la carretera me doy cuenta de que no nos dirigimos a mi apartamento, sino que ha cogido la carretera dirección Santa Monica o Beverly Hills y mi mente se nubla. No me apetece nada ir a la segunda opción y cruzarme con mis padres, porque con el día que llevo estoy segura de que tendré esa mala suerte. Al final toma el desvío para ir a Santa Monica y llegamos hasta la costa, estaciona la moto y nos sentamos en la bahía.

—¿Qué hacemos aquí?

—Aún es temprano y no se libera adrenalina en cinco minutos... Había que hacer un trayecto más largo. Esta zona está muy tranquila a estas horas, se respira paz... —me dice cuando nos sentamos a contemplar el mar.

—La verdad es que sí, pero te recuerdo que no llevas casco, si algo te pasara...

—No va a pasarme nada, soy precavido, relájate y disfruta del paisaje.

—Está bien... —concluyo al fin. Es su vida.

La verdad es que el sonido de las olas, la tranquilidad y el ambiente te incitan a eso precisamente: a relajarte y no pensar en nada más.

Permanecemos sentados un rato, no sé cuánto, pero no me importa; solo sé que hace mucho tiempo que no sentía esta paz y para ser realista es lo que realmente necesitaba.

—Gracias por este momento —le digo con sinceridad.

—No hay de qué. ¿Quieres regresar ya?

—Sí, por favor.

En silencio, caminamos hacia la moto, me pongo el casco y retomamos la marcha hasta mi apartamento. Me ayuda a bajar y a quitarme también con cuidado el casco. Voy a despedirme, pero se empeña en acompañarme hasta arriba.

—Voy a asegurarme de que esta vez el ascensor funciona y no te quedas encerrada sola —dice con una sonrisa maliciosa. Creo que sé lo que pretende, aunque no va a conseguirlo.

—No te molestes, no podría tener tan mala suerte.

—Nunca se sabe...

Nos metemos en el ascensor y, en silencio, ascendemos hasta mi planta y al llegar sonrío.

—¿Ves?, ya está. Gracias.

—Bueno, Erin, que descanses.

—Vaya, si te acuerdas de mi nombre —le digo sonriendo.

—Por supuesto, siempre me acuerdo de una cara bonita. ¿Tú ya te has olvidado del mío?

—Lo siento, soy malísima para los nombres... —miento. Realmente sí que lo recuerdo.

—Patrick —dice él con una risa divertida.

—Perdóname. Buenas noches, Patrick. Gracias por el paseo y por acompañarme hasta casa. Nos vemos...

—Sí, nos vemos. Que descanses —dice dándome un beso en la frente.

—Lo mismo digo.

Abro la puerta y le regalo una bonita sonrisa mientras me adentro, un poco nerviosa. Quizás he sido descortés pero no quería invitarle para no darle pie a nada más. Es un hombre muy guapo y ahora mismo lo último que necesito es una distracción como él. Me dirijo a mi habitación y me pongo ropa cómoda, no he cenado nada, pero tampoco tengo hambre. Estoy un poco alterada así que decido sentarme a ver la tele antes de acostarme porque sé a ciencia cierta que no voy a pegar ojo en un rato.

No han pasado ni quince minutos cuando suena el timbre, ni siquiera sé quién diablos puede ser a estas horas, quizás algún vecino al que le hace falta algo. Aunque es extraño, porque llevo dos días aquí y no conozco a nadie.

Miro por la mirilla y es Patrick. Siento que se me acelera el corazón. Por un momento dudo si abrir o no, pero evidentemente sabe que estoy en casa, sería muy grosero por mi parte no hacerlo. Cuento hasta tres y, girando la manilla, abro la puerta.

—¿Qué pasa?

—¡Te mentí! —me dice de golpe.

—¿Qué? —pregunto confusa.

—Que antes te mentí. Eres precisamente mi tipo —dice agarrándome de la cintura y, sin darme tiempo a reaccionar, me besa con pasión.

En un primer momento, mis labios solo se pegan a su boca, pero poco a poco se abren dando pleno acceso a su lengua que se introduce con total maestría jugando con la mía y provocándome un nivel de excitación tal que, si no es porque su brazo rodea mi cintura, creo que podría caerme en cualquier instante. Mis piernas se han vuelto tan flexibles, diría que incluso de goma.

—Patrick... —susurro al despegarme un instante de sus labios.

—Erin, te deseo y necesito urgentemente hacerte mía o no podré dormir en toda la noche.

—No debemos... —digo intentando convencerme a mí misma de ello.

—¿Por qué? ¿Tienes novio o pareja? —me pregunta mirándome con esos preciosos ojos color aguamarina, cargados de deseo.

—No, pero no es lo correcto...

—Erin, tú también me deseas, puedo notarlo. Tu cuerpo te traiciona.

«¡Mierda! Tiene toda la razón, estoy muy excitada».

—Pero no deberíamos, no nos conocemos...

—¿Y qué importa? Es solo sexo...

Mi mente quiere pensar en ello, solo sexo y ya está, un desahogo. Realmente hace tanto tiempo que no me acuesto con nadie que no me vendría mal. Sería para soltar adrenalina. Como montar en moto.

«¡Déjate llevar!», me dice mi conciencia.

Debería hacerlo, no pierdo nada, es un hombre muy guapo y el sexo no tiene nada de malo, todo lo contrario, rejuvenece cuerpo y mente.

—Está bien... —le digo no muy convencida tirando de él para dirigirle hasta mi dormitorio. No me apetece mucho que nos acostemos en la cama donde duermo, pero la otra habitación es donde tengo la maleta aún sin terminar de deshacer, por lo que no me queda más remedio.

Al entrar me tumba en la cama y comienza a desnudarme, parece que tiene prisa, no es que sea una romántica, pero tampoco me va el rollo de «aquí te pillo, aquí te mato».

—Patrick... —le digo frenándole.

—¿Qué ocurre?

—Sé que es solo sexo, pero me gustaría ir un poco más despacio. No quiero algo demasiado rápido.

No es eso, pero no es mi estilo. Yo no puedo hacerlo así.

—De acuerdo, pon tú las normas...

Me quedo sin la camiseta, pues ya me la había quitado, pero el sujetador aún lo llevo puesto y de momento, no voy a dejar que me lo quite. Acaricio su pecho por encima de su ropa, noto como sus pezones se endurecen y eso me gusta a la vez que me excita. Creo que a él también porque empiezo a notar que su erección se abulta un poco más. Nuestras lenguas no dejan de luchar en una danza acompasada. Mis manos se adentran por debajo de su camiseta para acariciar su musculoso torso, está claro que su cuerpo de bombero le da una cierta ventaja con respecto al resto de hombres con los que me he acostado.

Además, está totalmente depilado y eso hace que yo también me excite mucho más. Le quito la camiseta y con mi lengua lamo sus pezones, él jadea y eso hace que me sienta poderosa. Desciendo lentamente hasta su ombligo y poco a poco desabrocho el cinturón y después el pantalón. Hago que se incorpore un poco y me deshago de sus pantalones dejándole solo con el bóxer. Espero un rato y sonrío de manera maliciosa y en ese momento, pese a que él dijo que era yo quien ponía las normas, desabrocha mi sujetador y acaricia mis pechos. Mi cuerpo se estremece con ese contacto. Su boca se apodera de uno de mis pezones y los succiona haciendo que me tense de inmediato al notar miles de sensaciones recorrer mi cuerpo. Este juego comienza a ser bastante angustioso para ambos, nuestros cuerpos están muy excitados. Creo que los dos lo sabemos, necesitamos algo más. Por lo que él se deshace de mis pantalones y mi ropa interior, yo hago lo mismo con él. Saca un preservativo de su cartera y se lo coloca con rapidez, penetrándome de una estocada certera. Notarle tan rápido hace que todas mis terminaciones nerviosas casi se cortocircuiten. Sus movimientos son apresurados, noto su urgencia por terminar y eso hace que mi mente desee llegar al final por lo que le insto a que acelere. Se hunde dentro de mí tan rápido que creo que voy a dejarme ir de un momento a otro. Su boca, su lengua, me poseen con tanta maestría que mi mente vuelve a nublarse y mi cuerpo convulsiona notando como se fragua mi orgasmo y me dejo ir sin esperar a que él alcance el suyo. Acelera aún más sus movimientos hasta que gime y siento que él ha llegado al clímax.

—¡Joder! Ha sido apoteósico —dice saliendo de mi cuerpo con la respiración todavía entrecortada.

Yo no digo nada. Tengo que reconocer que hacía mucho tiempo que no tenía un sexo tan brutal con nadie y ha sido diferente, bueno.

Mira el reloj por un momento y suspira.

—¡Madre mía! Y ahora cualquiera se va a casa a la una de la madrugada... —comenta un poco agobiado.

—Puedes quedarte si quieres... —le digo casi sin pensar.

—No quiero molestar, Erin.

—Tranquilo, no pasa nada.

—Mañana madrugo, por lo que me iré temprano, ¿no te importa?

—No —respondo agotada. El sexo me ha dejado totalmente exhausta. Eso y que mis horas de sueño son escasas.

—Gracias. Prometo que no molestaré.

Se levanta para ir al baño y yo me quedo en la cama tumbada, apenas me

doy cuenta cuando se recuesta a mi lado, pues estoy casi dormida.

—Buenas noches, preciosa —susurra en mi oído y me da un beso en la mejilla—. Que descanses.

—Buenas noches, Patrick, que descanses tú también.

Me doy media vuelta y me tumbo al otro lado. No suelo dormir con nadie, ni siquiera con mi mejor amiga Kate, puesto que normalmente tengo pesadillas, por lo que no estoy acostumbrada a dormir abrazada ni nada por el estilo.

Pese a que estoy muy cansada me cuesta un rato conciliar el sueño; en cambio, Patrick no tarda ni cinco minutos en quedarse dormido.

Creo que el problema es que tengo miedo de despertarme con pesadillas junto a él.

«¡No sé en qué narices estabas pensando cuando le dijiste que podía quedarse a dormir aquí!», me reprocho en silencio.

La verdad es que ni yo misma lo sé. Creo que ha sido un impulso, o quizás es que quiero poner a prueba algo..., no sé, es una extraña teoría; nunca he dormido con nadie, pero quizás, solo quizás, compartiendo la cama con alguien, pueda dormir tranquila por primera vez en años. Es absurdo, pero está claro que, si nunca lo intento, nunca lo sabré.

Al final el cansancio me vence y me quedo profundamente dormida.

# Capítulo 4

## Patrick

Me despierto sobresaltado al escuchar hablar a Erin. Miro el reloj y aún es temprano, son las cinco y media de la mañana. En un primer momento no soy consciente de que se encuentra dormida. Creo que está teniendo una pesadilla porque lo que dice son cosas incongruentes. La razón me dicta que la despierte, parece que realmente está sufriendo, gimotea de manera angustiada y se remueve con nerviosismo.

—Erin, despierta —le susurro al oído aunque tarda unos segundos en abrir los ojos.

Ella, después de un rato, me mira desorientada, con cara de pánico. Parpadea un par de veces y cuando es consciente de dónde se encuentra y de que estoy a su lado, intenta mantener la compostura, aunque puedo ver que está acobardada.

—Hola —comenta al fin al ser consciente de que estoy a su lado.

—Hola, estabas teniendo una pesadilla. He creído oportuno despertarte.

—Gracias... ¿Qué hora es?

—Las cinco y media. Lo mejor es que me vista y me vaya. Así puedes seguir descansando un rato más.

—Sí, será lo mejor... Si no te parece mal —expone al ver que ha sonado un poco grosero por su parte.

—Por supuesto que no, Erin. Pensaba despertarme a las seis, por media hora... —indico, tratando de disimular que estoy un poco herido por su reacción.

—Gracias.

Me incorporo, cojo la ropa y me visto. Cuando lo hago le doy un beso en los labios que me sabe a poco, sin saber muy bien cómo despedirme de ella, aunque parece recibirlo sin ganas.

—Ya nos veremos...

—Claro —dice no muy convencida.

Salgo de su apartamento en dirección al mío. Durante el trayecto en moto voy un poco ofuscado, me hubiera gustado haberme acostado con ella otra vez ya que tenía tiempo de sobra, haber disfrutado del maravilloso sexo que ayer

compartimos, pero no sé por qué, al verla tan confundida cuando la he despertado de esa pesadilla y ver cómo me ha mirado no he querido intentarlo. Ha debido pasarlo realmente mal, y aunque no pretendía molestarla, su frialdad me ha hecho sentir que no era bien recibido.

Llego a mi apartamento y me doy una ducha para después poner rumbo al parque. Es temprano por lo que me pongo a trabajar un poco en el gimnasio, me vendrá bien para despejarme. Necesito quitármela de la cabeza.

—Buenos días, ¿qué pasa, problemas con la guapita del ascensor? —me pregunta con ironía Jay.

Es mi mejor amigo y juro que si no fuera por eso ahora mismo le partiría la cara.

—¡Vete a tomar por el culo, tío!

—¡Uff! ¡Menudo humor! Chico, echa un polvo ya o esto va a ser nuestra ruina.

—Para tu información ayer eché el mejor polvo en mucho tiempo.

—¡Cualquiera lo diría! ¿Entonces cuál es el problema?

—¡Tú eres el puto problema! —le contesto enervado.

—Vale, tío, lo pilló. La guapita del ascensor no te hace caso y tienes que pagarlo conmigo.

—No es la guapita, es Erin. Y ella no es el problema. Ya te lo he dicho, eres tú. Te crees muy gracioso. Vas por el mundo como si lo supieras todo, pero no eres la puta Wikipedia, ¿sabes? Eres exasperante.

Me mira un poco contrariado y no dice nada. Creo que me he pasado, pero realmente no estoy de humor.

—A ver no lo he pillado. ¿Entonces con quién echaste el polvo? Porque dices que fue el mejor de toda tu vida, en cambio tienes un humor de perros.

—¡Déjalo, Jay!

—Macho, parece que tengas el período... —continúa y como siga así juro que le doy una hostia. Se la está ganando a pulso.

—Haz el favor de marcharte si no quieres que te golpee y te mande al otro barrio.

—Vale, vale... lo pilló. Seguro que pagaste por el polvo, por eso fue el mejor de tu vida. —Suelta una carcajada y añade—: Y que sepas que en una pelea no podrías conmigo... Pero prefiero no mancharme las manos.

Jay se marcha riéndose y yo me centro en golpear un poco el saco de boxeo y juro por Dios que le doy tan fuerte como si fuera la cara de mi amigo. No entiendo muy bien mi desesperación, pero estoy un tanto frustrado. Erin

decía cosas incoherentes, algo que no llegaba a entender, pero parecía muy perturbada y si a eso le sumo que tiene un pasado un tanto confuso, que quiere ocultar lo de sus padres y además que no he podido acostarme de nuevo con ella y que dijimos que solo era sexo... No sé, estoy exasperado. No me parece el tipo de mujer que repita con un hombre y yo... Bueno, yo últimamente tampoco lo hago con ninguna, pero ella... ¡Joder! ¿Qué tiene ella que me engancha tanto? Primero querer averiguar su pasado y ahora que ya me la he tirado, quiero seguir viéndola. No..., esto no es propio de mí, quizás mi amigo tenga razón y tenga que echar un polvo, pero con otra mujer.

Me paso todo el día en el parque, apenas hay avisos y por la noche he quedado con mi hermano. Al llegar, como siempre me está esperando. No es algo que me moleste. Tiene las llaves de mi apartamento y ya se ha servido una cerveza. Está viendo la tele, no hay nada emocionante así que está viendo la repetición de las mejores jugadas del partido de ayer.

—Hey, tío, tu amigo Jackson estuvo muy bien. Cinco triples y veintitrés puntos. Se salió en el partido.

—Hola, hermano. No terminé de verle.

—¿Ah, no? Nunca te pierdes un partido a no ser que sea por una mujer. Dime, ¿estaba buena? —inquire curioso.

Dudo por un momento si hablarle de Erin o no. Y al verme la cara y mi lenta contestación vuelve al ataque.

—Vaya, vaya. Así que se trata de ella, Erin Wise, ¿no? Debe de estar muy pero que muy buena para que abandones un partido de los Lakers.

—Vamos, Larry, no digas tonterías... Surgió y ya está...

—No digo tonterías, hermanito. Esa mujer tiene algo. No sé aún lo que es pero me gustaría averiguarlo, en serio. Te interesas por ella sin conocerla, te enfrentas a un borracho, dejas el bar cabreado y evidentemente te la tiras. Me dejas sin palabras... A estas alturas te veo en un año pasando por la vicaría...

—¡No jodas! Eso solo lo hacen los locos y creo que de momento estoy muy cuerdo. ¿Y tú por que sabes que me enfrenté a un borracho? —añado al darme cuenta de que yo no le he contado nada de eso.

—Tu querido compañero y amigo Jay es un poco bocazas... He pasado antes a tomar una cerveza por el Rosewood Pub y me lo ha contado. Me ha dicho que estaba la chica que sacasteis del ascensor, que había un borracho molestándola y que te hiciste el machito, ella te rechazó y te marchaste. Pero que hoy has ido al parque cabreado..., aunque afirmabas haber tendido el mejor sexo en mucho tiempo, él decía que estaba seguro de que habías pagado

por ello, yo sé que tú nunca pagas por follar. Dime, Patrick, ¿qué pasa con esa mujer?

Suelto el aire contenido y decido contárselo, me conoce bien, es además de mi hermano, mi confidente en muchos aspectos, mi amigo y leal compañero. Cuando nuestro padre falleció en un incendio, ambos nos quedamos solos, pues nuestra madre murió también cuando éramos pequeños. Así que los dos cuidamos el uno del otro siempre.

—La verdad es que salí cabreado de allí. Me hice el héroe, es verdad, pero con ella no funcionó para nada. Y quizás me jodió demasiado. No sé..., tenía pretensiones, pero además... Es de esas mujeres enigmáticas, de ahí que cuando dijo lo de su padre quise averiguar por qué. Después me fui del bar totalmente cabreado y cuando pensé en volver, choqué con ella. Tuvimos un enfrentamiento, ambos somos bastante temperamentales y al final, la cosa se calmó. La llevé a la playa con mi moto y después a su apartamento. Parecía que todo iba a quedar así... Pero después de un rato regresé a su apartamento y nos acostamos... —Hago una pausa recreando en mi mente ese momento. Creo que hacía mucho que una mujer no me dejaba esa buena sensación, un buen recuerdo en mi mente tras un encuentro sexual—. Me quedé en su casa a dormir. Y se despertó con pesadillas, algo muy inquietante. Larry..., llevo todo el día dándole vueltas y no sé por qué me da a mí que detrás de todo esto hay algo siniestro.

—¡No me jodas, Patrick! ¿Ahora eres psicólogo? Todo el mundo tiene pesadillas, un mal sueño lo tiene cualquiera.

—No sé... Al verme parecía desorientada, asustada... Tenía cara de pánico.

—Vamos, hermanito. Creo que te estás montando una película muy extraña. ¿Que quieres volver a tirártela? Me parece bien, si ambos estáis de acuerdo. Pero no te montes paranoias raras, un mal sueño lo tenemos todos en una situación de estrés y ella vivió una el otro día. Además, te recuerdo que es asistente social, ¿crees que no ha vivido experiencias malas con personas en sus años de trabajo? Es seguro que incluso la hayan amenazado exparejas de mujeres maltratadas. Patrick, necesitas unas vacaciones, cada día estás peor...

Quizás mi hermano tenga razón. Quizás su encierro en el ascensor le provocó un estado de estrés que le desencadenará esa pesadilla y yo solo me esté montando una película —como dice mi hermano—. El caso es que, como también ha dicho, quiero volver a acostarme con ella. Pero ahora no sé ni cómo propiciar un nuevo encuentro, ni si ella está dispuesta a volver a tener

relaciones conmigo. Ni siquiera la primera vez le pareció bien, aunque después sucumbió a mis encantos. ¿Por qué no una segunda vez?

Puedo presentarme en su casa mañana, con la cena y...

—Tierra llamando a Patrick —me interrumpe mi hermano sacándome de mis pensamientos—. ¿Qué planeas?

—Nada, solo pensaba que tienes razón, que quizás solo sean elucubraciones mías; creo que voy a aprovechar para tomarme un par de días de vacaciones y desconectar. ¿Sabes? No me vendría nada mal...

—Eso deberías hacer. Además, quizás podría tomarme yo también unos días libres e irnos de pesca a las Lagunas Mellizas. ¿Qué te parece?

Me parece una idea tentadora. Así podría dejar de pensar en Erin y en mi absurdo plan de presentarme en su casa con la cena. Es patético y se nota a la legua que quiero acostarme con ella.

«Pues sí, es bastante lamentable, capullo», me regaña mi conciencia.

—Me parece una buena idea, Larry. Hablaré con el capitán para pedirle los días —le comento a mi hermano. La idea de la pesca me gusta. Mi padre nos llevaba a las lagunas desde muy pequeños y a ambos nos gustaba. Es un lugar tranquilo y aunque ahora está bastante más orientado al turismo de recreo y hay lugares como balnearios, aún hay zonas en las que podemos practicar la pesca sin ningún tipo de interrupción.

—Hermanito..., si te hubieras presentado a esa plaza de capitán el año pasado, no tendrías que pedirle los días a nadie —me dice Larry con una media sonrisa.

—La culpa ya sabes de quién fue —le digo tras asentir con la cabeza para darle la razón. Cuando iba a optar para capitán estaba con Brenda y al final, toda esa relación me nubló la cabeza y también las opciones a la plaza.

—No, no te equivoques; no fue de tu ex, fue tuya —suelta él de forma implacable—. Si me hubieras hecho caso, ya serías capitán y estarías más cerca de llegar a dirigir el parque. Si la hubieras dejado cuando te dije...

Tiene razón, desde el primer momento a mi hermano nunca le gustó y no presté atención a sus advertencias. Nunca le suelo hacer caso en temas de mujeres, así que ahora voy a hacérselo con Erin. Y voy a tomarme esos días libres, nos vamos a ir a pescar y me voy a olvidar de ella. Es lo mejor.

El timbre suena; es nuestra cena, justo a tiempo para dejar de hablar y comer algo mientras seguimos viendo el partido de ayer. Mi hermano, aunque es menor que yo, siempre me da muy buenos consejos. Debería seguirlos con más frecuencia. No sé por qué no lo hago. Tampoco tiene pareja y aunque tiene

sus conquistas, imagino que por su arriesgado trabajo —quizás incluso más que el mío— nunca ha querido sentar la cabeza. Eso o que no ha conocido a la mujer apropiada. Nunca ha tenido una novia estable, ni siquiera en el instituto.

Nos sentamos en el sofá y seguimos viendo el partido de baloncesto de mi amigo Jackson; es un crack, desde luego. Si sigue así, este año será uno de los mejores jugadores de los Lakers.

Cuando terminamos, mi hermano se despide y yo me tumbo en la cama. Apenas puedo dormir y estoy tentado a ir al apartamento de Erin, pero me mantengo fuerte y no lo hago.

Al día siguiente, solicito los días al capitán. Empieza a ponerme impedimentos y tengo que hablar con el jefe. Fue un compañero y gran amigo de mi padre, por lo que decide mediar por mí. Solo serán tres días, puesto que regresaré el sábado y el domingo es mi día libre.

Por la tarde preparo las cosas y aviso a mi hermano; iremos en su furgoneta y saldremos temprano. Una vez más estoy tentado a ir a casa de Erin, pero al final la sabia voz de mi conciencia —o quizás la de mi hermano retumbando en mi cabeza—, me lo prohíbe. He decidido poner fin a esta loca obsesión.

\*\*\*

Llegar a las Lagunas Mellizas me da la paz que realmente necesitaba y durante los dos primeros días, Larry y yo hemos desconectado y disfrutado de este viaje, pero el sábado ha comenzado a llegar gente, varios excursionistas, turistas y demás, y nos han jodido nuestro plan de pesca, porque se han dedicado a meterse en las lagunas y a espantar a los pocos bancos que ya hay en ellas. Por lo que Larry y yo decidimos regresar antes de nuestro viaje.

—¡Joder tío, menuda putada! —me dice mi hermano mientras cargamos las cosas en la furgoneta.

—Ya te digo, yo que no pensaba llegar a casa hasta el domingo..., ¿ahora qué hacemos? —le pregunto un poco inquieto.

—Podemos ir a tomar unas cervezas al Rosewood Pub, es lo único que puedo ofrecerte, yo no tengo muchas ganas de salir por ahí.

—De acuerdo...

Cuando lleguemos serán casi las diez, por lo que cenaremos algo rápido y después iremos a tomar unas cervezas, no es que me apetezca salir pero tampoco quiero enclaustrarme un sábado en casa. Si hubiéramos estado en las

lagunas hubiéramos hecho una barbacoa en la casa que teníamos alquilada, nos hubiéramos tomado cinco o seis cervezas cada uno y hubiéramos hablado de nuestras batallitas con mujeres. Aunque solo somos dos y conocemos nuestras historias a la perfección, lo hubiéramos pasado bien.

Así la cosa es diferente, quizás nos encontremos allí a algún compañero de Larry o mío y podamos compartir un rato ameno, de lo contrario estoy seguro de que nos tomamos una cerveza y nos iremos a casa temprano.

El camino se hace corto entre charlas y la música de Linkin Park. Un grupo que, aunque no es de mis favoritos, tengo que reconocer que algunas de sus canciones sí me gustan. A mi hermano, por otra parte, le chiflan.

Al llegar a mi apartamento descargamos el equipo de pesca y también mi equipaje y nos vamos a su piso. Repetimos la misma operación y nos vamos a una hamburguesería cercana a su casa. Degustamos una rica hamburguesa y después nos dirigimos al Rosewood. Pero en cuanto entro, me doy cuenta de que no ha sido una buena idea: acabo de ver a Erin.

—¡Mierda, Larry! Será mejor que nos vayamos... —le digo casi como si hubiera visto un fantasma.

—¿Y eso por qué? —inquire confuso.

—Ella está allí —le comento malhumorado apuntando disimuladamente hacia la mesa en la que se encuentra Erin. Está de espaldas, con otra mujer rubia y aunque es bastante atractiva, nada tiene que ver con ella.

—¡Hum! Entonces no pienso irme. No antes de que conozca a esa chica que tanto trastoca tu mundo.

—¡No me jodas, Larry! ¡Nos vamos!

—Te irás tú —dice con sonrisa maligna—. Y te recuerdo que no tienes medio de transporte, has venido en mi furgoneta y que yo recuerde no te gustan los taxis...

Maldigo entre dientes, mi hermano es un capullo integral cuando quiere. Se acerca a la barra, pide dos cervezas y le hace un gesto al camarero, al que conocemos, indicándole que les sirva lo mismo a las dos señoritas. ¡Maldito bastardo!

Enseguida el camarero se acerca con las dos bebidas a la mesa de Erin y la otra mujer. Erin se gira de inmediato fijando la mirada en mí y su acompañante nos sonrío. Mi hermano asiente y también sonrío. ¡Juro que lo mato! Larry parece dispuesto a acercarse a entablar una conversación, aunque yo no pienso moverme de mi sitio de confort: en la barra, a la otra punta.

—¡Tío, no te pases! Déjalas en paz.

—¿La morena o la rubia? —me pregunta entre dientes.

—La morena —contesto al fin.

—Perfecto, entonces le entraré a la rubia por cortesía, me parece interesante.

Me deja en la barra y se acerca por fin a la mesa, dejándome allí plantado.

¡Será capullo! ¡Juro que lo mato!

Mi hermano se sienta en una silla cerca de la amiga de Erin y yo me quedo en la barra, ojeando de vez en cuando la situación. Los tres parecen divertirse, pero yo no hago nada. Prefiero no inmiscuirme. Finalizo mi cerveza y me pido otra.

—Vaya..., parece que tienes sed —escucho decir. Es la voz de Erin, que de pronto se encuentra junto a mí.

—Sí, la verdad es que sí —respondo sin saber qué otra cosa decir.

—Un tipo curioso, tu hermano... —comenta de manera neutra. Eso me confunde no sé si es bueno o no.

—Somos una familia peculiar, sí —le digo sin saber cómo tomarme su comentario.

—Desde luego.

Cojo la cerveza y le doy un buen trago. No quiero seguir teniendo este diálogo tan extraño e incómodo porque no sé a dónde me va a llevar.

—¿Por qué no te has unido a nosotros? —pregunta curiosa.

Ah, así que era eso.

—No sabía si te iba a molestar, sinceramente. Después de lo sucedido el otro día...

—Fue solo sexo, lo que ambos pactamos, ¿por qué tendría que sentirme incómoda? —pregunta mirándome con esos preciosos ojos de manera inquisitoria.

—No lo sé, pero prefiero guardar las distancias, con las mujeres nunca se sabe.

—¡Ja! Esa sí que es buena —expone con tono déspota—. ¿Acaso vosotros no sois raros también? En fin... No me molesta, puedes unirme si quieres. Aunque si lo prefieres puedes seguir aquí, bebiendo solo como un borracho. Quizás después tenga que apartarte igual que a un moscón.

Esas palabras me enervan. ¿Quién se ha creído que es? Vale, sí, me gustaría volver a acostarme con ella, pero no le he dicho ni hecho nada para darle pie a que crea eso.

¡Maldita engreída! Ahora soy yo el que no quiere ir, por mucho que lo desee.

Así que me quedo allí, degustando mi segunda cerveza y cuando se me acaba, que es casi de inmediato, pido otra al camarero. En cierto momento, la chica que está con Erin se me acerca, aunque casi no le presto atención.

—Hola, yo soy Kate y tú debes de ser Patrick. Un placer conocerte — dice con una sonrisa muy cálida.

—El placer es mío —respondo educado pero distante y ella se marcha, uniéndose a Erin rumbo a la salida del bar.

Cuando se van, mi hermano se acerca y me quita la cerveza de la mano.

—Hermanito, será mejor que nos vayamos a casa también. ¿Cuánto has bebido?

—Ni lo sé, ni me importa.

—Esa mujer saca lo peor de ti...

No le hago caso, me levanto con toda la dignidad que mi borrachera me permite y sin ni siquiera mirarla salgo del bar todo lo recto que puedo.

## *Capítulo 5*

### *Erin*

Me he pasado toda la semana en plena vigilancia de mis padres, anotando todos sus horarios y recorridos. Ha sido agotador, para qué voy a negarlo, pero he sacado mucha información y anotaciones que me pueden servir para mi plan.

Después de despertarme el otro día de la pesadilla en brazos de Patrick, lo único que quería era tomar venganza de las personas que me provocaron las mismas, porque ver como él me miraba con tristeza y quizás angustia, me hizo saber que jamás voy a recuperarme hasta que no logre quitarme este gran peso de encima. Solo lo haré impartiendo justicia: mi justicia.

Ayer jueves me llamó mi amiga Kate, me dijo que me echaba mucho de menos y que se venía este fin de semana a Los Ángeles, que ya tenía los billetes de ida y vuelta. No pude decirle que no, espero que no desbarate mi plan porque ella viene con la idea de pasar el fin de semana y ver a mi abuela. Por eso hoy he desistido de mi seguimiento y estoy estrujándome la cabeza y montando una buena coartada para que mi amiga pueda confiar en mí como siempre lo ha hecho hasta ahora.

Su vuelo no llega hasta las ocho así que tengo tiempo de sobra para informarme de los lugares que he estado visitando esta semana, una buena residencia y algunos sitios para comer en el caso de que me pregunte. Estudio exhaustivamente mi plan y después comienzo a montarme una excusa por la que no podemos pasar a ver a mi moribunda abuela y por qué tengo este pedazo apartamento; creo que será perfecta y la inocente Kate no sospechará nada; eso espero, porque es mi mejor amiga y aunque me apena mentirle no quiero que empiece a sospechar e indague sobre mi pasado. Podría obtener mucha información e incluso llegar a la verdad. Porque si algo tengo claro es que Kate es una persona muy inteligente, confiada también. Y no quiero que nuestra amistad se estropee por esto.

A las siete me dirijo al aeropuerto, no tardo mucho, pero prefiero esperarla. La verdad es que estoy un poco nerviosa. Una cosa es urdir el plan y otra más complicada es desarrollarlo, sobre todo teniendo en cuenta que tengo que engañar a mi mejor y única amiga.

Cuando llega el avión y la veo bajar me da un fuerte abrazo y siento que soy la peor persona del mundo. Por un momento mi cabeza me dicta que le cuente toda la verdad.

«Si lo haces, te dirá que abandones esa obsesiva idea de venganza, ¿estás segura de que quieres hacerlo?», me recrimina mi conciencia.

Y es entonces cuando realmente lo sopeso y niego mentalmente. Para salir de toda esta mierda, de las pesadillas y el odio generalizado al sexo masculino en ciertos aspectos, tengo que hacerlo. Creo que solo así podré avanzar.

—Cariño, ¿estás bien? Pareces un poco absorta.

—Sí, sí... Tranquila, es solo que ha pasado algo... —comienzo, dando el pistoletazo de salida a mi alocado y absurdo plan. La suerte está echada.

—¡No me asustes! ¿Tu abuela está peor?

—Me temo que sí... La han tenido que aislar. Ha cogido un virus y debe estar en aislamiento hasta que no sepan lo que tiene y si es contagioso, está muy débil debido a su enfermedad y para colmo el virus la está debilitando aún más.

—Vaya, cielo... ¡Cuánto lo siento! ¡Cómo estás tú? —me pregunta angustiada y yo me siento cada vez peor. Soy un desastre de amiga, no me la merezco.

—Ya sabes que esto tenía que pasar... Pero me apena un poco. Lo que me entristece es que hayas venido a Los Ángeles para nada.

—Erin, cielo, no digas eso..., he venido para estar contigo. Si no puedo ver a tu abuela, no es el peor de los males. Al menos puedo estar junto a ti y darte apoyo. ¡Te echaba de menos, amiga! —dice dándome uno de sus fuertes achuchones, esos que siempre reconfortan y por un momento me olvido de todo y siento que no debo traicionarla.

«¡Cuéntale la verdad!», me dice el lado bueno de mi conciencia.

Pero sé que ella no vería bien lo que pienso hacer, es una persona muy justa y si descubre mis intenciones lo primero que haría sería intentar quitarme estas ideas de la cabeza y después de llevar un año entero planeándolo no voy a rendirme.

—¡Yo también! Aunque ha sido una semana, no exageres... —expongo para quitar hierro al asunto e intentar mitigar un poco la angustia.

—Lo sé, pero el trabajo no es lo mismo sin ti.

Eso me halaga. Kate recoge la maleta y nos dirigimos hasta el coche, un utilitario bastante elegante.

—Vaya, vaya —exclama ella al verlo.

—La verdad es que mi abuela me dijo que no reparara en gastos. Ya que soy la única persona de la familia que se está preocupando por ella, que gastara lo que quisiera. Al principio no me pareció lo más sensato, Kate. Pero después de sopesarlo fríamente, me dije: «Erin, la yaya tiene razón. El día que fallezca, tu padre y tus tíos vendrán a por la herencia como buitres y ninguno ha movido un dedo por ella, así que disfrútalo mientras puedas»; y eso estoy haciendo, he alquilado este coche y un buen apartamento en el centro de la ciudad.

Mi amiga me mira un poco asombrada, yo nunca he sido de malgastar el dinero sino todo lo contrario, en primer lugar porque nunca lo he tenido, pero cuando podía disponer de un extra tampoco he sido de grandes lujos. Espero que se haya tragado mi razonamiento, así que la miro expectante hasta que reacciona.

—¿Sabes qué, Erin? Que tienes razón. A la hora de la verdad, la familia solo se aprovecha de los ancianos cuando se mueren, así que has hecho más que bien.

—Gracias, corazón —le digo agradeciéndole su apoyo. Necesito que ella me crea y que al menos la mentira que he montado no se desmonte.

Doy gracias a que de momento todo parece ir sobre ruedas y mi amiga me apoya, la miro y le regalo una bonita sonrisa en señal de agradecimiento, ella me la devuelve y conduzco tranquila hasta llegar hasta al edificio donde está situado mi apartamento. Kate abre los ojos, perpleja. Realmente es espectacular y yo aún me asombro de su magnitud. Es majestuoso y muy elegante. Ella vuelve a mirarlo asombrada y yo me encojo de hombros en señal de aceptación.

Introduzco el coche en el garaje; tras estacionarlo, ella no deja de inspeccionar todo como si fuera una niña pequeña en su primera visita al parque de atracciones. No puedo evitar sonreír ante su actitud, me resulta de lo más entrañable. Nos montamos en el ascensor para subir a mi planta y exhalo un suspiro de nerviosismo inconsciente.

—¿Es este el ascensor que se averió, en el que te quedaste encerrada? — me pregunta mirándome con pesar al percatarse de mi gesto.

—No, es el otro. Creo que no me volveré a montar en él ni borracha —le contesto con sinceridad.

Ella suelta una carcajada que pronto se me contagia. Pero es cierto, no creo que vuelva a subirme, quizás sea una tontería pero es como un trauma que se me ha quedado y el mero hecho de acercarme hace que se me erice todo el

pelo del cuerpo.

Llegamos al apartamento y cuando entramos, Kate vuelve a quedarse asombrada.

—¡Guau, chica! Esto es una pasada... ¡Me encanta!

Se mueve ágilmente de un lado a otro por todas las estancias y regresa al salón.

—¡Es increíble! Me alegro de que estés así de bien aquí. Creo que voy a venir a visitarte muchos más fines de semana... —Hace una pausa, creo que pensando un poco lo que va a decir y su ceño se frunce—. Bueno, si antes no sucede...

—Esperemos que no —digo interrumpiéndola para que no finalice la frase y cruzo los dedos de mis manos en señal de que sea así.

Sé que hasta dentro de unos meses mi plan no va a dar sus frutos, tengo que estudiar muy bien —al milímetro— todo lo que quiero y deseo hacer a mis padres. Y después está Randy, mi hermano. A él le tengo reservado un final digno de película de terror. Así que sí, seguramente mi amiga va a venir alguna que otra vez más por aquí, pero evidentemente no puedo decírselo ahora, tendré que comunicárselo poco a poco.

Tras cenar algo ligero, nos tiramos en el sofá contándonos cómo ha ido la semana, ella diciendo la verdad y yo inventándome algunas cosas, hasta que llegan las dos de la mañana, hora en la que decidimos irnos a la cama.

Como cada noche, las pesadillas de mi pasado vuelven a despertarme, sobresaltándome y de nuevo, tengo que hacer un verdadero esfuerzo para no gritar. Hoy han sido más duras si cabe, seguramente el karma se esté vengando de mí por mentir a mi amiga Kate o simplemente el estrés de ocultar algo se refleja en el miedo y ello conlleva aún más estrés, no lo sé, pero el solo hecho de saber que todo puede irse al traste porque mi amiga esté aquí también me altera.

Me levanto de la cama y decido ir a tomar un vaso de leche, después me siento en el sofá y pongo la tele. Son las cinco de la mañana y pese a que es seguro que no hay nada, prefiero no tumbarme de nuevo, no quiero recordar a mi hermano. Pero mira, en esta ocasión sí es cierto que el karma a veces te juega malas pasadas, pues en uno de los canales que sintonizo, están poniendo una reposición de una de las primeras películas producidas por mi padre y aunque es una buena película, todo me hace estremecerme. Saber que es obra de mi padre y también tiene aportaciones del cabrón de Randy me hace hervir la sangre.

Apago la tele y lanzo el mando con fuerza, frustrada.

—Vaya, sí que debía ser malo lo que echaban en la tele para que lo pagues con el mando... —expone Kate, sobresaltándome.

—Lo siento, cariño. ¿Te he despertado? —pregunto furiosa conmigo misma por no haber tenido en cuenta la presencia de Kate.

—La verdad es que sí, pero tranquila..., es tu casa.

—Perdóname. No sé en qué estaba pensando. Como estoy acostumbrada a estar sola... —digo abatida.

—No te preocupes... Es normal... —comenta con esa sonrisa suya tan angelical que amansa hasta las fieras y yo solo puedo regalarle otra menos sincera, pero intentando parecerlo.

Se sienta a mi lado y coge de nuevo el mando, enciende la tele y doy gracias a que la película ha finalizado. No quería dar explicaciones.

Después de un rato buscando algo decente que ver a esas horas, encontramos un programa de teletienda y decidimos ver qué cosas interesantes podemos comprar. La mayoría son absurdas y nos inventamos cientos de ideas para utilizarlas y así, pasamos el resto de la noche hasta la llegada la mañana. Kate prepara su delicioso café y yo la bendigo, porque realmente lo necesitamos.

Pasamos la mañana conociendo la ciudad y después comemos cerca del apartamento. Tras acostarnos a dormir una buena siesta y recuperar las horas de sueño que perdimos anoche, decidimos salir a tomar algo por la tarde y como no conozco el ambiente, acabamos acudiendo al bar donde me encontré con Patrick la primera vez, tras su rescate. No sé si es mi instinto o simplemente me dejo llevar, pero era un local tranquilo donde tomar unas cervezas, donde conversar y, qué demonios, un lugar con buena música.

—¿Dé qué conoces este sitio? —me pregunta Kate al ver que nos hemos alejado un poco de mi apartamento.

—Verdaderamente un día quise tomar una cerveza... —De inmediato enarca las cejas y aclaro—. Tranquila, se me pasó por la cabeza que fuera con alcohol, no te lo voy a negar, pero borré la idea de mi mente de inmediato y acabé aquí.

Ella también conoce mi problema con el alcohol, pero en menor medida. Sabe que fui alcohólica pero no sabe todo por lo que pasé ni qué fue lo que me empujó a la adicción.

—Vaya... No parece un mal sitio, aunque algo... diferente —expone cuando entramos un poco confundida.

—No, ponen buena música y creo que suelen venir los bomberos —le digo para que aumente su nivel de interés.

—Vaya, vaya. ¿Tu bombero también? —me pregunta curiosa.

—No lo sé... y no es «mi bombero», Kate. Te dije que fue una noche y no volverá a pasar. Además, no he vuelto a saber nada más de él, señal de que no le intereso para nada.

La verdad es que una parte de mí prefiere que sea así, Patrick solo arruinaría mis planes. Es un hombre muy guapo y a la larga me nublaría la razón, además el sexo masculino es algo vetado para mí, quizás pueda utilizarlos para darme placer —en cierta medida—, pero nada más.

—¡Qué lástima! Me gustaría conocerle y, si tiene algún amigo que valga la pena, yo también podría tener un *affaire*.

—Vamos, Kate, esas palabras son muy finas hasta para ti —le digo soltando una carcajada.

Ambas nos reímos y nos sentamos en una mesa con nuestras consumiciones. Kate ha pedido una cerveza, ella sí la toma con alcohol, en cambio yo la he pedido sin. Desde luego sigo opinando que su sabor deja mucho que desear, por mucho que nos lo quieran vender así, pero tendré que conformarme.

Seguimos charlando y diciendo bobadas, la mayoría relacionadas con Patrick y los bomberos, porque en cuanto se lo he comentado a Kate, ella no deja de mirar de un lado a otro imaginado que los hombres que están en el local son bomberos, pero no parece que sea así. La mayoría de los tipos que frecuentan el lugar esta noche no tienen cuerpos esculturales y trabajados, si bien es cierto que no todos los bomberos los tienen, suelen ser bastante fornidos.

De repente un hombre se acerca a nosotras con dos cervezas y yo me tenso. No sé de qué va esto pero no me gusta cuando alguien se toma esas confianzas.

—Hola preciosas, yo invito —comenta dejándolas a nuestro lado—. Soy Larry, el hermano de Patrick —dice señalando a la barra.

—Lo siento, pero no bebo alcohol —expongo retirando de inmediato la mía.

—Lo sé... El camarero me ha dado una sin, ¿ves?... —expone acercándome la botella. La miro con detenimiento y tengo que reconocer que es cierto, no me había percatado. Me había tensado tanto con la situación que me había dejado llevar.

—Gracias —respondo un poco arrepentida.

Es en ese momento cuando Kate interviene.

—Hola, yo soy Kate y ella es Erin. Gracias por la invitación, Larry.

—No es nada —dice él con una sonrisa arrebatadora—. Estábamos intentado pasar el fin de semana de pesca en familia, pero como no picaban mucho hemos regresado antes. Patrick está un poco mosqueado, por eso no se acerca... —dice creo que para justificar la ausencia de su hermano, aunque yo más bien pienso que me está evitando.

Giro la cabeza y le veo mirar en nuestra dirección, pero de inmediato regresa a su cerveza. No entiendo muy bien su actitud, verdaderamente pensé que la madrugada que se marchó, aunque es cierto que estaba confuso y aturdido, sus ojos mostraban un atisbo de deseo. Quizás solo fuera el calentón de levantarse a mi lado y después de unos días ya se haya acostado con la mitad de Los Ángeles.

—¿Y vosotros sois de por aquí? —pregunta Larry y me saca de mis oscuros pensamientos.

—Yo soy de San Francisco, de hecho vivo allí —responde Kate—. He venido a pasar el fin de semana con mi amiga Erin.

—Yo soy de Los Ángeles y aunque he estado trabajando en San Francisco he regresado recientemente para cuidar de mi abuela enferma —le respondo para seguir con mi coartada.

—¡Oh, vaya! Lo lamento.

—Gracias, Larry. Tranquilo, la pobre es una ancianita. Estas cosas son ley de vida, aunque no por eso dejan de doler.

—Claro. Pero chicas, hoy estamos aquí y tendremos que divertirnos, ¿no?

—Tienes razón —responde mi amiga. Yo me limito a sonreír. Creo que a Kate parece agradarle la compañía de Larry. A mí no me molesta pero tampoco me apetece pasar el resto de la noche con él.

Larry sigue haciéndonos preguntas y entablando conversación, se nota que es un tipo muy sociable y locuaz y que sabe tratar a las chicas. Incluso bromea cuando Kate le cuenta algunas anécdotas de nuestro trabajo. Al final, me disculpo tras un rato de charla y me dirijo a la barra.

«Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma», me digo mentalmente para que la cosa tengo sentido.

—Vaya..., parece que tienes sed —comento al llegar junto a él. Estoy un poco molesta porque no ha sido capaz de venir a saludarnos en el rato que su hermano ha permanecido con nosotras.

—Sí, la verdad es que sí —me replica con una actitud que no sé descifrar, no sé si es sarcasmo, chulería o que no tiene ganas de hablar.

—Un tipo curioso, tu hermano... —expongo a ver si reacciona.

—Somos una familia peculiar, sí.

—Desde luego... —le respondo escuetamente. No sé como tomarme sus palabras. Son cortantes y a la vez cortas. Parece que no quiere hablar conmigo pues de inmediato coge la cerveza y le da un nuevo sorbo.

—¿Por qué no te has unido a nosotros? —le pregunto intentando averiguar sus motivos.

—No sabía si te iba a molestar, sinceramente. Después de lo sucedido el otro día...

—Fue solo sexo, lo que ambos pactamos, ¿por qué tendría que sentirme incómoda? —inquiero molesta. No sé por qué da por supuesto algo sin conocerme.

—No lo sé, pero prefiero guardar las distancias. Con las mujeres nunca se sabe.

Ahora sí que me ofenden soberanamente sus palabras. No sé si lo dice por sus experiencias pasadas pero debería saber que yo no soy una mujer posesiva. Aunque claro, no nos conocemos de nada, no tendría por qué. Pero da igual, me irrita que me juzgue sin saber nada de mí.

—¡Ja! Esa si que es buena. ¿Acaso vosotros no sois raros también? En fin... No me molesta, puedes unirme si quieres. Aunque si lo prefieres puedes seguir aquí, bebiendo solo como un borracho. Quizás después tenga que apartarte igual que a un moscón —concluyo y me marcho dignamente.

La verdad es que quizás me haya pasado un poco en mis palabras. No las he medido y cuando luego las he analizado fríamente, me doy cuenta de que he sido brusca y desconsiderada. Pero tampoco él ha sido cordial ni educado. Porque independientemente de lo que pasara hace unas noches entre los dos, no estábamos solos, creo que debería haber estado a la altura de las circunstancias y haberse acercado a nosotras y saludarnos al menos. Después, si no se quería quedar a nuestro lado, con alguna buena excusa se podía haber ausentado y al menos, la situación sería diferente.

Regreso a nuestra mesa, miro a Kate, que está alegremente charlando con Larry y le hago una señal para que corte ya.

Sé que parece gustarle, pero ahora mismo quiero irme de allí, y ojalá pudiera hacerlo traspasando los muros para no tener que pasar delante de ese estúpido hombre.

Tras varios intentos para que mi amiga se deshaga de la fija mirada de Larry, al final me hace caso y yo le hago una señal indicándole que nos vayamos.

—Larry, ha sido un placer charlar contigo, pero Erin está cansada, esta noche apenas hemos dormido y nos vamos a ir ya. Ojalá volviéramos a vernos... —le dice con la voz apenada.

—Claro..., pero si te apetece, dame tu teléfono y podemos wasapearnos. ¿Té parece bien?

—¡Por supuesto! —exclama mi amiga emocionada.

Le dicta el número de teléfono y Larry le hace una llamada para que ella apunte su número. Cuando es mi turno, niego con la cabeza. No me interesa para nada su número, es más, ni siquiera tengo el de Patrick y es así como debe ser.

Nos despedimos de él y después, cuando salimos, Kate se acerca a presentarse directamente.

—Hola, yo soy Kate y tú debes de ser Patrick. Un placer conocerte —dice con esa bonita sonrisa que tiene mi amiga.

—El placer es mío.

Veo cómo Patrick me mira, no sé si espera que me acerque pero no voy a hacerlo y después mi amiga se retira, le saluda con la mano y se sitúa junto a mí para irnos a casa.

Durante el trayecto ella no deja de contarme cómo es Larry, todo lo que han hablado en el escaso tiempo que me he ausentado.

—Madre mía, me encanta ese hombre. Si vuelvo a Los Ángeles, te juro que voy a quedar con él.

Sonrío por sus ocurrencias, me parece una acción acertada, Kate es una buena chica y se merece lo mejor, aunque no es de las que suelen enrollarse con un tío y al día siguiente si te he visto, no me acuerdo; y eso es algo que me molesta. Más que nada porque no quiero que se cuelgue de un tipo como Larry que estoy segura de que será igual o peor que su hermano.

—Cielo, los hombres como Larry van a lo que van, ¿lo sabes?

—Que sea una romántica empedernida y aún crea en el amor no significa que no tenga un *affair*, ya te lo dije —se defiende ella.

—Seamos realistas, Kate, tú eres más de las chicas que se enamoran, de esas que quieren un amor de novela, con final feliz.

—Pues claro, ¿y quién no? —inquiérese un poco enfadada.

—Yo, por ejemplo. De los hombres no quiero que me den la luna o que

me prometan las estrellas. Solo quiero que satisfagan mis necesidades y después que no molesten.

—¡Mierda, Erin! Eso parece algo así como «usar y tirar» y si te soy sincera suena a mujer casquivana.

—¿Y qué si es así? —pregunto con altivez. Estamos en el siglo XXI, los hombres y las mujeres hace mucho que somos iguales ante la ley y los ojos de casi todos, pues sigue habiendo mucha desigualdad incluso entre las propias mujeres que desgraciadamente siguen siendo más machistas que algunos hombres.

—No sé..., lo siento... No quería que pensaras que soy una radical, solo quería que vieras que podemos convivir y llevar las cosas de otra manera, no siempre sacándolo todo de contexto y de la zona de confort.

—Lo sé, está todo olvidado.

Llegamos a casa, cada una se mete en su habitación y tras un pequeño saludo antes de acostarnos, nos hemos despedido.

Sé que quizás a Kate le hayan sentado mal mis palabras, pero son ciertas. Ella es romántica y muy enamoradiza, y desde que la conozco ha pasado por tres relaciones en las que su expareja siempre era el amor de su vida, y aquí la tenemos...

Me tumbo en la cama, dando vueltas a todo en mi mente: a mi amiga, a Patrick, al plan... y si soy sincera me gustaría por una puñetera noche no tener más pesadillas, porque de lo contrario mi cabeza va a estallar.

## Capítulo 6

### Patrick

Doy gracias a que es lunes y tengo que ir a trabajar, porque el fin de semana ha sido agotador, necesito quitarme de una vez por todas a Erin de la cabeza y para ello no hay nada como tener la mente ocupada en otras cosas.

Al llegar, mi mejor amigo Jay, que últimamente tiene una chispa que no soporto, me intercepta.

—¿Qué tal el fin de semana de pesca? —dice al ver mi cara de pocos amigos, creo que desde la última vez prefiere ir con tiento.

—No muy bien..., tuvimos que regresar antes.

—Vaya..., aprovecharías para estar con alguna mujerzuela... —añade ladino.

—¡Jay, no sigas por ahí! —le advierto.

Antes no me importaba contar mis aventuras pero últimamente, desde lo de Erin, no sé que me pasa. Bueno, me pasa ella y que no me he tirado a ninguna otra mujer desde que estuvimos juntos, pero independientemente de ese pequeño detalle, tampoco me apetece mucho compartir con los chicos mi noche con Erin.

—Vale, pero deberías buscarte una chica, tío. Últimamente estás de un humor de perros. La falta de sexo no ayuda.

—No tengo ganas de hablar de mi vida sexual contigo, amigo. Fin de la historia.

—¿Desde cuándo? —pregunta indignado—. Que yo sepa hasta ahora tu vida sexual era *vox populi* en este parque. ¿O es que ahora te lo montas con la morenita? —inquire con retintín.

—¡¡No!! No me lo monto con la morenita —le digo totalmente enervado, quizás porque en parte me gustaría que fuera cierta su insinuación—. Pero aunque así fuera, estoy cansado de airear mi vida sentimental. ¿Acaso hablas tú de la tuya? —contraataco.

—No, por supuesto que no. A diferencia de ti, yo jamás he venido aquí pavoneándome de las mujeres con las que me he acostado, no tengo necesidad de contar mi vida privada, porque precisamente es eso: *pri-va-da* —concluye recalcando cada sílaba, cosa que consigue enfadarme aún más.

Aunque, si lo pienso fríamente, no se equivoca. Él jamás se ha jactado de sus relaciones, en cambio yo, muchas veces he alardeado de estar un día con una y otro día con otra. Soy un capullo integral.

—¿Sabes qué te digo, Jay? Que por una vez, y sin que sirva de precedente, tienes toda la razón.

Antes de que vaya a decir algo, suena la sirena para un aviso y casi lo agradezco, no quiero escucharle ni ver su cara victoriosa, pero una sonrisa sí ha dibujado y le miro con desdén.

Nos montamos en el camión que conduce él. Soy el jefe de la brigada, por lo que llegamos casi los primeros. Se trata de un incendio en un colegio de niños y eso me pone los pelos de punta. Cuando se trata de estos casos en los que se ven implicados niños y adolescentes, mi cuerpo se estremece.

Enseguida acuden más dotaciones y sanitarios al ver la magnitud, pues no solo se trata de un pequeño incendio, el colegio está en llamas y no sabemos qué es lo que ha podido provocarlas.

La mayoría de los niños están fuera, pero nos hablan de que una clase entera se encuentra aún encerrada debido a que se trata del aula contigua al lugar donde se ha provocado el incendio y las llamas les han impedido el paso.

Jay, Lucas y dos compañeros más acudimos rápidamente para intentar sacar a todos los niños lo antes posible. Hay mucho humo y las llamas se propagan rápidamente, apenas se ve nada.

—Bomberos, ¡griten, por favor! —chilla Jay, que es quien encabeza el rescate.

Pero no oímos nada y el humo es cada vez más intenso. Vemos las llamas más cerca. Creo que va a ser muy difícil el rescate, por no decir imposible. Ante todo hay que penetrar en el aula y no tenemos paso abierto por ningún sitio.

Jay sigue gritando cada vez más fuerte y con mayor desesperación.

Al fin oímos algo:

—¡Aquí! ¡Estamos aquí! —grita una voz adulta y femenina sin apenas fuerza. Además, se escuchan golpes como de aporreo en una puerta.

Intentamos sofocar un poco el fuego con los extintores para abrirnos paso, pero apenas conseguimos nada, así que, sin pensar mucho, atravieso la barrera de llamas. Sé que es una locura, pero el tiempo corre en nuestra contra.

—¡Patrick! ¿Estas loco? —escucho a Jay.

No le hago caso y me dirijo rápidamente al lugar de donde provenían la

voz y los golpes.

—¡Retírense de la puerta! —les digo.

Con el hacha golpeo la puerta y al final la derribo. Cuando me doy cuenta, Jay y el resto del equipo están a mi lado.

—¡Te has vuelto loco, tío! Los refuerzos están en camino, no deberías haber hecho una locura así.

—¡Estos niños necesitan nuestra ayuda! —comento agotado.

Entramos al aula y vamos cogiendo a los niños, colocándoles nuestra máscara de oxígeno para que se recuperen un poco. Han inhalado mucho humo y alguno está muy mal. Mientras tanto, compruebo si existe alguna salida. Por donde hemos venido el acceso es nulo. No podemos sacarlos a todos a través del fuego, que ahora arde con más fuerza; todos moriríamos de inmediato.

—¿Hay algún otro acceso? ¿Ventanas, puertas...? —le pregunto a la profesora.

—Sí, hay una ventana, da a un cuarto de calderas, pero no sé si... —no termina la frase. Entiendo su preocupación, un cuarto de calderas podría estallar a causa del calor y la presión excesivas en el incendio. Puede ser peligroso, pero es nuestra última vía de escape.

Quizás sea más complicado pero hay que intentarlo. Los bomberos que se encuentran fuera están intentando extinguir el fuego; oímos al capitán, diciendo que la cosa no va tan bien como debería, así que hay que probar esa opción si no queremos morir aquí.

Damos unas cuantas órdenes y organizamos a la clase. Los chicos rompen la ventana con los codos; no parece que haya fuego, puede ser nuestra oportunidad. El hueco no es muy grande pero todos cabemos por allí. Mis dos hombres pasan primero, después hago que la profesora les siga y, tras ella, los niños que van más afectados. Jay va en medio y yo me ocupo del resto. Hay dos pequeños que no se quieren mover. Creo que tienen miedo.

—Vamos, chicos... Estoy con vosotros, todo saldrá bien.

Parecen hermanos, son un niño y una niña que van agarrados de la mano. Al final tengo que alzarlos yo y casi llevármelos en brazos para que se muevan.

Durante aproximadamente cinco minutos avanzamos por los corredores de la sala de calderas, que transcurren por debajo del colegio. Son los cinco minutos más difíciles de toda mi vida, porque los niños no dejan de llorar, asustados. La profesora intenta calmarlos pero algunos están desconsolados, no tendrán más de cinco o seis años y es muy difícil y traumático para ellos.

No hay fuego, pero sí mucho humo y verdaderamente, al no conocer el lugar, vamos un poco a ciegas. Hemos perdido el contacto por radio, así que avanzamos sin rumbo fijo. Por fin llegamos al gimnasio, que no está muy afectado, y se restablece la comunicación con nuestra unidad. Nos dan acceso a salir, pues la zona está fuera de peligro. Allí, en el exterior, nos esperan los sanitarios.

Ha sido toda una hazaña, pero al final hemos salvado a todos. Algunos niños están muy afectados y los dos que saqué en volandas no se retiran ni un minuto de mi lado.

—¡Chicos, ya estamos a salvo! —les digo para que se calmen.

Pero no parecen haberse inmutado. Están en shock. Unos sanitarios vienen a comprobar su estado, pero ellos se aferran con fuerza a mis piernas.

—Tranquilos..., todo va a salir bien. Ellos se van a encargar solamente de echaros un vistazo, para comprobar si habéis inhalado mucho humo, ¿de acuerdo? En un rato volveré a veros...

Jay me observa asombrado y yo me acerco al equipo.

—Buen trabajo, chicos.

Todo el mundo está felicitándonos y el jefe se acerca a nosotros también para hacerlo. Se han salvado muchas vidas hoy, creo que apenas tenemos que lamentar pérdidas... O eso espero, aún no lo sé.

—¡Chicos! Hoy habéis hecho un trabajo espectacular. Estoy muy satisfecho, pero el alcalde nos ha pedido que hasta que lleguen todas las familias de los niños, hagamos la labor de quedarnos con algunos en los parques de bomberos, los que estén bien de salud. Las televisiones harán un llamamiento para que no vengán aquí, sino que acudan a los parques y centros de acogidas. Los maestros se encargan de contactar con las familias indicando a dónde les llevan, es lo mejor para no sembrar más el caos en estos momentos. Así que hoy tendremos que seguir prestando servicio a esta comunidad.

—Por supuesto —contestamos todos.

De inmediato acudo a ver a los dos hermanos. Estoy preocupado por ellos. En cuanto me ven, se abrazan a mis piernas.

—Hola, colegas, ¿os apetece dar una vueltecita en el camión de bomberos? —les digo con naturalidad. Ellos no replican nada, solo asienten con la cabeza y tras recoger a unos cuantos niños más, no los llevamos al parque.

Llevo varias horas intentando que hablen y que digan algo, pero no han

abierto la boca. Empiezo a pensar que estos niños son mudos, la verdad, estoy un poco exasperado. Además, son casi las cuatro de la tarde. El resto de padres han venido a recoger a los niños que han venido al parque pero nadie ha venido a por ellos dos. Me he fijado en que son muy parecidos y dado que estaban en la misma aula, creo que son mellizos.

Estoy en el cuarto común, un poco cansado, perdido en mis pensamientos cuando mi amigo me interrumpe.

—Patrick..., han venido a verte —expone Jay y cuando me doy la vuelta y veo a Erin frunzo el ceño. Ni siquiera sé que hace aquí.

—Hola..., yo..., he visto lo que ha pasado en las noticias y pensé que a lo mejor necesitabais ayuda. Soy asistente social en San Francisco... —expone aunque parece un poco acobardada al ver cómo la miro. Aún estoy enfadado por el tono del otro día.

—Hola, la verdad es que casi todos los niños ya se han marchado a sus casas, pero gracias... —le digo con seriedad, no me hace falta que este aquí.

—¿Qué me dices de los mellizos? —inquire Jay metiendo el dedo en la llaga.

—Tranquilo, yo me encargo de ellos, además estoy seguro de que vendrán enseguida a buscarlos.

—Vamos, Patrick, no han abierto la boca desde que han venido, están traumatizados, seguro que ella puede ayudarles —interviene Jay y juro que le asesino con la mirada.

—¿Puedo verlos? Solo será un momento —pregunta ella y Jay dibuja una sonrisa angelical que me exaspera aún más.

—Por supuesto, acompáñeme señorita, ¿o quieres acompañarla tú, Patrick? —inquire con retintín.

—No, tranquilo, Jay. Puedes hacerlo tú.

Ambos se marchan y tendré que hacer verdaderos esfuerzos por no patearle el culo en cuanto regrese. Erin ha mirado y no sé qué denotaban sus ojos; quizás decepción, pero después de la otra noche, prefiero mantenerme al margen.

Al cabo de un rato, Jay regresa con una sonrisa de perdonavidas que me enfada aún más.

—Pero vamos a ver..., ¿esa no es la morenita del ascensor y la de bar? ¿Qué te pasa con ella?

—No me pasa nada. No me toques los cojones, Jay. Te lo pido por favor...

—Perfecto, pero me parece que ella ha venido a ayudar de forma desinteresada y has sido un borde de mucho cuidado. Esos niños necesitan a alguien experto, han sufrido un trauma y ella puede ayudarlos. Que tus asuntos personales, sean los que sean, no se interpongan entre unos niños y la ayuda que necesitan.

Quizás tenga razón y me he obcecado demasiado. Así que después de unos minutos reflexionando salgo de la sala común y me dirijo a los dormitorios donde están los niños con Erin. Lo que veo me deja sin palabras. La niña está acariciando su pelo y hablando tranquilamente con ella.

Estoy asombrado. Apenas lleva diez minutos aquí y ya se han abierto a ella y yo les he salvado la vida, les he dado de comer y he jugado con ellos y no he conseguido nada.

Por una parte, la rabia me consume, siento unos grandes celos —para qué voy a negarlo—, aunque después, al ver la bonita estampa, con la niña tocando su pelo y el chiquillo mirándolas, absorto, me parece algo enternecedor. El niño está al lado de su hermana y no dice nada, pero sonrío. Me acerco despacio y me siento a su lado.

—Hola..., vaya..., parece que habéis conocido a mi amiga Erin y os apetece hablar con ella. Me alegro mucho de que al fin hayáis hablado con alguien, empezaba a pensar que erais mudos.

La niña suelta una pequeña risita y mira a Erin, ella también sonrío y después su hermano dibuja también una tímida sonrisa.

—Verás... —comienza Erin—, estaban aún un poco asustados, ¿verdad? —Los niños asienten—, pero les he hablado de mi experiencia en el ascensor, cuando llegué a Los Ángeles y que yo también pasé bastante miedo. Les he contado que tú me salvaste la vida y Terry me ha dicho que ella también ha pasado mucho miedo hoy, pero que tú les has convencido para salir a tu lado y así les has salvado también, a ella y a su hermano Luke.

Miro a los tres con adoración, sobre todo a Erin, que sonrío satisfecha quizás por haber conseguido que los niños se abrieran a ella.

—Así que esta preciosa princesita se llama Terry y este caballere se llama Luke. ¡Mmm! Me alegro mucho de saber vuestros nombres... ¿Y sabéis el número de teléfono de vuestros papás para llamarles? No queremos que se preocupen más.

La cara de Terry se ensombrece y creo que ha vuelto a su estado de enmudecimiento. Erin me mira contrariada y me hace un gesto como de negación.

—Cielo... —le dice Erin con ternura—, lo que Patrick quiere decir es que vuestros papás pueden estar preocupados, quizás deberíamos llamarlos para decirles que estáis bien. Estoy segura de que sois unos niños muy listos y os sabéis el número de teléfono de memoria. Yo cuando era pequeña, me sabía el número de teléfono de casa. Porque no existían los móviles —concluye y le acaricia el pelo a Terry con ternura.

Es increíble la paciencia y calidez en su voz. Se nota que está acostumbrada a ello.

Terry mira a su hermano, parece estar sopesando algo. Él niega con la cabeza y ella frunce el ceño. Ninguno de los dos ha dicho nada, pero solo con la mirada parecen estar diciéndoselo todo. Es increíble la conexión que ambos tienen. Alguna vez he oído que los hermanos gemelos o mellizos sentían lo que su hermano padecía pero esto me está dejando totalmente alucinado.

—Luke... debemos decírselo... —comenta Terry enfadada.

—No, nos separarán de ella —gruñe el niño al final. Su voz es grave para un niño de su edad.

—Cariño, ¿qué ocurre? Sea lo que sea os ayudaremos. Os lo prometo —les dice Erin.

Terry vuelve a mirar a su hermano y aunque él mueve la cabeza negando ella comienza a hablar:

—Nuestros padres fallecieron hace dos años en un accidente de tráfico. Vivimos con nuestra hermana mayor. Ella tiene veintidós años.

«¡Joder, menuda mierda! Igual que tú», me recuerda mi conciencia.

—Cielo..., cuánto lo siento... Llamaremos a tu hermana, entonces... —indica Erin que estrecha a Terry con cariño entre sus brazos.

—No puedes..., ella trabaja mucho. Tiene tres trabajos y llega a las ocho a casa. Nos ayuda con los deberes y después nos baña, prepara la cena, nos cuenta un cuento y nos vamos a la cama.

—Pero cielo..., ¿cómo regresáis a casa entonces? —inquire Erin con tono de preocupación.

Los niños son muy pequeños, apenas tendrán cinco o seis años.

—Casi todos los días volvemos con la mamá de Austin, aunque algunas veces volvemos solos... —comenta dubitativa.

Veo a Erin con cara de angustia. Creo que esto se complica por momentos. Ella es asistente social y estos casos son muy complicados... No sé qué es lo que tendría que hacer, pero evidentemente los niños no están muy bien atendidos por su hermana.

—Terry, sabéis que eso no está bien, ¿verdad?

—Sí..., pero..., nosotros solo queremos estar con nuestra hermana. Ella se esfuerza mucho porque no nos quiten la casa y tengamos comida. Erin... no... —Veo preocupación en la cara de la niña y no es para menos, quizás no debería haber dicho nada. Porque ahora mismo lo que nos ha contado puede ponerles en un serio problema.

—Cielo..., tranquila... Danos el teléfono de tu hermana. Necesitamos llamarla para decirle que estáis bien y que tiene que venir a recogeros aquí, solamente es eso... Te lo prometo.

Nos recita el teléfono de memoria y después de tranquilizarles y hablar un rato más con ellos, les dejamos jugando y salimos de la sala.

Antes de que haga la llamada la intercepto en el pasillo.

—Erin, ¿qué vas a hacer con esos niños?

—Voy a llamar a su hermana y hablaré muy seriamente con ella, no puedo permitir que estén desatendidos de esa manera, podría pasarles cualquier cosa. Sé que yo no tengo potestad en esta ciudad, pero puedo mover algunos hilos...

—Erin..., piensa bien lo que vas a hacer... —le digo un poco enfadado.

—¿Por qué? —me pregunta irritada.

—Sé muy bien cómo se siente la hermana de esos chicos, ¿sabes?

Me mira confundida y yo continuo hablando:

—Mi madre falleció en un accidente cuando mi hermano tenía trece años y yo quince. Mi padre ya era bombero por entonces y trabajaba mucho, por lo que yo tuve que encargarme de la casa, de mi hermano y de mí mismo. Quizás ahora podría verse como abandono o yo que se como se llamaría eso, Erin. Pero aquí estoy. He sobrevivido y cuidé de mi hermano, ambos sacamos adelante nuestras carreras profesionales, somos hombres de provecho y creo que unas personas normales. —Sus cejas se arquean en señal discordia—. Bueno, quizás pienses que yo no lo sea, pero créeme, mi hermano es un hombre normal...

—No he dicho que no seas normal..., solo un poco chulito... —comenta con retintín, y después añade en un tono más comprensivo—: pero eso no tiene nada que ver con lo que le pasó a tu madre.

—Ahora que ya sé lo que piensas sobre mi forma de ser, dejando a un lado ese tema, entiendo a esos niños y quizás un poco a su hermana. No es que nosotros tuviéramos problemas económicos, pero imagino que ella trabaja para sacar adelante la casa y a sus hermanos. Lo hace por ellos, y nosotros no

somos nadie para juzgarlos.

—Patrick..., puedo llegar a entender que te sientas un poco identificado con ellos, pero tienen solo seis años, no pueden estar solos en casa o salir del colegio e ir a casa sin la supervisión de un adulto, es peligroso...

—Lo sé... Pero antes de hacer nada, escuchémosla.

—Eso es lo que voy a hacer. Voy a llamarla y voy a escucharla, después tomaré una decisión.

—De acuerdo.

Dejo que llame a su hermana, pero estoy un poco enfadado. Esos niños, pese que han hablado primero con ella, me recuerdan mucho a mi hermano y a mí, no voy a permitir que los separen de su hermana después de haber perdido a sus padres.

Erin habla con ella y vuelve con los pequeños. Yo les dejo un poco de espacio, de momento estoy algo molesto, por lo que regreso con mis compañeros y Larry acude al parque para ver cómo va el día.

—Hermanito, ¿qué tal el día? Ya he visto las noticias, te han sacado en portada. ¡Eres todo un héroe! —exclama con retintín.

—No lo soy, solo hacía mi trabajo...

—Bueno, bueno..., ¿problemas en el paraíso?

—La morenita está aquí... —le explica Jay.

—¿Por qué narices no dejas de llamarla así? Se llama Erin —contesto con desdén.

—¡Uff! ¡Qué humor! —indica mi hermano enseñando los dientes—. ¿Qué es lo que ocurre? Esa mujer saca lo peor de ti, hermano.

—Nada, pero hay unos niños..., tienen problemas y ella... ¡Da igual!

No quiero hablar de ello. Así que les dejo y me dirijo de nuevo a la sala de descanso, donde los niños están acostados en mi cama, acurrucados. Se han quedado dormidos y ella les observa, embobada.

—Estaban agotados... —susurra—. No te importa, ¿verdad?

—Por supuesto que no. ¿Te apetece un café? —digo en el mismo tono.

—No me vendría mal. No he comido, iba a hacerlo cuando vi la noticia y solo puede pensar en venir a ayudar.

—Aquí puedes comer algo...

—Tranquilo..., lo haré cuando llegue a casa. Pero el café me vendrá de perlas. La hermana de Terry y Luke, Myra no llegará hasta las siete y media. No ha podido cambiar el turno.

—Si no puedes quedarte, yo hablaré con ella... —le digo. Parece

cansada.

—No te preocupes..., prefiero hacerlo yo... Esto es serio, Patrick. Ya te he dicho antes que estos niños no pueden estar solos. Son unos niños fantásticos y enseguida les coges cariño, no te lo voy a negar. Por eso no puedo permitir que les pase nada.

—Como tú digas..., en el fondo solo estás haciendo tu trabajo, ¿no?

Me mira con desidia y al llegar al comedor, le sirvo el café. Me siento en la mesa con mi hermano y mi amigo, dejándola sola. Ella se sienta en otra mesa y enseguida se acerca Brenda.

—¿Estás loco? Peligro inminente —expone Jay haciéndome un gesto con la cabeza en dirección a la mesa de Erin.

—¿Por qué lo dices, por Brenda? Me importa bien poco lo que pueda decirle a Erin. Ella solo fue un rollo y creo que ya no puede haber nada más. Punto y final.

—¡Ah! ¿Así que te has acostado con ella? ¡Lo sabía! —dice Jay con esa risa victoriosa que tanto me molesta.

¡Mierda! No me he dado cuenta y lo he soltado.

Degusto mi café sin afirmárselo y sin decir nada más. De vez en cuando voy mirando a las dos, parecen tener una conversación muy amigable y si soy sincero no me gusta mucho, pero es culpa mía, la he dejado sola.

Además, mi hermano y mi amigo no dejan de meterme caña, así que salgo fuera a que me dé un poco el aire.

## Capítulo 7

### Erin

Brenda, la sanitaria, que así es como se ha presentado nada más sentarse a mi lado, ha comenzado a hablarme de Patrick, y en cuanto me aconseja que no es un buen hombre empiezo a atar cabos.

—Perdona que te pregunte de forma tan directa —la interrumpo—, ¿Tú y Patrick habéis salido juntos o... estáis ahora mismo juntos?

—Sí, tuvimos una relación de unos meses. Pero es un sinvergüenza. Me engañó, aunque ya no siento nada por él —me contesta y veo que aún hay rencor en sus ojos. Lo noto.

—Vaya, lo siento mucho. Casi todos los hombres son unos capullos. Aunque si te soy sincera, no sé por qué me cuentas eso de él... —indico un poco contrariada.

—Os he visto casi toda la tarde con esos niños juntos y pensé..., bueno..., que entre vosotros había algo...

—No, no hay nada —contesto tajante.

La verdad es que a veces me gustaría que hubiera algo más, no me lo voy a negar, aquella noche fue estupenda, pero no necesito distracciones y sé que Patrick lo sería. Además, hoy he venido de manera cordial y él ha estado de lo más tirante conmigo, por lo que creo que lo mejor es que las cosas se queden así. —Sí, es lo mejor —me digo mentalmente.

—Con hombres como él, lo mejor es echar un polvo como mucho y listo, porque Patrick no es un hombre que se comprometa, así que es tontería hacerse ilusiones... —expone Brenda sacándome de mis pensamientos.

—Claro..., ahora, si me disculpas, iré a ver a los pequeños.

Ella sonrío y abandono mi sitio. La verdad, me molestan sus últimas palabras. No es que tenga pretensiones con Patrick, pero yo decidiré lo que quiera con él. Ella no es nadie para inmiscuirse en mi vida y realmente no sé qué es lo que ha visto entre nosotros para que se acerque de esa manera tan directa y me hable de Patrick sin conocerme.

Me dirijo a ver a los pequeños que yacen dormidos en la cama y los observo; espero que su hermana entre en razón, no me gustaría separarlos.

Al cabo de unos minutos, la voz de Patrick me sobresalta.

—Erin... —dice y doy un respingo al no esperar su presencia—, perdona, no quería sobresaltarte, Myra ya está aquí.

Me doy la vuelta. La joven tiene un aire muy parecido a Terry, rubia y con ojos verdes. Es muy guapa, pero su cara denota cansancio. Estrecho su mano con energía.

—Encantada de conocerte, yo soy Erin.

—El placer es mío. Gracias por atender a mis hermanos en mi ausencia.

Ella sonríe y les observa durante unos segundos. Acaricia sus caritas y después les da un tierno beso en la frente a cada uno. Parecen revolverse un poco pero después siguen dormidos.

—Ser a mejor que vayamos a un lugar reservado para hablar más tranquilamente y que ellos sigan descansando —dice Patrick.

Nos conduce al que parece su despacho y cierra la puerta tras nosotras. Nos sentamos y soy yo la que comienza a hablar.

—Verás, Myra... —Hago una pausa tras darme cuenta de que no le he preguntado—. Puedo tutearte,  verdad? —Ella asiente y continúo—: Tus hermanos me han comentado que pasan parte de la tarde solos y que en muchas ocasiones regresan del colegio también solos...

—Eso no es del todo cierto —interviene un poco molesta—, suelen regresar con la mamá de un compañero la mayoría de los días, solo ha sido una o dos veces que ella no ha podido acompañarlos. Vivimos a una manzana del colegio, solo tienen que cruzar una calle y saben que no deben hacerlo sin mirar. Y en lo que se refiere a nuestra casa, mi vecina est  pendiente de ellos y entra cada hora a echarles un vistazo y a preguntarles si necesitan algo. Yo... —Hace una pausa, sus ojos est n llenos de lágrimas y su cara est  totalmente abatida, s  que est  cansada y creo que quizás se encuentre en un momento de presión muy fuerte, por eso, y aunque va en contra de mi trabajo la cojo la mano—. Hago todo lo que puedo... Tengo tres trabajos, intento salvar a mis hermanos, llevar la casa y hacer todo lo que puedo por esta familia,  sabe? —comenta con las lágrimas rodando por sus mejillas—. Pero no es fácil, tengo tan solo veintidós años. Perdimos a mis padres y las deudas nos comen vivos. El apartamento no est  pagado, mis padres tenían varios préstamos que no se pagan solos. Yo ya no s  qué más puedo hacer para no quedarnos en la calle...

Patrick me mira furioso porque sabe que esta situación la he provocado yo. La muchacha est  llorando desolada y es solo culpa m a.

—Myra..., entiendo tu preocupación y voy a intentar ayudarte, pero solo si me prometes que vas a ocuparte más y mejor de tus hermanos. Ellos te

necesitan y si no les dedicas más tiempo, a la larga tendrá consecuencias, créeme. Soy asistente social y he visto esto más veces. Los niños que pierden a sus padres necesitan atención y cuidados, no pueden estar desatendidos..., aunque a ti te parezcan que estén bien, no lo están. Parecen fuertes, porque se han puesto una coraza, pero en el fondo están sufriendo... Lo he podido ver hoy y Patrick también. Durante el tiempo que él ha estado con ellos, ni siquiera han hablado. Se han encerrado en sí mismos, Myra. Han sufrido un trauma y eso es porque están faltos de cariño. No digo que sea culpa tuya, en absoluto, sino de su situación... Por eso te digo que tienes que ocuparte de ellos...

—¿Pero cómo? Si dejo un trabajo no podré pagar todo..., nos quitarán la casa... —responde ella entre sollozos, desesperada.

—He dicho que voy a intentar ayudarte. Aunque también te digo que si yo estoy dispuesta a ayudaros tú tienes que estar dispuesta a comprometerte. ¿Lo estás?

—Por supuesto que sí, sea lo que sea que tenga que hacer, cuenta conmigo —dice con energía y eso me gusta en una persona. No sabe lo que yo quiero ni lo que le voy a ofrecer pero está dispuesta a todo con tal de mejorar la situación de los niños. La pobre se está esforzando mucho.

—También puedes contar conmigo para ayudarte —interviene Patrick, que hasta ahora solo se había dedicado a mirarme de manera despectiva.

—Por el momento creo que vamos a llevar a tus hermanos a casa, me gustaría conocer el lugar donde vivís y después, te propondré algunas cosas. ¿Te parece bien?

—¡Por supuesto! Muchas gracias, Erin —concluye dándome un abrazo.

—Pues entonces creo que ya podemos irnos.

Salimos del despacho de Patrick y él me agarra un momento del brazo para que me frene.

—Myra..., danos un minuto. Si no te importa, adelántate tú.

Ella le regala una bonita sonrisa que él le devuelve y cuando ella desaparece de nuestra visión, Patrick vuelve a mirarme de esa manera despectiva que lleva todo el día regalándome y me pregunta:

—¿Y ahora qué narices tienes pensado hacer?

—Ayudarla —contesto secamente.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —inquiere molesto.

—Lo que haga con mi vida no es de tu incumbencia.

Suelta un bufido y aprieta los puños, creo que estoy colmando su paciencia. Pero él también me está exasperando. No puedo contarle cómo voy

a ayudarla exactamente, lo mejor es que me separe de él.

—Le he dicho a Myra que yo también quiero ayudar...

—Quizás puedas pasar algún tiempo con los niños en tus días libres. Puedes coordinar con ella tu tiempo. Estaría muy bien —le digo. Porque eso también se me ha ocurrido a mí. Aunque yo tengo menos tiempo, tengo que seguir con la vigilancia de mis padres y aunque este caso me está tocando mucho el corazón, mi objetivo es la venganza y sé que solo puedo quedarme algún día con ellos. Me parecen unos niños encantadores y no voy a permitir que estén solos ni que vayan a casa desde el colegio sin ningún adulto.

—Claro... —contesta secamente.

—Como ya está todo aclarado, me voy con Myra a ver su casa.

—Puedo acompañaros, mi turno ya ha terminado hace al menos tres horas. Solo estaba esperando a que los niños abandonasen el parque pues estaban a mi cargo —expone un poco contrariado al ver mi actitud.

—No es mi casa..., debes preguntárselo a Myra.

—Así lo haré.

Sin mediar ninguna palabra más, se adelanta y cuando llego yo, ellos dos ya han acordado que irán en el coche de Patrick, puesto que Myra no tiene carné. Yo he venido andando así que muy a mi pesar tengo que ir también con él.

«Me sorprende que hoy no haya venido en su maravillosa moto», me digo mentalmente un poco enfadada al tener que compartir ese rato con él.

—Os acompaño —sentencio al fin.

—¡Yupi, todos juntos! —aplauden Terry y Luke.

Nos montamos en su coche, doy gracias a que es un todoterreno y no un deportivo en el que no entraríamos o estaríamos muy apretados.

Myra le ha dado la dirección, no tardamos ni quince minutos. Ella se ha montado adelante y yo con los niños detrás. He ido charlando con ellos, preguntándoles qué tal les va en el colegio, si tienen muchos amiguitos. Cosas así, evitando así inmiscuirme en la conversación de Patrick y su hermana.

Cuando llegamos, desabrocho sus cinturones, un compañero del parque le ha prestado unas sillas de seguridad y todos nos bajamos del coche siguiendo a Myra. El edificio no es muy antiguo, se trata de una torre de apartamentos que se encuentra en buen estado. No sé por qué, me esperaba algo peor. Según nos vamos adentrando en el mismo, me voy fijando con atención. Es mi trabajo, las paredes están limpias, por lo que parece no es un mal barrio y eso es algo importante, porque al menos si voy a ayudar a estos niños, no quiero

que se críen en un barrio marginal. Al llegar a su apartamento, Myra abre la puerta y debo admitir que me sorprende al verlo tan bien ordenado. Es como si ella hubiera avisado a alguien para que lo tuviera colocado o ella misma hubiera acudido antes a hacerlo. Quiero pensar que no es así. Pero sea como fuere, tengo que admitir que ni siquiera mi apartamento ahora mismo está así de bien.

Los niños dejan sus cosas por el medio y Myra enseguida los reprende.

—¡Niños! ¿Dónde se dejan las cosas?

—Perdón..., es que queríamos enseñar nuestra habitación a Patrick —dice Terry poniendo cara de niña buena.

—Con mayor motivo para dejar las cosas en vuestro cuarto.

Los niños recogen los dibujos y algunas pertenencias que han podido salvar del colegio y se las llevan consigo.

En cuanto me quedo a solas con ella echo un pequeño vistazo al salón, no es muy grande pero lo suficientemente amplio, la cocina está anexa.

—La habitación de mis padres la hemos mantenido intacta. Ellos dos duermen de momento juntos y yo tengo mi propio dormitorio —me comenta—. Hay un aseo y un baño completo. Como ves, la casa no es un lujo pero está en buen estado —concluye haciendo un pequeño tour.

No he visto la habitación de los niños, la veré después cuando me quede un rato con ellos.

—Myra, estás haciendo un trabajo maravilloso. Pero como te dije, tienes que dedicarles más tiempo.

—Lo sé, pero sin dinero esto no se mantiene, Erin... —me dice desesperada.

—Y eso es lo que vamos a conseguir... Ahora mismo yo dispongo de unos dos mil dólares en efectivo que puedo dejarte... —Ella me mira asombrada. Tengo algo más de dinero pero no puedo quedarme sin efectivo de mi cuenta particular. He pensado: seguir desfalcando a mi padre. Al fin y al cabo él es multimillonario, pero tengo que averiguar cómo conseguir el dinero. Porque una cosa es que yo apunte unos gastos a su cuenta en Suiza, tales como el apartamento, el coche y algunas cosas más que van camuflados como costes de su empresa y otra es pasar dinero a unos niños. Eso es una tarea mucho más complicada que tengo que estudiar más seriamente—. Sé que no es mucho dinero, Myra, y no sé nada de tu economía, pero voy a ver cómo podemos conseguir algo más. Me gustaría saber cuál es exactamente tu situación financiera...

Me mira un poco contrariada y al final antes de hablar echa un vistazo a la habitación de sus hermanos.

—Mi padre era jugador y aunque no estoy segura de lo que le voy a decir, creo que su accidente fue provocado. La policía que llevaba el caso lo dio por archivado, pero el novio de una amiga, que trabaja en inteligencia, me dijo que había indicios de que fuera un ajuste de cuentas.

—¿Sabes que el hermano de Patrick es policía? ¿Te gustaría que te ayudara con eso?

—Si te soy sincera, ya me da lo mismo... Ahora solo quiero rehacer mi vida, Erin. Sigo pagando sus prestamos, aunque al fin y al cabo, si tenía alguna deuda a prestamistas o usureros, nadie me ha reclamado nada más. En cualquier caso, suficiente tengo con lo que ya nos dejó.

—Me lo imagino. Te ayudaré..., pero a cambio quiero que pases más tiempo con ellos. Sé que la cantidad que hemos hablado no es mucho, pero te aliviará un poco.

—Es mucho viniendo de una persona desconocida, ¿sabes? —me dice con los ojos húmedos de lágrimas—. Desde que mis padres murieron, solo he tenido ayuda de mi vecina y algunos amigos. Ni siquiera la hermana de mi padre ha querido ayudarnos; es cierto que no teníamos trato alguno con ella. Quizás porque mi padre le robó dinero en el pasado, pero nosotros, sus hijos, no teníamos culpa de ello. Por eso, la ayuda que me estás brindando es como un milagro venido del cielo, Erin. Y tanto como si me das cinco dólares a los dos mil que me has ofrecido, te lo agradeceré de la misma manera, créeme.

Admiro su sinceridad y también su integridad, es increíble cómo en los momentos más difíciles de la vida, hay personas, familia y amigos que te fallan. Es en esos momentos cuando realmente se demuestra quién es tu verdadera familia y tus verdaderos amigos.

Le agarro la mano y sonrío.

—Myra, quiero que confíes en mí. De verdad..., puedes hacerlo con total sinceridad, cualquier problema que te surja con los niños, no dudes en decírmelo. Yo ahora mismo no trabajo pero aunque estoy cuidando a mi abuela enferma —le digo para que mi coartada con mi amiga y el hermano de Patrick sea más creíble— tengo tiempo disponible en el caso de que necesites que me quede en algún momento con tus hermanos.

—Está bien, voy a organizarme un poco, miraré para dejar el trabajo de última hora... aunque necesitamos el dinero, de momento nos apañaremos con los dos mil dólares que nos has ofrecido y después veré como podemos seguir

manteniéndonos.

En ese momento Patrick aparece, los niños parece que siguen jugando en su cuarto.

—Myra, yo también tengo dinero ahorrado, si lo necesitas...

—Los dos sois muy amables, pero tampoco quiero dejaros sin dinero por ayudarme a afrontar mis problemas..., no me conocéis de nada...

—Tranquila, Myra, no voy a darte todos mis ahorros, pero algo sí puedo aportar para que vuestra vida sea un poco mejor. Y también puedo venir a ayudarte con los niños cuando tenga días de descanso.

—Gracias, de verdad a los dos... No sé ni que decir...

Sus lágrimas de nuevo luchan por desprenderse de sus ojos, creo que ella no quiere sentirse tan vulnerable delante de nosotros. Está claro que ahora es como si fuera la madre de esos dos niños y quiere demostrarnos que puede con todo. Pero también tiene que darse cuenta de que es una niña.

—Myra... —se acerca despacio Patrick—. Di que aceptas nuestra ayuda y también un consejo. —Ella asiente totalmente compungida.

—A veces las madres también lloran, no es malo llorar. Y aunque tú no eres la madre de esos niños, eres el alma de esta casa y tienes derecho a derrumbarte a veces..., lo sabes, ¿no?

—Sí..., es solo que no quiero que ellos me vean llorar. Hay días que pienso que no voy a poder con todo...

Patrick la estrecha entre sus brazos y quizás..., solo quizás, sienta una pequeña punzada de celos al ver con la ternura que la trata y cómo la está consolando.

Creo que ahora es el turno que yo les deje un rato a solas y me vaya con los niños, así que eso precisamente es lo que hago.

Terry y Luke me enseñan su habitación y debo reconocer que es de lo más bonita que he visto en mucho tiempo; una parte está decorada en rosa y otra en azul. Cada uno tiene su lado de la habitación con su cama, su escritorio y sus juguetes, es bastante espaciosa y me encanta la idea.

Me cuentan que el director les ha dicho que hasta que no se restablezcan las clases tras el incendio, a lo mejor no irán al cole. Eso sí que es un problema para Myra. Imagino que aún está por decidir, pero los niños ya se están haciendo la idea de no ir a clase. Evidentemente los niños siempre piensan en esas cosas. También me hablan un poco de sus compañeros, sus mejores amigos, me enseñan sus juguetes... cosas de niños. Al cabo de un rato les dejo jugando de nuevo y salgo al salón. Myra está hablando amigablemente

con Patrick y yo incluso les veo algo de complicidad, solo espero que él no caiga tan bajo, le saca al menos trece años. Me parecería muy fuerte que se liara con ella, aunque de un hombre como él se puede esperar cualquier cosa, sobre todo teniendo en cuenta lo que me ha dicho Brenda a grandes rasgos.

—Myra, tus hermanos me han dicho que mañana no tienen colegio — expongo para cortar su complicidad.

—Bueno..., no en su colegio habitual, la profesora me ha indicado que van a reubicarlos. Ella irá a otro colegio muy cercano y será allí donde les den clase, no quieren que a estas alturas del curso les cambien de maestros o de compañeros para no alterar el rendimiento y estabilidad de los niños.

—Es lógico... ¿Te apañarás bien? Si necesitas ayuda, cuenta conmigo.

—Claro... No entro a trabajar hasta las diez. No hay problema, muchas gracias, Erin.

—¡Perfecto, entonces! Yo me voy, estoy agotada. Mañana te llamo y concretamos lo del dinero. Para el resto, hablamos en esta semana.

—Como quieras, Erin. Muchas gracias por todo, de verdad.

—No hay de qué... Estamos en contacto.

Patrick se levanta. No sé si para despedirse de mí. Pero antes de que me vaya, interviene.

—Myra, yo también me voy. Ya sabes lo que hemos hablado... Te llamo esta semana.

—Por supuesto. Gracias también a ti, Patrick.

Él le da un beso en la mejilla, cosa que me molesta soberanamente y no tendría por qué hacerlo.

—Espera, Erin, te llevo a casa.

—No hace falta, cogeré un taxi. Gracias —espeto cortante.

Cuando hemos salido del apartamento de Myra, me agarra suavemente del brazo para frenarme.

—¿Se puede saber qué es lo que te he hecho? —me pregunta exasperado.

—Eso mismo podría yo preguntar. Cuando he llegado al parque estabas cortante. Te molestaba hasta que hubiera ido y solo acudí para ayudar. Si te incomodaba mi presencia habérmelo dicho —contesto malhumorada.

—No..., no es eso...

—Ah, ¿no? —inquiero con los brazos en jarras—. ¿Entonces que era?

—Sinceramente, me molestaron tus palabras del sábado.

—Y a mí tu actitud quedándote en la barra como un simple desconocido, puestos a echar cosas en cara. Que mandes a tu hermanito a la mesa con unas

consumiciones y tú te quedas observando el panorama no me parece de recibo... Pero si a ti te hacía gracia, pues mira qué bien... —le contesto con sinceridad.

—No mandé a mi hermano, fue él por voluntad propia, Erin.

—¿Y tú por qué no fuiste? —inquiero molesta.

—No lo sé... Quizás después de lo sucedido la otra noche no querías verme.

—No pasó nada, dos adultos que se acostaron, ya te lo dije. Pasa muchas veces y no por eso se dejan de hablar si se vuelven a encontrar, ¿o tú lo haces? ¿Te escondes cuando ves a uno de tus ligues por ahí? Porque déjame que te diga que eso me resulta de lo más patético...

—No, no lo hago, pero no sé, Erin... Si quieres que te sea sincero..., contigo... —Se mesa el pelo, hace una pausa. Está nervioso y parece que está pensando o meditando lo que va a decir—. ¡Joder! Tú eres diferente...

—¿Diferente? ¡Eso sí que es bueno! —exclamo exacerbada.

Es que no entiendo nada. Este tío o es tonto o está loco. Aún no le he pillado el punto.

—Verás, Erin, entiéndeme. Para mí tú no eres un ligue cualquiera...

—Pues ahora sí que te entiendo menos. ¿Sabes qué, Patrick? Estoy totalmente agotada. ¡Dejémoslo para otro día! Me voy a casa.

Me mira confuso. Pero creo que es lo mejor... Me parece que esta conversación está derivando en un tema algo complicado, quizás le guste, no lo sé... Y no quiero que me lo diga. Así que antes de que se lance al vacío, prefiero dejarlo estar. Estoy agotada, no he comido nada desde esta mañana, solo el café que tomé en el parque y son casi las nueve de la noche.

—He dicho que yo te acercaba —me indica, creo que bastante cabreado.

—Patrick... de verdad...

Pero cuando salimos del edificio de Myra, mi cuerpo acusa el cansancio y parece que voy a desmayarme. Me mira furioso y al final por no discutir, me monto en su coche y me recuesto en el asiento delantero. El cansancio rápidamente se apodera de mi cuerpo y me quedo dormida.

\*\*\*

Cuando me despierto estoy en una cama, pero no es la mía, ni siquiera sé cómo he llegado aquí. Levanto la sábana y estoy en ropa interior. Doy media vuelta y allí está Patrick. ¿Pero es posible que me haya acostado con él y no

haya sido consciente de nada?

«Puede..., pero te has debido perder un sexo de los buenos», me recrimina mi conciencia.

Y en eso tiene razón, porque desde luego la vez que me acosté con él fue una de las mejores experiencias que he tenido, que no han sido muchas, para qué negarlo.

Le doy un golpe para despertarle, quiero saber lo que he hecho. Ni siquiera he mirado el reloj, pero me importa bien poco la hora que es. Cuando lo compruebo son las dos de la madrugada.

—¡Erin! ¿Estás bien?

—¿Qué demonios hago aquí? ¿Y dónde estoy? —exclamo con dureza.

—¡Tranquila! Estás en mi casa. Te quedaste dormida en el coche y no quise despertarte, parecías cansada...

—Claro..., no quisiste despertarme pero sí quisiste dejarme en ropa interior —le recrimino furiosa.

—Vamos, Erin que la otra noche te vi totalmente desnuda. Solo lo hice para que pudieras dormir más cómoda, no para verte desnuda. Ya sé cómo eres...

—Sí, sí, por supuesto. No había ninguna intención más que dejarme dormir cómoda —le digo con retintín.

—Piensa lo que quieras, pero solamente fue con esa intención.

—Y por supuesto no miraste nada. Solamente me quitaste la ropa y me tapaste, claro..., eres un hombre muy decente.

—Pues para serte sincero, mirar sí miré —expone sin tapujos—. Eres preciosa, así que un rato sí te he observado y mi miembro puede dar fe de ello, pues después he tenido un buen dolor de huevos al tenerte tan cerca y con tan poca ropa...

Sus palabras me dejan sin aliento incluso tengo que admitir que me han excitado. ¡Mierda! No puede decir eso y quedarse como si nada.

—¡Perfecto! Gracias por tu sinceridad, pero deberías haberme llevado a mi casa, no a la tuya.

—Erin..., yo... —No sabe que contestar aunque yo contraataco.

—Tú querías acostarte conmigo, ¿no?

Él enmudece, su cuerpo se tensa y sus ojos azul verdoso se vuelven más intensos, me miran con deseo y, si soy sincera conmigo misma, al verle a él con el torso desnudo y después de lo que me ha dicho, yo también quiero hacerlo.

## Capítulo 8

### *Patrick*

Cuando es tan directa conmigo, cuando me hace esas preguntas, parezco gilipollas, lo sé, pero es que no sé si contestar realmente lo que siento o mentirle, porque mi cabeza me dice que haga una cosa y mi corazón otra. Si le digo la verdad quizás le asuste, no nos conocemos de nada y decirle que me gusta es algo irracional hasta para mí. Mientras que si le hago caso a mi cabeza —cosa que por otra parte creo que es lo más sensato—, le contaría una mentira, aunque también iría en contra de poder conseguir algo más con ella. Estoy totalmente confundido, esto es un jodido caos, y me quedo como un lelo cuando ella me pregunta.

Erin sigue mirándome y es entonces cuando por fin, después de unos segundos que creo que para los dos han resultado mucho más que eso, le contesto armándome de valor:

—Sí, esa era la idea. —Como diría mi difunto padre: «que salga el sol por donde quiera».

Su mirada, con ese azul glacial que hipnotiza y en donde a veces me gustaría perderme para siempre, se hace más intensa y se acerca a mí.

—¿Sabes qué? Si me das bien de comer, quizás lo consigas...

Esas palabras me dejan perplejo. No me lo esperaba. Se ha despertado malhumorada, echándome las cosas en cara y de repente, no sé a que viene ese cambio de humor o qué es lo que lo ha propiciado, pero doy gracias por ello.

—Por supuesto. ¿Y qué es lo que desea la señorita? —contesto intentando animar un poco la cosa.

—¿Qué es lo que tienes? Porque por desear ahora mismo podría pedirte una langosta —indica con guasa.

—¡Qué lástima! Se me han acabado justamente ayer... —digo para seguirle el juego—, pero sí puedo ofrecerte algo de marisco, eso sí, congelado...

—¡No, tranquilo! Aunque debo preguntar, ¿eres buen cocinero?

—Ahora lo averiguarás... ¿Me dejas escoger algo de cenar? Sé que son más de las dos y voy a tardar aún un rato en prepararla, pero merecerá la pena, créeme.

—Bien. Voy a arriesgarme.

Eso me hace dibujar una ancha sonrisa. Me levanto y veo cómo me observa, solo llevo el bóxer y debo reconocer que me gusta que una mujer me mire como lo está haciendo ella ahora mismo, con descaro y sin ningún ápice de vergüenza. Mi cuerpo está bien trabajado y no tiene ni un gramo de grasa, pues aunque mi alimentación a veces no es la adecuada, yo me encargo de quemar los excesos en el gimnasio del parque o saliendo a correr los días que descanso. Ralentizo mis pasos para que se deleite y antes de salir de la habitación me giro y le sonrío.

«¡Eres un descarado!», me recrimina mi conciencia.

Lo sé, tengo que reconocer que a veces tengo el ego bastante subido, pero es que me gusta que una mujer me mire así. Y con Erin me gusta aún más.

Llego a la cocina y comienzo a cocinar la ternera, me lo enseñó mi padre, es a la plancha y antes de que esté en su punto, pongo un queso fuerte por encima, cortado en trozos y las setas que estoy lavando y cortando, a modo de guarnición. Antes de terminar le echo un chorro de vino blanco y dejo que se consuma un poco el alcohol. Cuando estoy terminando de cocinar, ella aparece con una camiseta mía puesta. Debo reconocer que está de lo más sexy.

—La verdad es que no sé que estás cocinando, pero huele de maravilla.

—Es una receta familiar... y el secreto me lo llevaré a la tumba —le digo intentando esconder todas las cosas que le he puesto, le he aplicado un poco de pimienta negra y de albahaca, solo una pizca de ambas especias pues son bastante fuertes.

—En ese caso tendré que probarla. Soy buena reconociendo sabores.

—Entonces no se hable más.

Ni siquiera nos vamos al salón, nos sentamos en la mesa de la cocina con dos salvamanteles que ella misma coloca tras habérselo indicado, con los platos, vasos, cubiertos y las servilletas.

Todo está listo, por lo que no me demoro más y sirvo la humeante comida en los platos. Cuando ella comienza a degustarlo, yo la observo, pues ni siquiera he empezado, a la espera de su reacción.

—¡Mmm! ¡Madre mía! ¡Esto está delicioso, Patrick! —comenta aún masticando—. Lo siento... —dice tapándose la boca a continuación al percatarse de ello.

—Tranquila, no pasa nada. Lo importante es que te gusta. Los modales sobran —comento reprimiendo una sonrisa.

—¡En serio, está delicioso! Nunca había probado una carne a la plancha

tan exquisita. Está en su punto, jugosa pero a la vez con un buen sabor, no reconozco las especias, son fuertes pero confieren un sabor estupendo. El queso es potente, pero a la vez no es de esos que con un pedazo te llenan..., no sé como explicarlo... Y las setas a la plancha están deliciosas... Todo en conjunción hacen del plato un succulento manjar. ¡Me encanta!

—Me alegro mucho que te guste —digo con sinceridad.

Yo comienzo a comer una vez que ella ha dado su visto bueno, y lo hago con rapidez, si soy sincero lo hago tan precipitado porque quiero que ella cumpla su trato, aunque lo degusta sin prisa, no sé si porque realmente se está deleitando con su sabor o simplemente porque al verme a mí comer rápido ha detectado mi estrategia y está ralentizando al máximo el tiempo para fastidiarme o... ¿se habrá arrepentido?

Concluyo mi comida y la miro impaciente, chocando mis dedos contra la mesa. Ella me mira y en lugar de comer más deprisa, parece ralentizarse aún más, cosa que me exaspera. Así que comienzo a recoger mi plato y la cocina. Al cabo de unos minutos, deposita el plato en el fregadero.

—Gracias, estaba muy bueno. Estoy llenísima...

—Me alegro que te haya gustado. Ahora será mejor volver a la cama —le digo con doble intención.

—Ahora no podría quedarme dormida ni aunque tuviera mucho sueño con todo lo que he comido.

—¿Quién ha dicho que vayamos a dormir? —inquiero arriesgándome al fin—. Si mal no recuerdo antes has dicho que si te daba bien de comer quizás consiguiera acostarme contigo. Creo que he cumplido mi parte y por lo que me has dicho, con nota —concluyo arrogante.

—Vaya, vaya. Lo de con nota lo has dicho tú... —comenta poniendo los brazos en jarras.

Pero ya estoy cansado de este juego absurdo, la deseo y no voy a perder más el tiempo así que me acerco a ella, la agarro de la cintura y la atraigo hacia mí. En un primer momento parece haberle pillado por sorpresa y noto que está tensa, pero cuando mis manos se cuelan por debajo de la camiseta, acariciando lentamente su cintura, parece relajarse.

—Si no quieres que ocurra, dímelo —susurro en su oído y después mordisqueo el lóbulo de su oreja.

—Patrick..., aquí no...

Es cierto, estamos aún en la cocina y aunque debo reconocer que no tengo ningún problema en empotrarla contra la encimera o la pared —es más, el solo

hecho de imaginármelo ha subido mi excitación más de diez grados—, si ella no quiere hacerlo de esa forma, lo respetaré. Yo solo deseo hacerla mía y la postura o el lugar me importan bien poco.

—¿Dónde? —le pregunto.

Voy a dejar que sea ella quien elija esta vez.

—En tu cama. ¿Por qué preguntas eso? —inquire confusa.

—Porque existen muchos más sitios donde el sexo puede ser muy satisfactorio sin tener que ser una cama. ¿Nunca lo has experimentado? —pregunto un poco confundido.

—Soy muy clásica y no me gustan las posturas incómodas.

Me sorprende, la tomaba por una mujer moderna y que me diga eso me resulta un poco extraño. Aunque es cierto que no todas las mujeres están dispuestas a un sexo salvaje.

—Como quieras... —le digo aún asombrado.

La cojo en brazos, de nuevo sorprendiéndola y la llevo hasta mi habitación depositándola en la cama. Me tumbo a su lado y levantando la camiseta acaricio de nuevo su vientre. Su piel es tersa y sé que estoy provocando alguna sensación, pues comienza a removerse. Mis manos van ascendiendo poco a poco hasta llegar a sus pechos. Me deshago de su camiseta y a continuación del sujetador y mi boca comienza un reguero de besos desde su cuello, descendiendo poco a poco hasta sus pechos, mordisqueándolos y lamiéndolos para así aumentar su excitación, que ya comienza a ser latente. Puedo notarlo por los pequeños sonidos de placer que salen de su boca. Mis manos descienden de nuevo poco a poco hasta su sexo, pero ella me frena y no entiendo muy bien el motivo.

—Patrick, no... —susurra sin apenas voz.

Imagino que no le apetece así que sigo acariciándola y asciendo mi mano a sus pechos de nuevo. Cuando su cuerpo parece estar encendido, le quito la diminuta tela que recubre su sexo, me deshago de mis bóxers y cojo de la mesita un preservativo. Me lo pongo rápidamente y me adentro en ella. Puedo sentir cómo su cuerpo tiembla al notarme dentro y yo siento una corriente solo con esa embestida, creo que será rápido. Intento no comenzar muy deprisa mis acometidas, pero ella me demanda más y las sensaciones que tengo en mi ser también, así que aumento aún más mis movimientos hasta que sus jadeos se hacen más intensos, su cuerpo se tensa, me muerde el cuello y sé que ha llegado al clímax. Entonces yo sigo, embistiéndola con todas mis fuerzas y con dos empellones más, alcanzo un orgasmo que me deja totalmente extasiado.

Cuando todo termina me tumbo un poco encima de ella, pero sin hacerle daño. Siento los latidos de su corazón aún acelerados, igual que los míos. El azul de sus ojos es tan intenso que me recuerda al mar en calma. Al cabo de unos segundos, cuando nuestros corazones recobran su ritmo normal, salgo de ella, retiro el preservativo y me tumbo a su lado. Ambos estamos en silencio, los dos perdidos en nuestros propios pensamientos. El mío no es otro que ella.

—¿Estás bien? —le pregunto al cabo de un rato.

—Sí, por supuesto. Un poco cansada. ¿Te importa que me quede aquí esta noche?

—Claro. Esta es tu casa.

—Gracias. Si no te molesta voy a intentar dormir un poco más, estoy agotada.

—Descansa, Erin —le digo dándole un beso en los labios, cosa que parece sorprenderle.

Se da media vuelta y al cabo de un rato creo que se queda dormida. Yo en cambio tardo mucho más tiempo en conciliar el sueño. Tenerla tan cerca, lo que hemos compartido y, qué demonios, estar los dos desnudos, no me ayuda en nada.

Me despierto desconcertado al cabo de un rato cuando escucho a Erin, de nuevo creo que está teniendo una pesadilla. Esta vez me paro un momento a escucharla, quiero saber qué es lo que dice para intentar entender qué es lo que ocurre:

—¡No me obligues a hacer eso, Randy! ¡Por favor! ¡Te lo suplico! —gime.

Parece estar sufriendo de verdad y cuando no dice nada más y solo se mueve de un lado a otro, decido que tengo que despertarla. No quiero que sufra más. No sé quién es ese tal Randy, pero me encantaría saberlo y desde luego averiguar qué es lo que le hizo, porque he dormido dos veces con ella y las dos ha tenido una pesadilla, no creo que sea casualidad.

—¡Erin, despierta! —susurro en su oído. No quiero que se despierte más alterada y tampoco asustarla.

—¿Qué ocurre? —me pregunta confusa, parpadeando con fuerza, sobresaltada.

—Estabas teniendo una pesadilla. Hablabas de un tal Randy.

Su semblante cambia al oír el nombre y se levanta de la cama como un resorte.

—Erin... —susurro acariciando su brazo—, tranquila... No sé lo que te

hizo ese tipo, pero puedes contármelo, puedes confiar en mí.

—No sé de qué me estás hablando —espeta enfadada—. Habrá sido un mal sueño, no conozco a nadie que se llame Randy.

—No te creo, hemos dormido dos veces juntos y las dos tuviste pesadillas, me temo que se trata de algo que te ha sucedido en el pasado.

—Patrick, ¡déjalo! Además creo que me voy a ir a casa. Será lo mejor...

—Son las seis de la mañana —le digo para intentar que entre en razón—. No creo que sea una buena opción deambular a estas horas por las calles de Los Ángeles. Una mujer sola...

—Te recuerdo que he dado clases de defensa personal y karate.

—Claro, sí, ya me quedo más tranquilo —le digo con retintín.

—Además, lo que me pase no es de tu incumbencia. Solo nos hemos acostado dos veces, tú y yo no somos ni pareja ni amigos —expone dañina y eso hace que me hierva la sangre.

—¡Perfecto! Haz lo que te plazca, Erin, ya eres mayorcita.

—Por supuesto, no eres mi padre.

Sale de la cama, totalmente desnuda, y aunque estoy muy enfadado no puedo evitar admirar su cuerpo. Coge la ropa interior que está en el suelo y se la coloca despacio. Creo que es consciente de que la estoy observando y está ralentizando sus movimientos para ponerme cachondo; realmente lo está consiguiendo, pero si algo soy es orgulloso y después de lo que ha hecho, aunque me muera de ganas de cogerla y meterla de nuevo en mi cama, no lo haré.

Después, cuando ya ha finalizado con la ropa interior, se termina de vestir con la misma lentitud, finalizando su atuendo con el calzado y sale de la habitación sin decir nada. Yo tampoco me he molestado en soltar ni media palabra. Ambos somos orgullosos y si algo tengo claro que es que ella no es mujer para mí, por mucho que me empeñe en ello. A los dos días nos tiraríamos los trastos a la cabeza. Tenemos unos temperamentos fuertes y chocaríamos a la mínima. Así que esto es lo mejor que me ha podido pasar. Que se marche de esa manera y olvidarme de una vez por todas.

Cuando oigo el portazo suspiro, me tumbo en la cama e intento conciliar el sueño, pero ya no lo consigo. Así que me incorporo, me doy una ducha y me dirijo a la cocina, preparo café y después mando un mensaje a mi hermano. Sé que no son horas pero tengo que preguntarle algo. Sé que esta noche trabajaba y salía a las siete así que estará despierto.

*Hola, hermanito, te invito a café, tú traes el bizcocho. En mi casa a las ocho.*

La contestación no se hace esperar.

*Hola, Patrick, que gracioso estás, si te ha salido un pareado y todo. ¿Has pillado esta noche? Allí estaré.*

Decido no contestarle. Me conoce bien. Aunque de humor, lo que se dice de humor, no estoy, pero tengo que preguntarle algo sobre Erin.

«¿Pero tú no te ibas a olvidar de ella?», inquiera mi conciencia.

«Sí, pero antes necesito saber si mi hermano sabe algo sobre ese tal Randy», me contesto.

Y la verdad es que tengo que intentar averiguar qué es lo que la tiene tan traumatizada, porque aunque ella diga que es solo un mal sueño, sé que esas pesadillas son parte de su pasado. Cuando le he preguntado por ese hombre su semblante ha cambiado y ha puesto cara de pánico.

Hago tiempo mientras tanto, ojeando algo en la tele, pero no hay nada interesante. Ya llevo dos cafés cuando mi hermano llega con un pedazo de bizcocho de una de las pastelerías que más me gustan. En el fondo, aunque a veces nos provoquemos un poco, debo admitir que mi hermano se preocupa genuinamente por mí. Creo que siente que ahora es su turno, después del tiempo en el que yo lo hice por él cuando era pequeño.

—Buenos días, capullo, aquí tiene el señorito su bizcocho; que conste que me debes cinco pavos.

—Buenos días, hermanito. Valeeee, pago yo.

Preparo más café y nos sentamos a degustarlo en silencio junto con el bizcocho. Cuando hemos finalizado, él, que ya me conoce, me dice:

—¿Qué es lo que quieres saber de esa mujer?

Su pregunta me pilló por sorpresa, sabía que suponía que le llamaba para algo, pero no me esperaba ser tan predecible.

—¿No puedo llamar a mi hermano para tomar un café? —inquiero para despistar.

—Vamos, Patrick, que no he nacido ayer... Soy tu hermano y tu mejor amigo. Apenas has dormido y estoy seguro de que has tenido sexo con ella, fue al parque, había tensión sexual entre vosotros, blanco y en botella... Pero algo ha fallado..., de lo contrario no me hubieras llamado a estas horas... Dime qué es lo que quieres saber y acabamos de una vez. Te juro que he tenido una

noche muy movidita.

—¡Esta bien! Tienes razón, me he acostado con Erin y de nuevo ha tenido una pesadilla, como la otra vez. Pero antes de que pudiera despertarla, la oí decir: «No me obligues a hacer eso, Randy». Cuando le he preguntado quién era, puso cara de pánico y solo me dio evasivas. Me gustaría saber quién es ese tipo.

—¿Estás seguro de que dijo ese nombre? —pregunta mi hermano un poco confuso.

—Sí, muy seguro. ¿Por qué me lo preguntas?

—Trae tu ordenador, pero si mal no recuerdo, el hijo de Tim Wise, el supuesto hermano de Erin, se llama Randy.

—¿De verdad?

—Sabes que tengo muy buena memoria; a no ser que esta noche se me hayan fundido las neuronas, yo diría que sí.

Mi hermano teclea en mi ordenador y comprobamos que, efectivamente, no se ha equivocado. Randy Wise es el hijo de Tim Wise, el productor de cine y el hermano de Erin.

—¡Joder! ¿Y qué es lo que le haría hacer su hermano? —inquiero enfadado. Ahora más que nunca no voy a dejar de investigar esto.

—No lo sé, ya sabes que de niños pueden hacer muchas trastadas, quizás atemorizar a otros niños o incluso darles una paliza, o... —dice mi hermano pero no termina.

—¿Tu crees que ambos mataron a alguien? —pregunto pensando lo peor. Algo así podría traumatizar a cualquiera.

—No lo sé. Es posible... Ya sabes que los ricos son gente muy retorcida —comenta de manera vaga—, en caso de cometer un crimen pueden tapanlo todo a golpe de talonario y no me extrañaría que Randy Wise pudiera ser de esos tipos que hacen cosas malas que sus padres se encargan de limpiar. Su expediente no está precisamente en blanco. Lo han detenido en varias ocasiones por consumo de drogas, sus vecinos se han quejado de fiestas a altas horas de la madrugada y allí había de todo. Le han pillado en varios locales de prostitutas cuando ha habido redadas. El tipo es un figura, pero papaíto siempre se encarga de sacarle de todos esos sitios porque tiene mucho dinero e influencias... Así que no me extrañaría nada que hubiera pasado una cosa así y que su hermano le obligara a hacer algo que ella no quisiera. —Le miro asombrado. No sé cómo sabe tanto de este tipo. Quizás le investigara cuando yo le pedí información de Erin. Desde luego, mi hermano es un gran

profesional—. Si ese es el caso, explicaría por qué ella huyó y finge no tener nada que ver con esa familia. Pero el remordimiento siempre queda en alguien decente, y de ahí sus pesadillas. Erin no se parece a su hermano, al menos el tiempo que yo estuve con ella me pareció una persona sensata, pero tú la conoces mejor que yo.

—Yo no es que la conozca demasiado, pero no da el perfil de una asesina... Aunque a veces nos equivocamos con las personas. No pondría la mano en el fuego, por si acaso.

—Lo que no consigo comprender es por qué ha vuelto —interviene mi hermano confuso.

—Hoy le comenté a Myra, la hermana de los pequeños del incendio, que había vuelto a Los Ángeles para encargarse de su abuela, que estaba enferma.

—Claro, eso es una buena explicación. Y por eso no se ha puesto en contacto con sus padres... No obstante, hermanito..., si quieres que te dé un consejo, deberías olvidarte de ella.

—Creo que será lo mejor.

Terminamos el desayuno, mi hermano se marcha y yo decido acostarme. Hoy no trabajo hasta esta tarde, así que me pasaré toda la mañana en la cama.

## *Capítulo 9*

### *Erin*

Ni siquiera sé en qué estaba pensando cuando decidí volver a quedarme en su casa a dormir. Soy estúpida, rematadamente estúpida, porque ya no ha sido el hecho de tener una pesadilla como la primera vez, sino que hoy he mencionado a mi hermano. ¿Y si le da por investigar?

«Joder, ¿por qué narices tenías que quedarte a su lado?», me recrimino mentalmente.

Pensé que, como había dormido unas horas y no me había despertado ni tenido ninguna pesadilla, podía volver a quedarme sin que aparecieran; pero no, de nuevo ha sido así.

«De nada sirve arrepentirte», me digo.

Y eso es cierto, ha pasado y lo único que puedo hacer es no volver a verlo. Porque aunque el sexo con él es muy gratificante, ahora ya esto se ha complicado. Tengo que centrarme, aunque con todo el tema de Myra, Terry y Luke ahora tenemos también eso en común. Espero no tener que encontrarme con él cuando vaya a visitarles. Me aseguraré de que así sea.

Cuando he salido de su casa, he llamado un taxi; la ciudad está casi dormida, así que he llegado a mi apartamento en diez minutos, me he desvestido y me he duchado. Necesitaba borrar su olor y los restos de lo que hemos compartido. No es que no me gustara, pero quiero olvidarme de él. Como es temprano, me tumbo en la cama, pero no consigo conciliar el sueño. Así que me preparo un café y me siento a contemplar las vistas desde mi edificio y el amanecer. Realmente es espectacular y casi se ve la costa al fondo. A las ocho salgo en dirección a la casa de mis padres. Mi madre hoy tiene rodaje, y aunque no saldrá hasta las nueve, quiero cerciorarme de su horario. Mi padre siempre la acompaña, a no ser que tenga un acontecimiento. Como ya sabía, a la hora exacta, el coche que conduce el chofer sale de la vivienda. Está tintado, pero estoy segura de que saldrá con mis padres en el interior. Pero entonces, a continuación sale otro vehículo, cosa que me despista por completo y dudo cuál seguir. Decido, esta vez, seguir al segundo. El primero estoy segura será el de mi madre y la ruta ya me la sé de memoria, pero el segundo no sé cuál será y me pica la curiosidad.

Conduzco a una distancia prudencial hasta Santa Mónica y tras media hora, el coche estaciona al lado de otro vehículo menos lujoso. Es mi padre quien se baja y comienza a hablar con otro hombre. Yo sigo a una distancia prudencial, pero enciendo mi cámara y empiezo a fotografiar. Después le mandaré las fotos a Manson, sé que no debería, pero él me ayudará. No le he dicho mis verdaderos motivos, solo le he dicho que voy a chantajear a mis padres y que necesito pruebas. Sigo observando y sacando imágenes de todo. Al principio ambos charlan amistosamente pero después parece que la conversación se sube de tono y mi padre agarra al otro tipo de la chaqueta; después le empuja. No sé de qué va el tema, pero jamás pensé que mi padre se pusiera así con alguien y que él mismo se manchara las manos de esa manera.

El tipo parece insultarle y después se monta en el coche; mi padre, antes de hacer lo mismo, coge el móvil y hace una llamada. No presagio nada bueno. Anoto la matrícula del vehículo contrario y de inmediato llamo a Manson.

—Hola, preciosa, ¿qué tal por Los Ángeles? —me pregunta con esa voz ronca y agradable propia de él.

—Hola, Manson. Bien. Ya sabes... Te llamo para que me hagas un par de favores. Si te meto en un aprieto...

—Tranquila, dime qué necesitas.

—Te mando una matrícula y ahora te paso unas fotos de mi padre con un tipo. Son del dueño del vehículo. No me huelen nada bien. Mi padre tuvo una reunión con ese tipo y la cosa se puso fea. Mi padre a continuación hizo una llamada. Creo que el tipo puede estar en peligro. Sabes que mi padre es un hombre poderoso...

—Lo tendré en cuenta, Erin. Te diré algo en cuanto pueda y ten cuidado.

—Sabes que lo tendré. Gracias por tu ayuda. Cuídate tu también.

—No te preocupes por mí, mala hierba nunca muere... —dice con guasa.

—Te quiero, amigo.

—Y yo a ti.

Cuelgo el teléfono y me pongo de nuevo en camino siguiendo al coche donde se ha montado mi padre, que se dirige a los estudios donde mi madre estará grabando. Algo trama mi padre, estoy segura, y no sé qué puede ser. Nunca pensé que mi padre fuera de esas personas tan sucias. Pero después de lo que me pasó y de las cosas que he ido descubriendo de mi hermano durante todos estos años, me he dado cuenta de la clase de persona que es. Cuando era pequeña admiraba a mis padres, ahora solo siento una gran repulsa hacia ellos. Sobre todo hacia él. A mi madre la veo como una marioneta en sus

manos, una mujer maleable a su antojo que solo desea la fama a cambio de cualquier cosa.

Espero pacientemente y al cabo de hora y media les veo salir a los dos, tan acaramelados como siempre, o eso aparentan delante de la prensa, pues aunque a veces no me lo crea, mi madre sigue despertando el interés de varios fotógrafos y algunas revistas para ser noticia allá donde va. No sé si es algo natural por su carisma o es mi padre el que se encarga de pagar para que así sea, no lo tengo muy claro; sea como fuera, la prensa siempre está cuando sale de un rodaje y ellos dos salen siempre como si fueran la pareja del año.

Se montan en un solo coche y se marchan en dirección a uno de los mejores restaurantes de Los Ángeles. Allí comen en una mesa reservada. Es un lugar exclusivo donde solo la élite de la ciudad tiene acceso, así que no tengo forma de entrar para espiarles más de cerca. Aunque pudiera hacerlo, sería muy arriesgado. Espero pacientemente su salida y de nuevo les sigo. Regresan a casa y no vuelven a salir en todo el día. A las nueve de la noche, soy yo la que pongo fin a esta vigilancia para regresar a mi apartamento. Apenas he comido, solo un pequeño sándwich que ya llevaba preparado.

Me doy una ducha y decido llamar a Kate, porque estoy segura de que si no, ella me llamará a mí.

—¡Amiga! ¡Qué ganas tenía de escuchar tu voz! Hace dos días que no te veo y ya te echo de menos. ¿Cómo va todo? ¿Qué tal tu abuela?

—Hola, Kate, yo también tenía ganas de hablar contigo. Las cosas siguen igual con mi abuela. Sigue pachucha, pero la mujer es una campeona y está aguantando bien. Y yo... bueno, como siempre.

—¿Sí? ¿No has vuelto a ver a Patrick?

Dudo por un momento si contarle lo sucedido, eso conllevaría contarle lo de la pesadilla o mentirle, y ahora mismo no se me ocurre nada, tengo la cabeza algo saturada, pero tengo que contarle lo de Myra, Terry y Luke. Bastantes mentiras le estoy diciendo ya, al menos quiero que una parte sea verdad o nuestra relación acabará siendo una completa farsa, y no deseo eso.

—Sí, le vi ayer. Fui a su parque, hubo un gran incendio en colegio cercano y dijeron que habían llevado a los niños sanos a los parques de bomberos. Acudí en cuanto me enteré para ver si necesitaban mi ayuda.

—Ya... —me interrumpe mi amiga—. Y de paso veías al guaperas.

—Vamos, Kate, que esa no era la intención. Solo fui con la idea de ayudar.

—¡Ja! Vete con el cuento a otra —dice risueña.

Mi amiga tiene toda la razón. Fui con la idea de ayudar, sí, pero de paso veía a Patrick... y ahora que lo dice, se me está ocurriendo la excusa perfecta de por qué me fui de su casa: lo que me contó su ex.

—Vale..., lo que tú quieras pensar. El caso es que los niños viven con su hermana de solo veintidós años. Tiene tres trabajos y un poco desatendidos a sus hermanos...

—¿Están en una situación de abandono?

—Yo no lo llamaría así. Su casa estaba impoluta, los niños quieren mucho a su hermana y son muy listos. Es solo que la muchacha ha heredado una carga familiar muy grande, deudas y además dos hermanos de seis años... Necesita ayuda...

—Quizás que sus hermanos se vayan con una familia de acogida sea la ayuda que necesite.

—No para ellos, créeme.

—Erin..., ¿desde cuando te has vuelto tan sentimental? Hay que ser razonables, más en este trabajo.

—Lo sé, pero te recuerdo que yo trabajo en San Francisco, no en Los Ángeles.

—Tu deber es llamar a servicios sociales, entonces.

—Kate... Voy a darles una oportunidad. Voy a ayudarles económicamente y durante mi estancia aquí tenderles una mano, también Patrick va a hacerlo. Creo que pueden salir adelante.

—No sé..., creo que os estáis equivocando, pero me fiaré de tu criterio. Y ahora, cambiando de tema, ¿qué pasó con tu bombero? —inquire curiosa.

—El caso es que después de eso yo estaba agotada, no había comido y me quedé dormida en su coche. Él me llevó a su apartamento, me dejó en ropa interior y me acostó en su cama.

—Vaya, vaya..., esto se pone interesante —expone mi amiga.

—Me desperté y, al verme desorientada y de aquella guisa, me enfadé. Cuando le pedí explicaciones fue de lo más sincero y a la vez bastante excitante, si supieras las cosas que me dijo... así que le propuse que, si me daba de cenar y la cena estaba buena, quizás tendría sexo con él.

—Y evidentemente te preparó una buena cena... —adivina mi amiga.

—Una de las mejores que he probado en mucho tiempo.

Kate se echa a reír.

—¿Sabes que te digo, amiga? Cuando regrese a Los Ángeles voy a proponer matrimonio a ese hombre, porque estoy segura de que no te has

casado ni te vas a casar tú con él.

—Estás en lo cierto, nos hemos acostado, pero después, cuando me he despertado, me he ido. En el parque, una de las sanitarias me dijo que era un mujeriego. Que estuvo con ella un tiempo y que la engañó. A mí no me gustan los hombres así.

—Vamos, Erin..., ¿y crees a esa mujer, que lo más seguro es que haya visto algo entre vosotros y se mueve por los celos?

—No lo sé, pero ahora mismo no estoy para relaciones... Tengo a mi abuela enferma, tengo que centrarme en cuidarla. No puedo tener la mente ocupada en un hombre y descuidar mis quehaceres.

—En eso te doy la razón, pero también tienes que disfrutar, amiga. La vida solo se vive una vez y como sigas así, cuando te des cuenta serás una «viejastrona» y estarás sola. Y no digo nada de gatos porque sé que no te gustan.

—Vamos, Kate, no digas tonterías. Es solo que ahora mismo no necesito una relación seria, y menos en Los Ángeles. Sabes que estoy de paso aquí, no puedo comprometerme con un hombre, ¿y luego qué?

—¿Por qué? Los Ángeles es tu ciudad natal. No sé por qué no quieres volver allí.

—Sabes que no me trae buenos recuerdos —le digo sin explicarle mucho más.

Ella sabe que no me llevo bien con mi familia, eso se lo he contado a grandes rasgos, pero nada más que eso.

—Lo sé, cielo, pero ya no es la ciudad... a veces, si una persona nos importa, nos sacrificamos.

—Sí, pero este no es el caso. Patrick no me importa. Es un hombre guapo, no niego que es buen amante, pero nada más. Los dos somos como polos opuestos. Lo nuestro no funcionaría.

—Cariño..., los polos opuestos se atraen —dice con una pequeña risita tonta.

—Eso es una chorrada de adolescentes, Kate, todo el mundo sabe que los polos opuestos son eso: opuestos.

—Vamos, Erin. No seas así. Hoy estás negativa, pero verás como la próxima vez que lo veas vuelves a sentir esa atracción hacia él. Es muy guapo y cualquier mujer en su sano juicio caería rendida a sus pies.

—No lo niego, pero yo no busco un hombre perfecto, Kate —concluyo molesta.

Tengo que reconocer que Patrick es un hombre diez: guapo, con un cuerpo perfecto, unos ojos preciosos y cuando no se mete en mis asuntos, su carácter es cariñoso. Incluso me gusta el tira y afloja de esta noche, cuando hemos estado jugando después de la cena. Pero cuando me he despertado y me ha preguntado por Randy, eso no me ha gustado y más cuando ha querido saber más sobre mi pesadilla. Él no es nadie para indagar en mi pasado.

«Quizás solo se estaba preocupando por ti», me increpa mi conciencia.

Pero no le hago caso, porque me molesta que realmente sea así. Solo hay dos personas en este mundo que se preocupen por mí: Manson y Kate, y ellos son mis amigos. Patrick no lo es, y no entiendo muy bien por qué tendría que preocuparse si apenas nos conocemos.

«¿A lo mejor porque le gustas?», vuelve a la carga de nuevo.

«¡No! No lo creo», la respondo.

No puedo gustarle si apenas nos conocemos. Puede haber una atracción física, eso no lo niego. Yo también lo siento cuando estoy cerca de él. Mi cuerpo a veces me traiciona, pero no creo que yo pueda gustarle de una forma amorosa si solo nos hemos visto tres veces y una de ellas fue para salvarme.

¡No! Me niego a creerlo.

—¡Erin! ¿Sigues ahí? —me pregunta mi amiga al otro lado del teléfono.

Creo que me he quedado absorta en mis pensamientos y no la he hecho caso.

—Sí, perdona, estaba perdida en mis pensamientos.

—Ya..., ya lo sé. He estado hablando contigo y no me has hecho ni caso. Te decía que a veces aunque no quieras, el amor surge sin darnos cuenta... Así que no cierres las puertas al amor, amiga mía. Y ahora tengo que colgarte. Te quiero.

—Y yo también a ti.

Me quedo mirando el teléfono un momento, pensativa. Yo no es que cierre las puertas al amor, es que nunca se las he abierto. Por eso es muy difícil que se las cierre.

Cuando estoy dispuesta a tumbarme en la cama para dormirme, Manson me llama. Ya no contaba con tener noticias suyas a estas horas.

—Hola, amigo. ¿Cómo me llamas tan tarde?

—Lo siento, Erin, las cosas se han complicado. Pero tengo noticias...

—¿Ah, sí? —me incorporo de la cama de un salto.

—Sí, aunque no creo que te gusten demasiado. El tipo con el que tu padre discutía, se llama Harry Stone. Era un mafioso de poca monta.

—¿Era? —pregunto confusa.

—Sí, hace un par de horas ha sido encontrado muerto en su casa de una sobredosis.

—¡Joder, Manson! Esto es obra de mi padre. Estoy segura.

—No tienes pruebas... —me dice con voz de cansancio.

—Tengo las fotos, le agarra de la camisa. ¿Eso podría valer ante un tribunal?

—No lo creo, estoy seguro de que tu padre tendrá coartada.

—¿A que hora dices que ha sido su muerte? —pregunto para calcular la hora exacta.

—Las ocho y media.

—¡Mierda! Estaba en casa —comento resignada. Mi padre personalmente no ha podido ser a menos que haya salido de la casa por alguna puerta trasera y sin vehículo.

—Si tu padre es el responsable, cuando hizo esa llamada es seguro que ordenó su muerte, no digo que no. Pero será muy difícil aseverar que es él el culpable. Erin, es un hombre inteligente y poderoso, no vas a poder demostrar que fuera él quien lo hizo.

—¿Y has averiguado qué relación tenía ese hombre con mi padre? —inquiero enfadada.

No me puedo creer que le haya mandado asesinar, pero es seguro que tendría algún trapo sucio que destapar. Menudo sinvergüenza está hecho mi padre. Sabía que era mala gente, pero no le creía capaz de asesinar a alguien. Ahora me doy cuenta que es capaz de todo...

—En principio, no. Harry Stone se dedicaba a extorsionar a la gente además de traficar en pequeña escala. O bien tenía algo que ver con tu hermano, cosa que es lo más factible conociendo su historial de drogas, o bien tenía algún trapo sucio sobre tu familia. Me decanto por lo primero. Tu hermano, como bien sabes, es un adicto; no creo que se haya rehabilitado en todos estos años. Es más, me consta que ha ido a más. Es seguro que Harry tenía algo sucio de él y además puede que incluso fuera su proveedor. Aunque todo esto son elucubraciones mías, ya sabes que hace años que no estoy en Los Ángeles, tendría que llamar a algunas personas para investigar a fondo.

—No..., déjalo estar. Creo que es mejor que no levantemos sospechas.

—Erin..., no me has dicho la verdad... ¿Cuál es tu verdadero motivo para ir a Los Ángeles?

—Ya te dije que voy a chantajear a mi padre. Necesito dinero, Manson —

digo secamente.

—Tu padre es un hombre peligroso... Ya has visto cómo se las gasta. ¿Crees que es lo más apropiado? —me pregunta con preocupación.

Creo que sospecha algo pero no puedo decirle la verdad. Sé que Manson es un buen amigo y aunque Kate siempre me dice que él siente algo más por mí yo siempre se lo desmiento. Manson tiene doce años más que yo, para mí es como un padre, yo nunca podría sentir atracción por él. Me ayudó a superar mi adicción al alcohol cuando me mudé a San Francisco, es mi padrino. Kate no lo ve así; además, hace poco Manson dejó a su mujer y ella piensa que esa ruptura fue exclusivamente por mí. Creo que mi amiga se monta a veces unas películas increíbles ella sola y ve fantasmas donde no los hay, la verdad. Manson nunca me ha mostrado signos de atracción hacia mí, simplemente creo que soy como una hija para él y me trata como tal.

—Lo sé, Manson, pero tengo que vengarme de ellos, se lo merecen... — le digo enfadada recordando todo el mal que me hicieron.

—Vale..., pero ve con cuidado y cualquier cosa que necesites avísame. ¿De acuerdo?

—Claro, ya lo sabes.

—Buenas noches, preciosa, descansa. Mañana hablamos. Y, sobre todo, no te dejes ver por tu padre.

—Buenas noches, Manson. Tranquilo, soy bastante precavida y cautelosa, no te preocupes —le respondo con sinceridad porque así es como lo hago todos los días.

Cuelgo el teléfono y me quedo pensativa, ¿y si fuera cierto lo que Kate piensa?

Niego rápidamente con la cabeza, no puede ser. Él es un hombre honesto, jamás se enamoraría de mí.

Me tumbo de nuevo y dejo que el cansancio se apodere de mí, aunque me cuesta conciliar el sueño y, cómo no, en mitad de la noche un sueño perturbador hace que me despierte desorientada y sudorosa. Randy ocupa de nuevo mis pesadillas. ¡Cuánto desearía que no fuera así! Pero tengo el remedio perfecto para que todo este sufrimiento acabe. Solo tengo que dar con el lugar y el momento adecuados y matarlo. Así esta pesadilla interminable llegará de una vez a su fin. Aunque por ahora tengo que seguir mi plan, Randy está reservado para el final. A él le espera una muerte dura y sangrienta. Se lo merece.

## Capítulo 10

### Patrick

Han pasado un par de días y todo parece más tranquilo en el parque. Hoy he quedado con Myra por la mañana, pues ella descansaba en su trabajo. Las cosas han vuelto a su cauce. A los niños les han reubicado hasta que su colegio vuelva a estar operativo y ella ha recibido el dinero que Erin le prometió. También me ha comentado que va a intentar ayudarle con más dinero de manera mensual, pero que tiene que ver cómo lo predispone. No sé qué es lo que hará. Imagino que se tratará de dinero de su abuela y que tendrá que disponerlo de alguna manera con su familia, será un tema delicado.

Yo también tengo algo de dinero ahorrado y también me he ofrecido a cedérselo, pero Myra me dice que de momento no quiere. Que ya se siente mal por aceptar el de Erin. Casi me siento ofendido por que ha rechazado el mío y ha aceptado el suyo, la verdad. Pero al final puedo llegar a comprender que ella se lo ofreció primero. Tras degustar un café y quedar en ocuparme mañana por la tarde de sus hermanos, me despido, menos molesto.

Al pensar en Erin no puedo dejar de darle vueltas al tema de su hermano y todo lo que puede llegar a esconder su familia. Mañana tengo el día libre y aunque he quedado por la tarde con Myra, he tomado una decisión: voy a seguir a Erin.

El día transcurre con normalidad pero, al salir del parque, mi hermano me espera.

—Hermanito, ¿tomamos unas cervezas? Mañana no trabajas...

—Lo sé, pero voy a madrugar —le digo sin querer darle más explicaciones.

—¿Y eso? ¿Vas a ir de pesca sin mí? —me pregunta un tanto airado.

—No, tengo cosas que hacer —le respondo secamente.

—Vamos, Patrick... ¿Qué cosas? ¿No tendrán que ver con esa mujer?

—No —espeto rápidamente.

Pero a él no le puedo engañar.

—Hermanito..., no sabes mentir. Te tiembla la ceja. ¿Qué demonios vas a hacer?

Finalmente, suelto un largo suspiro y decido contarle la verdad.

—He decidido que voy a seguirla. Ver dónde está su abuela, averiguar algo más sobre su vida. A Myra, la muchacha hermana de los dos niños que salvamos el otro día le ha dicho que va a intentarle asignarle una atribución al mes. No sé si va a hablar con su abuela o qué va a hacer. Tampoco me cuadra que una asistente social con un salario normal viva en un apartamento tan lujoso en Los Ángeles. Llevo dándole vueltas toda la semana, Larry... Hay algo que se nos escapa.

—¡Joder, Patrick! ¿Y por qué narices no te puedes limitar a olvidarla como quedamos? Es una más en tu lista de mujeres con las que te has acostado. Y con esta has repetido. Punto y se acabó. Es que no logro entender la absurda fijación que tienes con ella. Es una mentirosa, te ha engañado desde el primer momento diciéndote que no tenía nada que ver con el productor de cine cuando es su hija y, aún así, sigues queriendo saber más de ella... No lo entiendo, tú odias las mentiras...

—Lo sé, Larry, tienes toda la razón. Pero hay algo en ella, llámalo intuición o simplemente una extraña fijación que me hace querer seguir investigando y llegar hasta el final de este asunto. Sé que no está siendo sincera, pero algo me dice que si lo está ocultado es por miedo...

—No sé..., creo que te vas a arrepentir y al final me darás la razón, como con Brenda —expone mi hermano un poco enfadado.

Quizás, pero no estoy dispuesto a echarme atrás. También es verdad que me gusta, pero cuando tiene esas pesadillas tan inquietantes, me destroza el alma.

Quiero saber la verdad y aunque puede que al final descubra que mi hermano tenía razón —como suele ser habitual cuando me aconseja en materia de mujeres— quiero comprobarlo por mí mismo.

—Es posible, pero déjame averiguarlo.

—Está bien, tú mismo. Pero estoy seguro de que un día te diré: «ya te lo advertí», como en otras ocasiones. Y créeme me voy a quedar más ancho que largo cuando lo haga.

—De acuerdo, y entonces yo tendré que darte la razón y unas palmadas en la espalda en señal de aceptación —concluyo.

—¿Entonces no hay cervezas? —inquire, creo que cambiando de tema.

—Solo un par. Mañana voy a ir temprano a su casa.

Él niega como queriéndome decir que no tengo remedio y nos dirigimos al bar de siempre. Algunos compañeros están tomándose algo. Pero decido que es mejor no unirse a ellos, porque si no estoy seguro de que no serían solo

dos. Cuando concluyo las dos cervezas, me marchó. Larry ha decidido quedarse.

Me voy a casa, ceno algo rápido y me acuesto, no sin antes programar la alarma a las seis de la mañana. Quizás es un poco temprano, pero prefiero ser precavido. No sé cuál es su horario.

Apenas pego ojo y cuando el despertador me devuelve a la realidad, dudo por un momento si poner en marcha mi plan, estoy totalmente agotado.

Suspiro y cuento hasta tres, me levanto pesaroso y me doy una ducha para activar mi cuerpo. Me preparo un café bien cargado y me dirijo al edificio donde vive Erin. Entonces caigo en la cuenta de que no conozco su coche. Espero al menos que no tenga los cristales tintados para verla salir del edificio.

Son las ocho de la mañana y llevo más de una hora esperando, han salido varios vehículos pero ni rastro de ella, y empiezo a desesperarme. Doy gracias a que he preparado un termo de café, voy dando sorbos de vez en cuando y eso calma un poco el cansancio y también hace que mis nervios se relajen. A las nueve de la mañana, veo un utilitario salir; consigo centrar mi vista hacia el conductor y me percató de que es ella. Arranco el motor y la sigo a una distancia prudencial.

Durante un rato, poco más de una hora, la sigo hasta Beverly Hills. Me sorprende al descubrir que estaciona su vehículo sin entrar en ningún lugar, enfrente de una lujosa casa. Copio la dirección del GPS y se la mando a mi hermano para ver qué averigua, aunque no me contesta. Imagino que estará durmiendo. Maldigo por no haberle sacado del bar conmigo temprano, ahora mismo necesitaría que me ayudara y me diera alguna pista de dónde estamos.

Pero pasan los minutos y finalmente parece haber movimiento en la vivienda: persianas que se suben, ventanas que se abren..., ella saca una cámara con un gran objetivo y comienza a tomar fotos.

«Eso es vigilar con profesionalidad y no lo que tú estás haciendo», me increpa mi conciencia.

Y tiene toda la razón, no sé de quién será esta mansión, pero desde luego Erin viene de lo más preparada para espiar a la gente que vive dentro. En cambio yo solo he traído el móvil, que por cierto ayer no cargué y tiene menos de la mitad de batería. Soy un desastre, un absoluto estúpido por no venir preparado para la ocasión..., aunque a mi favor diré que no esperaba tener que vigilarla de esta manera.

Ella en cambio parece toda una profesional y se ve a la legua que no es la

primera vez que lo hace. Sigue clicando el interruptor de su cámara tomando fotos. Ni siquiera sé qué está fotografiando porque desde mi posición — bastante más alejada que ella de la vivienda— apenas puedo ver nada. Transcurrida una hora aproximadamente, las puertas principales se abren. Ella deja la cámara con rapidez en el asiento del copiloto y pone en marcha el motor. Yo hago lo mismo, tengo que seguir a Erin. Ahora más que nunca tengo que averiguar a quién persigue y por qué.

Seguimos al vehículo hasta un centro comercial. Cuando estacionamos, del mismo sale una mujer de unos cincuenta y tantos, máximo sesenta, pero muy bien conservada. Es morena y elegante y va con un hombre que parece ser su guardaespaldas, pues va trajeado y no hace más que vigilar todo a su alrededor. Este se pone a su lado izquierdo y la acompaña a la entrada del centro comercial. Erin tarda un poco en salir del vehículo, imagino que intentando dar un poco de margen para que no la descubran. Yo hago lo mismo, porque ante todo ella es la que más me concierne. Aunque si soy sincero, la mujer a la que sigue también me crea cierto interés.

Dentro del centro comercial decido hacer una foto a la mujer lo más cerca posible y también se la mando a mi hermano. Aún no me ha contestado sobre lo de la ubicación, pero quiero averiguar de quién se trata, no me importa esperar.

La mujer está mirando las tiendas más exclusivas. El lugar donde vivía, cómo viste y el hecho de que lleve a un guardaespaldas no deja mucho espacio a la duda; es claramente una señora muy adinerada.

Erin le sigue los pasos de cerca pero a una distancia prudencial; se ha puesto las gafas de sol, imagino que para que la mujer a la que persigue no la reconozca.

La verdad, esto comienza a ser exasperante pues la buena señora no deja de entrar a cada tienda. Al cabo de hora y media, lleva un par de bolsas nada más y ha entrado ya en seis o siete tiendas, ya he perdido la cuenta.

¡Mujeres y compras!

Pero un giro inesperado de la susodicha, dándose la vuelta en la última tienda, hace que yo tengan que realizar un movimiento desesperado para evitar que Erin sea descubierta. Me adelanto con rapidez y paso a gran velocidad a su lado, golpeando su bolso a propósito para despistarla y que no se fije en Erin sino en mí.

—¡Discúlpeme, señora! Iba totalmente distraído con el móvil y no la he visto. Si es que van a ser ciertos los estudios que dicen que los móviles cada

día nos hacen más adictos y estúpidos. De verdad que lo siento... ¿Me permitiría que la invitara a un café para compensarla? —inquiero y veo que Erin me ha descubierto. Me mira con furia, al igual que el guardaespaldas que no me quita ojo. Quizás porque piense que voy a robar o algo por el estilo.

—No, tranquilo caballero. Está usted disculpado, muy amable por su parte. Además, es grato saber que no ha chocado conmigo a propósito para conseguir un autógrafo.

—Lo siento..., yo..., no sé quién es usted. Si le digo lo contrario, mentiría...

—¡Oh! ¡Vaya! Eso sí que acaba de bajar mi ego totalmente —expone la mujer poniéndose la mano en la boca, parece ofendida.

—Lo lamento, soy bastante despistado, pero no se ofenda... Es una mujer preciosa, estoy seguro de que tendrá miles de fans locos por usted...

—Gracias, para su información le diré que soy Keshla Wise: modelo, actriz y esposa del productor Tom Wise —dice de manera muy teatral, como si fuera la mismísima Rita Hayworth.

—¡Santo cielo! Es usted toda una eminencia, un placer conocerla —concluyo cogiendo su mano y besándola, consciente de que es lo que está buscando.

—El placer es mío, caballero y ahora si me disculpa tengo muchas cosas que hacer... Espero que la próxima vez que nos veamos, se acuerde de mí.

—Créame, no me olvidaré jamás de usted.

—Eso espero.

Se despide de mí con una reverencia y se marcha. Erin no tarda en acercarse cuando se cerciora de que su madre ya no está al alcance.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —inquiere totalmente enervada. Su cara está roja como un tomate.

—Dando un paseo... —le miento.

—¡No digas tonterías! ¿Me estás siguiendo? —pregunta furiosa.

—¡¿Yo?! ¿Por qué habría de hacerlo? —persisto en mi mentira.

—Vamos, Patrick..., justo eso es lo que estabas haciendo. Esa mujer estaba a punto de darse la vuelta y me hubiera visto, por eso has intervenido, para evitar que me viera.

—¿Y? ¿Qué habría pasado entonces?

—Que me habría descubierto, y por eso me has salvado.

—Si tú lo dices... —contesto con arrogancia.

—No quiero que intercedas por mí ni que te metas en mis asuntos. Solo yo

soy responsable de mis actos, no necesito que me salves como el día del ascensor o aquella noche en el bar, con ese borracho. Déjame en paz, ya soy mayorcita.

—Vamos, Erin. ¿Y por qué la sigues? Dime...

—No es de tu incumbencia. Ya te he dicho que no quiero que te metas en mi vida.

—¿Sabes lo que pienso? Que eres su hija. Ella me ha dicho que se llama Keshla Wise, qué casualidad, ¿verdad?

—Es un apellido muy común. Esa mujer no es mi madre —niega tajante.

—¡Ah! Vale... ¿Y quién es entonces? —inquiero malhumorado. Quiero que me diga la verdad, pero no parece querer hacerlo.

—Mi madre es otra persona que no está aquí —responde enfadada. Puedo verlo en su cara, pero estoy cansado de que me mienta. No sé que pasó con su familia, si no quiere arreglarlo a mí no me importa, pero sí quiero que me cuente la verdad porque esto es de lo más estresante.

—Mira, Erin, si hay algo que no tolero y que me resulta muy desagradable es que la gente me mienta. Y menos aún que la gente se crea que me la está colando. Ya no es que me mientas, es que encima te crees que me puedes engañar aun cuando sé a ciencia cierta que lo que intentas corroborar es falso.

—Cree lo que quieras... Es mi vida y, como te he dicho, no quiero que te inmiscuyas en ella. No tienes derecho. Debes respetarlo.

—Perfecto, pero lo que no quiero es que tu mierda salpique en mi trabajo, a mis amigos y sobre todo a Myra y sus hermanos. ¿Me has entendido? Porque entonces te juro que tomaré cartas en el asunto. Sabes que mi hermano es policía y puedo mandarle investigar este tema de una vez por todas.

Ella no dice nada e intenta localizar a su madre, pero ve cómo baja las escaleras metálicas en dirección al garaje.

—Creo que se van... —le digo con sarcasmo.

—¡Perfecto!

—¿Ya no sigues a mamaíta? —pregunto con malicia.

—¡Déjalo! No tienes ni idea de nada, es más fácil juzgar las cosas por las apariencias... —replica enfadada.

—Pues cuéntamelo. ¿Cómo quieres que lo juzgue de otro modo si te niegas a darme tu versión? —le pido.

Me gustaría conocer cuál es el problema, que me hable de sus pesadillas, que me explique por qué hoy ha hecho eso, pero si no me dice nada, no puedo comprenderlo.

—No puedo, de verdad Patrick... —me dice molesta.

—De acuerdo. Que te vaya bien el día —concluyo.

Me alejo, dejándola con la palabra en la boca, y bajo por las mismas escaleras mecánicas por las que desapareció su madre. Salgo del centro comercial y vuelvo a casa.

Cuando llego a mi apartamento, totalmente exasperado, me llama mi hermano.

—Buenos días, hermanito. Que sepas que no llegará la sangre al río porque suelo tener el móvil en modo avión, pero si no llega a ser así y me llegan los mensajes a la hora a la que los has enviado, ¡te mato!

Suelto una carcajada y le saludo.

—Buenos días, Larry, no seas exagerado. ¿Has averiguado algo? Porque la mujer es la madre de Erin.

—Luego te envío lo que tenga, cuando vaya a trabajar. Perfecto, entonces imagino que esa será la casa familiar, pero te lo corroboraré en cuanto pueda.

—Perfecto, lo esperaré como agua de mayo...

—Patrick, deberías alejarte de ella, porque esto se complica cada vez más y cuanto más te implique, peor parado vas a salir, créeme. Que siga a su propia madre no me da buena espina.

—Te prometo que voy a tener cuidado —le aseguro.

—Más te vale, esa familia es bastante extraña.

—Si tú lo dices...

—Créeme que lo que vi el primer día me pareció muy raro y ahora, por lo que me estás diciendo, creo que es mejor alejarte de ella, solo te traerá problemas.

—Lo intentaré, ahora voy a ver si descanso un poco —concluyo cambiando de tema. No quiero seguir hablando de lo mismo. Pero él parece tener otra opinión.

—Claro, hermanito, y tú lo que tienes que hacer es centrarte y olvidarte de una vez por todas de ella. Hay muchas mujeres preciosas que estoy seguro de que en cuanto te conozcan no querrán acostarse con otro hombre.

—No quiero nada serio, Larry.

—¿Ah, no? ¿Y con Erin, qué buscas?

—No sé cómo explicarlo, con ella siento una atracción muy fuerte... Llámalo deseo, pasión o quizás...

—¿Amor? —inquire confuso.

—¡No! Es muy pronto para esa palabra, pero me siento atraído por ella,

Larry. Sé que quizás es precipitado, pero así es como me siento.

—No sé, hermanito. Sigo pensando que deberías olvidarte. Pero como no me vas a hacer caso, voy a centrarme en que descubras rápidamente lo que necesites y pases página.

—Gracias, Larry, por ayudarme. Te quiero, hermano.

—Y yo a ti.

Cuelgo el teléfono y me tumbo en el sofá, donde el sueño me alcanza rápidamente.

# Capítulo 11

## Erin

Que Patrick me pillara infraganti ha sido como si me descubrieran en una joyería robando un diamante, y lo peor de todo es que sabe la verdad. No sé cómo demonios lo ha descubierto, pero lo sabe.

«Bueno, no hay que ser muy listo, tu madre se ha presentado con su nombre y apellidos y él solo ha tenido que atar cabos», me dicta mi conciencia.

Y en eso tiene razón, porque yo nunca he pensado en cambiarme el apellido. Quizás si lo hubiera hecho ahora no tendría que esconderme de nada, pero no pensé que tendría este problema, que nadie me pondría entre la espada y la pared o que me reprocharía algo así. Pero ya está hecho y lo único que puedo hacer es evitar los encuentros con Patrick.

Llego a casa tras lo ocurrido. Hoy he decidido que no voy a seguir con mi vigilancia. Me tumbo un rato y después ojeo las noticias sobre mi familia. Siempre estoy al tanto sobre los acontecimientos que les rodean y me entero de que este viernes hay un evento en el que participan como patrocinadores. Un homenaje al cine en el que mi padre dará el discurso de apertura y mi madre, cómo no, dará una pequeña charla en base a su experiencia profesional. Está claro que algo ha tenido que ver padre en su participación, no me cabe ninguna duda.

Durante un rato medito si es buena idea asistir. Llevo poco más de dos semanas en la ciudad, había pensado que mi reencuentro con ellos fuera más tarde, pero quizás lo que ha pasado hoy es una señal para que dé ese gran paso: volver a verlos y que ellos se enteren de que he regresado. Al menos que sepan que la niñata tonta y asustada que se fue de Los Ángeles ya no existe. Ahora soy otra persona que está dispuesta a todo. Que busca venganza —bueno, realmente eso no lo van a saber hasta que ya sea demasiado tarde y me ensañe con ellos—, pero por el momento quiero que me vean, que sepan que ya no queda nada de esa chica que se fue hace cinco años, asustada, perdida y, sobre todo, con una gran adicción al alcohol.

«¡Sí, está decidido: voy a presentarme allí!», me mentalizo.

«Tu hermano también estará», me recuerda mi conciencia.

«Lo sé..., pero estoy preparada para volver a verlo», me repito.

Eso creo, porque no quiero demostrar debilidad, sobre todo después de lo que he trabajado durante estos años en psicólogos, en las terapias de Alcohólicos Anónimos e incluso con Manson.

El resto del día no hago más que dar vueltas al tema del evento y si es buena idea acudir. Al final llego a la conclusión de que tengo que hacerlo, aunque para ello tendré que comprar un vestido a la altura de las circunstancias —eso sí, financiado con el dinero de mi padre, para eso me he hecho una tarjeta de crédito a mi nombre con cargo a los gastos de su cuenta secreta en Suiza—, pero eso será durante la semana; el día de hoy ha sido agotador y prefiero acostarme temprano para no pensar en lo que acontecerá el próximo viernes.

Durante el resto de la semana me dedico a estar atenta a todas las noticias. Les vigilo muy de cerca y el jueves, con el tiempo justo, me voy a una de las tiendas más exclusivas de Los Ángeles a comprar un vestido acorde con el evento. No escatimo en gastos, al fin y al cabo, no pago yo, así que me importa bien poco el dinero que me cueste.

El vestido es de tirantes finos y escote en V, gris plata, con lentejuelas hasta los pies y con la espalda al aire, y una abertura hasta casi las nalgas. Me queda perfecto, o eso me dice la dependienta cuando salgo del probador.

—Señorita, está espectacular. Parece que lo han diseñado especialmente para usted... —me indica con una amplia sonrisa y una labia que dejaría satisfecha a cualquier clienta. Evidentemente, yo no soy habitual, pero cuando me miro al espejo tengo que admitir que me gusta lo que veo.

—Muchas gracias. La verdad es que es muy elegante y me sienta bien, me gusta... —le digo con sinceridad mientras sigo admirándome en el espejo.

Creo que jamás he lucido algo tan elegante, ni siquiera el día del baile de fin de curso. Me siento incluso intimidada al parecer tan distinguida. Pienso que si hubiera seguido al lado de mi familia estaría acostumbrada a lucir estos vestidos, pero no, no es mi estilo, creo que nunca lo será porque mis raíces están muertas desde hace mucho tiempo.

—Señorita..., ¿está bien? —me pregunta la dependienta al ver que me he quedado abstraída mirándome al espejo.

—Lo siento..., había recordado algo —me disculpo.

—Seguramente el baile de graduación, ¿verdad? Todas nos sentimos princesas ese día... —comenta, haciéndome pensar, aunque aquella noche para mí no fue realmente especial—. Déjeme que le diga que, aunque no sé

cómo fue esa noche, está usted preciosa y llamará la atención de la mayoría del ámbito masculino.

—Gracias... Creo que voy a llevármelo.

—Una gran elección, sin duda.

Entro al probador para quitármelo y, después de preparármelo en una fina caja junto con unas sandalias a juego, abono la cantidad desorbitante y me voy a casa.

Ya está todo preparado, solo queda esperar a que llegue mañana. No puedo más que pensar en el momento de ver la cara de mi familia cuando me vean regresar.

Esa noche apenas pego ojo, los nervios y la ansiedad me hacen estar agitada y cuando llega la hora de comenzar a prepararme empiezo a dudar. Doy gracias por haber hablado esta mañana con Manson para contarle todo lo que pensaba hacer, me ha apoyado e infundido las fuerzas necesarias para seguir adelante.

Me doy una ducha, me seco el pelo y al mirarme al espejo decido que, como siempre lo llevo liso, hoy voy a rizármelo. Dispongo de unas tenacillas así que, poco a poco, voy cogiendo los mechones y aplicando el calor para que se moldeen. Después de casi una hora mi pelo se ha ondulado; no es el mismo efecto que el de una peluquería, pero me gusta. Lo recojo un poco, dejando varios mechones sueltos por detrás para no dejar la espalda totalmente desnuda, y también dejo dos mechones cerca de la cara. Después me maquillo un poco, lo suficiente para disimular mis marcadas ojeras y las líneas de expresión. Por último, una vez finalizado el maquillaje, me miro al espejo. De momento he conseguido que mi cara y mi pelo tengan el aspecto deseado, ahora falta el vestido. Primero me coloco una ropa interior sexy. Siempre he pensado que la ropa interior caracteriza a la mujer. Me decanto por un sujetador de corpiño, sin tirantes, de encaje, con relleno, pues no tengo lo que se dice un pecho muy prominente y debo admitir que este vestido exige un poco más de lo que yo poseo. Es de color negro, a conjunto con su tanga. No es que me guste usar este tipo de prenda cuando llevo vestido, pero estoy segura de que con esta ropa tan ajustada, cualquier otro tipo de braguita se marcará mucho más y no quedará demasiado bien.

Me coloco el vestido y, tal como había pronosticado, la ropa interior hace que se ajuste perfectamente mi cuerpo. Tal y como dijo la chica, parece haberse diseñado para mí.

Me calzo los zapatos, me aplico un poco de perfume, me pongo una

pulsera que me regaló Kate, cojo el bolso donde deposito el móvil, la cartera y las llaves y, mientras el ascensor va bajando, llamo a un taxi. No tengo que esperar demasiado, solo cinco minutos. Le indico la dirección y en veinte minutos estoy en la puerta del hotel donde se va a celebrar el evento. Las limusinas y todos los vehículos de los famosos están agolpados en la puerta, por lo que le indico al taxista que me deje un poco más adelante. No quiero llamar la atención: primero, porque no estoy invitada; y segundo, porque nadie me conoce, al menos, no después de tanto tiempo. Ni siquiera he pensado cómo voy a entrar, pero si no consigo hacerlo sin pasar desapercibida optaré por decir la verdad: que soy la hija de Tom Wise.

No me gustaría comenzar así mi noche; estoy segura de que los de seguridad se pondrían en contacto con mi padre o mi hermano y me descubrirían antes de tiempo, pero si no hay otra forma de entrar, lo haré.

Durante unos minutos después de bajar del taxi, observo la entrada. Va a ser imposible entrar sin ningún tipo de acreditación o sin ser famoso, pues los de seguridad están comprobando al máximo la identidad de cada una de las personas que acuden. No obstante, yo voy acercándome poco a poco, intentando lo imposible. Y justo cuando uno de los actores más famosos de Hollywood hace su aparición provocando un revuelo generalizado entre el público, una de las personas fuera de las vallas intenta acosarle y los guardias de seguridad tienen que apartar a la mujer. Aprovecho el momento y me acerco a un caballero que viene solo al que parecen haber tomado la acreditación, pegándome a él.

—¡Madre mía, qué desesperada está la gente! ¿Verdad?

Los guardias, en medio de la confusión y al comprobar que ya han acreditado al hombre, nos dan paso y yo suspiro.

—La verdad es que sí, señorita. ¿Nos conocemos?

—No, pero ha sido un placer conversar con usted, luego nos vemos.

—El placer ha sido mío —concluye confuso.

Suelto el aire contenido. La jugada me ha salido redonda, es como si hubiera contratado yo a esa mujer para despistar a los guardias, y nada más lejos, la verdad.

Cuando me adentro en el salón del evento, todo es majestuoso: grandes lámparas de araña, una ostentosa decoración, gente muy elegantemente vestida y, cómo no, mi madre en mitad de la sala, con su voz resonando por encima de todos. No podía ser de otra manera. Siempre queriendo ser el centro de atención, porque incluso cuando éramos pequeños y estábamos enfermos,

siempre tenía que llamar la atención de mi padre para obtener más cariño. Nunca entendí muy bien el porqué de su actitud. Después localizo a mi padre charlando con algunos hombres, como siempre con su aspecto altanero y seguro de sí mismo, vestido con un esmoquin muy elegante. No deja ver al verdadero hombre que se esconde detrás de toda esa palabrería: falso, traidor y mordaz. Al que no consigo ver por ninguna parte es a Randy, mi hermano. Por más que miro de un lado a otro, no lo encuentro, y casi respiro tranquila. Imagino que llegará, como siempre, tarde. Es su estilo.

Tras hacer un repaso visual de la sala, de los invitados y la localización de mis padres, decido acudir a la barra: necesito algo para beber y, aunque deseo con todas mis fuerzas una copa, tomaré algo sin alcohol.

En cuanto me acerco, una voz conocida me sorprende.

—Vaya..., no te esperaba aquí.

Me giro rápidamente. Se trata de Patrick, está muy guapo. Viste un traje gris plateado con camisa blanca y una corbata gris oscura. Realmente está imponente. No sé ni qué decirle, me he quedado impactada.

Al ver que no reacciono, vuelve a la carga.

—¿Te han invitado tus papaitos? —pregunta sarcástico.

—Patrick..., por favor... —le imploro—. No sabes nada de mi pasado. ¿Y tú qué haces aquí? —inquiero igual de irónica.

—Bueno..., tengo mis contactos. Tengo un amigo en los Lakers. Además, tenía que comprobar si estabas aquí y, fíjate por donde, no me he equivocado. Dime, ¿a qué has venido, Erin?

—No es el momento...

Los dos nos quedamos mirándonos. Parece un duelo de titanes, hasta que el camarero nos interrumpe.

—¿Qué van a tomar los señores?

—Para mí algo sin alcohol; un refresco, mismamente —le indico. Veo a Patrick enarcar las cejas.

—Yo tomaré una copa de vino.

—¿No bebes alcohol? —me pregunta confuso.

—No —le respondo tajante.

—Vaya..., las veces que te vi con las cervezas... Yo pensé...

—A veces no podemos juzgar a la gente por las apariencias —replico.

Cuando va a decir algo, el camarero nos sirve las consumiciones. Cojo mi refresco y voy a deshacerme de su compañía, pero mi madre se acerca a nosotros.

—¡Vaya, vaya! Pero mira a quién tenemos aquí..., la hija pródiga —dice con sarcasmo. Le dedico una de mis peores miradas, pero ella no se amilana, como siempre—. ¿Y usted? ¡Qué casualidad!

—Señora Wise, ¡qué alegría volver a verla! Pero, Erin, no me habías dicho que tu madre era la mismísima Keshla Wise. El otro día tuve el placer de conocerla. Es más, choqué con ella mientras iba wasapeando contigo, cariño... —dice Patrick agarrándome por la cintura. No sé por qué está haciendo esto y aún no tengo claro si quiero seguirle el juego, pero de momento no digo ni hago nada.

—Erin..., ¿desde cuándo estás en la ciudad? ¿Estáis juntos? —pregunta atropelladamente.

—Madre..., no es asunto suyo. ¿Acaso me ha llamado durante estos cinco años? ¿Se ha interesado por mi vida en todo este tiempo? —le reprocho con chulería.

—Hija, creo que no es el momento... —dice al ver que la conversación está subiendo de tono y algunos de los asistentes nos miran con atención.

—Es usted la que ha empezado recriminándome las cosas... Ya no soy una niña y no voy a callarme nada —digo amenazante y con segundas intenciones.

Ella me mira desafiante, creo que ha entendido a la perfección la indirecta.

—Ya hablaremos más detenidamente. Ahora me esperan para hablar en el evento.

Se marcha y me deja totalmente enfadada.

—¿Por qué has dicho lo de cariño y me has agarrado de la cintura? —le pregunto alterada.

—No sé, pero no quería que pensara que el otro día me choqué con ella por ti... Es lo primero que se me ha venido a la cabeza. Lo siento.

Mi padre sube al atril y da el discurso de apertura del evento. Como siempre, habla del cine, del trabajo de productor y de lo mucho que se ha sacrificado por esta ciudad y por hacerse un hueco en el mundo cinematográfico —me río yo de eso; siempre se ha movido impulsado por el dinero y los enchufismos—. Después da las gracias a todos los directores, actores y al resto de compañeros de profesión y da paso a su mujer para que hable.

Todo el mundo aplaude, mi madre habla a continuación de lo difícil que es hacerse un hueco en el mundo del cine, de que gracias a su esposo ella ha

podido triunfar en él —en eso no le quito razón, si no llega a ser por él aún seguiría siendo una mediocre de los pies a la cabeza—. A continuación, habla de los jóvenes talentos y, sobre todo, del sacrificio que supone competir día a día con esas mujeres jóvenes dispuestas a todo —eso no lo entiendo, creo que hay que dar una oportunidad a la gente joven—. Se oyen murmullos de gente criticando esa valoración, pero mi madre tiene un gran afán de protagonismo y le molesta haber perdido la opción a los grandes papeles incluso en las películas que produce mi padre. Finaliza el discurso y es evidente que los aplausos no son igual que los que han dedicado a mi padre. El discurso no ha sido correcto para nada. Pero ella es así: una mujer que tiene que llamar la atención allí donde va.

—Tu madre ha estado sembrada —dice Patrick con ironía.

—Ella es así... No la conoces bien.

—Ya veo, ya...

En cuanto se disipan un poco los cuchicheos, mi padre se acerca a mí. No parece tan a la defensiva como mi madre, pero sé que solo es el papel que va a interpretar. Además, Patrick no se ha separado de mí ni un minuto y estoy segura de que mi madre ya le ha puesto al corriente de la situación.

—Cariño..., ¡qué alegría tenerte de vuelta! —dice acercándose y dándome dos besos, cosa que me pilla totalmente desprevenida y los recibo con desagrado—. Por lo que me ha dicho mi esposa, usted debe ser ese hombre que el otro día chocó con ella y no la conocía; le causó una gran impresión, ciertamente. Vino un poco aturdida. Me contó que fue muy gentil con ella.

—Buenas noches, padre... —respondo yo escuetamente.

—Un placer conocerle, Tom Wise —dice Patrick estrechando su mano—. Es usted toda una eminencia en el cine.

—Bueno, bueno..., no se crea todo lo que dicen de mí. Ya sabe cómo es esto. Soy un hombre normal y corriente, ¿verdad, hija? —dice mirándome con ironía.

—Claro, padre... —respondo igual de sarcástica.

—Hija, ¿cuándo has regresado a Los Ángeles? —me pregunta de una manera más cordial, pero igual de aturdido que mi madre.

Voy a ser sincera con ellos, no tengo nada que esconder. Patrick me mira expectante.

—Hace un par de semanas.

—¡Oh! Vaya... Me apena que no nos hayas llamado antes, pero imagino

que habrás estado muy atareada, porque tienes un chico de lo más guapo.

—Bueno..., la verdad es que me tiene muy ocupada, sí —digo agarrándole esta vez yo del brazo, mirándole a los ojos y regalándole una de mis mejores sonrisas.

—Pero, ¿a quién tenemos aquí?! —escucho su voz chillona y enseguida me tenso. Creo que Patrick lo ha notado, porque me agarra de la cintura y me atrae hacia él—. ¡Mi querida hermanita! —exclama Randy con la voz pastosa.

—Hijo..., no deberías haber venido —dice mi padre al ver su estado.

—¿Y perderme el regreso de mi hermana? ¡Qué va! ¡Erin, dame un abrazo! ¡Ven aquí!

Pero yo no me muevo del sitio. Es más, me aferro a Patrick y agarro la mano que me sujeta por la cintura. Creo que nota mi nerviosismo, porque él me estrecha con fuerza. Mi padre parece notar la tensión de mi cuerpo y se da cuenta de que no he dicho nada.

—¡Vaya! Tú debes de ser Randy. Yo soy Patrick, el novio de Erin —comenta.

—¿El novio de Erin? —cuestiona con desdén—. ¿Tú tienes novio, hermanita?

—¿Acaso te importa? —le pregunto sacando las fuerzas para enfrentarme de una vez por todas.

—No, hermanita, pero no te veía capaz de ello. Eres una mujer solitaria —comenta, y le miro con todo el odio y rencor contenido de estos años.

Juro que la venganza va a ser dolorosa, aunque me cueste la vida. Pero va a sufrir.

—No sé por qué dices eso... Mi chica es una mujer maravillosa, sociable y amiga de sus amigos —expone Patrick y la verdad le agradezco lo que está diciendo aunque no sea verdad.

—Sí..., seguro —dice y suelta una sonora carcajada.

—¡Ya está bien, Randy! Deja a tu hermana en paz y haz el favor de abandonar la sala, has bebido demasiado y no dices más que sandeces.

Mi hermano se marcha.

—Lo lamento, Erin, ya sabes cómo es tu hermano... —se disculpa mi padre, pero sí, desgraciadamente, ya sé cómo es y siempre le defiende como en el pasado—. Patrick, discúlpale. Mi hijo lleva unos días complicados con el trabajo.

—Claro..., a veces el trabajo nos estresa demasiado.

—Exactamente. Gracias. Ahora voy a ocuparme de mis invitados. Erin,

hija, llámame y tomamos algo estos días.

—Por supuesto —miento.

—Un placer conocerle, Patrick —le dice estrechando de nuevo su mano.

—El placer es mío.

Cuando mi padre se marcha, suelto el aire contenido. Pensé que estaba preparada para enfrentarme a Randy, pero nada más lejos de la realidad: sigue siendo un cretino y un sinvergüenza y al oír su voz he revivido el pasado.

—¿Estás bien? —me pregunta Patrick al cabo de unos segundos.

—Sí, gracias por todo. Creo que voy a salir a tomar un poco el aire.

—¿Quieres que te acompañe?

—Prefiero estar sola, pero gracias.

—Como quieras...

Salgo por una puerta a una terraza y por fin me permito respirar tranquila. Creo que todo esto no ha sido una buena idea, pero ya está hecho, no hay vuelta atrás, y me ha servido para aprender que tengo que alejarme de ellos y poner en marcha rápidamente mi plan. Aunque ahora no sé cómo empezar a actuar teniendo a Patrick tan cerca y conociendo la verdad. No esperaba verlo aquí y aunque me ha ayudado, también ha desbaratado todo por lo que había luchado.

Estoy tan absorta en mis propios pensamientos que no veo que de nuevo se acerca mi hermano hasta aborardarme.

—Hermanita..., ¡estás aquí! —exclama. Mi cuerpo tiembla de nuevo. No quiero tener que enfrentarme a él, pero tengo que sacar el valor necesario para hacerlo.

—¿Qué quieres, Randy?

—¿En serio que ese es tu novio?

—Pues claro, es bombero. De los mejores.

—Vamos, Erin... ¿por qué él? —pregunta y me agarra de los brazos.

—Suéltame, Randy —le digo sin mucha convicción.

—Yo... —va a seguir, pero Patrick aparece.

—Cariño, te estaba buscando, no sabía dónde te habías metido... Randy, pensé que te habías marchado —dice tranquilo, pero veo tensión en su cuerpo, pues me coge del brazo tirando suavemente de mí para separarme de él, cosa que agradezco gratamente—. Creo que deberías marcharte. Voy a llamarte a un taxi.

—No hace falta, bombero, estoy perfectamente.

—Como quieras, pero si te para la policía no digas que me conoces, haz

el favor... No quiero decir a mi hermano que estabas totalmente borracho y que te lo advertí. Créeme que lo haré. Cariño, nosotros también nos vamos, creo que esta fiesta está siendo ya un poco cargante.

Él le mira contrariado, Patrick le devuelve la mirada, altanero, y yo vuelvo a aferrarme a su cuerpo, donde me encuentro en paz. Me dejo hacer y le sigo hasta su coche. Me abre la puerta cortésmente y puedo respirar con tranquilidad, no lo había hecho desde que he entrado en ese hotel.

## Capítulo 12

### *Patrick*

Cuando me he asomado a la terraza y he visto al capullo del hermano de Erin agarrándola del brazo, he sabido que algo no iba bien. Es más, cuando se ha presentado en presencia de su padre no me pareció que a ella le agradara, se aferró a mí como si estuviera incómoda, por eso he salido deprisa y he acabado con esa conversación —bueno, no sé si realmente era tal cosa—, y creo que ella me lo ha agradecido, porque en cuanto la he tomado del brazo se ha relajado. La he llevado al coche y se ha dejado hacer como una marioneta. Ni siquiera sé cómo una mujer con su carácter puede llegar a encontrarse en un estado tan inestable como ahora mismo. Está como absorta.

—Erin, ¿te encuentras bien?

—Ahora sí, gracias por aparecer...

—¿Vas a decirme qué ocurre? Soñaste con Randy aquella noche... Me mentiste en lo referente a tu madre.

—Es todo muy complicado.

—Creo que la vida es todo lo complicada que nosotros queramos hacerla, Erin —le respondo.

—Por favor, llévame a casa...

Decido no insistir más. Parece que no quiere confiar en mí y, si soy sincero, no puedo ni quiero aguantar más esta situación. La he ayudado, he intentado por todos los medios entenderla, pero si ella no quiere contármelo, no puedo obligarla.

Arranco el coche y me dirijo a su apartamento. Vamos en silencio, ella está recostada en el asiento del copiloto y yo me centro en la conducción. Es entonces cuando me doy cuenta de que hay un vehículo —un Maserati deportivo, para ser exacto— muy pegado a mí. Maniobro con rapidez y cambio de carril en el siguiente desvío, saliendo de la circunvalación, haciendo que Erin se despierte del volantazo.

—¿Qué ocurre? —me pregunta un poco aturdida.

—Creo que nos siguen.

El vehículo ha conseguido realizar con maestría la misma operación que yo. Ella se incorpora como un resorte y mira por el retrovisor.

—Es Randy, estoy segura. Ese vehículo y esa manera de conducir. No me cabe ninguna duda...

—¿Y qué quieres que haga? ¿Te llevo a tu apartamento?

—No, por favor... No quiero que sepa dónde vivo —me implora.

—¿Entonces vamos a mi casa? A mí no me importa... Si quieres podemos esperar unas horas y después te acercaré.

—¿De verdad? —inquire algo confusa.

—Solo si tú quieres.

Ella asiente y entonces pongo rumbo a mi casa. Tengo que tomar la siguiente salida para no dar marcha atrás y callejear; puede ser la forma de perderlo de vista.

Durante media hora le tengo casi pegado a mí, con algún coche en medio en alguna ocasión. Creo que se percata de que le hemos descubierto, pero no le importa. Es alucinante lo de este tío, no sé qué narices pretende. Quizás intimidar a su hermana para que no me cuente nada. Ahora estoy más seguro de que la teoría de Larry de que Erin y él cometieron algún delito no es tan descabellada.

Unas calles antes de llegar a casa hay un control policial y es entonces cuando, al verlo, gira en la siguiente esquina y se marcha. No sé si por miedo a que le hagan alguna prueba de alcohol —en cuyo caso estoy seguro de que daría positivo al cien por cien, incluso apostaría que de alguna otra sustancia más— o porque tema algo más. El caso es que nos hemos desecho de él y hemos conseguido que no averigüe dónde vivo. Cosa que, por otra parte, a mí me es indiferente. No tengo miedo de un tipo como él.

—Parece que se ha largado —le indico a Erin—. Si quieres te llevo a casa.

—Preferiría quedarme un rato en la tuya... Quizás nos espere en algún sitio...

—Está bien.

Conduzco hasta el garaje de mi apartamento y, una vez dentro, subimos en silencio. Erin va observando todo con detenimiento y es entonces cuando me doy cuenta de que la anterior vez la subí en brazos, pues estaba dormida.

—Es un apartamento muy elegante... en un buen sitio de la ciudad.

—Bueno, no es el One California Plaza, pero no me quejo.

—Es una larga historia... —dice cuando llegamos a la puerta.

—¿Y por qué no me la cuentas, Erin? —inquiero de nuevo dispuesto a no rendirme.

—Yo... Patrick..., creo que es mejor que no sepas la verdad.

—¿Por qué? ¿Piensas que me asustaría? Soy bombero y mi hermano trabaja en la brigada de policía, he visto muchas cosas, créeme, no voy a asustarme. ¿Quieres tomar algo? —le pregunto.

—¿No tendrás una cerveza sin alcohol? —Niego, porque es la verdad. Cerveza sí tengo, pero evidentemente lleva alcohol—. ¿Y un refresco? Algo que no lleve alcohol. Hace más de un año y medio que no lo pruebo.

—Lo único que puedo ofrecerte es agua. —Ella asiente. Voy a la cocina, se la sirvo en un vaso y me traigo una cerveza. Ambos nos sentamos en el sofá. Me deshago de la americana y continúo hablando—: Entiendo que fuiste alcohólica, ¿no? De ahí que ahora no te permitas el lujo de probar ni una gota de alcohol.

—Exacto. Si conoces un poco cómo funciona esto, que imagino que sí porque todo el mundo tiene un amigo, conocido o familiar en esta situación, además de asistir a terapia y llevar la cuenta de los días que llevas sin probar ni una gota de alcohol, hablas con tu padrino o con gente que ha pasado por lo mismo cuando sientes la tentación de hacerlo, porque a veces es muy grande, y si pruebas una sola gota, es seguro que volverás a caer... En mi caso tenía una gran adicción al alcohol, entre otras cosas, aunque el alcohol era mi mayor perdición: bebía sin control. Comencé con las cervezas, aunque después fue el ron, el whisky..., cualquier cosa que me hiciera olvidar —comenta con melancolía.

—Erin...No sé... Entiendo que siendo rica tendrías al alcance todas esas cosas y, por lo que se ve, tu familia no parece lo que se dice una familia —Hago una breve pausa para pensar en la palabra adecuada— ejemplar. Permíteme el lujo de juzgarlos, pero creo que tu madre es la típica mujer que solo piensa en ella misma. —Erin asiente al escuchar mis palabras—. Tu padre parece un poco más sensato, quizás es el más cabal de toda la familia, aunque no sé por qué me da la sensación de que detrás de toda esa apariencia de persona gentil y adorable ante los medios, se encuentra un hombre calculador y manipulador. Conozco bien a esa gente. —De nuevo Erin parece estar de acuerdo conmigo.

»Y por último está tu hermano, por lo que tengo entendido es el típico niño rico que, además de haber conseguido el trabajo por puro enchufismo, es un niñato que se excede con todo: alcohol, drogas, mujeres..., y no hace más que meterse en problemas de los que papáito se encarga siempre de sacar y de tapar en cuanto tiene ocasión.

—Vaya..., lo has bordado. ¿En el parque dais clase de psicología o es deformación profesional? —me pregunta con un gesto que no sabría descifrar.

—La verdad es que soy bueno calando a la gente.

—¿Y qué puedes decirme de mí? —inquire con la frente arrugada, incorporándose del sofá.

—Es una gran pregunta, y como soy una persona que suele decir la verdad, voy a ella: desde que te conocí en el ascensor me causaste una gran impresión. Esos ojos..., unos preciosos estanques azules donde perderse... Estabas aterrada, pero a la vez parecías perdida, inquieta... Cuando te aferraste a mí sentí que habías encontrado la paz y fue entonces cuando tu cuerpo se rindió a la tensión de estar encerrada y te desmayaste. Después me pareciste una persona muy prepotente en el bar, para qué negarlo, aunque cuando conversamos y estuvimos juntos en la playa me di cuenta de que solo era un mecanismo de defensa ante los hombres y pensé que quizás era porque, en el pasado, algún cabrón te la había jugado. El sexo contigo es... —Dudo por un momento si contarle lo que siento cuando estoy con ella, quizás es abrirle demasiado mi corazón, así que simplemente le doy la versión reducida —, es puro fuego. Contigo me ha gustado repetir. Pero las dos veces que te has despertado con las pesadillas... La primera vez me inquietó y, aunque supe que algo malo podía sucederte, cuando se lo comenté a mi hermano me dijo que quizás podía ser a causa del trauma del ascensor...

»En un primer momento me dejé convencer de que así era, aunque en el fondo de mi ser sabía que no estaba en lo cierto. La segunda vez he descubierto que mi intuición tenía razón: las pesadillas tenían que ver con algo más oscuro... Aún no sé qué es y, si te soy sincero, me gustaría entenderlo porque ahora sé que tiene que ver con tu hermano. —Veo como se tensa al recordarlo y continúo—. También he podido comprobar esta noche que su sola presencia te intimida. No te sientes cómoda y él parece saberlo porque se recrea con ello.

—Yo... Patrick... —Se mueve nerviosa y parece que está sopesando la idea de contarme algo—. Todo es tan complicado.

—Puedes confiar en mí... —susurro y me incorporo, levantándome del sofá y acercándome a ella lentamente. Quiero infundirle el valor para hacerlo, pero no quiero obligarla a que haga nada que no quiera.

Ella coge aire y lo suelta un par de veces. Parece estar preparándose y cuando lo hace, me besa y me deja sin lugar a reacción. Al principio ni siquiera mis labios responden a ese beso, pero ella intenta adentrar su lengua

en mi boca. Mi cuerpo, sin pedir permiso a mi mente, le cede el acceso y al final me rindo a su juego, haciendo que mi lengua luche con la suya, bailando una danza en la que al principio ella lleva el ritmo, pero al final ambas se acompañan al mismo son.

Durante unos minutos me pierdo en ese beso que me ha calentado el cuerpo, pero al final mi mente reacciona y me separo de ella.

—Erin..., no sigas por ahí. Si no vas a contarme nada más, será mejor que te lleve a casa. Creo que ya ha pasado el tiempo suficiente para que tu hermano, en el caso de que nos hubiera seguido, cosa que descarto, se haya cansado de esperar... —concluyo no muy convencido de mis palabras.

Ella suspira, agitada. Yo también lo estoy. Este beso me ha dejado con ganas de mucho más, pero no voy a ceder a ese juego y, aunque juro que la deseo con todo mi ser, no voy a sucumbir de nuevo si no se sincera conmigo.

Cierra los ojos unos segundos y suelta una bocanada de aire.

—Si alivias mi tensión te juro que después te lo cuento..., pero ahora mismo necesito tranquilizarme un poco y, aunque después de lo que te cuente esto te parecerá absurdo, te juro que necesito acostarme contigo.

La miro perplejo.

«No la escuches..., es una mentirosa», me dice mi conciencia.

Quizás tenga razón, me engañó con lo de su padre, con lo de Randy y también con lo de su madre, ¿por qué iba a ser diferente ahora? Seguro que me quiere engatusar en la cama para después marcharse.

Mi cabeza funciona a mil por hora, ella me mira esperando una respuesta y yo tengo que dársela.

—¿Por qué debo fiarme de ti? —le pregunto al fin—. Prácticamente nada de lo que ha salido de tu boca ha sido cierto. ¿Por qué vas a decirme la verdad ahora?

—Tienes razón... No he sido sincera contigo y en cierto modo es normal que desconfíes de mí. Pero no puedo ofrecerte otra cosa.

La miro a los ojos y, sin darme cuenta, ese azul tan intenso parece hechizarme. No sé si realmente dirá la verdad, pero durante unos segundos ha conseguido de nuevo eclipsarme y hacerme perder la razón. La tomo en brazos, la llevo hasta mi cama y la dejo de pie frente a mí. Antes de deshacerme de su vestido tengo que admirarla una vez más: está preciosa.

—¿Sabes que este vestido te queda como una segunda piel?

Ella sonrío, no sé si lo sabe, pero parece haberle gustado mi piropo. Se acerca a mí y me agarra de la corbata.

—La dependienta me dijo que parecía diseñado para mí.

—No se equivocó, estás preciosa...

—Gracias, tú tampoco estás nada mal con traje, aunque si te soy sincera me gustas más con el de bombero.

—Vaya, vaya..., lo tendré en cuenta para la próxima vez.

Suelta una carcajada. Desanuda mi corbata y después, con pericia, desabrocha los botones de la camisa. Yo me dejo hacer, voy a disfrutar de esto. Además, su vestido será pan comido, así que voy a dejar que haga el trabajo con mi ropa para después despojarla de la suya.

En cuanto me ha quitado la camisa acaricia mi torso desnudo y siento que mi cuerpo pasa de cero a cien de décimas de segundo. Sus manos descienden desde mi pecho hasta mi vientre musculado y llegan al cinturón que afloja rápidamente y, con pericia, suelta junto con mis pantalones que descienden por mis piernas. Estoy casi desnudo, solo con la ropa interior, y ella está aún con el vestido. Ese que le sienta de maravilla. Si no fuera porque quiero besar todo su cuerpo, se lo dejaría puesto. La voy llevando hasta la cama y hago que se siente. Cojo una de sus piernas y me deshago de su zapato, besando su pie y acariciando su pierna. Repito la operación en su otro pie y, cuando está descalza, tiro de ella para elevarla de nuevo. Bajo uno de los tirantes, después el otro, y voy bajando el precioso vestido por su cuerpo hasta que llegar a la cintura y dejar que caiga hasta sus pies. Lo que veo me deja sin palabras: un sujetador negro de encaje como un corpiño y un tanga a juego. Es realmente excitante. Tengo que admitir que las tres veces que me he acostado con ella lucía una ropa interior de lo más sugerente y no puedo más que preguntar con curiosidad.

—¿Siempre llevas una ropa interior tan sexy?

Ella suelta una carcajada y atrapa mis labios. La cojo en brazos y mientras la tumbo acaricio sus pechos por encima del sujetador. Voy a deshacerme de él en décimas de segundo, pero quiero al menos tocar su fina seda. Como me había imaginado, es delicado, como ella. Lo acaricio un poco más y después la despojo de la bonita prenda. A continuación también me deshago del tanga y, ahora sí, está desnuda para mí. Devoro sus pezones, juego con ellos lamiendo y mordisqueándolos, siento como su cuerpo se arquea. Jadea y sé que voy por buen camino. Acaricio su vientre y voy bajando hacia el centro de su deseo, pero cuando voy a alcanzar su sexo ella habla.

—Sexo oral no —me dice tajante.

Ya me había dicho que era bastante normal con el tema del sexo, pero no

esperaba algo tan rotundo después de lo excitados que estamos. Además, no iba a proponerle que me lo devolviera.

—De acuerdo —respondo un poco confundido.

Vuelvo a ascender de nuevo por su cintura, aturdido por su negativa. Beso sus pechos y me pierdo en su boca para recuperar algo de cordura. La verdad es que su negativa me ha descentrado, para qué voy a negarlo. Aunque después de unos segundos nuestras lenguas comienzan una danza y vuelvo a perderme, concentrándome otra vez.

Cuando noto que ambos estamos en la cúspide de excitación, abro la mesita, saco un preservativo y me lo coloco con pericia. Me adentro en ella sin mucha rapidez, notando como mi glande se adapta a su vagina, y me mezo despacio, no quiero apresurarme y que esto culmine casi sin empezar. Mis movimientos son lentos y acompasados. Ella jadea, creo que comienza a fraguarse su orgasmo; el mío aún queda lejos, así que, al ver que ella no va a aguantar mucho más, acelero mis embestidas y, cuando la siento cerca al orgasmo, freno. Sé que no es justo, pero quiero que ambos alcancemos la gloria juntos. Me mira con furia, incluso me araña la espalda, pero yo aún estoy a la mitad, así que siento ser malvado, pero no quiero que ella alcance el clímax aún. Vuelvo a mecerme a un ritmo lento y acompasado, aunque ella me esté demandando más. De nuevo su cuerpo se tensa, el mío esta vez parece ir en consonancia con el suyo, pues noto como esa corriente también me alcanza, como si fuera un tsunami que nos va a arrasar a los dos de un momento a otro, así que ahora soy yo el que se mueve desesperado por conseguir el orgasmo cuanto antes, o el tsunami me alcanzará. Y me alcanza, claro que me alcanza, y a Erin también, llevándonos al súmmum del placer cuando mis embestidas se hacen fuertes y duras, pero ha merecido la pena. Ha sido la experiencia más placentera en mucho tiempo. No sabría si calificarla como la mejor, pero alcanza un puesto alto entre ellas.

Erin ha cerrado los ojos, ha gemido, me ha mordido el hombro y ahora se encuentra como en trance. Su corazón está igual o más acelerado que el mío. Después de unos segundos de recuperación le acaricio la mejilla. Ella abre los ojos, me mira y sonríe.

—Siempre llevo ropa interior sexy porque cuando tenía dieciocho años tuve que acudir a urgencias, llevaba unas braguitas de Mickey Mouse. Tuve que desnudarme y quedarme con una bata verde de esas de papel que te dan en el hospital. Cuando estaba en la sala de espera escuché como las enfermeras y un médico cuchicheaban y se preguntaban que a mi edad cómo podía ir con

unas bragas de niña pequeña. Me juré a mí misma que jamás saldría de casa sin una ropa interior sexy, por lo que pudiera pasar. Así que, vaya a donde vaya, siempre uso un bonito y elegante conjunto.

—¡Mmm! Me gusta la segunda parte, pero también te digo que yo hubiera pateado el culo a esas enfermeras y a ese medicucho de tres al cuarto, porque en lugar de criticar deberían haber hecho su trabajo.

—Lo sé..., pero en ese momento me sentí muy insegura, insignificante, y no sabían lo que era mi vida por aquel entonces.

—La gente a veces nos hace sentir pequeños, pero no hay que dejar que eso ocurra, tenemos que ser siempre nosotros mismos.

—Tienes razón, pero cuando tienes la autoestima por los suelos estas cosas no ayudan.

—¿Por eso empezaste a beber? —inquiero intentando que empiece a hablar.

—No, no fue por eso, Patrick, la historia comienza tiempo antes, mucho antes. Creo que deberíamos vestirnos, comer algo, preparar café y ponernos cómodos.

—Como quieras... —le digo acariciando su brazo.

Yo solo quiero que ella se sienta como en casa para que confíe en mí. Ahora mismo como si me pide que haga el pino. Haré lo que sea, pero necesito saber qué pasó.

—¿Te importa si me doy una ducha? —me pregunta.

—Claro, mientras prepararé algo para cenar y el café que me has pedido.

Se mete en la ducha y quizás mi conciencia o la razón me hacen coger su bolso con las llaves y su teléfono móvil. Sé que es un poco rastrero, pero no me gustaría que se marchara sin que me diera cuenta. La ventana de mi apartamento tiene acceso a las escaleras de incendios, ¿y quién me dice que no se va a marchar mientras yo preparo la cena? Si lo hace, tendrá que regresar si quiere recuperar su documentación, las llaves de su apartamento y su teléfono móvil.

Me pongo ropa cómoda y bajo a preparar la cena, al cabo de un rato baja con una de mis camisetas, como el día que se quedó en mi casa.

El bolso lo he dejado en el sofá. Quizás no se acuerde, o quizás sí, aunque tampoco voy a mentirle. En cuanto me ve, me pregunta.

—Patrick, ¿has visto mi bolso? Juraría que lo llevaba cuando me cogiste en brazos y subimos a tu habitación.

—Sí, está debajo de uno de los cojines del sofá. No tenía muy claro si

ibas a quedarte después de la ducha o te ibas a escapar por la escalera de incendios... Así que decidí que tenía que guardarme un as debajo de la manga.

—Muy bien jugado, bombero... —dice.

—¿Y qué pensabas hacer? —inquiero un tanto airado por su respuesta.

—Si te soy sincera, cuando he salido de la ducha me ha entrado el pánico, he visto la escalera de incendios y por un segundo he tenido la intención de huir, pero después... he recapacitado y me he dado cuenta de que tengo que hacerlo; dar este paso adelante. Tengo que avanzar y creo que la única forma de hacerlo es contándoselo a alguien.

—¿Y para qué buscabas el bolso? —le pregunto confundido.

—Porque todas las noches hablo por teléfono con mi amiga Kate. O al menos le mando un mensaje...

—Está bien. Pero, por favor, no te vayas... —le digo sabiendo que ahora que tiene el bolso puede irse si quiere.

—Te juro que no lo haré.

## Capítulo 13

### *Erin*

Cuando Patrick me subió en brazos hasta la habitación, cogí el bolso. ¿Por qué? Porque, aunque le dije que iba a contarle la verdad, no estaba preparada para hacerlo. Tenía un plan. Como la anterior vez que estuve en su apartamento vi la escalera de incendios, la idea era escapar por ella, pedirle que hiciera la cena, como está haciendo ahora, y decirle que iba a darme una ducha para marcharme, pero él ha sido más listo. Ha adivinado mis intenciones y me ha ganado la delantera bajando el bolso al salón y haciendo que todo mi plan se desbarate. Ahora debo ser consecuente y, aunque le he dicho que iba a llamar a Kate, no me dará mucho tiempo si tardo más de cinco minutos...

«Vamos, Erin, tienes que contárselo. Sé valiente y dile la verdad por una vez», me recrimina mi conciencia.

En parte tiene razón. Le he mentado casi desde que nos conocemos, aunque no solo a él; cuando me presenté les dije lo de mi padre, después lo del sueño con Randy. Cuando me siguió, lo de mi madre. Si ahora me voy...

Sería la mejor opción: marcharme y olvidarme de él, pero sé que el destino nos volvería a juntar, parece mi sino. Y, además, su hermano es policía, ¿quién me dice que no me buscará? Creo que tengo que hacerlo, aunque no del todo...

—¿Has hablado con tu amiga? —pregunta sacándome de mis pensamientos.

Sabía que no iba a tardar. Es bastante predecible. Aunque no le culpo. No se fía de mí y motivos no le faltan.

—Sí, pero estaba cansada y apenas hemos podido conversar —le miento.

«Muy típico de ti», vuelve a la carga mi conciencia.

Decido obviarla por una vez. Tiene razón y no quiero hacerlo, pero a veces es inevitable ocultar algunas cosas, por el bien de la otra persona, y creo que este es el caso. No puedo decirle que seguía pensando en marcharme, porque no le he dicho que pensaba hacerlo.

—Si te parece bien, cenemos y después hablamos... —comenta al ver el silencio que se ha instaurado entre los dos.

—De acuerdo, se piensa mejor con el estómago lleno.

Me cede el paso como buen caballero y me sigue a una distancia prudencial. Ya tiene la mesa puesta, esta vez en el salón. Ha preparado una ensalada de ceviche y algo de picar como acompañamiento.

—No sabía qué hacer de cena, lo siento... Tampoco tengo carne descongelada. Llevo unos días estresantes en el trabajo y no he hecho la compra esta semana... Pero debo reconocer que la ensalada ya la tenía casi preparada, solo me faltaba el aliño. La había hecho para comer mañana con mi hermano, es su plato preferido.

—Seguro que está deliciosa, pero tu hermano acabará odiándome.

—No te preocupes, algo se me ocurrirá...

Degusto la ensalada, que está estupenda, y también unos quesos y patés con unas tostas que voy untando. Él me mira esperando un veredicto a su ceviche.

—La verdad es que está exquisito. ¿Sabes que eres un buen cocinero?

—Mi hermano también me lo dice, pero es que en el parque cocinamos a diario. No nos queda más remedio que aprender. Es cierto que al perder a mi madre tuve que hacerlo a marchas forzadas y cuando tuve ocasión acudí a algún curso de cocina para perfeccionar mi técnica. Es algo que me gusta y me relaja.

—Me parece algo estupendo, yo reconozco que, aunque no soy una experta como tú haciendo estos guisos, tampoco se me da mal...

—Entonces la próxima vez tendrás que invitarme a cenar... —dice ensanchando su sonrisa.

Yo le devuelvo el gesto tímidamente. No sé si después de lo que descubra habrá próxima vez, la verdad.

Concluimos la cena y, tras recoger, es el momento de comenzar, aunque no sé ni por dónde hacerlo.

—Ponte cómoda... —me dice.

—Creo que, por el momento, me voy a quedar de pie. Tranquilo..., si necesito sentarme, no te preocupes, lo haré.

—Como si estuvieras en tu casa... —comenta y de nuevo dibuja esa bonita sonrisa que me hace perder la cordura.

Espiro e inspiro un par de veces, soltando el aire con fuerza. Cierro los ojos y me concentro. Cuento hasta diez y entonces sé que si no empiezo no lo haré nunca: es el momento de la verdad. Sí, eso es: es el momento de decir la verdad.

Decido no mirarlo. No quiero ver su cara cuando le cuente lo que pasó,

no quiero que sienta lástima por mí.

—Todo comenzó cuando yo tenía catorce años. Por aquel entonces mi cuerpo ya lucía algunas curvas y mis pechos, aunque pequeños, comenzaban a despuntar. No dejaba de ser una adolescente. La típica chica tonta que comienza a fijarse en los chicos y espera lo mismo de ellos, para qué negarlo —según lo estoy contando mi mente vuelve instintivamente a ese momento y sin querer comienzo a temblar, por lo que decido tomar asiento en un sillón—. El caso es que estaba en mi habitación, solía cerrar la puerta, pero mi hermano Randy tenía el don de la oportunidad y aparecía en los momentos más insospechados. Yo acababa de salir de la ducha. Mi cuarto, como el de mi hermano, tenía un baño propio. Estaba poniéndome la ropa interior cuando irrumpió sin llamar. Instintivamente me tapé los pechos, pero él, con esa chulería suya me dijo: «Vamos, hermanita, no sé por qué te tapas, te he visto cientos de veces desnuda. Además, apenas tienes nada que tapar: eres una criaja». Pero su mirada no era la misma con la que me había mirado hasta entonces; la mirada de un hermano sin más, pude ver un atisbo de... ¿deseo? En ese momento no lo interpreté de esa manera. Era mi hermano y no podía ser.

»Randy es tres años mayor que yo. Por lo que yo había escuchado a veces en las conversaciones con sus amigos, ya había mantenido relaciones sexuales con alguna de sus compañeras de instituto, algunas incluso mayores que él. No podía fijarse en mí, su hermana, una niña sin apenas pecho. Así que lo dejé pasar. Pero cada día que pasaba notaba que sus miradas se hacían más inquisitivas, incluso me seguía por la casa y controlaba e intimidaba a los chicos para que no salieran conmigo.

—Erin... Si quieres omitir esa parte lo entenderé, creo que ya sé lo que viene ahora —me interrumpe.

—No, tranquilo..., tengo que hacerlo. Solo mi psicóloga y mi amigo Manson saben lo ocurrido. Ni siquiera Kate sabe lo que pasó..., pero quiero hacerlo —le contesto ahora convencida.

—Como quieras... —interviene y me agarra la mano.

Su contacto, aunque al principio no lo creía necesario, me ayuda a continuar.

—Se coló en mi habitación. Estaba casi dormida y se metió en mi cama. Me asusté por un momento y entonces le pregunté: «¿Qué quieres Randy? ¿Qué haces aquí?». Creo que estaba drogado, borracho, o algo por el estilo. Tenía los ojos rojos y no me contestó. Así que le eché de mi cama. «Fuera de aquí de

aquí o se lo contaré a nuestros padres». Entonces pareció reaccionar. «No les vas a decir nada a nuestros padres, y ahora mismo harás todo lo que yo te diga».

»En ese momento comencé a temblar. No sabía qué estaba dispuesto a hacer, y él era jugador de rugby, por lo cual era más corpulento que yo, así que no tenía escapatoria. Comenzó a tocarme los pechos por encima del pijama. El asco que me produjo me provocó una arcada, pero no vomité, tuve que tragarme mi propio vómito por miedo a que me golpeará o algo por el estilo. Después bajó por mi pantalón e introdujo su mano para acariciar mi sexo. Se deshizo del pantalón y comenzó a lamerme. Yo jamás había tenido relaciones con nadie y tampoco entendía lo que era el sexo oral, pero sabía que eso no estaba bien; era mi hermano y me daba asco lo que estaba haciendo. Intenté que no lo hiciera, pero seguía succionando mis labios vaginales y forzando la situación. Me sentía sucia, utilizada, mientras él disfrutaba de aquello. Y entonces me dijo: «Vamos, hermanita, córrete para mí», y no sé si mi cuerpo lo hizo o no, pero al cabo de un rato dejó de succionar y lamer mi clítoris. — Hago una pausa. Esto me está dejando exhausta. Veo a Patrick mirarme con pesar. No ha dejado de sujetarme la mano y creo que ahora entiende mi reticencia al sexo oral. Creo que jamás podré practicarlo.

—Pensé que ahí se había acabado todo, pero nada más lejos de la realidad. Después de recomponerse un rato me miró y, con una sonrisa socarrona, me dijo: «Es tu turno, hermanita». Yo no entendía a qué se refería. Yo no había tenido contacto con ningún hombre y, además, estaba aterrada por todo lo que había acontecido. Pero él, lejos de dejarme en paz, se bajó la cremallera del pantalón y los bóxers y puso su miembro al lado de mi boca. Mi mente se quedó en blanco por unos minutos, ¿de verdad me estaba pidiendo que le hiciera eso? «Vamos, no seas necia, sé que lo has visto hacer, es muy fácil: solo tienes que abrir la boca y lamer», dijo con prepotencia, pero yo no iba a hacerlo y me quedé inmóvil. Así que me agarró del pelo y tiró tan fuerte hacia atrás que por instinto abrí la boca y él aprovechó para meter su pene y empujar con fuerza mientras me sujetaba para que no me moviese, imagino que por miedo a que le propinara un mordisco. Aunque creo que no lo hubiera hecho. Tenía tanto miedo a que me golpeará... Creí que me iba a ahogar. Juro que iba a hacerlo mientras el muy sinvergüenza se reía y me decía: «Vas a tener que mejorar, pero no lo haces mal del todo para ser la primera vez, hermanita». «Sigue así, hermanita». «Un poco más y ya llego...». Jadeaba y yo estaba a punto de morirme, entre el asco, la tensión, el dolor del pelo y su pene en mi

boca, estaba deseando que todo acabara y, cuando estalló, lo hizo dentro de mí. Ni siquiera se apartó, se derramó dentro. El asco que me produjo notar esa secreción dentro y no saber qué hacer... Fue la peor experiencia de toda mi vida. «Ahora tienes que tragártelo...», ordenó. Y cuando lo hice y sacó su miembro de mi boca, me dejó en la cama y de inmediato me fui a vomitar.

Al pensarlo, al detallarlo, vuelven esas arcadas a mi estómago y por un momento me remuevo inquieta.

—¿Estás bien? —me pregunta nervioso Patrick.

—No mucho..., todo esto me provoca un desasosiego enorme —le respondo temblado.

—Lo entiendo, Erin, y si no quieres seguir...

—Sí, voy a contártelo hasta el final.

—¿Hay más? —me pregunta asustado.

—Sí.

—¡Joder! —exclama enfadado—. Juro que voy a matar a ese cabrón. — Me coge las manos y las estrecha con cariño.

Y no digo nada, porque no voy a dejar que él lo haga: seré yo quien se encargue de eso, aunque no se lo voy a decir.

—Cuando volví del baño, después de haberme duchado dos veces, mi hermano ya no estaba. No sabía ni cómo sentirme, pero aquella noche no pegué ojo. Estuve llorando y maldiciendo mi existencia durante horas. Antes de bajar a desayunar me interceptó en el pasillo: «Ni se te ocurra contar a nuestros padres lo que pasó anoche, o me las vas a pagar», me amenazó. Y al ver su cara, no dije nada. Sé que no hice bien, solo esperé que no volviera a repetirse. Tampoco tenía pruebas de ello, si hubiéramos mantenido relaciones sexuales con penetración, habría podido hacerme una prueba, pero el muy cabrón se había ocupado de que solo fuera sexo oral. Lo tenía muy bien estudiado.

»Varias semanas tras lo sucedido mi hermano no había vuelto a colarse en mi habitación, por lo que pensé que había sido una locura producto de las drogas y el alcohol. Apenas dormía por culpa de aquello, pero parecía que no iba a volver a suceder. Me equivoqué. Durante otra de las salidas nocturnas de mis padres volvió a reincidir, y así se repitió durante varios meses hasta que, un día, cansada de la situación, se lo dije a mi madre confiando en que ella me ayudaría, pero como tú bien la describiste es una mujer que solo se preocupa por ella, y no me creyó. Y no solo eso, me dijo que me lo había inventado todo para llamar la atención, que un hermano no hacía eso a alguien de su misma

sangre, y ni siquiera se lo contó a mi padre. Meses más tarde, cuando yo apenas comía y había perdido al menos cinco o seis kilos, encerrada en mi dormitorio y sin acudir a clase, mi padre se percató de la situación y me preguntó qué me pasaba y se lo conté. Él sí que me creyó, pero en lugar de arreglarlo y de tomar las medidas oportunas, como mandar a mi hermano a otro sitio lejos de mí, le llevó a terapia. Conclusión: mi hermano iba a un médico, pero seguía colándose en mi cuarto cuando le daba la gana. Conseguí como pude un cerrojo, gracias a una amiga, mintiéndole, por supuesto, y así pude impedir que se colara en mi cuarto. Pero, a veces, cuando mis padres aún salían, si me despistaba, me asediaba en la cocina o en algún otro lugar de la casa y allí hacía lo que quería conmigo. Siempre fue sexo oral, el muy cabrón es muy listo.

—Erin, ¿nunca pensaste en hacerte con una cámara y grabarlo todo? Al fin y al cabo tu padre tenía acceso a mucha tecnología —me pregunta Patrick un poco confuso.

—Si te soy sincera, no; nunca. Estaba aterrada, tenía miedo de él, de su reacción, se ponía violento cuando me encerraba en mi cuarto, golpeaba la puerta y me amenazaba. Nunca me pegó, eso es cierto..., pero pensé que algún día me mataría. Cuando se fue a la universidad pude respirar tranquila y seguir adelante con mi vida. Sabía que seguiría mi camino y me iría después; mi familia me había traicionado...

—No entiendo la actitud de tu padre... —dice Patrick confundido.

—Yo tampoco, nunca se lo he preguntado. Y, si te soy sincera, siempre quise hacerlo, pero no lo hice.

—Quizás ahora que has superado todo, podrías hacerlo...

—Puede...

Claro que lo haré, antes de matarlo. Me gustaría saber por qué en lugar de castigar a mi hermano decidió ponerse una venda en los ojos y dejar que siguiera haciéndome daño.

—¿Y por qué has vuelto? —inquieta confuso.

—Ya lo sabes, para cuidar a mi abuela, que está muy enferma: se está muriendo. Es la madre de mi madre, pero ella no va a cuidarla. Sabes como es. Jamás se va a preocupar de nadie que no sea ella misma. Lo que no sabe es que mi abuela no es pobre. Tiene dinero, una herencia familiar que hace poco recibió, de ahí que yo me haya permitido el lujo de tener un buen apartamento, el coche... y viva bastante bien por ahora, pero mi abuela me ha dicho que lo disfrute mientras ella viva ya que, cuando muera, no tendrá más remedio que

dejar lo que quede de su fortuna a sus hijos... —vuelvo a mentirle.

Sé que no debería hacerlo, pero tampoco puedo decirle que he vuelto para matar a mis padres y a mi hermano. Quizás entienda que quiero venganza, él mismo ha dicho que mataría a Randy, pero también ha sido un acto reflejo a lo que le he contado, no le creo capaz de hacer una cosa así, es un buen hombre.

—Entiendo... ¿Y por qué vigilabas a tu madre y después la seguiste? —pregunta.

Es un hombre insistente, creo que es deformación profesional, quizás él debería haber sido el policía y no su hermano, al menos, por lo poco que conozco a Larry, le veo menos curioso. También es cierto que estaba en su día libre y es posible que simplemente actuara como una persona normal. Pero Patrick es muy entrometido e impertinente en muchos aspectos.

—La verdad es que quería mantenerme al día sobre su vida. No es malo saber cómo siguen y qué hacen para estar informada. Es simple curiosidad...

—Si tú lo dices... —contesta no muy convencido.

Sé que no le ha servido la respuesta, pero no tenía nada más que ofrecerle. La verdad no era una opción.

—Contéstame una última pregunta. —Asiento y él continua—. Cuando antes de acostarnos hoy me dijiste que me iba a parecer absurdo que lo hicieras después de que me contaras esto..., ¿a qué te referías?

—Ahora que lo sabes quizás te parezca una mujer fría... No sé, después de mi experiencia... que me acueste con hombres... Pero, créeme, hace tan solo dos años que mantengo relaciones sexuales, y la primera vez que lo hice también vomité.

—Erin, por favor, no entiendo por qué me ibas a parecer fría. Además, lo que te hizo tu hermano nada tiene que ver con acostarte con otros hombres... Primero: él te obligó a hacer algo en contra de tu voluntad. Segundo: era un tipo de sexo que tú no practicas, y tercero, y creo que último: el sexo que tú practicas lo haces con hombres que quieres, en el momento que crees oportuno y cuando lo deseas. Es totalmente diferente.

—Gracias por entenderme —le digo complacida. No esperaba que me fuera a entender.

—No me des las gracias, yo lo veo así. Pero, entonces, ¿me dejas preguntarte otra cosa? —inquire nervioso.

—Ya lo estás haciendo —le respondo con una tímida sonrisa.

—No, esto no —dice él dibujando también una sonrisa.

—Lo sé, lo sé. Venga, dime...

—¿Disfrutas con el sexo?

Vaya..., buena pregunta.

«A ser sincera, guapa», dice mi conciencia.

Y eso voy a ser, por lo menos en su caso.

—Pues como te he dicho, la primera vez que mantuve relaciones sexuales consentidas fue porque Manson me lo aconsejó. Con un compañero suyo, vamos: una cita concertada... Y fue horrible. Como te he dicho, vomité y creo que su compañero se llevó una sensación horrible de mí porque ya no bebía. Aunque le dije que algo me había sentado mal para que el chico no se llevara una impresión equivocada. Después tardé un tiempo en repetir... y tampoco fue placentero. He tenido algunas experiencias más y, bueno..., no han sido maravillosas, para qué voy a negarlo.

Veo como traga el nudo en la garganta. Creo que va a hacerme la pregunta del millón.

—¿Y conmigo?

Dibujo una sonrisa pícara. Dudo por un momento y hago una pausa antes de contestar.

—¿Y si me reservo el derecho a guardar silencio? —cuestiono juguetona.

—Erin..., esto es serio —indica un poco molesto.

—Está bien. Contigo la primera vez estuvo bien. La segunda, mejor, y esta última ha sido muy buena. ¿Te vale?

—Entonces tendremos que repetir para que la siguiente sea maravillosa —dice cogiéndome de nuevo en brazos, pillándome por sorpresa y subiéndome a su habitación—. Si no quieres, solo tienes que decirme que no... —murmura besándome dulcemente en los labios.

Aunque no era lo que yo tenía en mente para acabar la noche, ese beso y esa dulce caricia en la mejilla me han hecho cambiar de opinión.

## Capítulo 14

### *Patrick*

Han pasado dos semanas desde que Erin me contó todo sobre su pasado. Esa noche volvió a tener una pesadilla, creo que incluso peor que las dos anteriores. Estuve a su lado, la consolé y la besé. Esta vez no mostró angustia al verme observarla con pesar, se aferró a mí y yo la acuné entre mis brazos. Por la mañana nos despedimos y quedamos en que hablaríamos, pero ninguno de los dos ha hecho nada para hacerlo.

Es cierto que yo no he reunido el valor suficiente para llamarla, me he sentido un poco aturdido y quizás me he acobardado. No sabía qué decirle, si tenía que invitarla a cenar o quedar para tomar unas cervezas —aunque fueran sin alcohol—. Y he ido dejando pasar los días sin mandarle siquiera un triste mensaje. Cada día que pasaba me he sentido cada vez más extraño y sin saber qué decir, y ahora ya no sé ni qué hacer...

En el parque, perdido en mis propios pensamientos, mientras el resto de compañeros está charlando o viendo la tele, aparece mi hermano y, al verme abstraído, me suelta una colleja en el cuello.

—¡Espabila, hermanito, que estás en la China!

—Bueno, creo que allí, o quizás más lejos —dice Jay que, como siempre, se tiene que hacer el gracioso.

—¡Ja! Es que este tío es la bomba —digo mirándole contrariado.

Él se limita a mirarme y a sonreír irónicamente.

Me incorporo al ver que mi hermano tiene algo que contarme y me dirijo con él a mi despacho.

—Patrick, me ha mandado unos mensajes Kate: esta tarde llega a Los Ángeles, me ha propuesto cenar los cuatro.

Yo niego con la cabeza. Después del distanciamiento entre Erin y yo no veo que sea una buena idea.

—No creo que sea la mejor opción... —respondo sin darle más explicaciones.

—¡Vamos! Te has acostado con Erin y te gusta... ¿Qué hay de malo? —inquire algo molesto.

Mi hermano no sabe lo que pasó el último día, ni lo que me contó sobre su

familia. He querido reservarlo para mí. Me parecía algo violento compartirlo con alguien más, aunque fuera Larry.

—Nada..., pero entre nosotros ya no hay nada. Y creo que lo mejor es que siga siendo así...

—¡Joder, hermanito! No me fastidies la cita, Kate me parece una tía interesante. Llevo intercambiando con ella mensajes varias semanas. Casi nunca te pido favores, en cambio tú...

Tiene razón, yo últimamente estoy pidiendo más de la cuenta y, sobre todo, cuando se trata de Erin, así que tengo que ceder.

—Está bien: la cena y listo. A las copas podéis ir solos. Erin puede irse o quedarse, es cosa suya...

Mi hermano me mira no muy convencido, pero asiente.

—¡Gracias, Patrick! He quedado a las diez, te recojo a las nueve y media.

—¡Perfecto! Pero tráeme la carroza limpia y los caballos cepillados — digo con retintín.

Él me mira negando con la cabeza y yo suelto una carcajada.

Sé que he dicho una sandez, pero me ha gustado sacarle una sonrisa. Está nervioso y, para ser sincero, creo que es la primera vez que le veo así por una mujer y eso me gusta.

Termino mi turno sin ningún incidente y me voy a casa, tengo el tiempo justo para ducharme y prepararme. No sé dónde han quedado ni cómo hay que ir, pero conociendo a mi hermano, no será un local de etiqueta, pues no se pondría un traje ni el día de su boda. Así que me decanto por algo más o menos informal, pero a la vez sofisticado.

Cuando termino miro el reloj y es casi la hora. Apenas faltan unos minutos cuando suena el timbre.

«Vaya..., vaya... El pequeño Larry está nervioso», me digo.

—¿Listo? —inquire al verme.

Como había vaticinado, no lleva traje, pero es la primera vez en toda mi vida que le veo tan elegante: pantalón de vestir gris, camisa blanca y una cazadora de tela, también en color gris. Y lo que más me impacta es que lleva unos zapatos negros, tipo salón.

—¡Guau! ¿Pero dónde vas tan guapo, hermanito? —le pregunto. Parece otra persona.

Ahora soy yo el que desentona a su lado, cuando normalmente es al revés.

—Gracias, Patrick. Bueno, hoy quería vestir de una manera más elegante, ¿no puedo?

—Por supuesto, es solo que ahora yo...

—Vas bien. Tranquilo.

Decido no hacerle caso y subir a la habitación de mi dúplex para cambiarme. Le escucho soltar miles de improperios por la boca, pero no me apetece desentonar. No porque él sea más guapo —que no lo es—, sino porque no quiero que las chicas y el resto de gente me señalen con el dedo por vestir más informal.

No tardo ni cinco minutos y, cuando bajo, la cara de mi hermano es de desesperación.

—¡Vamos, tío, que llegamos tarde! —dice angustiado.

—No seas exagerado, me echas a mí la culpa y ya está... —le respondo tranquilo, para que no se agobie.

No contesta y salimos de mi casa. Nos montamos en su furgoneta rumbo al apartamento de Erin. Le voy dando indicaciones y, cuando llegamos —a las diez menos cinco—, Larry manda un mensaje a Kate.

—Ya bajan...

—¿Vamos a ir todos en tu camioneta? —pregunto algo contrariado.

La camioneta es de tres plazas y somos cuatro.

—Verás..., al final Erin no va a venir.

—¿¡Qué!? ¿Por qué no me has dicho nada? Me hubiera ahorrado todo este lío. ¡Joder, Larry!

—Kate quiere que subas a su apartamento e intentes convencerla... Al menos para tomar una copa. Te va a dejar las llaves del apartamento. No hace falta que se las devuelvas hoy.

—¡Ah! De acuerdo... —exclamo sorprendido.

Mi hermano y Kate lo tienen todo planeado, y yo he sido un estúpido que al verle tan guapo he pensado que tenía que ir a la altura y, tonto de mí, simplemente era para que ellos pudieran seguir su historia y yo les diera paso...

Veo a Kate salir y nos saluda acercándose con rapidez.

—Hola... —saluda con timidez.

Abro la puerta y me bajo del coche, sujetándosela para que pueda entrar. Ella me entrega las llaves, tal y como me ha indicado mi hermano.

—¡Pasadlo bien, chicos!

—Lo intentaremos —dicen casi al unísono.

Veo como se marchan y decido qué hacer. Tengo una gran duda: hacer caso a mi hermano y a Kate, utilizar las llaves y subir al apartamento de Erin,

o tomar un taxi para regresar a mi casa, quitarme esta ropa y tumbarme en la cama.

Durante unos minutos permanezco en la calle, meditando, y al final me decido por subir a su apartamento. Abro la puerta despacio y la veo con un cuchillo en la mano, que baja al percatarse de que soy yo.

—¿¡Qué demonios haces tú aquí!?! —inquire totalmente molesta.

—Kate me dio las llaves... Quería saber si estás bien.

—¿Después de dos semanas? ¡No me hagas reír, Patrick! Además, podrías haberte ahorrado el viaje y haberme mandado un mensaje... —dice con ironía, y no la culpo. Lleva toda la razón.

—Quedamos en que hablaríamos..., tú también podrías haberme llamado, puestos a echar las cosas en cara. ¿O es que tengo que llamarte yo? —pregunto a la defensiva, pero no estoy siendo nada justo.

—¡Esto es increíble! ¿Después de lo que te conté me estás diciendo que tenía que haberte llamado yo? ¡Es lo último que me quedaba por oír! ¡Fuera de aquí! —grita exacerbada.

—¡Espera! Tienes razón... He sido un estúpido. Lo siento —digo agarrándola del brazo y acorralándola contra la pared en un intento por que se calme.

—¡Suéltame! ¡No me toques! —exclama sin apenas voz, temerosa. Creo que he conseguido el efecto contrario al deseado.

—Erin, tranquila. No voy a hacerte daño... —siseo soltándola y acariciando esta vez su brazo.

—¡Quiero que te vayas! ¡Que salgas de mi vida! —chilla esta vez.

—Si no te he llamado ha sido porque no sabía qué decirte; tu historia me ha dejado muy tocado, Erin. He sido un necio, lo reconozco... —digo sincerándome—, pero todo esto me ha sobrepasado. No es que me des pena, ni asco, ni nada por el estilo... Es que me da miedo lo que siento y... —Hago una pausa, quizás no debería haberle dicho eso, pero quiero que entienda el por qué de mi ausencia—. Me ha superado la situación. Todos los días he pensado en llamarte, pero te juro que no sabía qué decirte...

—Era fácil —me interrumpe—. Con un «¿cómo estás?» hubiera sido suficiente, Patrick. No te haces una idea de lo difícil que fue para mí abrirte mi corazón y, de repente, ¿qué me encuentro?: Nada. Tu ausencia, el más absoluto silencio durante dos largas semanas. ¿Cómo quieres que me sienta? Me pediste que confiara en ti. Lo hice, y ahora... Ahora me siento traicionada.

¡Joder! Tiene razón. Toda la razón. He sido un maldito cabrón. La he

dejado sola, como el que deja a un perro en mitad de la carretera, abandonado a su suerte para que el destino decida por él.

—Erin... Yo..., no sé qué decirte. Solo que me perdones y confíes en mí de nuevo... Siento haberlo hecho y te juro que no volverá a ocurrir. Sabes que nunca te he mentado —digo decepcionado conmigo mismo.

Tengo que admitir que no he sido consciente de lo que me ha recriminado hasta este momento y me siento hundido por no pensar en las consecuencias y no haber sido más estricto para intentarlo.

—¡Déjalo, Patrick! El mal ya está hecho...

—Lo sé y, aunque no puedo enmendar mi error, déjame compensártelo y demostrarte que no volverá a pasar...

Me mira y sus preciosos ojos azules se oscurecen. Me encantaría besarla y convencerla de ello. Lo haría si fuera otra mujer, pero con Erin no quiero hacerlo. No sabiendo todo lo que sé.

—Patrick..., de verdad, no voy a volver a pasar por esto... —dice agotada, creo que tiene una batalla moral ahora mismo.

—Te juro que no volveré a hacerlo...

—Desde lo ocurrido con mi hermano y mis padres solo he confiado en Manson y en ti. He odiado a los hombres y, aunque he mantenido relaciones sexuales para evitar que lo ocurrido marcara mi vida para siempre, nunca he dejado que ninguno fuera más a allá. Como te he dicho, solo Manson y ahora tú conocéis mi secreto y lo que más me duele es que en cuanto te lo conté huiste.

—Erin..., siento mi reacción. Te he pedido perdón y te juro que, si pudiera dar marcha atrás, no actuaría así. Ya te he dicho que si me dejas... Si me das otra oportunidad, te prometo que no voy a fallarte.

Me mira recelosa, aunque su ceño fruncido se ha relajado. Parece estar pensándoselo y eso me alivia.

—Está bien..., pero te juro que si vuelves a fallarme no nos veremos más —concluye.

Y creo que dice la verdad, no es de las que dan segundas oportunidades. Pude verlo con su familia y, en el fondo, son de su propia sangre. Aunque también es cierto que lo que le hicieron no tiene nombre.

—¿Puedo invitarte a cenar? —le pregunto para cambiar de tema.

—No quiero salir... —me dice con la voz pesarosa.

—¿Quién ha dicho nada de salir? Podemos hacer que nos traigan la comida...

—¡Está bien! Pero yo elijo.

Sonrío y tras elegir la comida nos sentamos en el salón. Al principio estoy un poco acobardado, pero después decido preguntarle por su semana. Me mira ceñuda, de nuevo parece que he metido el dedo en la llaga. Solo quiero hablar de algo, y cuando comprende que ese es el motivo parece que se relaja y me cuenta cómo ha ido.

La cena llega para salvarnos de la conversación, que resulta un poco extraña. Nos sentamos y la degustamos los dos en silencio. Tengo que reconocer que me gustaría estar menos tirante, pero ella sigue sin recuperar esa confianza. Imagino que lo hará con el tiempo. Las cosas no se pueden forzar...

Al concluir la ayudo a recoger y siento que, aunque me gustaría quedarme, lo mejor es irse. Después de lo sucedido no me parece apropiado proponerle nada más.

—Gracias por la cena... —le digo con una sonrisa.

—La cena la has puesto tú, Patrick.

—Bueno..., tú has colaborado con el lugar, la vajilla y tu grata presencia.

—Eres todo un caballero... —contesta dibujando un bonito gesto en su cara.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos en los que ninguno hace ni dice nada. Y al final soy yo el que da el primer paso.

—Creo que será mejor que me vaya a casa... —digo.

—Como quieras... —dice sin convicción.

Ella no me detiene. Ni un «quédate conmigo» o bien «que descanses», solo ha dicho: «como quieras...». Y esas palabras pueden interpretarse de muchas maneras. Es una expresión muy ambigua y yo siento que, si de nuevo hago caso a mi corazón, me quedaría sin pensarlo, la agarraría de las nalgas y me la llevaría rápidamente a su cama, despojándola de sus ropas y haciéndola mía. Pero como la que manda es la razón, esta me indica que haga lo correcto y me vaya. Le doy un suave beso en los labios y, dispuesto a irme, me despido.

—Buenas noches, Erin. Descansa.

Ella parece algo confusa.

—¿En serio te vas a ir y a dejarme así?

—No te entiendo —le respondo.

Creo que sé a qué se refiere, pero tampoco quiero meter la pata y parecer egocéntrico.

—Que si te vas a ir de mi apartamento sin más... Pensé que habías subido

para acostarte conmigo.

Ahora sí que me deja desconcertado. Es cierto que cuando subí no pensaba en eso, pero tampoco pensaba en acabar discutiendo. Tal vez tenía pretensiones con ella, pero ahora mismo no quiero que se sienta mal si tengo o no ganas de acostarme con ella.

—¿Es lo que deseas? —le pregunto porque no quiero enredar más e irme por la tangente.

—Sí.

Su contestación escueta y concisa no me deja ninguna duda, así que, como el día anterior, la cojo en brazos, la llevo hasta su habitación y la tumbo en la cama.

La observo durante unos segundos; sigue siendo igual de hermosa, aunque esta vez la noto recelosa y creo que se debe a mi actitud. Tengo que esforzarme para que vuelva a confiar plenamente en mí.

La beso y la acaricio con ternura, haciendo que todo su cuerpo se estremezca con mi contacto, borrando todos los rastros del que alguna vez estuvo allí: su hermano.

Nuestros cuerpos danzan en consonancia y cuando ella se deshace de mi ropa y me acaricia la espalda me excito rápidamente y tengo que buscar con premura un preservativo para adentrarme en su vagina y abandonarme junto a ella a uno de los mejores orgasmos de toda mi vida.

Nos tumbamos en la cama, extasiados, con mi cabeza sobre el pecho de Erin. Escucho su corazón latiendo aún acelerado y sin querer me dejo llevar por esa sensación de paz tras el orgasmo, hasta que comienzo a escuchar el resto de los sonidos que bullen en el ambiente y me quedo profundamente dormido.

# Capítulo 15

## Erin

De nuevo una pesadilla me asalta, pero Patrick me acuna entre sus brazos y al despertar esos preciosos ojos verdes azulados me consuelan y me miran con ternura, esta vez entendiendo lo que me ocurre.

—Todo va a salir bien... —me dice acariciándome el vientre con dulzura.

Eso, junto con sus ojos mirándome de esa forma, hace que me relaje de inmediato. Haberle contado lo sucedido me consuela. No evita que siga teniendo pesadillas, eso es algo que no sé si dejará de suceder algún día, pero sí hace que sea menos asfixiante cuando regreso a la normalidad.

Entre sus brazos, pensando en que la vida sería más sencilla si fuera así todos los días, vuelvo a quedarme adormilada. Hasta que el timbre suena. Por un momento no soy consciente de ello, hasta que la llamada insiste.

—Creo que están llamando a la puerta —dice Patrick.

—¿Qué hora es? —pregunto agotada.

—Las doce de la mañana —responde asombrado.

—¡Increíble! —digo levantándome de un brinco y cogiendo su camisa.

Me dirijo a la puerta, abro la mirilla y es mi amiga Kate. Viene con cara de felicidad y me imagino que llama porque dejó las llaves a Patrick. Abro de inmediato.

—¡Buenos días, guapa! Te he estado mandando mensajes al móvil, ayer le di las llaves al bombero guaperas.

—¡Shh! Aún está aquí —le indico para que baje el tono.

—¡Anda! No me extraña que no me contestes. Si quieres me voy y os dejo a solas.

—¡No! ¡No! Ahora le digo que se marche —contesto algo molesta.

—Bueno, pues yo voy a darme una ducha y luego hablamos.

Kate se marcha a la habitación de invitados y cuando regreso Patrick ya está casi vestido salvo por la camisa.

—Erin, creo que es hora de irme. Tendrás cosas que hacer... Nos hemos quedado dormidos —dice sonriente.

—De acuerdo..., estamos en contacto.

—Te juro que no tardaré tanto —dice dándome un dulce beso en la

mejilla.

No le contesto, pero espero que sea así.

Tras marcharse me quedo un rato esperando a mi amiga, que sale de la ducha con una bata y el pelo enrollado en una toalla. La observo. Su cara es de felicidad, así que solo se puede interpretar una cosa: se ha acostado con Larry. Espero que me lo cuente, tampoco voy a sonsacarla ni nada por el estilo. Si ella no quiere hacerlo, no seré yo quien la presione.

—¿Qué tal la noche? —pregunto para iniciar la conversación.

Que no vaya a presionarla, no significa que no vaya a intentar saberlo.

—Muy bien. Me llevó a cenar a un restaurante muy elegante. Una cena espectacular. Después fuimos a tomar unas copas y, bueno, después... —Hace una pausa, mira un poco al techo y ya sé la respuesta, pero parece reacia a contar nada más.

—Vale, vale... Ya imagino lo demás —digo con una sonrisa pícaro.

—Fue increíble, Erin. Es un hombre maravilloso, cuidadoso y cariñoso. Creo que me he enamorado... —concluye.

—Vamos, Kate, solo ha sido una noche y le conoces desde hace poco, no puedes estar hablando en serio.

—Llevamos enviándonos mensajes desde que le conocí en el bar el otro fin de semana y te juro que no sé lo que me pasa con él, pero es como si le conociera de toda la vida, Erin. La noche no pudo ser mejor. Me trató como si fuera una princesa. No, no... Rectifico: como una reina.

—Cariño..., eso solo fue para llevarte a la cama, verás como ahora se olvida de ti.

Kate me mira enfadada, pero no quiero que se haga ilusiones. Los hombres son todos unos capullos.

«Claro, como tú has tenido tantas relaciones...», me recuerda mi conciencia.

Y no es por eso, pero tengo que reconocer que los hombres que conozco, a excepción de Manson —y no sé si incluir a Patrick—, son unos capullos. Por lo que estoy segura de que Larry lo será.

—Erin, que tú no hayas tenido buenas experiencias no significa que todos los hombres estén en el mismo saco. Es más, tu *queridísimo* —dice remarcando la palabra con sarcasmo— amigo Manson es un amor, ¿no?

—Es un gran amigo, pero tengo que decir que en lo que se refiere a mujeres creo que también es un capullo. Ha dejado a su mujer y, por lo poco que la conocía, era un encanto. Tampoco he indagado mucho en los detalles de

su ruptura...

—¿Quieres que te los diga yo? —vuelve al ataque Kate enfadada.

Está molesta, lo sé, pero no quiero que siga con el tema de Manson, se lo he dicho cientos de veces, creo que ve fantasmas donde no los hay.

—Vamos..., Kate. Podría ser mi padre. Bueno, no tanto, pero eso que crees es una chorrada.

—Si tú lo dices..., pero yo sé que es la verdad.

—Claro..., Kate siempre tiene razón —respondo molesta.

Ahora soy yo la que está furiosa. Manson es un gran amigo y me cabrea que siempre piense mal de él y de la gente que me rodea. Kate es así, igual que cuando le conté lo de Myra. Su consejo fue que hiciera mi trabajo y, aunque quizás era lo que debería haber hecho, Patrick tenía razón. He podido ver que esos niños viven perfectamente. Con mi ayuda y la suya están consiguiendo seguir adelante y, además, ya me queda muy poco para solucionar el tema del dinero y que así Myra deje el segundo trabajo. Podría trabajar solo por la mañana y estar todo el tiempo con los niños. Tengo casi todos los detalles, solo es cuestión de días que lo consiga, pero hasta que no lo tenga todo completamente atado, no le diré nada. No quiero que se haga ilusiones y algo salga mal.

Ofuscada, decido finalizar la conversación y centrarme en algunas cosas, dejando a Kate en el salón con la palabra en la boca.

Ni siquiera hemos decidido dónde vamos a comer o qué, pero es que me ha molestado su actitud. De pronto escucho el sonido de la puerta. Salgo de la habitación y veo que se ha marchado.

¡Perfecto! Esto es increíble. Es la primera bronca que tengo con mi amiga y es por un hombre. Bueno, ¡por dos!

Pero nada más lejos de la realidad. A la media hora aparece con comida y yo sonrío aliviada.

—Como no sabía si entrar en tu habitación por si me mordías, decidí ir a comprar la comida; italiana, como a ti te gusta... —Le sonrío—. ¿Me perdonas, entonces?

—¿Y tú a mí?

—No sé..., has sido un poco malvada. Larry me gusta, estoy ilusionada y como en una nube.

—Yo lo único que quiero es que no te hagan daño... Quiero que te bajes de la nube y estés atenta, nada más.

—Lo sé, Erin, pero es que... ¡es tan mono! —exclama de nuevo

emocionada.

—Cariño, de verdad que espero y deseo de corazón que salga bien. Te quiero mucho, eres mi mejor amiga.

—¡Tu única amiga! —puntualiza.

—Eso también, y yo la tuya...

—¡*Touché!*

—Por eso mismo, igual que tú te preocupas por mí, yo lo hago por ti. No quiero que sufras por un hombre...

—Lo sé, y tendré cuidado, te lo prometo.

Disponemos la comida en la mesa de la cocina y, mientras estamos comiendo, un wasap le llega al móvil. Cuando lo mira se la ilumina la cara.

—¡Es de Larry! —exclama emocionada, yo me encojo de hombros para que continúe—. Quiere saber si cenamos las dos en su casa, con Patrick. ¿Qué quieres que le diga?

¿Y yo qué sé? Si es en su casa, luego Kate se quedará y yo tendré que regresar con Patrick, lo que supone volver a acostarnos, y no sé si es lo que me apetece hoy. Sinceramente, había pensado pasar el sábado con ella, pero tampoco quiero fastidiarla... Le gusta y quiero que sea feliz. También podría decirle a Patrick que hoy no quiero nada, ¿no?

¡Sí, eso es lo que haré!

—¿Qué es lo que tú quieres? —pregunto.

—Erin, he venido a tu casa para estar contigo, pero tengo que admitir que también me apetece estar con Larry...

—Dile que sí.

—¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero! —exclama levantándose y dándome besos—. ¡Eres la mejor amiga del mundo!

—Y tú la amiga más pelota del mundo. Lo sabías, ¿verdad?

Suelta una carcajada y empieza a teclear en su móvil. De inmediato llega otro mensaje y sonrío.

—Dice que cocinará Patrick, que él es un desastre.

Yo sonrío. Patrick cocina de maravilla, así que al menos cenaremos bien.

—Es un buen cocinero...

—Vaya, vaya. Me he equivocado de hermano, entonces... —dice y me saca la lengua—. Lo mismo tengo que seducir al bombero esta noche.

—¡Pero mira que eres lagarta!

Seguimos comiendo y, por la tarde, decidimos pasear por Los Ángeles hasta dos horas antes de la cena, el tiempo que Kate ha puesto para prepararse.

Me parece excesivo, pero la dejo estar. Yo en menos de una hora estoy lista, mientras ella rebusca algo apropiado en mi armario, pues casi tenemos la misma talla y no encontraba nada que le gustase tras probarse varias cosas de su maleta. Al final opta por un vestido de mi armario. La verdad es que doy gracias de haber contado con tanto tiempo, porque no me gusta llegar tarde, aunque sea a una cita suya.

A la hora indicada llegamos a la casa de Larry. He decidido traer el coche para tener la excusa perfecta para que Patrick no me acompañe a casa. No quiero pasar esta noche con él. Sé que me gusta y pasamos unas tórridas noches juntos, pero no quiero que llegue a nada más. Aunque es cierto que podría ocurrir, mi vida al lado de alguien no podría ser tan bonita como la que Kate y Larry podrían formar, aunque lo intentara. Desgraciadamente yo arrastro un lastre y, quiera o no, me perseguirá toda la vida. Ojalá después de impartir justicia pueda aplacar algunas cosas, como las pesadillas, sería reconfortante...

Kate me ha dado la dirección que Larry le ha facilitado y no tardo mucho en dar con ella gracias al GPS del coche. Es una casa individual. Me sorprende que no viva en un apartamento, como Patrick, y cuando le pregunto a Kate por ello, me explica que es la casa de sus padres. Larry decidió quedársela por los recuerdos. Patrick le cedió su parte y se mudó a un apartamento hace ya unos años. Muy loable por su parte ayudar a su hermano pequeño.

Estaciono el coche cerca de la casa, veo la moto de Patrick cerca de la puerta y sonrío. Hacía mucho tiempo que no la usaba, seguro que la echaba de menos...

—¿En qué piensas? —me pregunta Kate al verme parada en la puerta.

—Es la moto de Patrick. Estaba pensando que seguro que es de esos hombres que habla con su moto y la adora por encima de una mujer.

—¿Tú crees? —inquire un poco contrariada.

—Apostaría que sí.

Kate se da la vuelta sin decir nada más y llama al timbre. Larry abre de inmediato, le da un tierno beso en los labios y le susurra algo al oído, haciendo que Kate se sonroje. Parecen enamorados, tengo que admitirlo.

—Buenas noches, Erin. Un placer volver a verte... —me saluda dándome un beso.

—Buenas noches, Larry. Lo mismo digo —contesto cordial.

—Patrick aún está en la cocina. Se está esforzando con la cena, quiere

impresionaros. Yo no os he dicho nada... —murmura poniéndose un dedo en la boca y dibujando una sonrisa maliciosa.

Kate le agarra de la mano y ambos avanzan rápidamente, yo les sigo. No conozco la casa. Se dirigen al salón y Larry le sirve una copa de vino, yo la rechazo porque no bebo alcohol. Al escuchar las voces, Patrick aparece con un delantal.

—Buenas noches, señoritas.

Se dirige primero a mí, me agarra cariñosamente por la cintura y me da un suave beso en la mejilla.

—Estás muy guapa hoy, Erin.

—Gracias, tú también estás muy guapo con ese delantal —le digo como cumplido.

—La cocina me sienta bien —responde juguetón.

—Kate, buenas noches. Estás rompedora —comenta y ella se acerca para darle también un beso.

—Gracias, Patrick. Me han dicho que se te da bien la cocina. ¡Me he equivocado de hermano! ¿Es tarde para cambiar? —pregunta con descaro.

Nunca había visto a mi amiga tan desinhibida y eso me sorprende. Larry la mira ceñudo, sin embargo, Patrick suelta una sonora carcajada.

—Vaya..., Kate, gracias por el cumplido, pero mi hermano me está fulminando con la mirada. Además, tenemos un pacto de hermanos: nunca nos robamos ni intercambiamos a una chica. Él te vio primero, así que lo siento... Eres una mujer preciosa, pero sí, ya es tarde —le contesta y me deja sin palabras.

Lo del pacto de hermanos no sé si es cierto o no, incluso si Kate le parece preciosa, pero ha sabido complacerla, y también a su hermano. Ha sido una buena jugada, sin duda, porque ambos sonrían.

—Gracias, Patrick, al menos podré probar tu comida.

Y, de repente, se percata de algo y sale corriendo en dirección a la cocina.

—¡Será si no se me quema antes!

Todos soltamos una carcajada, liberando así las tensiones que se habían acumulado.

Al cabo de un rato, aparece de nuevo. Parece relajado, por lo que doy por hecho que la comida no se ha quemado.

—Chicos, la cena está lista.

—¡Mmm! Tengo ganas de probarla ya... —digo impaciente.

La mesa ya está puesta, solo falta la comida, Patrick se encarga de traerla

y de servirla en los platos. Hay algunos entrantes, carne y también verdura.

El menú es variado, imagino que por si no a todos nos gustan las cosas. Yo tengo que reconocer que todo lo que estoy probando está delicioso. Soy de buen comer, igual que mi amiga Kate.

—¡Patrick, todo está buenísimo! —exclama mi amiga cuando ya ha probado un poco de cada—. No sabría qué es lo mejor, porque me gusta todo...

—Pues espera al postre... —comenta Larry.

—No sabía que también cocinaras postres —digo un poco asombrada.

—Son solo unos *muffins* de chocolate, lo que casi se me quema. Pero tranquila, no lo han hecho, os lo prometo. Si no, no os los habría ofrecido. Solo se quemó el papel de cocina.

—Confiamos en ti —responde de inmediato Kate.

Patrick se levanta a por el postre y lo trae. Son como unas mini tartaletas individuales, con chocolate por encima. Las ha decorado con un poco de nata y ha puesto una frambuesa encima. Tienen una pinta exquisita.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Esto es precioso! Da pena comerse esta obra de arte —exclama mi amiga, asombrada al verlo.

Patrick tiene mucha maña en la cocina y todo lo que hace está muy bueno.

—Gracias, pero la comida hay que comérsela, aunque debo admitir que me gusta ser creativo y adornar mis platos...

—Probémoslo antes de darle el veredicto —interviene Larry, parece molesto por los piropos que Kate no deja de prodigarle a Patrick.

Como había pronosticado, cuando probamos los *muffins*, están exquisitos, jugosos y con un sabor a chocolate especial. Kate va a abrir la boca, pero yo niego. Larry está que echa chispas y soy yo la que intervengo.

—¡Espectacular! ¡Enhorabuena, Patrick! —Al felicitarle yo, ensancha su sonrisa y baja la cabeza en señal de aprobación, ya que tiene la boca llena.

—Gracias, la receta era de mi madre, aunque yo la he ido perfeccionando.

—Te ha quedado muy bueno, hermano —dice Larry.

—Sí, está muy rico —añade Kate para no ser descortés.

Concluida la cena, se sirven una copa. Es entonces cuando Kate le dice algo a Patrick que me deja desconcertada.

—Siempre me he preguntado —comienza—, si los hombres con moto sois de los que consideráis a esta como una amante, le habláis e incluso la queréis más que a vuestra pareja. —Doy gracias por que se ha atribuido ella el mérito de la insinuación y no ha dicho que era un pensamiento mío, sino la hubiera

asesinado allí mismo.

Patrick la mira un poco contrariado, pero imagino que quiere ser cordial y, entonces, tras un suspiro contesta.

—La verdad, Kate, mi moto es un tesoro. Me gusta mucho, pero tampoco soy de esos que no la cambiarían por nada del mundo. Si tuviera que sacrificarla por otra cosa, una vivienda o incluso un coche, lo haría. Y no, no soy de los que hablan a la moto o la prefieren a estar una noche con una mujer —responde y clava la mirada en mí haciendo que todo mi cuerpo se estremezca. Ni siquiera sé cómo lo consigue.

Nunca antes había sentido nada especial con el sexo, quizá algo de placer, y no en todos los casos, pero poco más. Cuando Patrick me mira, cuando me toca, hace que olvide todo lo que me ha sucedido en el pasado y pueda disfrutar de las sensaciones hasta perderme en el deseo.

—Bueno, pues tengo que admitir que me sorprendes, no me lo esperaba. Aunque eres de todo menos predecible. Así que, Patrick, me he alegrado mucho de conocerte, porque, si te soy sincera, si no hubiera sido así, siempre me habrías parecido solo un bombero buenorro.

Patrick suelta una sonora carcajada y Larry, pese a que al principio parece molesto, también se ríe, no sé si contagiado por la risa de su hermano y Kate o simplemente porque se ha dejado llevar y ha dejado los celos a un lado.

En cambio, yo parezco fuera de lugar, por lo que decido poner punto y final a esta velada.

—Chicos..., estoy cansada, creo que voy a irme a casa. Larry, gracias por invitarme. Por cierto, tu casa es preciosa. Patrick, la cena estaba estupenda. Muchísimas gracias. Kate, imagino que vas a quedarte. —Ella asiente—. Mañana nos vemos...

Me despido de todos y, cuando voy a irme, Patrick me intercepta en la puerta.

—Espera..., Erin. ¿Quieres que te lleve? —me pregunta.

—No, tranquilo, he venido en mi coche.

Veo un gesto de desilusión en su cara, pero no voy a echarme atrás.

—Si quieres puedo acompañarte hasta casa...

—Lo siento, Patrick. Esta noche quiero estar sola... —le respondo tajante.

—Muy bien, como quieras. Buenas noches.

—Buenas noches, Patrick.

Me da un tierno beso en la mejilla y se va en dirección a su moto, arranca y se marcha sin mirar atrás. Yo me quedo allí mirando no sé muy bien a qué. Tras unos segundos, me monto en mi coche y pongo rumbo a mi apartamento, donde una vez más las pesadillas me invaden y no me dejan descansar.

## *Capítulo 16*

### *Patrick*

Hoy he comenzado el día con una llamada de Myra; Terry está enferma y ella no puede coger el día libre para quedarse a cuidarla. Así que me ha pedido el favor de que me quede con ella. Aún no entiendo por qué me ha llamado a mí en lugar de a Erin, quizás porque el otro día le comenté que tenía la mañana libre; así que aquí estoy acudiendo a su casa para quedarme con una niña pequeña sin saber muy bien cómo desenvolverme. Espero hacerlo bien, la verdad...

—Patrick, cualquier cosa o pega que tengas, coméntamela. El médico vendrá en cuanto le sea posible, me ha dicho que tiene un par de visitas antes, que espera no tardar —comenta Myra.

Terry tiene fiebre y está acostada en su camita casi sin moverse. Es una pena verla así tan aletargada.

—No te preocupes, Myra, ve tranquila. Buen día, campeón —les digo.

Se marcha dándome un beso en la mejilla y Luke me da un fuerte abrazo. Tengo que reconocer que les he cogido mucho cariño. A los tres. Los niños son maravillosos y Myra es una chica fantástica que hace todo lo posible por sacar adelante la casa y a sus hermanos. Es admirable.

Terry se pasa media mañana adormilada y yo, mientras, puedo dejar volar mi imaginación y seguir pensando en todo lo sucedido el fin de semana con Erin; cómo pensé que acabaría la noche del sábado y de qué manera se truncó. Me fui a casa enervado, arrancando mi moto a todo gas, pensé que me chocaría con algún coche. Tuve que conducir hasta Santa Mónica, sentarme en la playa, la misma donde la llevé el primer día, y dejar que la brisa del mar calmara un poco mi enfado. Sé que no tenía derecho a estar molesto. No nos debemos amor eterno, no somos nada, pero quizás yo tenía falsas esperanzas de que aquella noche finalizara de otra forma y todo salió mal.

El médico llega casi dos horas más tarde de mi llegada a la casa de la pequeña Terry. Imagino que sus visitas anteriores se le han complicado.

—Buenos días. Siento el retraso, he pillado un atasco y uno de mis anteriores pacientes estaba más grave de lo que en un principio parecía. He tenido que acompañarlo al hospital. Por cierto, soy el doctor Storm.

—Buenos días. Soy Patrick, un amigo de Myra —respondo queriendo explicar la situación para que no se haga ideas erróneas—. Tranquilo. He estado pendiente de Terry y su fiebre no ha aumentado. Aunque lleva adormilada toda la mañana.

—Es normal, seguramente sea un resfriado. Los niños cuando les aumenta la fiebre están un poco apagados, pero vamos a examinarla para descartar cualquier otra cosa.

—Gracias, doctor.

El médico comienza a auscultar a Terry, ella apenas se mueve. Después le toma la temperatura, le mira la garganta, los oídos y, por último, los ojos. Ella apenas se mueve y no dice nada.

—Hola, cielo, ¿cómo te encuentras? —le pregunta.

—Me duele la cabeza y la garganta.

—Vaya..., te daremos un jarabe con sabor a plátano que estoy seguro te curará ese dolor muy rápido.

—Gracias... —dice apagada.

Vuelve a tumbarse y salimos de la habitación.

—Tiene un poco irritados la garganta y los oídos, pero de momento no hay infección. Voy a extenderle unas recetas y le indicaré la pauta de la medicación. Estos son mis honorarios —dice dándome una factura.

—No sé cómo suele pagarle Myra —le indico.

—Myra a veces no puede abonarme los servicios, sé cuál es su situación... Me paga cuando puede.

Miro la factura. No poseo el dinero que me pide.

—Yo pagaré la factura, pero ahora mismo no dispongo de ese importe, si me da una media hora puedo llamar a mi hermano y hacérselo llegar o entregárselo donde me diga. Mi hermano es policía...

—Bien, puede mandarme un cheque si le va mejor, no hay problema —comenta con una sonrisa.

—Perfecto, en cuanto llegue a mi apartamento se lo haré llegar. Mañana lo tendrá.

—Gracias, Patrick. Cualquier cambio a peor, no duden en llamarme.

—Así lo haré.

Estrechamos nuestras manos y llamo a mi hermano para que se encargue del tema del dinero. No quiero que Myra sepa cuánto me he gastado, pero la llamo y le comento lo que me ha dicho el doctor y que hay que comprar unas medicinas. Me indica que ella se encarga y que va a escaparse un rato para ver

a Terry. La verdad es que es una buena hermana.

A la hora de comer Myra viene con Luke, las medicinas y una comida deliciosa que yo no puedo probar pues tengo que irme a trabajar, es una pena.

—¿Cómo está? —me pregunta algo nerviosa.

—Parece que mejor. Yo creo que tiene algo menos de fiebre, pero apenas se ha movido de la cama.

—Mi niña, tienes que comer y tomar las medicinas —le indica su hermana cogiéndola en brazos—. He traído tu comida preferida.

Terry se levanta con una sonrisa forzada, se abraza a su hermana y, sentada en la cama, apenas come, pero se toma la medicina y se recuesta un poco escuchando a su hermano. Le cuenta que todos sus amigos han preguntado por ella. Después se vuelve a tumbar y se queda dormida.

—He pedido la tarde libre. Gracias por cuidarla.

—Myra... No ha sido nada.

—Te lo agradezco. Por cierto, ¿la factura del médico?

—Corre de mi cuenta.

—¡Eso sí que no! Que venga a domicilio es un dineral. Yo me haré cargo, Patrick...

—Quiero ayudaros —le digo tajante.

—Y lo haces, ¿te parece poco quedarte con mi hermana cuidándola?

—No hay discusión: ya está hecho. Dejémoslo estar. El día que te hagas famosa con esas poesías que escribes me lo devolverás.

—¡Ja! ¡Qué tonterías dices! Eso jamás se hará realidad.

—Quizás podrías mirar en Internet y mandarlas a algún concurso. Nunca sabes si puedes ganar...

—No tendría suerte. Además, es como un pasatiempo, nada más.

—Vamos, Myra... En la vida muchas veces hay que arriesgarse —le digo. Me doy cuenta de que yo tengo que hacer lo mismo por Erin—. Tomar decisiones un poco alocadas y sin sentido a veces solo por la posibilidad de que salgan bien o sean lo más bonito que nos ha pasado en el mundo. ¿No te gustaría escribir un libro de poemas? —inquiero intentando hacerla ver más allá.

—¿Que si me gustaría? ¡Me encantaría! Sería un sueño hecho realidad. Pero es algo inalcanzable para mí.

—No hay nada inalcanzable, Myra. A veces los sueños se cumplen, solo hay que perseguirlos...

—Voy a intentarlo, te lo prometo —me dice más convencida.

—Con eso me conformo, por el momento.

Me despido de ella y de los niños con la promesa de llamarla a última hora de la tarde. Me marcho directamente al parque, donde empiezo mi turno comiendo algo rápidamente.

La tarde es ajetreada, hay un par de avisos sin mucha importancia, pero la suficiente para que pase rápido y, cuando casi estoy acabando el turno, llamo a Myra. Me cuenta que la niña está un poco más repuesta, al menos ha jugado un rato con su hermana, aunque a última hora de la tarde le ha vuelto a subir un poco la fiebre. Por lo que tengo entendido es normal. Hoy me toca guardia, ojeo una revista y me recuesto en la cama, charlando con mis compañeros hasta la hora de salida, me entretengo un poco al realizar los informes normales y termino mi turno un poco más tarde de lo habitual. No ha sido un día especialmente laborioso, pero al menos no he pensado en la mujer que últimamente me quita el sueño: Erin.

Como si una fuerza sobrehumana me invocara hacia ella, decido acudir a su apartamento y justo cuando estoy llegando, sale con su coche, así que decido seguirla. Imagino que irá a visitar a su abuela; son las nueve de la mañana, pero me equivoco. El camino que sigue es el mismo de la otra vez: el de casa de sus padres, lo que me hace fruncir el ceño un poco contrariado. Aunque, quizás, la residencia o el lugar donde se encuentre esté cerca de allí. Pero no. Estaciona su vehículo en el mismo lugar que la otra vez y repite la operación.

¡No entiendo nada! ¿Es que no hay abuela? ¿Por qué vuelve a esta casa y espía a sus padres? Esas preguntas y muchas más se agolpan en mi cabeza, martilleándome una y otra vez. Hasta que un vehículo, mucho más grande y lujoso que el que vi la última vez, sale de la casa y Erin lo sigue. Yo decido hacer lo mismo. Parece ir en dirección a los estudios cinematográficos. Resoplo; tiene que ser su padre, o su madre, o los dos. Cuando entran, Erin se queda fuera. Ni ella ni yo tenemos autorización para entrar, así que no sé muy bien quién debe ser, pero estoy seguro de que Erin sí lo sabe. Me da la sensación de que no es la primera vez que sigue al vehículo hasta aquí. Ella se detiene y estaciona el coche en un punto estratégico, yo lo hago más alejado. Al cabo de un rato, aunque mi conciencia me dicta otra cosa, salgo del coche y me dirijo al suyo. Doy unos golpes al cristal y, en cuanto me ve, su semblante cambia.

Durante unos segundos ni siquiera baja la ventanilla, permanece inmóvil y, al final, al ver mi cara de enfado, aprieta el botón y el cristal desciende

lentamente.

—Vaya, vaya..., ¿tu abuela está aquí? —pregunto con retintín.

—Claro que no —responde con la misma ironía.

—¿Entonces qué demonios haces en los estudios de tu padre? —inquiero cansado de esta farsa.

—No tengo que darte explicaciones, Patrick. No eres mi novio.

—Lo sé, pero pensé que habíamos aclarado ciertas cosas y que ya no ibas a mentirme. Pensé...

—Hay cosas que es mejor que no sepas. Te lo dije un día, por tu bien —me corta.

—¿Qué cosas? —interrogo mucho más molesto. No sé a qué se refiere y, la verdad, esto comienza a cansarme. Debería haber hecho caso desde un principio a mi hermano y haber dejado de perseguirla. Debería olvidarme de ella...

—Patrick, por favor... Déjalo estar.

—¡Está bien! ¿Sabes qué? Tienes razón. Voy a dejarlo estar porque acabo de salir de guardia; no he dormido nada esta noche. Para tu información: Terry está enferma y ayer me quedé con ella toda la mañana. Y todo esto me agota psicológicamente. Así que, Erin: no quiero volver a verte nunca más —concluyo.

Y aunque no sé si es lo que quiero realmente, por el momento será lo mejor. Regreso al coche, enciendo el motor y acelero exageradamente para que el vigilante repare primero en mí y después en Erin, que no está lejos. Ella arranca el motor a continuación y se marcha.

Sé que no he sido justo, pero me ha molestado tanto su conducta que he querido que la descubriesen. He sido un capullo, lo reconozco.

Me voy a casa y me tumbo en la cama con la ropa deportiva que llevo puesta. Ni siquiera me molesto en cambiarme. Estoy cansado, no solo físicamente, creo que aún más psicológicamente. Que ella no confíe de nuevo en mí, que no me cuente qué pretende en realidad persiguiendo a sus padres, me enerva, para qué voy a negarlo.

Divagando sobre la razón por la que los persigue, al final me quedo dormido. La alarma del móvil me devuelve a la realidad a las cinco de la tarde. He descansado, pero no quiero pasarme todo el día dormido, además, he quedado con Larry para cenar. Desde el fin de semana no le he visto y, para ser sincero, me gustaría saber qué tal le fue con Kate, la amiga de Erin. Espero que sea más manejable y, sobre todo, tenga menos carácter que ella. Si no, está

apañado.

—Hola, hermanito, ¿qué tal la guardia? —me pregunta Larry cuando llega a casa.

—Bueno, tranquila. ¿Tú cómo lo llevas? —inquiero para empezar a hablar.

—Bien. Ya sabes, mucho delincuente suelto...

Ambos soltamos una carcajada y pasamos al salón, donde nos servimos unas cervezas.

—¿Qué tal con Kate? ¿Todo bien?

—Vaya... ¿te pregunto yo por Erin? Porque no sé por qué me da que al final vamos a acabar hablando de ella, y por tu cara de pocos amigos me parece que no muy bien.

—Hoy solo vamos a hablar de ti y esa rubita de San Francisco.

—¿Apostamos algo? —me reta.

—Lo que quieras... —le replico con chulería. Hoy no estoy dispuesto a hablar de ella. Estoy muy enfadado, así que, esta vez, mi hermano no va a ganarme.

—¿Te acuerdas de la vieja barca de papá que tienes guardada en el embarcadero de tu amigo Jay? ¿Esa que nunca tienes tiempo de reparar? —me pregunta. Asiento, pero de inmediato respondo.

—¡Claro! Pero ni loco voy a apostarme la barca. Tú te quedaste con la casa, yo con la barca —declaro enfadado.

Esa barca, aunque es cierto que nunca saco el tiempo para darle una buena mano de pintura y reparar algunos agujeros para que no entre agua, es uno de los recuerdos más bonitos que tengo de mi padre. En ella me enseñó a pescar. Por nada del mundo voy a perderla apostando con mi hermano.

—Si tan seguro estás de que no vas a hablar de esa mujer, ¿por qué no apostártela? Yo me apuesto mi casa en compensación.

—¡He dicho que no! —exclamo enervado. Quizás la casa sea una gran tentación, aunque creo que mi hermano me conoce mejor que yo para hacer esa locura, pero tampoco quiero su casa.

—Entonces..., tú me dirás qué apostamos.

—Unas cervezas, unos dólares o un fin de semana de pesca. Eso puedo aceptarlo, pero la barca o la casa, me parecen apuestas muy arriesgadas para ambos...

—Eres un rajado, hermanito —me dice con chulería.

—Sí, lo soy. Pero no me apuesto cosas tan importantes.

—Será para ti.

Se hace el silencio durante un rato y, después, mi hermano decide romperlo explicándome todo lo sucedido con Kate. Debo admitir que no conocía su lado sensiblero y por ello decido burlarme un rato de él.

—¡Mmm! Hermanito, así que una cena con velas románticas, unas flores... ¡Qué tierno y ñoño! Cualquiera que te vea en la comisaría te podría cambiar el mote de El Tío Duro por el de Ñoñete. Lo mismo tengo que ir largando algunas cosas.

—¡No me jodas, Patrick! Eso ha sido una tontería. No volverá a pasar.

—¡Sí! ¡Sí! Te creo —le respondo intentando disimular la risa—. ¿Entonces no vas a volver a acostarte con la rubita? —le pregunto curioso. La verdad es que la chica no es fea y parece una mujer muy agradable hablando con ella.

—No lo sé... a veces tiene una actitud infantil, pero es guapa.

—Perfecto, pero no se necesita solo la hermosura, Larry. Parece mentira que a estas alturas me vengas con esas —le recrimino.

—¡Ja! Habló el que se tira a cualquier mujer perfecta físicamente. ¿Cuándo te has tirado tú a un adefesio o a una gorda? Porque hasta donde yo sé, la respuesta es: NUNCA, aunque fuera gilipollas, claro está —vocifera.

Vale, esto se nos está yendo de las manos y no quiero enfadarme con mi hermano, ya que también es mi amigo.

—Lo siento, tienes razón. El que esté libre de pecado que tire la primera piedra. Así que vamos a correr un tupido velo y vamos a seguir como hasta ahora, sin hablar de Kate y de Erin. Las dos mujeres que ahora parecen ocupar nuestras cabezas —dice mi hermano.

Lleva toda la razón, porque tengo que reconocer que Erin consigue a veces sacar lo peor de mí y, quizás, hablar de ella y la apuesta me ha alterado bastante.

Cenamos algo ligero y, después, Larry decide irse a casa. En otra ocasión se habría quedado y habríamos visto alguna película o comentado nuestro día a día, pero tras lo sucedido creo ambos debemos reflexionar.

# Capítulo 17

## Erin

Encontrarme con Patrick en la puerta de los estudios de mi padre me ha trastocado. Seguro que me ha seguido otra vez, y no entiendo por qué. Pero esto comienza a ser inquietante. No comprendo por qué extraña razón lo hace y, lo peor de todo: puede descubrir en cualquier momento mi plan. Tengo que idear algo rápido.

Cuando ha salido de aquí a toda velocidad he creído conveniente huir y también para no llamar la atención. No quería que nadie me viera apostada en la puerta y me descubrieran. Me he ido a casa y mi sorpresa ha sido mayúscula cuando me he encontrado a mi amigo Manson esperándome allí.

—Manson, ¡qué alegría verte! —saludo dándole un abrazo—. ¿Qué haces aquí?

—Hola, mi chica preciosa. Tenía unos días libres.

—¿En serio? —pregunto confusa.

—Bueno..., no es del todo cierto. Tengo un caso entre manos; un amigo con el que tengo que intercambiar cierta información. Decidí venir antes por aquí para saludarte y ver qué tal te va todo.

—¡Me alegro mucho de verte! Te he echado de menos... —le digo con sinceridad.

—Y yo también a ti, corazón.

Abro la puerta del apartamento y dejo que entre tras de mí. Lo observa todo con atención. Él sabe que lo paga mi padre.

—¡Guau! ¡Menudo lujo! Haces bien, cariño. Aprovéchate de ese cabronazo de padre que tienes, si es que se le puede llamar así... —me dice con una sonrisa socarrona.

—Bueno..., no me siento cómoda con todo esto —comento con sinceridad—, pero también tengo claro que me merezco una compensación por todo lo que me han hecho, así que hasta que decida cómo le voy a chantajear, voy a aprovecharme un poco más —le miento.

Sé que las mentiras se están convirtiendo ya en algo habitual y que, quizás, a Manson debería contarle toda la verdad. Estoy segura de que me ayudaría. Pero es policía, no puedo meterle en ese lío por mucho que sea mi

gran amigo.

—Claro que sí... Aprovéchate de ese cabrón.

—Gracias, tú sí que eres un buen amigo.

Él sonríe y se sienta en el sofá. Le sirvo una cerveza sin alcohol; no tengo ninguna más, y la saborea como si lo tuviese.

—¡Esta es mi chica! —exclama cuando se la termina.

—¿Acaso dudabas de mí? —inquiero un poco molesta.

—Si te soy sincero, un poco. Lo siento —me dice al ver mi expresión contrariada—. Todo esto es muy estresante, Erin... No me malinterpretes, sé que eres una mujer fuerte, pero también entiendo que reencontrarte con tu familia es muy difícil, y con tu hermano aún más. Por eso habría entendido si hubieras recaído. Todos lo hemos hecho en algún momento de nuestras vidas... —comenta y mira al techo. Creo que pensando en alguna de esas recaídas.

—Yo no lo he hecho, aún. Tengo que reconocer que algunas veces ganas no me han faltado, pero he reunido las fuerzas necesarias para no volver.

—Te admiro. Yo, después de tantos años sin probar ni una gota, hay ciertas veces que siento la necesidad de tomar un trago.

—Como tú siempre me dices: el que ha sido adicto, nunca deja de serlo. Pero también es cierto que en nosotros está el poder de decir no. Hay que ponerle voluntad cada vez que nos surja esa necesidad, para que no nos supere.

—Tienes toda la razón, Erin. Sin duda esa es la base para vencer la adicción.

Sonrío, esa teoría es suya, pero parece que ahora yo le doy más validez.

—No quiero molestarte más, seguro que tienes cosas que hacer y estoy robándote un tiempo muy valioso.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras, Manson, tú nunca molestas. Es más, si no tienes dónde hospedarte, puedes quedarte aquí.

—¿En serio? Gracias, Erin. Solo serán uno o dos días, como mucho, y me vendría bien tu compañía. Sabes que últimamente estoy solo —explica y, aunque me gustaría contestarle que toda la culpa es suya, prefiero no meter el dedo en la herida.

—No se hable más: te quedas aquí. Te doy una llave y puedes venir cuando quieras, siéntete como en tu casa...

—Gracias, Erin —me dice cuando le entrego la llave—. Ahora tengo que irme, te veré esta noche.

La verdad es que confío plenamente en Manson, así que darle la llave no me supone ningún problema, aunque tenerle en casa me coarta en ciertos aspectos de mi vida, como estudiar detenidamente a mi familia, para qué voy a negarlo. Tendré que tener más cuidado.

Me centro en organizar un poco todo y no dejar nada a la vista de Manson y, después, decido prepararme algo ligero para comer. Después, decido tumbarme un rato en el sofá.

Es Manson quien me despierta. Miro el reloj y son las nueve de la noche; ni siquiera sé cómo he dormido tanto. Será porque apenas pego ojo por las noches debido a las pesadillas. Desde que volví a encontrarme con Randy son más frecuentes.

—Erin..., despierta. He traído algo de cena.

—Hola, Manson, no tenías por qué.

—Es lo mínimo, ya que soy tu invitado.

Disponemos la cena y decido preguntarle por el trabajo, al menos por lo que pueda contarme.

—¿Qué tal vas con el caso? —inquiero.

—Bueno..., mi contacto no es que tenga toda la información que me gustaría, pero al menos no me iré a San Francisco con las manos vacías.

—¿Y ya has visto a tus viejos amigos? —le pregunto, porque sé que trabajó aquí durante unos años.

—No, aún no. Pienso pasar mañana por comisaría para visitar a algunos. Tengo ganas de verlos. Para qué te lo voy a negar. Sobre todo a mi antiguo compañero, Larry.

Vaya, se llama igual que el hermano de Patrick. Una corazonada mi incita a preguntarle por él. No sé si habrá más Larrys en las comisarías de Los Ángeles.

—¿Larry? Yo conozco a un Larry, ¿cómo se apellida?

—Larry Stone. Es un buen chico, ya es inspector.

Vaya... vaya, así que es el hermano de Patrick, ¡qué pequeño es el mundo! Ahora sí que estoy jodida. Más me vale no hacer saltar la liebre, porque en cualquier momento me puede estallar todo en la cabeza. Un paso en falso y todo se pondrá en mi contra.

—Sí, es el mismo —afirmo.

—¿Y de qué le conoces? —pregunta ceñudo.

—Es el hermano de Patrick, el bombero del que te he hablado.

No he sido muy explícita cuando le he hablado de él a Manson. Vamos,

que no le he dicho que me he enrollado con él, solo que me salvó la vida en el ascensor, que posteriormente hemos entablado una amistad y que me ayudó el día de la gala enfrentándose a Randy.

—¡Ah! Vale... Voy a quedar mañana con él. Si te apetece podemos comer todos juntos —responde, pero su cara no me resulta del todo convincente. No entiendo muy bien por qué lo hace, si para conocer a Patrick o qué, pero no voy a hacerlo.

—No creo que pueda —miento. No me apetece ver a Patrick después de lo sucedido hoy.

—Me gustaría conocer a tu amigo, creo que sería un buen momento. Sabes que me quedaré solo unos días —insiste.

—Mañana tengo un día complicado, Manson. Ya te diré. Ahora, si no te importa, voy a acostarme. Ya sabes cuál es tu habitación. Buenas noches.

—Buenas noches, Erin. Que descanses.

—Igualmente.

Ni por asomo voy a llamar a Patrick, eso lo tengo claro. Me voy a la habitación y me tumbo, pero la conversación con Manson y su insistencia me han dejado un poco tocada. Además, haber dormido toda la tarde hace que no consiga conciliar el sueño hasta altas horas de la madrugada y cuando me despierto, sobresaltada y sudorosa, son las siete y media de la mañana. Me dirijo a la cocina y veo una nota, es de Manson.

*Erin, he salido temprano porque tenía unos asuntos que tratar, he quedado con Larry a la una, te pasaré la dirección por si cambias de opinión. Un beso.*

Tengo claro que no lo haré. No quiero ver a Patrick. Hoy no sé qué hacer, porque tampoco quiero arriesgarme a vigilar a mis padres, así que mando un mensaje a Myra; quizás pueda recoger a los niños en el colegio, pero justo hoy tienen una excursión. ¡Maldita mi mala suerte! ¿Es que se tiene que torcer todo justo el día que no voy a hacer nada?

Durante la mañana me dedico a ojear en Internet información sobre mis padres, he mandado también algún wasap a Kate y ella me ha aconsejado que vaya a la comida, pero he decidido no hacerlo.

A las doce, Manson se presenta en el apartamento.

—Hola. Qué bien que ya hayas terminado con tus asuntos; tenemos tiempo para irnos a comer...

—Manson, lo cierto es que no tengo muchas ganas, no me encuentro bien.

...

—Vamos, Erin. Yo te veo bien. Necesitas salir de casa, sé que no sales mucho, tienes que desconectar un poco...

No se me ocurren más excusas. Es cierto que salgo poco, aunque tampoco le he dado a Manson todos los detalles de mi vida privada y de mis salidas nocturnas, él me conoce bien.

—Está bien... —acabo cediendo.

Sé que Patrick se comportará estando en compañía de Manson y su hermano, o eso espero.

Me cambio de ropa; algo informal, pero más acorde para una comida, y nos dirigimos con el coche que mi amigo ha alquilado. En cuanto llegamos al restaurante me tensó al ver a Patrick; su aspecto chulesco y su mirada desafiante no dejan ninguna duda de que no me lo va a poner fácil.

Les saludo cordialmente y, tras las presentaciones, nos sentamos los cuatro en una mesa, yo al lado de mi amigo y frente a Patrick, como no podía ser de otra manera, ya que Manson se ha situado frente a Larry para charlar con él.

—Qué casualidad, ¿no? —comienza la conversación mi amigo—, que os conozcáis y Larry y yo fuéramos compañeros.

—La vida está llena de casualidades —espeta cortante Patrick.

—Yo siempre he pensado que todo sucede por algo, ¿no crees, Erin? —inquire esta vez Larry. No entiendo por qué se dirige a mí.

—No estoy muy segura de eso. A veces somos nosotros quienes forjamos nuestro destino, otras veces es él el que se encarga de golpearnos duro o de poner las cosas difíciles, llámalo karma, poder sobrehumano o como quieras... Yo solo pienso que, en muchas ocasiones, se ceba en aquellos más débiles, y no es justo. Espero que algún día todo el mundo obtenga su merecido.

—Bueno, la policía está para dárselo a aquellos que sobrepasan los límites... —comenta Larry un poco molesto.

—No siempre, aunque es cierto que intentáis con vuestra buena labor proteger y defender los derechos de los ciudadanos, no lo niego, pero no siempre podéis defender a todo el mundo.

—Tienes razón. Desafortunadamente, no siempre podemos hacerlo. Créeme, en mi caso, me gustaría poder hacer más, pero muchas veces no está en nuestras manos... —responde con sinceridad.

Y tiene toda la razón, a veces no es su responsabilidad o simplemente —y hablo por propia experiencia—, no depende de ellos, ya que no es una causa que puedan manejar si no se ha acudido directamente a las autoridades, como me sucedió a mí.

—En eso tengo que darte la razón.

—Claro, no siempre se puede ayudar... —concluye Manson—. Y ahora, cambiando de tema, ¿un bombero y un policía? —pregunta a los dos hermanos.

—A ambos nos gusta el riesgo —indica Larry con una sonrisa sincera.

—Lo mío eran más las alturas, no me va nada la investigación —responde Patrick con chulería.

—No le hagas caso, lo que no le gusta es que le orden las cosas, él va por libre —interviene su hermano y Manson esboza una sonrisa socarrona.

Yo no digo nada, pero creo que tiene razón, porque para investigar dotes no le faltan.

—Vaya, Patrick, lo cierto es que tengo entendido que eres un buen bombero.

—¿Sí? ¿Y eso cómo lo sabes? —pregunta él a la defensiva. Miro a Manson sin entender nada. Yo no le he hablado mucho de él.

Mira a Larry, pero le hace un gesto negando su implicación.

—Los buenos policías nunca revelan sus fuentes.

Ahora es Larry el que suelta una carcajada y veo a Patrick bastante molesto. Entiendo que el hecho de que Manson le haya investigado no debe haberle hecho gracia. La verdad es que tampoco entiendo por qué lo ha hecho, tendré que preguntárselo cuando lleguemos al apartamento.

Cuando nos llega la comida la tensión entre Patrick y Manson se disipa un poco y cuando, después de comer, Larry y mi amigo nos cuentan anécdotas sobre su tiempo juntos, todo parece más calmado.

Yo apenas he intervenido, Patrick solo ha comentado cosas sobre la vida con su hermano y no ha dicho nada sobre mí, cosa que he agradecido, pero cuando nos vamos a despedir, me intercepta aprovechando que Manson y Larry se han alejado un poco.

—¿Vas a ser sincera conmigo de una vez por todas? ¿Qué está haciendo tu amigo aquí? ¿Qué hacías ayer de nuevo vigilando a tus padres? Vamos, Erin. Tú y yo sabemos que tu abuela no existe... O, al menos, no estás cuidando de ella.

¡Joder! Me ha calado, y ahora mismo ni siquiera sé qué contestarle. Me he quedado inmóvil, sin respuesta a todas las preguntas que de forma atropellada

me ha soltado.

Cuando mi cerebro ha asimilado todas y cada una de ellas y está intentando elaborar una respuesta coherente para alguna de ellas, Manson me llama.

—¡Vamos, Erin! Necesito ir a casa a descansar un poco, esta noche apenas he pegado ojo en ese colchón tan duro que tienes en tu apartamento...

«¡Salvada por la campana!».

Veo a Patrick mirarme con recelo y no entiendo muy bien por qué. Si es por no haberle contestado o simplemente porque Manson ha dormido en mi casa. Sea como sea, me acerco a mi amigo y me despido cordialmente de Larry y de él.

—¿Estás bien? Pareces un poco nerviosa —me pregunta Manson cuando llegamos al coche.

—Sí, ya te dije que hoy no me encontraba muy bien. Será mejor que me acueste en cuanto lleguemos a casa.

—¿Estás segura? No has dicho mucho y no parecías muy cómoda con tu amigo. ¿Ha pasado algo que deba saber?

—Claro que no, Manson. Simplemente he debido coger algo de frío. Además, no duermo bien. Desde que volví a ver a Randy las pesadillas han reaparecido con más intensidad —le confieso.

—Deberías volver a terapia, eso te ayudará.

—Lo sé, en cuanto regrese a San Francisco lo haré.

—No lo dejes, Erin, la terapia te ayudará a descansar mejor y también a no recaer en tu adicción.

—Tranquilo, no recaeré.

Durante el trayecto a casa, él pone una música tranquila y yo decido recostarme en el asiento. Sé que tiene razón, pero lo que tengo claro es que no voy a probar una gota de alcohol por mucho que mi cuerpo me lo reclame. No volveré a pasar por ese infierno que es la desintoxicación.

Al llegar al apartamento, tal y como le he indicado a Manson, me retiro a mi habitación. No tengo ganas de nada más. Tengo muchas cosas en qué pensar. Porque sé que en cuanto mi amigo se marche, Patrick me estará esperando para que le cuente la verdad y tengo que estar preparada, porque en estos momentos no sé ni qué decirle ni si llegado el momento podré confiar en él para ser sincera y abrirle mi corazón al cien por cien.

# Capítulo 18

## Patrick

La visita de Manson, el amigo de Larry y Erin, me ha dejado bastante desconcertado. Para ser sincero, no me lo esperaba y entre que es un tipo bastante peculiar, que no me ha gustado nada que me haya investigado por su cuenta y la confianza que tiene con Erin, he decidido llamar a un viejo amigo policía para que haga ciertas averiguaciones.

No puedo contar con mi hermano; él ha sido su compañero y sé que si le digo algo sobre Manson puede que se enfade, por lo que, en este caso, tengo que actuar por mi cuenta.

Incluso he visto incómoda a Erin cuando me dijo que era buen bombero. No sé ni a qué ha venido a Los Ángeles para ayudarle con algo, ni si va a quedarse mucho, pero voy a averiguarlo, me cueste lo que me cueste.

Después de comer me he ido al parque, tengo turno, pero no puedo dejar de pensar en Erin. Sé que mis preguntas la han pillado por sorpresa, igual que ayer cuando la descubrí de nuevo siguiendo a sus padres. Estoy casi seguro de que no existe ninguna abuela, por eso me he tirado el farol. Por su expresión debo estar en lo cierto. Si no llega a ser por ese amigo suyo, estoy seguro de que habría hablado...

Durante la tarde comienzo a idear un plan para nuestro siguiente encuentro. Tengo que tener presente que puede estar con su amigo, así que tendré que cerciorarme de encontrarme con ella a solas. Gracias a que un aviso me saca de esta locura de pensamientos que me invaden, porque están consiguiendo que mi cabeza empiece a aturullarse y que un gran dolor comience a fraguarse en ella.

—Patrick, amigo. ¡Espabila! Que hay un aviso —me recrimina Jay. Hoy voy más lento de lo habitual y, aunque soy consciente de que la sirena hace más de un minuto que ha sonado, hoy no sé por qué no estoy al cien por cien y tardo en reaccionar.

«Porque sigues dándole vueltas a la situación con Erin», me recrimina mi conciencia.

Y tiene razón. Tengo que desconectar y esforzarme, poner mi corazón y, sobre todo, mi cabeza en este aviso. La gente está en peligro y ellos son

prioritarios.

Así que borro todos esos pensamientos como si de un disco duro se tratara y me centro en organizar a mi equipo y poner marcha al aviso mencionado.

En cuanto llegamos comienza el caos. La gente no deja de salir del edificio que está en llamas, corriendo y sin ningún tipo de organización, aunque parece que todo está más o menos controlado, salvo por unas pocas personas que salen chillando del edificio, y por la gente atrapada dentro. Del edificio en llamas sale un hombre, nuestro jefe le intercepta.

—Caballero, tiene que decirme dónde se encuentra la gente atrapada, y si sabe de cuántos se trata.

—En la segunda planta, creo que dos o tres, pero no puedo decirlo con exactitud.

—Gracias por su ayuda. Vaya a las sanitarias para que le hagan un chequeo.

Él asiente y es entonces cuando nuestro jefe nos organiza para entrar.

—La brigada se encargará de abrir paso y después entrará el camión.

—¡Sí, señor! —exclamamos todos al unísono.

Jay y el resto de los compañeros entramos y nos dirigimos donde el caballero nos ha indicado. El humo es muy denso y las llamas en los pisos superiores apenas dejan ver con claridad. Como podemos, accedemos al segundo piso, donde a duras penas damos con las personas atrapadas. Dos de ellas están tumbadas en el suelo, inconscientes, y una tercera víctima se encuentra con ellos, consciente, pero con dificultades respiratorias. Le ofrecemos una de nuestras mascarillas durante un tiempo y después nos los llevamos a todos con ayuda de nuestros compañeros del camión.

Con dificultad, varios compañeros bajan a los heridos. Jay y yo decidimos comprobar que no hay nadie más en los pisos superiores y después bajamos rápidamente para salir del edificio, según las indicaciones de nuestro jefe. En cuanto ponemos los pies fuera, el edificio explota haciéndonos saltar y caer al suelo, dejando todo en llamas y hecho escombros. No sé si será el destino, el karma, como decía Erin, o simplemente que no tenía que pasar. El caso es que tenemos que dar gracias, si llegamos a esperar unos segundos más, el edificio nos habría sepultado vivos y con toda seguridad habríamos muerto esa misma tarde.

Por suerte no tenemos nada más que contusiones, pero estamos bien. El jefe nos ha instado a que nos vayamos a casa y, si soy sincero, no tengo muchas ganas, pero cuando el cuerpo empieza a enfriarse el dolor comienza a

atenazarme y se hace constante, incluso en algunas zonas bastante insoportable. Por lo que decido acostarme un rato.

Al despertarme, a media noche, acuso las consecuencias del golpe. Creía que no había sido para tanto, pero me tengo que levantar y tomarme uno de los analgésicos que mi querida ex novia me ha aconsejado. Me tumbo en el sofá y veo un mensaje que me ha mandado el teniente de policía, Hank. Me dice que contacte con él y, aunque no sé si será buena hora, le contesto al mensaje explicándole lo sucedido y que me había acostado. De inmediato me llama.

—Hola, Patrick. Vaya, lamento lo sucedido... —comenta.

—Tranquilo, son cosas que ocurren. En un par de días estaré como nuevo.

—Mala hierba nunca muere —bromea.

—¡Tienes toda la razón! —respondo de la misma forma—. Y dime, ¿qué es lo que has averiguado?

—La verdad es que me sorprendió mucho que me pidieras información sobre un activo del cuerpo, además, me consta que fue compañero de tu hermano... Pero claro, ahora ya sé por qué lo hiciste, no te fiabas de él y tu instinto no iba mal encaminado, amigo.

—¿Ah no? —inquiero sorprendido.

—Manson es un buen policía, pero también es de esos que siempre está en el punto de mira de asuntos internos. Nunca han conseguido nada contra él, pero algún día lo harán. Trapichea con bandas, se cree que está compinchado con algún pez gordo influyente en Los Ángeles, y lo peor es que dicen que acepta sobornos... Yo no sé si todo eso es cierto, no tengo pruebas, Patrick, pero sabes que como dice el dicho: «Cuando el río suena, agua lleva». También soy de los que piensan que todo el mundo es inocente hasta que se demuestra lo contrario, pero a Manson no es que lo conozca íntimamente, solo he coincidido con él un par de ocasiones, aun así no me parece de fiar; es arrogante, va por la vida de sobrado y tiene algo que no me gusta... No sé cómo explicarlo.

—Te entiendo..., lo he conocido hoy y me ha dado la misma impresión. Pero no quise decirle nada a mi hermano porque fue su compañero y sabía que no me haría caso. Para él es una persona importante e influyente en su vida, no sé si me explico.

—Claro, tu hermano empezó su carrera en las calles con él y ascendió a inspector a su lado, es como su mentor. No es objetivo al respecto y es posible que no viera las cosas aunque las tuviera delante. Sé de lo que hablo, porque a mí me pasaría igual con mi primer compañero, un hombre que me sacaba diez

años de edad. Solo que ese policía era una gran persona, íntegro hasta el final y dio su vida por esta ciudad.

Al escucharle decir eso con tono afectado entiendo la admiración que siente mi hermano por Manson. Es imposible que vea nada malo en él.

—Sí, es cierto. Siento lo de tu mentor...

—Ser policía es complicado, pero el tuyo tampoco es fácil, hoy casi mueres... Y en lo referente a Manson..., yo intentaría que tu hermano se alejara de él. Aunque por lo que tengo entendido, estaba en San Francisco, no sé muy bien qué hace aquí.

—Yo tampoco, la verdad —le digo desconcertado.

—Puedo enterarme si quieres, aunque de manera extraoficial. Es listo.

—Tranquilo, prefiero no meterte en ningún lío. Gracias por la información, Hank.

—No hay de qué, y cuídate. Tienes que seguir rescatando a gente de incendios.

—Gracias, sí lo haré. Nos vemos.

—Eso seguro.

Cuelgo el teléfono. Mis sospechas eran ciertas. Ese Manson no me gusta un pelo, pero evidentemente a mi hermano no puedo decirle nada y estoy seguro de que a Erin tampoco, así que estoy como al principio... Solo me queda esperar a que se marche por donde ha venido.

Me recuesto de nuevo en el sofá y el analgésico, que hasta ahora no parecía hacer efecto, comienza a funcionar dejándome en un estado de sueño profundo.

\*\*\*

Han pasado varios días. Estuve de reposo, pues mi cuerpo seguía dolorido, aunque me permití el lujo de acercarme en dos ocasiones con el coche a casa de Erin para comprobar si Manson continuaba allí y pude ver que sí. Hoy he regresado al trabajo y he hablado con Larry de nuestras cosas, le he preguntado si ha vuelto a quedar con su amigo y me ha comentado que no ha podido y que regresa hoy a San Francisco, por lo que tengo vía libre con Erin. Voy a dejarla hoy, esta noche trabajo, pero mañana por la mañana me voy a presentar en su apartamento y voy a terminar lo que el otro día no pude acabar.

Con ese pensamiento me voy al trabajo y paso una jornada de lo más tranquila, porque apenas tenemos avisos, solo uno y no es algo laborioso: un

accidente de tráfico, pero nada grave. Así que, cuando acaba mi turno a las siete de la mañana, tras desayunar con los chicos, decido irme directamente a su apartamento. Sé que es temprano y es posible que esté dormida, pero me da igual. Hoy voy a pedirle una explicación y es mejor pillarla desprevenida para que no se pueda preparar la excusa perfecta. Estoy seguro de que ha tenido tiempo de pensar después de la última vez que estuvimos juntos.

Subo a su apartamento, colándome tras una chica que sale del edificio, y llamo a la puerta. Parece que sí estaba dormida porque tarda varios minutos en abrir y cuando lo hace, con ropa de cama y aspecto adormilado, su cara de estupefacción lo dice todo.

—¿Qué demonios haces aquí?! —inquire malhumorada.

—Buenos días, he venido a obtener las respuestas que el otro día no conseguí.

—No tengo ninguna respuesta que darte, Patrick. Además, no son horas — responde intentando cerrar la puerta, pero pongo el pie impidiéndole que ejecute la maniobra.

—¿Quieres hacer el favor de marcharte?! —pregunta en tono chillón.

—No hasta que me respondas... —le digo con la voz calmada. Sé que eso es lo que más molesta a una persona cuando está nerviosa. Y veo cómo se irrita aún más.

—Patrick, te he dicho que no son horas para venir a pedir explicaciones. Estaba dormida. ¡Vete, por favor!

—Es muy fácil. Solo tienes que responderme a una sola pregunta: ¿por qué regresaste después de lo que te hicieron?

Su semblante cambia. No llego a entender por qué después de varios años separada de su familia, ha regresado. Si no existe la abuela, tiene que haber algún motivo oculto para su regreso y a veces pienso que quizás...

—Te dije una vez que es mejor que no sepas algunas cosas —me interrumpe de mis oscuros pensamientos.

—La verdad, que me digas eso solo hace que quiera saber más. Es como cuando le pones a un niño un caramelo delante y le dices que no puede cogerlo... Irá de cabeza hacia él. Pues cuanto más evites que te siga, que quiera adivinar lo que haces, más intentaré hacerlo. Yo soy así...

—Ya lo he podido comprobar... Creo que habrías sido un buen policía, no me cabe ninguna duda —dice y, aunque no entiendo muy bien de dónde saca eso, tengo que admitir que me halaga.

—Te lo agradezco, pero sigues sin contestarme.

—Patrick... —sisea nerviosa.

Entiendo su tesitura, pero es el momento de que diga la verdad; no puede estar siempre escondiéndose de todo. Creo que, desde que nos conocemos —va a hacer dos meses dentro de una semana—, solo ha sido sincera conmigo cuando me contó lo de su hermano, y quizás también me haya mentado en alguno de los aspectos que detalló...

La miro desafiante, ella tampoco se amilana. Durante unos instantes, no sabría determinar el tiempo que pasa, ambos permanecemos mirándonos fijamente, esperando a que uno de los dos dé su brazo a torcer. Somos orgullosos, cabezotas, y creo que no estamos dispuestos a ceder, pero yo no voy a irme de la puerta sin ninguna respuesta, sea la que sea, y ella no parece que vaya a cambiar de opinión pese a mi insistencia.

Durante unos segundos más permanecemos desafiándonos y al final es ella la que habla:

—Pasa a casa, prepararé café. Tienes que prometerme que todo lo que te cuente no saldrá de mi apartamento y que no vas a hacer nada... —me indica con tono hostil.

—¡Prometido!

—No solo eso..., vas a firmármelo por escrito.

—¿Qué?! No lo entiendo —pregunto preocupado.

«¿Qué es lo que va a hacer?». Ahora, no sé por qué, pienso que me voy a meter en un lío si tengo que firmar un acuerdo o un documento en el que prometo no abrir la boca al respecto.

—Es muy sencillo, ahora te lo voy a explicar, pero si tantas ganas tienes de saber a qué he venido, firma un papel —me dice con retintín—. Tranquilo, no te compromete a nada más que a no actuar, y no impedir que yo haga ciertas cosas.

¡Joder! Esta mujer me está dando incluso miedo, ¿acaso pretende matar a su familia?

Me siento en el sofá mientras prepara el café y borro de la cabeza esa estúpida teoría, quizás simplemente quiera chantajearlos. Sí, seguramente sea eso. Y su amigo Manson la debe estar ayudando, al fin y al cabo seguro que ha venido por eso, parece un experto en el tema, por lo que me ha contado Hank.

Tras preparar el café y servirlo en una taza, trae un documento que ya tiene redactado y me hace firmarlo. Me quedo totalmente sorprendido. ¿Lo tenía ya preparado? ¿Sabía que este momento iba a llegar? ¿Soy tan predecible? Definitivamente: sí.

Leo detenidamente el documento y a grandes rasgos dice que nada de lo que ella me confiese podrá ser comunicado, utilizado ni expuesto en su contra ante terceras personas.

No entiendo muy bien a qué viene todo esto, pero decido firmarlo. Me pica la curiosidad por saber qué es lo que tiene que contarme, para qué voy a negarlo.

—Gracias por firmar... —me dice—. Sabes que si incumples esto podría demandarte, ¿verdad?

—Lo sé, Erin. ¿Y ahora vas a decirme por qué regresaste?

Coge aire y lo suelta un par de veces, cierra los ojos y permanece así durante unos segundos. Sé que está reuniendo el valor necesario para contármelo. Imagino que abrirse a alguien no es fácil, y más a alguien que apenas conoce. No sé si somos amigos... Dos personas que se han acostado y entre las que hay cierta atracción física, no sé si pueden catalogarse como amigos. Desde luego, a mí me gustaría ser algo más que eso. Pero sea como fuere, parece que no va a ser algo fácil de contar.

Después de unos segundos que me parecen los más largos de mi vida, comienza a hablar.

—Nadie, ni Manson, ni Kate, saben los motivos reales por los que he venido a Los Ángeles. Por ello quiero que sepas que estoy depositando toda mi confianza en ti. El hecho de que firmes un papel... —Hace una pausa para tomar un poco de aliento, parece nerviosa de nuevo—, no es para hacerte responsable, sino para que entiendas que lo que te voy a contar, aunque no estés de acuerdo, es solo mi decisión. Deberás respetarla, no inmiscuirte y no hacer nada ni decir nada a nadie. Si no se lo he dicho a mis amigos es porque sé que no me dejarían hacerlo.

Esto cada vez empieza a ponerse más peliagudo... Sin darme mucho tiempo para asimilarlo, ella continúa.

—Todo comenzó hace dos años, cuando la terapia empezaba a hacer efecto y estaba saliendo de mi adicción. Las pesadillas se fueron haciendo más evidentes, quizás porque tenía menos medicación y estaba menos alcoholizada. El caso es que cada noche, cuando me despertaba, solo pensaba en una cosa: vengarme. Poner fin a esta tortura. Al principio no sabía cómo hacerlo. Pero cuando me despertaba apenas podía dormir, así que por mi mente pasaban miles de ideas absurdas y, poco a poco, gracias a las redes sociales y al maravilloso mundo de Internet, fui ojeando y consultado y descubrí algunas formas de hacer realidad mis sueños de venganza. Así que comencé a urdir un

plan. Durante casi un año y medio he estado planeándolo, y cuando tuve casi todo diseñado me trasladé a Los Ángeles. A mi amiga Kate le dije que tenía que cuidar de mi abuela enferma, puesto que así podría conseguir la excedencia en el trabajo, y a Manson, que conoce mi secreto, le dije que pensaba chantajear a mis padres, por lo que me ayudó a hacer algunas cosas: como a tener acceso a la cuenta que mi padre tiene en Suiza y conseguir las tarjetas con las que pagarme el coche, el alquiler de este apartamento y tener dinero disponible para lo que necesitara...

»Pero... —De nuevo hace una pausa, creo que aquí es cuando pone la guinda al pastel—, como te he dicho, he venido a Los Ángeles para vengarme de mis padres y de mi hermano.

Me da miedo preguntar cómo pretende hacerlo, pero tengo una ligera idea. Y aunque no sé si de verdad quiero saberlo, llegados a este punto tengo que seguir hasta el final.

—¿Y en qué consiste tu venganza exactamente? —le pregunto.

De nuevo coge aire y lo suelta de golpe un par de veces. Me mira, sus ojos se han vuelto de un azul más oscuro; está nerviosa y creo que entiendo el por qué, lo que va a contarme no debe ser fácil para nada y más después de lo que me ha dicho previamente: lleva planeando una venganza casi dos años. Se frota las manos, se mesa el cabello y después de unos minutos en los que creo ya ha reunido el valor necesario para contestarme, entonces dice:

—Voy a matarlos, a los tres. Primero a mis padres, y por último a mi hermano Randy. Para él tengo preparada una muerte muy lenta y dolorosa.

La respuesta me deja sin palabras. No sé por qué, pero era lo que estaba esperando aunque no quisiera oírlo.

# Capítulo 19

## Erin

Soy consciente de que ahora mismo es como si hubiera soltado una bomba de relojería que fuera a estallar en tan solo unos segundos, pues no tengo más que mirar la cara de Patrick para darme cuenta de que aún está asimilando la información. Apenas ha pestañado... Pero tenía que contárselo para que dejara de hacer preguntas, seguirme y fastidiarme el plan. Aunque ahora es cuando se marcha y no vuelve jamás. Quizás sea lo mejor que puede pasarme. Solo temo que se lo cuente a alguien, porque tengo que ser realista: el documento que ha firmado no sirve absolutamente para nada.

Espero que hable, pero acabo perdiendo la paciencia.

—¡Dime algo! —exclamo.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que todo esto me parece una locura? ¿Que vas a cometer el mayor error de tu vida? Pues ya está, ya lo he dicho — exclama con sinceridad y una expresión de decepción.

Quizás tenga razón y, aunque he meditado todos y cada uno de los pasos y las acciones a seguir, puede que salga mal... He barajado la idea de pedir ayuda en ese caso a Manson, pero tampoco sé si es lo mejor. No me gustaría inmiscuirle en algo tan gordo y que fuera a la cárcel por mi culpa. En el hipotético caso de que mi plan no funcione tendré que pagar por ello. Aunque entonces, solo entonces, ellos estarán muertos y yo podré descansar en paz, aunque sea entre rejas.

—Puede..., quizás lo sea, pero tras pensarlo durante mucho tiempo creo que es la única forma de que mi mente se cure de una vez por todas. La manera de avanzar con mi vida.

—¿Estás segura? Porque yo lo único que veo es que vas a cometer un delito y que después irás a la cárcel. No eres una asesina profesional, ¿o acaso vas a contratar a uno?

—No, claro que no —respondo con total seguridad—. Lo haré yo misma. Y mi plan quizás no sea bastante eficiente. Pero tranquilo, ya te he contado demasiado, no voy a inmiscuirte en mis problemas y te juro que si todo va mal jamás diré que tú sabías lo que iba a pasar. Por eso no se lo había contado a mis amigos: porque no quiero involucrar a nadie, así debería haber sido...

—Erin, todo esto es absurdo. ¿Por qué no dejas que hagan su vida, te apartas y continúas con la tuya como has hecho estos últimos años? —Vuelve a la carga.

—Ya te he comentado que las pesadillas no han cesado en todo este tiempo, tú mismo lo has comprobado. Incluso son peores desde que le he vuelto a ver... Te juro que si hubiera otra forma... —explico enfadada. No comprendo por qué no lo entiende. Sé que no es fácil de asimilar, pero incluso él, cuando le conté lo que Randy me hacía, dijo en un primer impulso que iba a matarlo.

—Erin..., hay más soluciones, la primera: hablar con tu padre. Creo que ahora eres una persona adulta y, aunque en su día no actuó de una manera sensata, deberías pedirle una explicación al respecto. Quizás así puedas entender un poco más su actitud antes de actuar a la desesperada. Entiendo que no es fácil, no puedo ponerme en tu lugar y, desde luego, tampoco hacerte olvidar todo por lo que has pasado, porque imagino que ha sido un calvario... Pero su muerte no lo cambiará, créeme. Sí, evidentemente, ellos no disfrutarán más de su lujosa vida, ¿pero te has parado a pensar si son felices? Su maravilloso mundo, o el que dan a conocer a los medios de comunicación, puede ser solo una fachada. ¿Por qué crees que tu hermano está todo el día borracho? Desde luego, tiene problemas. No sé cuáles, no soy psicólogo, aunque en la academia nos dan clases para ayudar a las víctimas, pero lo que sí puedo ver es que es un hombre desequilibrado; en mi humilde opinión, está obsesionado contigo, no sé por qué motivo. Y tus padres..., ¿qué decir de ellos? Creo que tu padre controla muchas cosas, aunque quizás sea tu madre la que le maneje a su antojo en el tema familiar. ¿Y ella? Es como tú dijiste: siempre intenta ser el centro de atención. Imagino que de pequeña tuvo problemas de autoestima y eso la marcó para siempre.

Desde luego se le da bastante bien calar a la gente y psicoanalizarla, pero no creo que sirva de nada hablar con ellos. No después de tanto tiempo. Ni siquiera se han intentado poner en contacto conmigo, ni se han preocupado por mí durante todo este tiempo. ¿Acaso es algo malo buscar venganza después de tanto tiempo?

«Sí cuando intentas matarlos», afirma sabiamente mi conciencia.

Quizás sea cierto, pero a estas alturas de mi vida, creo que nada ni nadie me va a hacer cambiar de parecer, ni siquiera mi conciencia.

—¿Qué quieres que te diga, Patrick? Creo que mi padre ha tenido tiempo suficiente para pensar cómo actuó y qué hizo mal. Aun así, ni siquiera puso

remedio tiempo después. ¿Por qué tengo que darle el beneficio de la duda a estas alturas?

—Sé que en parte tienes razón, no lo niego, estás furiosa y enfadada con todos ellos... Yo también lo estaría. Pero sigo insistiendo en que, aunque no te conozco lo suficiente, me pareces una persona sensata y que tiene sentimientos, y si el plan funciona los remordimientos te perseguirán el resto de tu vida y te harán caer de nuevo en tu adicción para hacerte olvidar. ¿No lo has pensado?

Vaya..., eso no lo había tenido en cuenta. ¿Y si de nuevo pierdo el autocontrol? No podría volver a caer en el alcohol y las drogas, no podría permitírmelo, me destrozarían.

¡No! Soy una persona fuerte, solo lo dice para convencerme de que abandone mi plan. ¡Sí, eso es!

«¿Y si tiene razón y vuelves a las andadas?», contraataca mi conciencia, poniéndose de su parte.

Verdaderamente, no sé si podría soportar una recaída. Me fue muy difícil salir del alcohol y las drogas. Tengo que admitir que la ayuda de Manson fue crucial y, aun así, hubo días en los que pensé que no lo conseguiría. El síndrome de abstinencia y la necesidad de un trago se imponían a mis fuerzas. Por eso la idea de venganza fue el detonante para superarlo. Pero, evidentemente, es factible que los remordimientos, tal y como indica Patrick, me derrotan.

—Estoy segura de que conseguiré vencer las ganas de beber, ya lo conseguí una vez... —digo tajante.

—Si tú lo dices... Erin, tienes las ideas muy claras, lo veo, pero quiero que pienses una sola cosa más: si tu plan falla, perderás a todas las personas que te quieren y confiaban en ti. Manson, Kate y... —Hace una breve pausa—, y a mí.

Vaya..., no me esperaba que dijera eso, ¿de verdad me quiere? Sabía que empezaba a ser importante para él, por eso se estaba preocupando por mí. ¿Pero quererme? Es una palabra muy fuerte para soltarla en un momento tan intenso como este.

Ha conseguido hacerme tambalear. ¿Por qué lo ha hecho? ¡Quizás solo lo ha dicho para desestabilizarme!

—Patrick..., necesito que te vayas —le digo después de la declaración—. Es temprano. Necesito descansar, y ya has obtenido las respuestas que necesitabas.

—Claro..., pero me gustaría que pensaras en los consejos que te he dado. Por favor.

—Lo haré. Que tengas un buen día.

—Lo mismo te deseo —dice dándome un beso en la frente.

Sale por la puerta y yo suelto el aire contenido. Ojalá el puñetero ascensor de este maldito apartamento nunca se hubiera quedado parado, así Patrick nunca se habría cruzado en mi vida desestabilizándola de esta manera...

Desde que le conozco he hecho cosas que jamás pensé con un hombre, además de hacerme sentir una mujer deseada, que quiera practicar sexo... Son muchas cosas que nunca habría deseado.

Decido regresar a la cama, son más de las ocho y, aunque no tengo apenas sueño, necesito que mi cabeza deje de dar vueltas a todo lo que hemos hablado.

Al final me quedo en un estado de duermevela hasta media mañana. Hoy ni siquiera voy a ir a vigilar a mis padres. Tengo tantas cosas en las que pensar...

Podría llamar a mi padre, pedirle una explicación. Quizás no cambiaría nada, pero al menos, antes de vengarme, aclararía algunas cosas: las dudas de por qué actuó de esa manera. Sí, podría hacerlo.

—No, no es un buen plan —me contesto después—. Tengo que ceñirme a lo establecido. Es la única forma de avanzar.

Aunque en mi cabeza no cesa esa idea, una y otra vez. Podría darle una oportunidad y escucharle, no voy a perder nada. Es algo que, al menos, me debo a mí misma: saber por qué hizo aquello, por qué se puso de su lado. Así que, después de darle muchas vueltas, decido llamarlo.

Cuando estoy a punto de colgar, pues han sonado cuatro o cinco tonos —no he llevado la cuenta exacta—, al final descuelga.

—¿Quién es? —pregunta.

—Hola padre, soy yo.

—¡Erin, hija, qué alegría que me hayas llamado! Pensé que no volvería a hablar contigo después de la fiesta.

—Padre, necesito verte. Esta tarde a las seis, en el embarcadero del Echo Park. Daremos una vuelta por el lago. Lleva ropa cómoda. Solos tú y yo, como en los viejos tiempos.

—Erin, pero...

—Solo tendrás esta oportunidad. Si no acudes hoy, no volverás a verme... —concluyo y corto la llamada.

He ocultado mi número de teléfono y he sido breve. No sé si tiene la

tecnología necesaria para localizar llamadas, como la policía, ni si le ha dado tiempo, pero no ha durado tanto para que haya podido hacerlo. Soy lista, además de tener a Manson, que a veces me cuenta de manera confidencial algunas cosas de sus casos —cosa que, aunque no debería, hacía para pedirme consejos—, he visto muchas series y películas policiacas. Soy toda una experta en situaciones límite.

Preparo algo de comer, pero apenas pruebo bocado. Estoy nerviosa porque, aunque mi padre no es la persona que más me intimida de mi familia, no sé si estoy preparada para escuchar lo que tenga que contarme.

Las horas se me antojan eternas hasta que llega el momento de dirigirme al lugar donde hemos quedado: un bonito parque artificial situado en el centro de Los Ángeles, junto al Dodger Stadium<sup>1</sup>, donde puedes apreciar las preciosas vistas panorámicas de los rascacielos sin el bullicio que normalmente los acompaña. Se pueden realizar pícnicos también. Mi padre solía traerme algunos domingos a dar un paseo en bote, tal y como vamos a hacer hoy, si es que aparece.

Llego con tiempo de sobra y admiro las vistas. Los Ángeles es una ciudad majestuosa, donde la gente y el bullicio a veces son realmente apabullantes, para qué negarlo. Mientras admiro las vistas, sentada en un banco, no me percató de que mi padre se sienta a mi lado.



<sup>1</sup> Estadio de la Liga de béisbol con mayor capacidad de los Estados Unidos, donde juegan Los Ángeles Dodgers.

—Aún recuerdo la última vez que vinimos a dar un paseo, tenías doce años, dijiste que ya no tenías edad para esto... Casi tuve que obligarte a hacerlo... —expone creo que con melancolía—. Pero los dos disfrutamos mucho de ese tiempo, eran nuestros momentos de desconexión, juntos.

Y tiene razón. Mi madre siempre acaparaba todo su tiempo, también el trabajo y mi hermano con sus partidos y sus peleas. Cuando veníamos los dos

pasábamos unas horas aquí y, aunque a veces ni siquiera hablábamos de nada en especial, nos sentíamos libres...

—La verdad es que era bonito venir a dar un paseo en bote. Yo también lo recuerdo con cariño.

—Me alegro de que hayas elegido este sitio para hablar, Erin...

Suelto el aire y me levanto del banco. No sé por qué lo he hecho, pero necesitaba escoger un lugar neutral, donde me sintiera cómoda. Creo que por eso lo hice.

Mi padre se incorpora a continuación y se dirige a la zona de alquileres, verle vestido de manera deportiva, tal y como cuando era pequeña, me recuerda lo mucho que le quería y le adoraba.

«No pienses en eso, Erin. Has venido a por la verdad», me repito una y otra vez.

—Ya está, no sabía cuánto tiempo quieres permanecer aquí, así que le he dicho que le pagaría ahora un par de horas y, si después es más tiempo, le pagaré la diferencia...

Estoy segura de que le ha dado una buena propina en compensación por si nos excedemos del tiempo establecido. Mi padre no es una persona tacaña con el dinero.

—Claro, será lo mejor.

Me ayuda como hacía siempre a montar en el bote y después se monta él. Comienza a remar, ambos estamos en silencio. No sé por dónde empezar, pero de momento necesito un poco de paz y estar en medio del lago, observando la ciudad, los majestuosos edificios alejarse, consigue proporcionarme el sosiego que ansío.

—Cariño..., sé que no lo hice bien contigo —comienza sin que yo le pregunte nada.

Por primera vez desde que ha llegado le miro directamente a la cara y veo sinceridad en sus ojos: parece arrepentido. Suelta un sonoro y largo suspiro, así que dejo que continúe.

—Cuando me contaste todo lo que Randy te hacía, hablé con tu madre. Ella me dijo que se lo habías dicho y que no te hiciera caso, que estabas en una edad muy difícil y que solo pretendías llamar la atención. —Muy típico de mi madre. No se puede esperar nada de una mujer como ella—. Después hablé con Randy. Necesitaba conocer su versión, y me dijo que no era verdad. Pero sabía que algo en ti había cambiado. Ya no eras la niña alegre y vivaz que corría por la casa y yo..., te juro, Erin, que no supe cómo abordar la situación.

Tu madre seguía repitiendo una y otra vez que no era cierto. Randy también me decía que era mentira, que seguramente era un chaval del colegio el que te estaba acosando y le echabas la culpa a él. Que sentías celos por él.

—Y les creíste a ellos en lugar de creerme a mí, permitiste que mi hermano me hiciera esas cosas... Deberías, al menos, haber comprobado mi verdad, padre. Quizás poniendo unas cámaras, o quedándote y vigilando. ¿Por qué diste por hecho que Randy tenía razón? ¿O tu mujercita? ¿Sabes por qué? Porque lo que la maravillosa Keshla Wise diga, tú siempre has dado por hecho que es todo verdad. Es como una diosa, ella dice y tú dispones, padre..., pero no te das cuenta de que te manipula a su antojo.

—No es cierto, Erin —dice enfadado.

—¿Ah, no? Te pedía un papel en una película y, aunque el director no estuviera de acuerdo, lo tenía, siempre. Durante toda su vida. Ahora trabaja en televisión, pese a su edad y su mediocre carrera, gracias a ti. El otro día dio un discurso deprimente sobre los jóvenes talentos, que la prensa ha criticado en un artículo que deberías leer, y ella solo se defiende diciendo que es una gran actriz y que nadie le da una oportunidad por su edad. Siempre se ha creído el centro de todo, en el cine y en esta familia, incluso cuando estábamos enfermos. Por eso cuando yo acudí primero a ella con mi problema me dijo que no me inventara cosas sobre mi hermano, y ahora me doy cuenta de por qué tú tampoco me creíste. Porque acudiste a ella también. Es una lástima que un hombre tan influyente e importante como tú se deje manipular por una mujer tan insignificante como ella. Y lo peor de todo: que dejes que tu hijo abuse de tu hija y no hagas nada para impedirlo. ¿Sabes una cosa, padre? Eres tan culpable como él —concluyo enervada.

—Erin, no digas eso. Yo..., lo siento. No... No quería que eso sucediese —dice totalmente abatido. Ha dejado de remar y veo que está en un estado deplorable. Jamás he visto a mi padre tan angustiado.

—Nunca he dejado de culparme por lo que pasó. Cuando te fuiste... Ni un día he dejado de pensar en ti, hija. Pero tuve que decidir.

—Y decidiste quedarte con tu maravillosa vida, tu mujer y el cabrón de tu hijo al que le has dado un buen trabajo.

—Yo..., he seguido cuidando de ti, aunque no lo creas.

—Seguro... —contesto furiosa—. ¿Sabes qué? Esta conversación no me ha servido para nada. Regresemos.

—Erin, por favor... Me gustaría volver a tu vida. Te quiero, hija. Te necesito...

—No me necesita, padre, tiene una maravillosa esposa y un hijo ejemplar —suelto con sarcasmo.

—Mi vida está vacía sin ti.

—Haberlo pensado antes de hacer las cosas mal. Ni se imagina lo que he pasado y sigo pasando por culpa del cabrón de su hijo, y todo eso podría haberlo impedido. Así que lo siento..., pero no hay segundas oportunidades.

—Está bien, pero si en cualquier momento quieres hablar o necesitas dinero, hija, sabes que me tienes disponible. Sigues siendo mi hija.

—¡Qué irónico, no lo parece! He desaparecido de los medios durante todo este tiempo —digo con ironía.

—Fue una decisión de tu madre, no mía.

—De nuevo la gran Keshla Wise propone y Tim Wise dispone. Mientras no cambie eso en su vida, padre, no será feliz. Créame.

Suspira, sopesando mis palabras y, después de un rato, comienza a remar. Cuando llegamos al embarcadero me bajo rápidamente sin su ayuda.

Ni siquiera me despido. No creo ni que hayamos estado una hora en el agua. Mi padre se queda hablando amablemente con el hombre de las barcas. Imagino que no quiere decir nada más que pueda herir mis sentimientos o que pueda dañar más nuestra rota relación.

Me dirijo al coche de inmediato, no quiero permanecer ni un minuto más en este lugar que tan buenos recuerdos me trasmitía hasta hoy, y me marcho de manera acelerada.

Cuando llego al apartamento maldigo a Patrick, ¿por qué le habré hecho caso? Hablar con mi padre solo ha hecho que me ponga de peor humor. Sabía que mi madre era manipuladora, pero no hasta el punto de hacer que mi padre no me creyera. ¿Por qué me odia tanto?

Si Patrick había sembrado alguna duda sobre detener mi plan o no, esto no ha hecho más que confirmar que tengo que seguir adelante. Aunque con algunos cambios: Keshla Wise tendrá la misma muerte que Randy Wise, lenta y dolorosa, de eso estoy segura. Porque mi padre es un calzonazos, pero mi madre es tan culpable como mi hermano por haber permitido todo lo que sucedió. Si no hubiera sido por ella, mi hermano no habría seguido abusando de mí.

## Capítulo 20

### Patrick

Al salir de la casa de Erin me he sentido como si tuviera una carga pesada sobre los hombros, nunca pensé que fuera a hacer algo así, y espero que no lo haga, pero de todas formas tengo que impedirlo. De momento no voy a hablar con Larry, mi hermano es un profesional de los pies a la cabeza y estoy seguro de que la detendría en cuanto se lo dijera. Así que de nuevo tengo que acudir a mi amigo Hank, entre otras cosas porque, aunque me haya dicho que Manson no sabe nada, no las tengo todas conmigo. Quizás lo haya hecho para exonerarle de toda culpa en el caso de que algo salga mal, pero estoy seguro de que la está ayudando. ¿Por qué si no vino a verla?

—Buenos días, Hank —le digo cuando contesta al teléfono—. Necesito de nuevo tu ayuda.

—Buenos días, Patrick. Vaya, tío..., pues sí que estás pedigüeño últimamente —contesta soltando una carcajada.

—Lo sé y prometo que te compensaré. Puedo conseguirte unas entradas para los Lakers, lo sabes, ¿no?

—Que sean de las buenas.

—¡Está hecho!

—¿Qué necesitas ahora?

—Sigue tratándose de Manson. Quizás sí necesite algo más de información sobre él.

—Lo sabía, por eso me dediqué a seguirlo esos días que estuvo por la ciudad, por lo que pudiera pasar... Quizás también por mí mismo, qué quieres que te diga. No sé, los tipos como él no me gustan. Pero no hubo nada raro, investigaba a un delincuente; hizo preguntas, visitó algunos garitos, habló con gente de la calle y con alguno de sus contactos..., cosas típicas de una investigación. Lo único destacable es que se vio con un tipo importante del cine. No recuerdo quién era... Déjame unos minutos, que lo tengo apuntado en alguna parte. —Hace una pausa y oigo como rebusca en algún sitio, por unos segundos solo oigo su ir y venir, rebuscando entre papeles—. ¡Aquí lo tengo! Tim Wise. Es productor de cine. Alguien influyente, por lo que tengo entendido.

—¿Tim Wise? ¿Estás seguro? —pregunto incrédulo.

—Sí, se reunieron en un local bastante distinguido en Santa Mónica. Tengo fotos. ¿Por qué? ¿Conoces a Tim Wise?

—Sí. Es una larga historia. Conozco a su hija, para ser más exactos. Y no me esperaba este giro de los acontecimientos. Necesito que me envíes las fotos, ¿de acuerdo?

—Cuenta con ello, ¿pasa algo que deba saber, Patrick? —pregunta inquieto.

—No, por ahora no, pero te iré informando. Gracias por la información Hank. Te haré llegar las entradas. En tribuna.

—Gracias, amigo. Que tengas un buen día.

—Lo mismo te deseo, Hank.

Cuelgo el teléfono. La información me deja sin palabras. Manson se reunió con el padre de Erin. Esto es increíble: el mejor amigo de Erin conspirando a sus espaldas. Y ahora soy yo el que tiene información que no sé si debería utilizar. Está claro que él no sabe nada, ¿o sí y es por eso por lo que intenta jugársela a Erin? Quizás Manson sabe el plan de su «amiga» —si fuera su verdadera amiga no le haría eso— y ha ido con la verdad a su padre para sacarle dinero. Por lo que Hank me ha contado es de ese tipo de personas que acepta chantajes, no me extrañaría nada que engañara a Erin a cambio de dinero.

¡Maldita mi estampa! ¿Ahora qué hago? Las fotos me han llegado al correo electrónico en este mismo instante, así que ya tengo las pruebas que delatan a Manson. Si las utilizo estoy seguro de que Erin no volverá a querer saber nada más de mí, y si no lo hago es posible que, si ella intenta asesinar a sus padres, la detengan y vaya a la cárcel. Estoy en una puta encrucijada. ¿Qué tengo que hacer ahora mismo?

«Desde luego, tienes que ayudarla. Eres su amigo, no como el otro», me recrimina mi conciencia.

Y eso es lo que tengo que hacer, aunque no sé si puedo ir a su apartamento; hoy casi no me abre la puerta, así que después de lo sucedido es posible que no quiera volver a verme. Tengo que idear un plan diferente, porque abordarla en plena calle no me parece una buena idea. La única opción que se me ocurre es utilizar a Myra y a sus hermanos, aunque es descabellado, podría funcionar. Cojo el teléfono y la llamo.

—Myra, buenos días, ¿qué tal va todo?

—¡Hola, Patrick! Bien... Estaba preparando el desayuno para los peques y

después, ya sabes, a dejarlos en el cole. La verdad es que desde que Erin me consiguió la asignación de su abuela vivimos de maravilla.

—¡Ja! No sé de dónde sacó el dinero, pero no creo que haya sido de su abuela.

—Me alegro mucho, Myra. Necesitaba un favor... Erin está un poco molesta conmigo y me preguntaba si podrías llamarla con alguna excusa y quedar mañana para cenar todos. Ya sé que es una encerrona, Myra. Pero...

—Claro, los niños siempre están hablando de vosotros y les apetece veros. Además, pienso que hacéis muy buena pareja. No sé lo que has hecho, pero tienes que arreglarlo. Así que esta vez te voy a ayudar, pero no la vuelvas a fastidiar, Patrick, es una mujer maravillosa.

Trago saliva. Sí que lo es, aunque esté un poco loca y pretenda hacer la mayor locura de toda su vida, cosa que tengo que impedir a toda costa, aunque me cueste la mía.

—Te lo prometo, voy a intentar arreglarlo.

—Tráele flores y bombones. Eso siempre ayuda.

—¡Ah! Vale, lo tendré en cuenta. Gracias, Myra.

—Gracias a vosotros por ayudarme tanto. Ahora sé qué es vivir. ¡Por cierto, he vuelto a escribir! —dice emocionada.

—¡Me alegro mucho por ti, Myra! Te mereces ser feliz...

—No lo habría conseguido sin vosotros. Sois los mejores. Mañana nos vemos. No te olvides de las flores y los bombones.

—No lo olvidaré, hasta mañana.

Me acuesto en la cama y decido que hoy no voy a levantarme en todo el día. La noche ha sido tranquila, pero la mañana ha sido agitada y no quiero pensar en nada más por hoy. Hasta mañana no trabajo así que prefiero dormir y olvidarme de todo; pero por la tarde viene mi hermano e interrumpe mi descanso.

—Hermanito..., llevas días ausente, apenas sé nada de ti, ¿estás bien?

—Sí, solo un poco cansado después del accidente. Nada malo.

—¿Estás seguro? Esa mujer te ha cambiado la vida. Te dije que te alejaras de ella.

—Larry, no estoy de humor... De verdad.

—¿Qué pasa, Patrick? ¿Acaso no es verdad? Manson me contó que estuvo en rehabilitación.

¡Menudo cabrón! No sé por qué tuvo que decirle nada. Yo podría contarle muchas cosas sobre él, pero prefiero no decir nada por el momento.

—Tu amiguito es un poco bocazas.

—Solo le pregunté por qué bebía cerveza sin alcohol. Nada más.

—Creo que eso no le correspondía a él contártelo. Es algo íntimo, ¿no crees? —pregunto enfadado.

—No sé, tampoco es nada malo. Es una ex alcohólica. Manson también lo es. Allí se conocieron.

—Mira, Larry. Tengamos la fiesta en paz. No estoy de humor.

—¿Sabes, hermano? Desde que has conocido a esa tía, nunca estás de humor... Eres mi hermano y solo discutimos por esa mujer. ¡Estoy harto! Tú y yo siempre hemos sido buenos amigos y mejores hermanos, pero desde que ha aparecido en tu vida no somos ni lo uno ni lo otro. Me voy... Cuando decidas apartare de ella, ¡llámame!

Sale por la puerta dando un sonoro portazo. Sé que tiene razón. Erin no hace más que interponerse entre mi hermano y yo, pero en este caso me molesta que su «amiguito» Manson le haya dicho que era alcohólica cuando no sabe nada de la vida de Erin ni por lo que ha pasado hasta llegar a ese punto. Y cuando el tal Manson es un sinvergüenza de mucho cuidado. Yo también podría decir muchas cosas sobre él y no las digo porque sé que Larry le admira.

Suspiro enervado. Ni siquiera he comido y, al final, me tumbo de nuevo en la cama. No tengo ganas de cenar, estoy enfadado con Larry, con Erin y con Manson. Esto me está superando por completo. Si pensaba que mi vida con Brenda era complicada, esto lo supera con creces.

—¿Por qué demonios se tuvo que cruzar Erin en mi vida aquel día? —me pregunto.

La verdad es que el destino a veces nos la juega, aunque no sepamos si para bien o para mal, porque, si soy sincero, Erin me gusta, más de lo que admitiría, y se ha convertido en una puñetera obsesión, incluso he dejado que se interponga ante lo más importante de mi vida, que es mi hermano. Así que ahora solo espero que todo esto termine, y pronto, si no, destruirá lo único bueno que me queda.

Me recuesto en la cama y decido dejar de pensar. Espero que mañana al menos pueda hablar con ella, me crea con lo de Manson y, después..., después ya veré cómo arreglo las cosas con Larry.

\*\*\*

El día ha transcurrido ajetreado, varios avisos nos han tenido durante casi toda la jornada fuera del parque y sin tiempo para dar muchas vueltas a la

cabeza. Lo he agradecido, porque cuando me he levantado, después del día de ayer en la cama, parecía que me había atropellado una locomotora, o el tren entero. Me he ido sin desayunar y cuando he llegado al parque e iba a tomar algo, ha sonado la alarma. Vamos, que llevo sin probar bocado un día entero. Para colmo apenas hemos podido parar, así que cuando ha acabado mi turno he parado en una pastelería y me he comprado un delicioso bollo relleno de chocolate y un café doble. Lo necesitaba para no desfallecer.

Después he llegado a casa, me he preparado un baño y me he metido en el agua bien caliente. No soy de los que disfrutan de esas cosas, pero hoy lo necesitaba.

Por la tarde compro flores para Erin, y también para Myra; no quiero presentarme en su casa sin un ramo para ella. También he comprado un detalle para los niños. El tema de los bombones me ha parecido excesivo. Pero sí he comprado un postre para la cena. Cuando regreso me preparo y me dirijo a su casa. Espero que todo salga bien, al menos estaremos charlando como amigos y, cuando salgamos de su casa, me ofreceré a llevarla. Será el momento en que le diga lo de Manson.

Llego temprano. Erin no ha llegado aún. Myra me da las gracias por las flores y el detalle de sus hermanos, además del postre, pero me regaña por no haber comprado los bombones.

—Te dije que compraras también bombones, a las mujeres nos gustan los dulces.

—No sé si Erin es de ese tipo de mujeres, Myra.

—¡A nadie le amarga un dulce, Patrick!

Quizás tenga razón, pero no me encaja con ella. Yo me encojo de hombros, ya no tiene remedio, y justo en ese momento suena el timbre. Me dirijo a la habitación de los niños para que no pueda huir al verme. Oigo como se saludan y charlan un momento y cuando viene a ver a los niños me descubre, pero no dice nada.

—¡Hola, chicos!

—¡Erin! ¡Has venido! —dice Terry abrazándose de inmediato a ella. Luke también se levanta y la abraza con efusividad.

Los niños parecen quererla mucho. La verdad es que estoy un poco celoso, no es que no me sienta querido por estos niños, ni mucho menos, pero veo como con ella se deshacen, y es envidiable.

—Hola, preciosos, ¡qué ganas tenía de veros! Siento no venir tan a menudo, pero estoy un poco ajetreada últimamente. Aunque llamo a vuestra

hermana casi todos los días, no os penséis que no me acuerdo de vosotros. No podría olvidarme nunca de unos niños tan maravillosos.

Terry y Luke la miran con admiración. Incluso a mí me ha conmovido.

—Gracias, Erin. Nosotros te queremos mucho, eres como una segunda hermana.

—¡Oh! ¡Qué ilusión me hace! Porque yo no tengo hermanos.

—¿Ah, no? ¿Eres hija única? —pregunta Terry.

Yo la miro un poco contrariado, no me gusta que engañe a los niños de esa manera.

—No es exactamente así, es un poco más complicado. Pero sucedió algo en el pasado y es como si no tuviera...

—Pues no lo entiendo —responde Luke.

Bueno, la explicación la comprendo un poco mejor. Randy, después de lo que hizo, ha dejado de ser su hermano, por lo menos en lo que a Erin respecta.

—Algún día te la explicaré, cariño, cuando seas mayor para entenderlo. Te lo prometo. Ahora me quedo con que tengo dos hermanos pequeños maravillosos, si me lo permitís... —concluye y veo felicidad en su cara.

—¡Claro, hermanita! —exclama Terry abrazándola de nuevo.

—¡Chicos, la cena está lista! —Se oye a Myra y los niños salen corriendo de la habitación.

—No sé qué haces aquí, pero no me apetece nada compartir la cena contigo.

—Erin, tengo que hablar contigo..., es importante.

—¡Ja! ¿Vas a seguir intentando convencerme de que no lo haga? Porque ayer seguí tu consejo y quedé con mi padre, solo reafirmó mi idea de seguir adelante... Son una pandilla de sinvergüenzas, Patrick.

—Erin..., no sé qué pasó ayer con tu padre, y lamento que no fuera bien. Me gustaría que me lo contaras, si te apetece. Sabes que siempre estoy dispuesto a escuchar, pero no se trata de eso... Tengo algo más que puede interesarte.

—De verdad, no quiero escucharte, tengas lo que tengas, no me interesa.

—Es sobre...

Pero no puedo continuar, ya que Terry viene a buscarnos.

—Chicos, la cena está lista.

Maldigo por dentro mi mala suerte. No he podido decirle que es de Manson de quien quiero hablar, pero no voy a desistir, se lo diré me cueste lo que me cueste.

La cena transcurre con total normalidad. Los niños son estupendos y hacen que un ambiente cargado enseguida se disipe con sus historias y su desparpajo.

Myra me ha hecho entregarle el ramo de flores a Erin, que ha aceptado de mala gana. Después, cuando he ayudado a Myra en la cocina con el segundo plato, me ha recriminado lo de los bombones.

—¡Te lo dije! —me ha dicho.

—Está molesta, creo que ni una caja de bombones, ni siquiera el brillante más grande de toda América, podrían hacer que me perdonara.

—¿Tú crees? —inquire Myra perpleja.

—Sí..., la conozco lo suficiente para saberlo.

—Vaya, pues lo tienes crudo, Patrick.

—Lo sé... —respondo derrotado. No sé cómo abordarla, ni si voy a tener oportunidad; ha venido en su coche.

—No sé en qué puedo ayudarte —comenta Myra.

—Tranquila, ya has hecho bastante. No te preocupes, intentaré arreglarlo.

—Si necesitas cualquier cosa sabes que puedes contar conmigo.

—Lo sé. Gracias, Myra.

Servimos la carne y, por último, Myra trae el postre.

—Este postre está buenísimo —comenta Erin.

—Lo ha traído Patrick. ¿Dónde lo has comprado? Podrías decírselo a Erin para que se haga con él otra vez —pregunta Myra en un intento por ayudarme.

—Se trata de una pastelería artesana cercana a mi apartamento. Llevan casi toda la vida, es una pareja mayor, pero ponen todo su corazón en lo que hacen, seguro que te gustará cualquier cosa de lo que tienen.

—Estoy segura, esta tarta está buenísima, tendré que pasarme. Gracias por el consejo.

—Diles que vas de mi parte, seguro que te hacen una rebaja.

—¡Ah! Perfecto.

—Quizás, el día que vaya, puede llamarte y os tomáis allí un chocolate, ¿no? —pregunta Myra en un intento de arreglar las cosas.

—Seguro que Patrick está ocupado. Además, no sé cuándo pasaré.

—Claro..., sí.

Myra se encoje de hombros. Lo ha intentado, pero Erin es muy dura. Yo le sonrío agradecido. Es una chica estupenda.

Tras un poco de sobremesa Myra manda a los niños a la cama, nos despedimos de ellos y después Erin decide poner fin a la cena.

—Yo también me voy a ir, es tarde y mañana madrugo. Gracias por la

cena, Myra, me ha gustado mucho ver a los niños, y a ti. Me encanta lo que estás haciendo con ellos. Son fantásticos.

—No hubiera podido sin ti, bueno, sin los dos. Gracias de corazón...

—No hace falta que me des las gracias, a veces hay que ayudar a las personas cuando lo necesitan.

—Lo mismo digo, si me necesitas para lo que quieras...

—Lo sé, gracias, Myra. Buenas noches, descansa. Patrick...

—Yo también me voy, mañana trabajo y llevo días durmiendo poco.

—Patrick, lo mismo te digo, gracias por todo y hablamos —se despide de mí Myra, giñándome un ojo.

Salimos los dos del apartamento de Myra en silencio y, cuando ella se va a despedir de mí, la intercepto.

—Erin, tenemos que hablar, te lo he dicho antes. Podemos hacerlo en mi casa o en la tuya. Como quieras.

—No tengo nada más que hablar contigo. ¿Como tengo que decírtelo? —pregunta enervada.

—¿Y si te dijera que tu amigo Manson se ha visto con tu padre cuando vino a Los Ángeles?

Su semblante cambia por completo, su tez blanquecina se vuelve aún más blanca. Su cuerpo se tambalea y tengo que sujetarla en brazos para que no se caiga al suelo.

—Erin, ¿estás bien?

—No..., por favor, llévame a casa.

—¿A la tuya o la mía?

—Me da igual... Solo quiero acostarme y no despertarme jamás.

La meto en mi coche y la llevo a mi casa. Quiero hablar con ella, contarle todo lo que sé de Manson, si lo hago en mi casa me encontraré más cómodo y sé que no podrá huir. La ayudo a montarse en mi coche, ella se recuesta y se queda dormida.

Igual que la vez en que se desmayó la subo hasta mi apartamento y la tumbo en la cama, pero esta vez no la desnudo, la dejo con la ropa. Solo le quito los zapatos. No quiero llevarme otra reprimenda.

Espero pacientemente y, cuando parece recuperar la consciencia, un poco desorientada, me mira y suspira nerviosa.

—Erin, ¿cómo estás?

—¿Lo que me has dicho es cierto?

Cojo el móvil y le enseño las fotos que Hank me envió. Entonces ella

comienza a llorar.

—Erin..., no llores. Todo va a salir bien...

—No, nada va a salir bien... Ya no puedo confiar en nadie.

—Confiaste en mí.

—Y me has traicionado —dice entre llantos.

—No te equivoques, no te he traicionado. No le he contado a nadie tu secreto. A Manson mandé que un amigo lo investigara antes de saber nada de lo que me constaste. Cuando vino aquí y dijo que sabía que yo era un buen bombero me dio mala espina. Mi hermano no le había contado nada e imaginaba que tú tampoco, no me conoces lo suficiente para saberlo. Así que llamé a un viejo amigo y le investigó. Manson no es de los policías más limpios de su unidad, hace tratos extraoficiales, aunque ni a ti ni a mi hermano os guste oírlo. Vamos..., que acepta sobornos.

—¿En serio? —pregunta incrédula.

—Parece que sí. Pero nadie tiene pruebas contundentes, aunque asuntos internos está tras su pista desde hace tiempo. Este amigo le siguió y consiguió estas fotos. Por eso me gustaría saber qué es lo que sabe de tu plan.

—No sabe nada, aunque le dije que venía a la ciudad a chantajear a mi padre.

—¡Joder, Erin! Pues puede que le haya hablado a tu padre de eso.

—¡Lo sé! Estoy jodida...

—Tienes que intentar sonsacar a Manson, hacerte la víctima, no sé... Quizás podrías llamarle y decirle que viniera, podemos tenderle una trampa.

—¿Crees que funcionará?

—Podemos intentarlo y, si no, siempre podemos utilizar estas fotos para que hable.

—No sé..., todo se está complicando por momentos, Patrick: mi plan, Manson, tú...

—¿Yo? —pregunto incrédulo.

—Sí, tú. No haces más que inmiscuirte en mis asuntos... —responde más serena.

—Si quieres, cuando termine lo de Manson, me iré para siempre. Tranquila —le digo enfadado.

—No quiero que te vayas. Solo quiero que te quedes a mi lado, ahora y siempre. Eres la única persona que necesito para no volverme loca, Patrick. Por favor, bésame.

Esa declaración me desgarró el corazón y hago lo que me pide. Es un beso

abrasador que nos enciende y, de inmediato, activa nuestros sentidos, haciendo que nuestras manos liberen a nuestros cuerpos de sus ropas y se unan, perdiéndose en la pasión y el deseo, llevándonos a un orgasmo demoledor que nos deja totalmente extasiados.

# Capítulo 21

## Erin

Volver a compartir el sexo con Patrick es algo que no había pensado, pero cuando me ha confesado la verdad acerca de Manson y he visto las fotos con mi padre ha sido como si me clavaran un puñal en el corazón. Jamás habría esperado eso de mi mejor amigo. A veces creemos que conocemos a las personas, pero nunca llegamos a hacerlo de verdad. No sé por qué lo habrá hecho y, aunque debería darle el beneficio de la duda y puede que todo esté relacionado con el caso en el que está trabajando, quiero ver su cara en el momento en el que le enseñemos las fotos. Sabré si me dice la verdad cuando me mire a los ojos.

—¿En qué piensas? —me pregunta Patrick.

—En que ya no puedo confiar en nadie...

—En mí sí puedes confiar —me recrimina molesto.

—No me malinterpretes, Patrick, pero apenas te conozco. La confianza se gana con el tiempo.

—¿Y, entonces, por qué decidiste contarme lo que piensas hacer con tu familia si no confías en mí? —inquiere en tono hostil.

—Si te lo conté fue para que dejaras de perseguirme; sabía que no ibas a parar hasta averiguar la verdad. Necesitaba que te apartaras de mi camino para que mi plan siguiera su curso, nada más.

—Creo que te he demostrado con creces que soy una persona de fiar. ¿Quieres que sea sincero contigo? Desde que nos conocemos me he preocupado por ti, como un amigo. Y esa preocupación me ha llevado incluso a discutir y a distanciarme de mi hermano, la persona que más me importa en esta vida.

—Nunca te lo he pedido. Es más, Patrick... —contesto con sarcasmo cuando me echa en cara lo de su hermano—. Tu interés no es precisamente el de un amigo, quizás la palabra exacta sería *follamigo*, porque, seamos sinceros: eso es lo que siempre te ha interesado.

Sus ojos se oscurecen y parecen inyectarse en sangre: está enfadado, puedo verlo en su cuerpo, de pronto tenso.

—¿Quieres que te diga yo lo que pienso? Porque, puestos a decir las cosas

sin tapujos, para tener un problema con el sexo parece que solo deseas que te follen.

Le propino un bofetón con todas mis fuerzas como respuesta y me levanto de la cama como puedo.

No me puedo creer que haya dicho eso. Es lo más ofensivo que nadie me ha dicho jamás.

Cojo mi ropa, pero antes de ponérmela me intercepta.

—¡Erin! ¡Joder! Todo esto se nos ha ido de las manos. Lo siento, estaba enfadado... No soy tu *follamigo* ni solo pienso en ti para eso. Créeme, me importas. Mucho... ¡Joder! Mírame —dice casi gritando.

No le hago caso. Intento ponerme la ropa con dignidad, pero estoy tan nerviosa que ni siquiera consigo acertar a meter las piernas en el pantalón.

—Erin... Yo... te quiero.

Por un momento me quedo en blanco. ¿Ha dicho lo que creo que he oído? ¿Ha dicho que me quiere?

—¿Me has oído? Te quiero, Erin. No sé cómo ha ocurrido y sé que es irracional, porque tienes razón: apenas nos conocemos, pero me he enamorado de ti. Y, aunque intento huir de ti, de tu locura, no puedo hacerlo... Por eso, cuando has dicho que solo soy un *follamigo*, me he enfadado tanto que he dicho lo primero que se me ha ocurrido, sin pensar. Lo siento.

—Me has hecho daño... —espeto, aún nerviosa.

—Lo sé y lo siento, pero tienes que entender que me importas. Ya te he dicho lo que siento, y quiero que confíes en mí. Erin, te he demostrado que puedes hacerlo...

—Patrick, no soy buena para ti —confieso. No quiero que malgaste su vida conmigo.

—Eso no tienes que decidirlo tú, sino yo. Solo tienes que decidir si me quieres en tu vida, nada más.

—Yo... —respondo dubitativa—: sí... Patrick, quiero que estés en mi vida, pero no puedo cambiar lo que voy a hacer, entiende que debo hacerlo.

—Vas a cometer una locura, y Manson seguramente se lo haya dicho a tu padre. A lo mejor lo ha averiguado. Te cogerán y te encerrarán.

—Tengo que intentarlo, Patrick —le respondo. Sé que es una verdadera majadería. Cualquiera en su sano juicio lo dejaría estar, pero yo necesito venganza, y voy a tomarme la justicia por mi mano para pasar página.

—Respetaré tu decisión, aunque no la compartas ni vaya a ayudarte.

—Gracias.

—Quédate en mi casa hoy, duerme conmigo... —insiste.

Durante unos segundos sopeso la idea. Estoy aturdida por todo lo que ha pasado y no sé qué hacer, pero no tengo el coche, así que al final decido quedarme con él.

—¡Está bien! Pero, Patrick, esto no quiere decir que haya cambiado nada entre nosotros. Me ha molestado tu actitud y, aunque me ha gustado lo que has dicho, nuestra relación está a miles de kilómetros de ser buenos amigos o algo más.

—¿Por qué, Erin?

—Porque, como te he dicho: no soy buena para ti y, aunque comience a confiar en ti, es mejor que no me tengas en tu vida.

—Como quieras... —responde resignado.

Sé que no estoy siendo justa con él, pero solo quiero protegerlo. No quiero que se enamore de mí. Sé que a pesar de lo que ha dicho solo soy un capricho pasajero del que se olvidará con el tiempo, estoy segura.

Nos tumbamos en la cama. Me encantaría reposar mi cabeza sobre su pecho, como otras veces, pero no creo que después de lo ocurrido sea lo más sensato. Así que le doy las buenas noches y me doy media vuelta. Intento conciliar el sueño, pero me cuesta horrores. Todo lo que me ha dicho ha logrado trastocar mis sentidos.

Cierro los ojos intentando no pensar en nada, pero es inevitable. Creo que, salvo Kate, que me lo dice constantemente, es la primera persona que me ha dicho que me quiere. No recuerdo ni siquiera que mis padres lo hicieran alguna vez. Sí, mi padre me dijo que me necesitaba, pero no que me quería, son dos cosas diferentes.

Me gustaría dejarme querer, la vida sería tan diferente...

«¿Por qué no, Erin? ¿Por qué no olvidas tu venganza y rehaces tu vida con Patrick? Es un buen hombre», me dicta mi conciencia.

Eso sería algo fantástico, pero sé que no podría. Las pesadillas siguen ahí, no puedo despertarme cada noche asediada por ellas, asustada, y despertarle a él. No es vida para ninguno de los dos.

¡No! No puedo atarle a algo así, no sería justo. Solo sufriría. Se merece a alguien mejor... Mi cabeza no para de dar vueltas y, al final, el cansancio me vence a altas horas de la madrugada.

Cuando despierto por uno de los malos sueños, son las siete de la mañana. Patrick ya no está en la cama. Me levanto y cojo una de sus camisetas. No quiero deambular por su casa en ropa interior.

Bajo al piso inferior. Está sentado en la cocina tomando una taza de café.

—Buenos días... —digo sin saber qué hacer.

—Buenos días, Erin. Lo siento, no podía dormir y no quería despertarte.

¿Un café?

—Sí, gracias. Tranquilo, es tu casa. Además, me he despertado por una pesadilla.

Me sirve un café a mi gusto y continúa:

—¡Lo siento! ¿Cómo estas? —pregunta un poco angustiado.

—Bien... Ya sabes cómo es, me despierto desorientada, pero al final consigo volver a mi estado normal, es algo habitual.

—¿Has hablado con algún psicólogo de ello? —me pregunta.

—Sí. Bueno, no les he contado toda la verdad...

—Creo que deberías hacerlo. Quizás te ayuden.

—No es fácil hablarle de esto a un extraño, de que tu hermano abusaba de ti... —respondo molesta.

—A mí me lo contaste, y también que pensabas matar a tu familia.

—Contigo es diferente —replico enfada.

—¿Por qué? No somos amigos, ¿no? —pregunta a la defensiva.

—Patrick, te lo tomas todo a la tremenda. Vamos a empezar el día sin discutir, por favor.

—Pero es cierto: hablar con un psicólogo de tus traumas te ayudará a superarlos, créeme. Si vas y hablas solo de algunas cosas de tu vida, no te ayudará a nada. Porque... ¿qué es lo que les contabas?

—Iba para hablar de mi adicción al alcohol y a las drogas.

—¿Y no te preguntaron qué es lo que te provocó esa adicción? —inquire completamente enfadado, sé que no lo entiende, pero es muy difícil hablar de todo lo que me sucedió.

—Sí, les dije que no me llevaba bien con mi familia, nada más.

—¡Joder, Erin! No se puede mentir a todo el mundo, y menos a un psicólogo que intenta ayudarte.

—Lo sé...

—¿Por qué no empiezas de cero, Erin? Buscas ayuda, descubres qué te esconde Manson y, después, si eso no te ayuda, sigues con tu venganza.

—No, eso sí que no.

—Vamos..., Erin ¿qué es lo que tienes que perder? Solo serán unos meses, o un año.

—No voy a esperar tanto tiempo. Tengo que matarlos.

—¡Erin! Piénsalo antes de cometer una locura.

—Sabes que ya está todo pensado. Ahora, si me disculpas, voy a vestirme —digo dejando la taza en la pila con el café casi entero. No voy a cambiar de opinión. Ni voy a volver a ningún psicólogo.

Me visto rápidamente y cuando vuelvo a la planta baja Patrick está sentado en el sofá.

—Me marcho. Me gustaría que, cuando hable con Manson, me facilites las fotos.

—Claro, tranquila. Si te piensas lo del psicólogo, conozco a uno muy bueno.

Salgo sin más que decir. No voy a hacerle caso, ya se lo hice con mi padre y mira cómo me fue. Definitivamente: no.

«No pierdes nada por intentarlo». Mi conciencia se pone de su lado.

«¿Tú también?», le contesto mientras bajo en el ascensor.

Esto es alucinante. Sé que no he sido sincera en mis visitas a los dos psicólogos y que debería haber empezado por eso para que me ayudaran, ¿pero cómo abres tu corazón y cuentas algo tan fuerte a una persona que no conoces? ¿Y si desvelaran algo a la prensa?

«Precisamente haciéndolo. No pueden contarlos, es secreto médico», interviene mi conciencia sabiamente.

Tiene razón. Una persona sensata y profesional no diría nada a nadie; es su deber guardar silencio.

Tomo un taxi al salir. Va a estallarme la cabeza si sigo dándole tantas vueltas. ¿Por qué Patrick consigue que me replantee las cosas? Cuando él no estaba no daba mi brazo a torcer ni a mi padre. Siempre he sido una persona muy tozuda y tenaz. Pese a que mi hermano me anulase por completo durante un tiempo, nunca consiguió que dejara de ser cabezota.

Al llegar a casa me siento frente al ordenador y, aunque intento despejarme buscando algo que hacer, no lo consigo. Al final decido mandarle un mensaje a Manson para tantearle. De inmediato me llama.

—Hola, preciosa, ¿estás bien?

—Sí, es solo que el otro día quedé con mi padre, necesitaba saber sus motivos... —le digo intentando averiguar algo.

—¿Y te dijo algo? —pregunta con cierta inquietud en la voz.

—No, me explicó los motivos por los que lo hizo; fue por culpa de mi madre. Aun así, no sé... hubo algo que no me gustó —digo dejando la frase a medias.

—No entiendo, ¿qué te dijo? —Las preguntas parecen incomodarle.

—Nada, Manson, cosas familiares. Puede que sea yo... Aunque tengo que pensar en el chantaje y marcharme de aquí. ¿Cómo podría hacerlo? —inquiero para ver cómo reacciona.

—Erin, ¿por qué no dejas a tu familia tranquila? Sabes que tu padre es un hombre poderoso, si se entera de lo que estás haciendo podría tomar represalias.

—¿Mataría a su propia hija? ¿Tú crees? —pregunto molesta. ¿Será eso lo que le ha mandado que haga? ¿Sería capaz Manson de hacerlo?

—No lo sé, no le conozco, Erin. Pero un tipo como él puede ser capaz de cualquier cosa para salirse con la suya. Si yo fuera tú me alejaría de ellos.

—Lo siento, Manson, pero no voy a hacerlo. Por cierto, me gustó tenerte cerca. Me encantaría que volvieras de nuevo.

—Seguramente regresaré en unos días. Aún estoy con el caso y dejé algún cabo suelto.

—¡Qué maravilla! Estaré encantada de volverte a tener en casa —exclamo falsamente. Ahora me doy cuenta, por lo que ha dicho, de que está compinchado con mi padre y voy a ir hasta el final para destapar su mentira. Manson me las va a pagar igual que el resto de mi familia. Van a caer todas las personas que me han engañado. Lo juro. Aunque sea lo último que haga en esta vida.

—Tengo que colgar, Erin. Te avisaré cuando regrese.

—Claro, manténme informada.

—Un abrazo, guapa.

—Otro para ti —respondo con ironía.

Cuelgo el teléfono y suelto un bufido. ¿Cómo he podido estar tan ciega? ¿Por qué todo el mundo intenta engañarme? ¿Será Kate otra aliada de mi padre? Ya no lo sé. Desde lo más profundo de mi corazón espero y deseo que no, pero ya no puedo fiarme de nadie. Porque, ¿quién me dice que Patrick no sea otro pelele de mi padre para desbaratar todos mis planes?

«Recuerda que te salvó de un ascensor», habla la voz de mi conciencia.

Tienes razón, apareció por casualidad cuando el edificio parecía haberse incendiado, aunque ya no sé si creer en las casualidades, puede que mi padre lo haya manipulado todo siempre.

Ya no sé en quién debo confiar, mi vida está llena de personas falsas y, para colmo, estoy atrapada en mi pasado, sin poder avanzar y buscando venganza. Una venganza que no sé si lograré.

## *Capítulo 22*

### *Patrick*

Ya no sé cómo hacerle entender que debería abandonar esa loca idea de matar a su familia. Por ello, lo mejor es alejarme definitivamente de ella, aunque le haya confesado lo que siento sin obtener ninguna respuesta por su parte — bueno, sí: «deberías alejarte de mí, no soy buena para ti»—. Así que, decididamente, eso es lo que voy a hacer. Le mandaré las fotos de Manson con su padre y retomaré mi vida tal y como era antes de que ella apareciera. Una vida disfrutando de las mujeres y sin ningún tipo de ataduras. Este fin de semana quedaré con una para olvidarme de Erin. Sí, definitivamente; eso es lo que haré.

Sentado en el sofá de mi apartamento, haciendo tiempo para ir a trabajar, pongo la televisión y mis ojos se abren como platos al ver la noticia que están retransmitiendo en estos momentos. ¡No puede ser! Son los estudios de grabación donde trabaja la madre de Erin. Ha habido un accidente, parece que la estructura de uno de los platós se ha derrumbado mientras estaban grabando. De inmediato mi mente vuela hacia la venganza de Erin, ni siquiera sé qué era lo que tenía pensado hacer... ¿Será posible que esto sea culpa suya? En la televisión dicen que hay varias personas atrapadas, no dicen de quien se trata, solo que hay varias dotaciones de bomberos y sanitarios realizando las tareas de rescate. Así que, sin pensar mucho, cojo las llaves de mi coche y me voy por si necesitan ayuda.

Por el camino no puedo pensar en nada más que en Erin, en si ha sido la culpable. Solo espero que no haya sido así. Llamo a mi brigada, mis compañeros del otro turno ya se han desplazado hacia el lugar de los hechos: son los encargados del rescate.

Cuando llego pregunto al jefe si necesitan ayuda, tengo ropa en el coche y, aunque no tengo todo el equipo, dos manos más para ayudar a mover hierros siempre son bien recibidas. Así que aceptan mi ayuda de buen grado. Cuando estoy avanzando entre los escombros, veo a Tim Wise.

¡Vaya, me lo temía! Sabía que Keshla Wise trabaja en este estudio, por eso Erin vino hasta aquí.

—¡Hijo! Mi mujer está ahí dentro. Por favor, no sé nada de ella.

—Tranquilícese. Vamos a hacer todo lo posible por sacarla, ¿de acuerdo?

—Por favor, sáquenla viva...

—Lo intentaremos, descuide.

Quiero pensar que no es obra de Erin, pero que su madre esté ahí dentro, que su padre también estuviera en las instalaciones...

Borro de mi mente esa idea que no me ayuda a concentrarme y busco a mis compañeros para ayudarles con las tareas de desescombro. No sé qué es lo que ha pasado. En las noticias dijeron que se había desplomado una estructura, pero aquí, más que una estructura, parece haberse caído un edificio. Es algo extraño, como si hubieran puesto una bomba o algo por el estilo.

Localizo a mis compañeros; están desescombrando cerca de la zona de grabación, indican que han oído voces y creen que puede haber algún herido.

Las tareas de retirar los amasijos de hierro y escombros nos llevan horas, pero al final localizamos tres cuerpos, dos de ellos están muy graves y uno está muerto; se trata de la presentadora del programa. Entre los dos graves se encuentra la madre de Erin, apenas respira.

Cuando tras varias horas sacamos los cuerpos con vida, Tim está con su hija; no sé si Erin ha acudido al ver las noticias y todo esto lo tenía organizado y solo está representando un papel de cara a su coartada ante la policía.

—Keshla, cariño —dice su marido al ver que la sacamos tumbada en la camilla y no se mueve—. ¿Cómo está?

—Señor Wise, su mujer está muy grave. La llevamos al hospital de inmediato. Allí le informarán mejor de su estado cuando le hagan las pruebas oportunas.

—¡Oh, Dios mío! ¡No puede ser!

—Padre, se pondrá bien —le dice Erin con frialdad.

—No, todo esto es culpa mía, no debí dejar que siguiera trabajando.

Antes de salir del recinto de seguridad vuelvo a mirar a Erin, ella mueve la cabeza, negando lo evidente, pero no sé si creerla.

—Patrick, tenéis que informarnos... —nos dice el jefe de la brigada. Mi hermano aparece a su lado.

—Cuando he llegado todo estaba ya derrumbado, pregunta a Steven y a Carson, pero parece más un accidente provocado que fortuito...

—¿Tú crees? —pregunta mi hermano.

—Tiene toda la pinta.

—¿Quién querría hacer esto? —inquire el jefe de Larry.

—No tengo ni idea, pero Tim Wise es un hombre influyente y con muchos

enemigos —digo sin dar más detalles.

—Empezaremos por ahí, Larry —le ordena a mi hermano.

Él asiente y yo miro a mi alrededor intentando localizar a Erin, pero ya no está. Volvemos al parque, nuestro trabajo en los estudios ha acabado, pero mi jornada empieza en media hora. No me importa, ahora mismo solo necesito trabajar y dejar de pensar en lo ocurrido. Porque, si no, soy capaz de ir a ese hospital en busca de Erin para que me dé respuestas a todas las preguntas que se agolpan en mi cabeza.

Al llegar, el jefe nos felicita y yo me siento en mi sillón, como algo y espero pacientemente noticias del hospital. Las sanitarias nos indican que la mujer de Tim Wise y el otro está en estado crítico. La han subido a quirófano, pues tenía el bazo perforado y los pulmones afectados. Había perdido el conocimiento y era posible que tuviera algún derrame cerebral. Sé que no fue buena con Erin, pero no me gustaría que muriese sin saber la verdad.

—Patrick, deberías irte a casa —me dice el jefe a media tarde. El día está siendo tranquilo.

—Jefe..., estoy bien.

—Has trabajado duro y sé que la hija de Tim y Keshla Wise es amiga tuya. Seguro que quieres estar a su lado en estos duros momentos.

—No te preocupes, acabaré el turno —respondo.

—Como quieras, pero si decides marcharte, avísame.

—Gracias, jefe.

La verdad es que podría hacerlo, y también podría llamar a Erin, pero no voy a hacer ni lo uno ni lo otro. Quiero terminar mi turno y luego decidiré qué voy a hacer.

Una hora antes de acabar nos avisan de un accidente de tráfico: un borracho se ha estampado contra un camión de basura. Así que la brigada y las sanitarias acudimos al aviso. Es un vehículo de alta gama, juraría que es igual que el coche del hermano de Erin.

Cuando miro en su interior me doy cuenta de que no es que sea igual, es que es el mismo: el conductor es el hermano de Erin. ¡Joder! ¿No es mucha casualidad dos accidentes en su familia en un mismo día? Creo que no... Erin ha puesto en marcha su venganza, ¿por qué hoy? ¿Porque le he dicho lo del psicólogo, o ya lo tenía todo planeado y solo me estaba dando largas? No lo sé, pero Randy tiene muy mala pinta.

—Caballero, ¿me oye? —No quiero que mis compañeros sepan que le

conozco. No puedo verme implicado en esto.

Tiene la cabeza ensangrentada y, aunque ha saltado el airbag, el golpe ha sido tan brutal que ni siquiera el dispositivo de seguridad ha frenado totalmente el impacto. Además, tiene clavado el volante en el abdomen. No sé si va a salir de esta, la verdad es que pinta mal.

El conductor del camión de basura solo tiene contusiones leves. Por lo que nos cuentan los testigos, Randy se ha saltado el semáforo; conducía de forma temeraria y, o bien no ha visto el camión, o no le ha dado tiempo a frenar. El caso es que se ha estampado de lleno contra él.

—Caballero, vamos a sacarle, no se mueva —le digo, aunque no sé si me oye.

Sus constantes son apenas perceptibles. Como no lo saquemos rápido se nos queda en el vehículo.

—¡Chicos, tenemos que actuar deprisa! —les ordeno.

Con la sierra cortamos la puerta. Después le cubrimos con una manta y nos deshacemos del volante que le está oprimiendo el abdomen. Enseguida le sacamos del vehículo y las sanitarias se encargan de él. Sus constantes son débiles y han tenido que reanimarle durante el trayecto dos veces. Eso es lo que nos han contado Brenda tras dejarlo en urgencias.

Al terminar el turno, decido acudir hospital. Necesito urgentemente hablar con Erin. Ahora sí que estoy seguro de que todo esto es culpa suya. Esta mañana pensaba que el accidente de su madre era fortuito, pero lo de Randy... Podía ir borracho, pero creo que ha debido manipular sus frenos para inutilizarlos.

Cuando llego, Erin está consolando a su padre. No sé qué es lo que pasa, pero imagino que se ha enterado de lo de Randy. Ella está bastante tranquila.

—Buenas noches, quería saber cómo sigue su mujer. También hemos atendido el aviso de su hijo.

—Randy... ¿qué le ha pasado? —pregunta Tim nervioso.

Erin me mira sorprendida.

—¿Qué ha pasado? Nadie nos ha dicho nada, Patrick —inquire Erin.

O es una actriz estupenda o realmente no sabe lo sucedido.

—Randy ha chocado con un camión de basura, su estado es bastante grave. Las sanitarias le han tenido que reanimar en la ambulancia en dos ocasiones... Pensé que les habrían avisado.

—¡Por Dios, no! ¿Cómo es posible? ¿También Randy? ¡No puede ser! —dice el padre de Erin y se desmaya. Se habría caído si no es por que le

sujetamos entre los dos.

—¡Por favor, una camilla! —solicita Erin.

Las enfermeras acuden a su encuentro y le meten en un box de inmediato. Eso me facilita las cosas para hablar con ella.

—¿Me vas a decir que tú no tienes nada que ver con todo esto? —inquiero rápidamente con furia.

—Pues, aunque pienses lo contrario, yo no he tenido nada que ver, Patrick. Esta mañana cuando llegué a casa pensé en tu propuesta de ir a un psicólogo. Estaba aturdida, me tumbé un rato y cuando puse la televisión vi lo que había sucedido. Fui a los estudios y me encontré a mi padre perdido y buscando desesperadamente a mi madre. Me dijo que había hablado con los bomberos. Él había salido a atender una llamada cuando escuchó una explosión y, después..., no logró ver nada.

—Ha sido premeditado, Erin.

—Te juro que yo no he tenido nada que ver —repite y, aunque no quiero creerla, algo me dice que está siendo totalmente sincera.

—¿Cómo sé que no me estás mintiendo como siempre? —le pregunto inquieto. Necesito que sea verdad, pero me ha mentido tantas veces que ya no sé si puedo confiar.

—Solo puedo darte esta verdad: nunca habría hecho daño a otras personas que no fueran ellos. Si con eso no es suficiente, no sé qué más necesitas.

Vale, tiene razón. No la veo capaz de atentar contra otras personas. Sé que tiene ganas de vengarse. ¿Pero, y Randy? Puede que a él si le haya manipulado los frenos.

—¿Y qué me dices de Randy? Parece que no frenó a tiempo.

—Ni siquiera sabía que hubiera tenido un accidente.

En ese instante el teléfono de su padre, que porta en sus manos, suena. Por un momento duda de descolgar.

—¿No lo coges? —pregunto con ironía.

—Es el móvil de mi padre.

—Descuelga.

Lo pone en manos libres para que escuchemos los dos y aprieta el botón.

—Maldito bastardo..., ¿vas a darme lo que te he pedido o quieres que me cargue a tu hijita también?

Erin suelta el teléfono de golpe. ¡Joder! Alguien está chantajeando a Tim y ha intentado matar a su mujer y a su hijo. Y yo que pensaba que se trataba de Erin, ¡qué equivocado estaba!

—Erin, tranquila... Voy a llamar a Larry, ¿de acuerdo? —la tranquilizo, porque se ha puesto a temblar.

No me separo de ella ni un milímetro y llamo a mi hermano. Le cuento a grandes rasgos lo sucedido. El padre de Erin parece más repuesto cuando sale del box.

—Señor Wise, ¿nos va a contar quién le hace chantaje? —le abordo.

—¿Cómo...?, yo... —titubea, y yo continúo.

—Ha recibido una llamada mientras estaba siendo atendido. Le han amenazado con matar también a su hija.

—¡Esto se me ha ido de las manos! —dice nervioso—. ¡Yo no quería que todo esto pasara!

—La policía viene ahora mismo, así que ya puede decirles la verdad.

—Antes quiero saber cómo está mi hijo.

—Está bien, pregunte en la recepción.

Cuando vuelve lo hace con una expresión desolada.

—Padre..., ¿qué ocurre?

—Me han dicho que han hecho todo lo posible por Randy, pero que ha fallecido en el quirófano.

Miro a Erin, sé que esta noticia es algo que realmente la alegra. Imagino que le habría gustado obtener su venganza por ella misma, pero quizás se ha hecho justicia de alguna forma sin que se vea involucrada.

—Lo lamento... —le digo. No es cierto; era un maldito bastardo, pero tampoco puedo decirle otra cosa.

Erin no dice nada. Imagino que aún está gestionando la noticia.

—Señor Wise —le interrumpe mi hermano que aparece en ese momento como salido de la nada—. Tendrá que venir con nosotros a comisaría, tenemos que tomarle declaración.

—Pero..., mi mujer está en la unidad de cuidados intensivos, acaba de salir del quirófano, se está recuperando de su accidente y mi hijo acaba de fallecer...

—Lo sentimos mucho, pero tendrá que ayudarnos a esclarecer todo esto. Además de su hijo, en el accidente del estudio ha muerto una persona y otra ha resultado gravemente herida. Según me ha comentado Patrick, ha recibido la llamada de un caballero amenazándole si no recibía lo acordado con matar a su hija.

—Yo... —murmura Tim—. No debí hacer negocios con ese hombre —dice arrepentido.

—Cuéntenoslo todo en comisaría. Si necesita un abogado puede pedir uno de oficio.

El padre de Erin se marcha con mi hermano y su compañero. Yo me quedo con ella.

—¿Vas a quedarte en el hospital? —le pregunto.

—Me quedaré un rato. Tampoco me importa mucho la vida de Keshla, pero lo hago por mi padre. En el fondo aún le tengo un poco de aprecio. Se vio manipulado por ella.

—Al final alguien ha hecho el trabajo sucio por ti, Erin.

—No creas que me ha gustado... —responde enfadada.

—Quizás sea justicia divina.

—No lo creo, mi padre siempre hizo negocios con gente indeseable y, al final, esa gente se ha cobrado su precio.

—También es verdad —afirmo. Cuando se hacen tratos con la mafia o con gente de mala reputación al final, si no se cumple, te ves involucrado en cosas como esta.

—Lo que más siento es no haberle visto la cara al cabrón de mi hermano y no haber podido decirle que se lo merecía... —dice con pesar.

—¿Sabes qué, Erin? Creo que ha sido lo mejor que ha podido sucederte. La muerte no es algo bonito, te lo digo por experiencia y, aunque te parezca que quizás habrías disfrutado con ello, estoy seguro de que en el fondo de tu corazón no habría sido así. Eres buena persona. Después de todo lo que has sufrido, te he visto con Terry y Luke, con Myra... y tienes un gran corazón. Por eso no podía dejar que tu pasado te corrompiera... Esto te ha liberado. Estabas atrapada en el pasado y ya puedes avanzar.

—Quizás tengas razón, quizás necesite el teléfono de ese psicólogo que conoces...

—¿Estás segura? —le pregunto incrédulo.

—Sí, muy segura. Y ahora, ¿nos vamos?

—¿Y tu madre? —le pregunto al ver el cambio de parecer.

—Yo no tengo madre, Patrick. Murió el mismo día que permitió que mi hermano abusara de mí.

Me agarra del brazo y tira de mí para que nos vayamos. A veces el destino es cruel, pero otras veces es justo. Erin ha tenido una infancia muy dura, ahora parece que todo se ha alineado a su favor y ha hecho que otra persona se encargue de su venganza.

## *Capítulo 23*

### *Erin*

*Tres meses después*

Llevo dos meses y medio acudiendo a terapia, al psicólogo que Patrick me recomendó. Se trata de un profesional que suele llevar casos de bomberos y policías afectados por traumas por accidentes o lesiones ocurridos. Patrick me comentó que nada más empezar en el cuerpo, participó en el rescate de una colisión múltiple en la autopista, en ella se vio afectado un autobús escolar y fallecieron muchos niños. Sacar los cuerpos sin vida de tantos pequeños indefensos le ocasionó trastornos del sueño, afectó a su concentración en el trabajo, y le provocó cambios de humor que incluso le hicieron agredir a un compañero. Fue retirado durante un mes del servicio y para su reinserción le recomendaron acudir a este psicólogo. Le ayudó mucho a recuperar su estado normal y durante varios meses después de su reincorporación siguió acudiendo a terapia. Cuando Patrick me lo contó supe que tenía que intentarlo. No perdía nada. Así que aquí estoy, en su consulta. Los primeros días no me atreví a contarle la verdad, fue como las otras consultas por las que había pasado; le contaba mis problemas con el alcohol, con las drogas y también con mi familia, pero solo el distanciamiento entre nosotros. John, que así es como se llama el psicólogo, hace dos semanas me preguntó cómo me sentía con todo lo que estaba pasando en la actualidad, ya que toda la prensa del corazón, periódicos y demás medios se han hecho eco de las noticias. Mi hermano murió hace tres meses en el accidente, mi madre está en estado vegetativo tras el derrumbe del plató ocasionado por una explosión provocada por un mafioso que extorsionaba a mi padre y este fue detenido hace unas semanas por blanqueo de capitales y tratos con la mafia. Vamos, que parece que, al final, como bien dijo Patrick un día, hay justicia divina. El caso es que el día en que John me hizo esa pregunta, yo ya le había hablado de que mi trato con ellos no era bueno y fue entonces cuando me decidí a contarle toda la verdad. No fue nada fácil abrirle mi corazón de esa manera a un extraño. Sé que lo hice con Patrick, pero con él fue diferente. Aunque cuando se lo conté a John fue algo liberador, me sentí como si me hubiera quitado un gran peso de los hombros.

Además, él ni siquiera me miró con pena o angustia, nada de eso, seguía con el mismo gesto en su cara y eso me tranquilizó.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó cuando terminé de explicarle todo lo sucedido con Randy y con mis padres.

—Me siento en paz..., por primera vez en muchos años, ya no siento odio ni rencor. Es como si me hubiera quitado una enorme losa.

—Me alegro, Erin. Has dado un gran paso en tu evolución.

—Lo sé, John. Lo sé... —le dije y una lágrima se derramó de mis ojos. Sabía que era de felicidad. Porque el día en que se lo conté a Patrick él me miró con pesar, sé que sufrió, pero John no hizo ni dijo nada y quizás esa fue la razón por la que me sentí liberada, no lo sé... El caso es que contarle todo aquello, además de la medicación que me había prescrito para descansar mejor, hizo que mis pesadillas cesaran.

Y hoy estoy de nuevo en su consulta, sentada en un cómodo diván.

—Buenos días, Erin..., ¿cómo te encuentras hoy? —me pregunta como todas las mañanas.

—Buenos días, John. Bien. Estoy mejor. He descansado bastante bien.

—¿De qué quieres hablarme hoy? ¿Quizás de ese guapo bombero?

—John, por favor, no vayas por ahí...

—¿Por qué no das un paso en esa relación? Te dije que te quería y tú no haces nada al respecto, aún cuando estoy casi seguro de que sientes lo mismo por él. Creo que lo que te pasa es que tienes miedo. ¿Me equivoco?

Suelto un bufido. No se equivoca. Pero es cierto que avanzar en nuestra relación supone dar un gran salto en mi vida. Mudarme definitivamente a Los Ángeles, y no sé si es lo que quiero a largo plazo.

Patrick y yo seguimos viéndonos, quedando de vez en cuando y teniendo nuestros encuentros, pero nada más. Me ha ayudado mucho con todo este proceso, me aconseja y me apoya, pero me doy cuenta de que tengo que estar segura para no hacerle daño y no sufrir yo también.

—Es complicado... —le respondo.

—¿Quieres que te dé un consejo? Y este no es como psicólogo, sino como persona que sabe un poco de relaciones sentimentales —me pregunta y le miro ceñuda. No sé por qué me dice eso, es la primera vez que se sale de su papel de profesional. Yo asiento, creo que me lo va a dar igualmente—. La vida a veces no da segundas oportunidades en el amor, nos pone a alguien en nuestro camino, a una persona, y si no sabemos aprovechar el momento adecuado, quizás cuando nos demos cuenta de que era la indicada para nosotros ya sea

demasiado tarde...

Le miro y durante unos segundos estoy tentada de preguntarle por la situación que le hizo aprender eso, pero después me doy cuenta de que estoy en su consulta; soy una paciente, no sería sensato.

—Quizás tengas razón, John. Pero después de todo lo que he pasado... No sé si estoy preparada...

—Nunca se está preparado para una relación. La vida en soledad es mucho más fácil, adaptarse a otra persona, con sus manías, sus costumbres, evidentemente, no es algo sencillo. Pero también compartir los temores y miedos, las inquietudes y las alegrías, son cosas que nos aportan felicidad. La vida consiste en eso.

—Lo sé...

—Y si me permites un último consejo: tú has vivido muchas cosas, casi todas terribles... Te mereces ser feliz, ser amada, y no lo conseguirás estando sola. No digo que sea Patrick esa persona, solo tú tienes que decidirlo. Tienes que mirar dentro de tu corazón y averiguar si es él... Pero algo me dice que sí, por cómo me has hablado de él en esta consulta. ¿Me equivoco?

—No —le respondo con sinceridad.

—Entonces, querida Erin, ¿a qué esperas para dar el paso? Por mi parte, creo que estás preparada para ser feliz. Mis consultas han sido satisfactorias y creo que puedes venir ahora una vez por semana, y después una vez al mes. Ya no es necesario que vengas todos los días a verme...

—¿En serio? —le pregunto incrédula.

—Totalmente en serio. He visto un gran progreso en ti estos meses: duermes bien, apenas tienes pesadillas... Creo que has dejado atrás el resentimiento que sentías hacia tu familia y, lo más importante: quieres amar y ser amada, ¿qué más puedo hacer por ti, Erin? Como te he dicho, no voy a darte el alta completa, te veré durante un mes semanalmente y, después, si sigues evolucionando igual de bien, las consultas serán mensuales.

—Gracias, John, por todo lo que has hecho por mí —le digo emocionada.

—Yo apenas he hecho nada, lo has conseguido tú sola —me responde con una ancha sonrisa.

—Sí tú lo dices —le respondo con alegría.

Salgo de la consulta emocionada. No sé si tiene razón, pero me siento una persona nueva. Ahora ya puedo rehacer mi vida, aunque tengo que pensar si voy a dar ese paso con Patrick, porque tengo tanto miedo a equivocarme...

Les cuento la buena noticia a Manson y a Kate. Al final, Manson no tenía

nada que ver con mi padre. Bueno, algo sí, pero en el buen sentido. Mi padre hizo algo bien en lo que a mí respecta y fue contactar con Manson cuando me fui de Los Ángeles; un policía al que conocía por haber sacado a Randy varias veces de algún lío y al que le pidió que me vigilara y cuidara de mí. Es cierto que cuando Manson me lo explicó me enfadé mucho con él. Debería haberme contado que mi padre le había pagado dinero para que cuidara de mí, pero me apiadé de él al enterarme de que lo hizo porque necesitaba el dinero para pagar el tratamiento de su difunta madre. Al final, tras aclarar un poco el malentendido y viendo que mi padre había velado por mí durante todo aquel tiempo, hice la vista gorda y decidí perdonarlo pese a que a Patrick no le hizo ninguna gracia.

—Cariño —me dice Kate—, y ahora que tu psicólogo casi te ha dado el alta, ¿piensas regresar a San Francisco?

—La verdad es que no sé muy bien qué voy a hacer. Mi padre me dijo que tengo una cuenta abierta a mi nombre con dinero del que solo yo puedo disponer... La policía no ha podido incautarlo. Así que puedo vivir perfectamente en Los Ángeles hasta que encuentre un trabajo... Además, podría hablar con Marie Louise y pedir un traslado allí. ¿Y tú? ¿No has pensado en trasladarte?

—Lo cierto es que ya es un hecho —me dice de repente. Sabía que estaba pensándolo, pero no que hubiera tomado ya la decisión.

—¿En serio? —inquiero perpleja.

—Sí, es cuestión de semanas. Larry lo tiene complicado y, bueno..., no sé, Erin. Quiero dar una oportunidad a lo nuestro. Viajar todos los fines de semana se nos hace agotador.

—Me alegro, cariño, saldrá bien.

—¿Tú crees? Ahora que está cerca me da un poco de pánico —comenta asustada.

—No, verás como todo sale bien —la animo.

—Entonces no te vas a mudar a San Francisco, ¿verdad? —pregunta nerviosa.

Ahora que ella se viene a Los Ángeles la respuesta es definitiva.

—Pues claro que no, Kate, tú eres mi única familia. Donde tú estés, estaré yo.

—¡Ja! Y tu bombero. No me hagas reír... —responde con guasa.

—No lo tengo del todo claro, Kate. Tengo miedo —confieso.

—El miedo es para los cobardes, y tú siempre has sido una chica muy

valiente, cariño.

Después de hablar con John, decidí que tenía que sincerarme también con Kate, se lo debía. Me escuchó, ambas lloramos y después nos comimos una tarrina de helado de chocolate cada una. Creo que nos unió mucho más, porque ella me contó que estaba enamorada locamente de Larry. Ahora creo que nuestra amistad es para siempre. Somos como dos hermanas.

—Gracias, te quiero, amiga. Eres la mejor.

—Sé que siempre te lo digo, soy la mejor, y tu única amiga, pero yo también te quiero. No sé qué haríamos la una sin la otra.

—La verdad es que tienes razón.

Seguimos hablando de sus planes para cuando venga a Los Ángeles y, al final, me incita a que llame a Marie Louise, nuestra jefa, pero decido que lo mejor es ir a San Francisco y arreglar los papeles para mi traslado. Sí, podría intentarlo. Es el trabajo que me gusta y si además estaría con mi amiga, sería maravilloso.

Preparo todo para mi viaje al día siguiente, sin demorarlo más. Cuando Kate me ve me abraza de inmediato.

—¿Por qué no me dijiste ayer que vendrías? —me pregunta un poco molesta.

—Tras colgarte decidí que tenía que venir y hablar con Marie Louise.

—Vaya... Hoy justo no está.

—¿En serio? —pregunto abatida.

—Sí, tenía un caso fuera de la ciudad. Pero pasaremos el día como en los viejos tiempos, ¿te parece bien?

—Bueno, tienes razón. A grandes males, grandes remedios —le contesto.

Saludo a todos mis compañeros, charlo con ellos y me doy cuenta de que les he echado de menos. Después regreso al apartamento que Kate y yo compartíamos antes de mudarme y respiro profundamente. Parece que han pasado siglos desde que me fui y han sido solo varios meses, aunque todo está como yo lo recuerdo.

Siento nostalgia de esos días, para qué negarlo. Y, de repente, una pregunta viene a mi mente: ¿quiero regresar a Los Ángeles o podría volver a esto? Una parte de mí quiere esta vida cómoda, sin ataduras, siendo la Erin abnegada al trabajo, pero la nueva Erin se da cuenta de que eso no la llenaba en absoluto, porque su trabajo ocupaba casi todo su tiempo y el resto era para su única obsesión: la venganza. Ahora tiene un nuevo objetivo: ser feliz. Por eso ya no encaja en esta vida en San Francisco, porque Manson estará en esta ciudad,

pero Kate vivirá en Los Ángeles y luego está Patrick, que por mucho que quiera luchar contra mis sentimientos, me importa demasiado y vive también en Los Ángeles.

«No es que te importe demasiado, es que le quieres», grita en mi interior mi conciencia.

Vale, está bien: le quiero. Pero es que es muy difícil decir esas palabras.

«A tu amiga se las dices con bastante frecuencia», arremete de nuevo contra mí.

Suelto un bufido de exasperación. Quizás tenga razón, pero es que Kate siempre lo ha sido todo para mí, y Patrick... Bueno, Patrick desde el primer momento me tendió la mano. También me ha ayudado desinteresadamente y, aunque me ha hecho daño de manera intencionada en alguna ocasión, siempre ha sido bueno conmigo.

Kate me sorprende cuando estoy teniendo esta batalla moral conmigo misma, y casi se lo agradezco.

—Erin, cielo, ya estoy aquí. Me he escapado un poco antes. Comemos y después hacemos lo que te apetezca, ¿te parece bien?

—Me parece perfecto, Kate.

Salimos a comer a uno de nuestros restaurantes favoritos y nos deleitamos con nuestros platos predilectos. Después decidimos dar una vuelta por el centro comercial para regresar a casa y ver una de nuestras pelis románticas más especiales. Nos gustaba hacer eso un día a la semana. No era nada especial, pero para nosotras era como una tradición maravillosa. Espero que en Los Ángeles también la instauremos. Sé que se irá a vivir con Larry, pero me gustaría no perder estas costumbres.

—¿Haremos esto en Los Ángeles? —le pregunto melosa.

—¡Por supuesto! No pienses ni por un momento que voy a estar pegada a Larry las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año. Vamos a vivir juntos, pero eso no significa que estemos siempre juntos. Ya se lo he advertido: quiero mi espacio y estar contigo...

—¡Esa es mi chica! —digo dándole un abrazo—. ¡Imponte desde el primer momento! Mano dura —comento con seriedad y luego las dos nos echamos a reír.

—Sabes que soy una blandengue.

—Lo sé, cariño... —respondo. Porque yo siempre he hecho con ella lo que he querido. Es una buena persona, confiada y tan inocente que al final se deja hacer.

—Pero sabes que si no te impones te mangoneará.

—Ya..., eso lo sé. No voy a dejarle hacerlo. También tengo mi carácter.

Yo solo he visto una vez a Kate cabreada y juro que no me gustaría cruzarme de nuevo con ella en ese estado.

—Aún recuerdo el día en que te vi echando espumarajos por la boca —comento.

Fue algo muy serio: la habían intentado engañar con una adopción tras llevar mucho tiempo gestionando y visitando a los supuestos padres adoptivos. Fue toda una farsa por dinero. Cuando Kate se enteró estalló en gritos. Aquello parecía un verdadero concierto, pero no precisamente de ópera. Al final los timadores salieron escamados y confesaron ante las autoridades, no hizo falta ni la presencia de la policía hasta el final, solo la voz chillona de mi amiga.

—Soy una chica buena, pero cuando sacan lo peor de mí... —dice muy seria.

—Claro, cariño, tú di que sí.

Después de preparar la cena, me acuesto en mi antigua cama. Me da un poco de miedo volver a tener pesadillas, pero me he traído la medicación, así que me la tomo y rápidamente me quedo dormida.

Al despertar, cuando suena la alarma, suspiro nerviosa; no he tenido pesadillas, pero es la hora de ir al trabajo y hablar con la jefa.

Desayuno con mi amiga, como en los viejos tiempos, y me visto de manera formal, tal y como lo hacía cuando iba a trabajar. Cualquiera diría que es precisamente lo que voy a hacer.

Cuando llegamos Marie Louise ya está en su sitio, al verme me saluda de manera cordial.

—Erin, ¡qué alegría verte de nuevo! No tenía constancia de que te reincorporabas hoy. ¡Gracias a Dios! Ahora que Kate nos abandona...

—Verá, Marie Louise, no me reincorporo, venía a hablar con usted.

—Vaya... Pasa —me dice contrariada.

La sigo y cierro la puerta tras de mí. Espero a que ella se siente y tomo asiento después.

—Y, dime, ¿de qué se trata?

—Sabe que me fui a Los Ángeles por un problema familiar y, bueno..., no sé si ha visto las noticias últimamente... Mi padre es Tim Wise.

—¡Vaya! No sabía nada. Lamento lo ocurrido.

—Como comprenderá, tengo un problema familiar bastante grave entre

manos. No puedo regresar a San Francisco en estos momentos.

—Tómame el tiempo que necesites.

—La verdad es que sé que es complicado, teniendo en cuenta que Kate ha pedido el traslado a Los Ángeles, pero creo que mi sitio también está allí. Necesito trabajar...

—Erin, sois dos de mis mejores trabajadoras sociales, si os marcháis las dos...

—Estoy segura de que encontrará gente muy cualificada. Tiene que entender que yo necesito trabajar y tengo a mi madre enferma —digo para darle pena. No voy a ocuparme de ella.

—Lo sé... Veré lo que puedo hacer, pero que conste que me la jugáis pero bien...

—Lo siento, de verdad.

Me mira contrariada y yo le regalo una sonrisa sincera. Salgo del despacho. Está cabreada, pero sé que al final tramitará mi traslado. En el fondo es buena gente y las situaciones difíciles le ablandan el corazón, por eso le he dicho lo de mi familia, aunque no sea la verdad.

—¿Cómo lo ves? —me pregunta Kate.

—He tratado el tema de mi familia —susurro—. Creo que así será más fácil el traslado.

—¡Bien pensado, cariño!

—Ahora voy a regresar a Los Ángeles. Aquí no pinto nada y tengo otro tema que solucionar —le digo.

—¿Cuál? —me pregunta Kate un poco confundida.

—Patrick... —le respondo.

—¡Corre y no te rindas! Ese es el más importante.

—¡Deséame suerte!

—Toda la del mundo, cariño.

Salgo de la oficina con un objetivo: voy a intentar tener una relación con Patrick.

## *Capítulo 24*

### *Patrick*

Hoy he tomado una decisión. Tras más de tres meses desde los accidentes del hermano de Erin y su madre, de que su vida diera un giro por completo a partir de ese momento, ella ha acudido a terapia con John, el psicólogo que le recomendé. Sé que todo ha ido muy bien porque, aunque no puede hablarme de ello, a veces le he preguntado cómo va avanzando y siempre me responde que es una alumna destacada... Con eso interpreto mucho más de lo que otros podrían con una larga explicación, al menos para mí, que conozco el problema de Erin y también a John y sé como es; por todo ello he decidido hacerle una propuesta a Erin. Nuestra relación no ha avanzado nada, nos hemos visto, hemos charlado y, aunque hemos cenado e intercambiado noches de sexo, yo necesito algo más... La quiero en mi vida de otra manera y creo que es el momento.

Le he mandado un mensaje y me responde que regresa de San Francisco esta tarde, que había acudido por un tema de trabajo... Ahora es cuando me entran las dudas. ¿Irá a regresar allí? Espero que no. Porque me gustaría que se quedara en Los Ángeles. Este es su hogar, bueno..., sé que no tiene un buen recuerdo de esta ciudad, pero también es cierto que su amiga Kate va a mudarse en un par de semanas y en San Francisco solo le queda Manson y, aunque le ha perdonado lo que le hizo —cosa que, por otra parte, no he entendido: la engañó, la utilizó para beneficiarse del dinero de su padre y, aun así, decidió perdonarlo, tengo que respetar su decisión, no me queda otra—, me consta que su relación no es tan estrecha como era antes. Eso lo sé por Larry que, a su vez, lo sabe por Kate.

Mi hermano también se ha desengañado un poco de su amigo Manson, le ha bajado de su pedestal y me alegro, los dos le tenían en lo más alto y se han dado cuenta de que, aunque no es tan malo como en su día Hank me hizo ver, tampoco es el gran policía y amigo que mi hermano y Erin pensaban que era.

Creo que ahora mismo todo está donde debería estar. Bueno, el hermano de Erin está muerto, y yo no suelo desear la muerte a nadie, pero en este caso en concreto creo que se lo merecía por ser tan desgraciado. La madre de Erin está en una clínica privada, en estado vegetativo. No parece que vaya a salir

de allí, pues recibió una gran contusión en la cabeza que afectó a su cerebro. También es posible que, aunque saliera de ese estado, nunca vuelva a andar, pues tenía la columna vertebral dañada. Quizás lo mejor sería llevar el mismo camino que su hijo, aunque eso no lo decide nadie salvo el destino. En cuanto al padre de Erin, se encuentra pendiente de juicio tras haber sido acusado de una estafa piramidal con varios mafiosos. Vivía demasiado bien y, aunque el cine proporciona un nivel de vida muy alto, los trabajos de su mujer solo podían estar financiados con dinero de la mafia. Lo único bueno es que Erin tenía una cuenta a su nombre, igual que su mujer y su hermano. Verdaderamente, Tim ha sido un hombre bastante inteligente. Al tener separación de bienes el dinero de la clínica lo está pagando directamente Keshla con esa cuenta suya. El dinero de Randy, al no haber testamento, una parte pertenece a sus padres, pero otra es de Erin; vamos, que tiene bastante dinero a libre disposición. Algo que, al menos, ha conseguido después de todo lo que ha sufrido por esa familia. Así que no sé si quiere o no quedarse en Los Ángeles, pero realmente desearía que así fuera.

Dando vueltas a todo, me siento en el sofá de mi apartamento, deseando que llegue Erin y decirle lo que siento de nuevo. Proponerle que se venga a vivir conmigo, aquí... Cierro los ojos y me imagino una vida juntos. Quizás más adelante podamos tener un bebé. Bueno, no sé si ella quiere eso, no es algo que entre en mis planes a corto plazo, pero... ¿quién sabe?

Me quedo en un estado de duermevela y dejo volar mi imaginación; nos veo a los dos patinando en la pista de hielo. De pequeños Larry y yo siempre íbamos allí. Recuerdo que a mi madre le encantaba. Y no sé por qué me veo de la mano con Erin. Ella no sabe patinar y yo la guío. Cuando se va a caer, la agarro y nos quedamos enfrentados. Nos miramos fijamente y, en ese momento, me doy cuenta de que es la mujer con la que quiero envejecer...

El timbre suena, sobresaltándome, y me levanto como un resorte. Ha sido un sueño maravilloso y, sin duda, esclarecedor, porque me he dado cuenta de que sí es la mujer con la que quiero pasar el resto de mis días.

Al abrir la puerta veo a Erin, parece nerviosa.

—Hola..., ¿estás bien? —le pregunto contrariado.

—Hola. Sí, es solo... que tengo que hablar contigo.

Vaya, todas las frases que empiezan así no terminan bien. Lo sé porque yo he iniciado alguna conversación así para romper con alguien. Luego viene el: «No es por ti..., soy yo», «Es mejor que nos demos un tiempo...». Ya me conozco esas excusas baratas que yo mismo he utilizado tantas veces. Pero hoy

no me voy a rendir. Voy a utilizar la artillería pesada. Así que la agarro de la cintura sin dejar que diga nada más y le doy uno de mis mejores besos para dejarla noqueada.

Mis labios se juntan con los suyos y ella se deja hacer.

«¡Bien, esto parece comenzar con buen pie!», pienso.

Nuestras lenguas se mueven en una bonita danza acompañada. Ninguno lucha por llevar las riendas, solo nos adaptamos al movimiento que se armoniza como si de un vals se tratara. Después de unos minutos bailando al mismo son, decido retirar mis labios pese a que a ella no parece gustarle mi decisión, pues suelta un pequeño gruñido de insatisfacción.

—¿De qué es de lo que teníamos que hablar? —le pregunto intentando sorprenderla.

Ella está aún aturdida tras ese beso que nos ha dejado a los dos excitados, puedo comprobarlo al ver su cuerpo en tensión y sus pezones despuntando y marcándose bajo la fina tela de su camiseta.

—Cuando terminé con la terapia de John... —me dice nerviosa, y hace una pausa al ver que la miro contrariado—. Bueno, no he terminado exactamente con sus sesiones, pero ya no tengo que acudir a la consulta diariamente. Iré una vez por semana durante un mes y, posteriormente, una vez al mes...

—¡¡Oh, vaya!! Eso es una buena noticia, ¿verdad?

—Sí, la verdad. Es un buen médico, pero añoro estar en casa sin hacer nada. Bueno, no es que no quiera hacer nada, pero lo que quiero decir es que me apetece volver a la rutina —responde agitada.

—Ya..., te entiendo. ¿Entonces? —insisto. Porque creo que no me ha dicho lo que quería decirme.

—El caso es que hablando con Kate..., estuve pensando en retomar mi vida. Bueno, ya sabes..., el trabajo. —Vaya. Lo que me imaginaba.

—¿Por eso fuiste a San Francisco? —la interrumpo nervioso, no me gusta el rumbo que empieza a tomar la conversación.

—Sí, bueno... Quiero volver a mi vida un poco antes de todo esto.

—¿Te vas? —le pregunto, directo al grano. Si va a hacerlo, prefiero que no se ande con rodeos.

Me mira asombrada, creo que no se esperaba la pregunta.

—¿Por qué lo preguntas? —me responde con otra pregunta, y ahora empiezo a enervarme un poco.

—No sé..., quieres rehacer tu vida, vuelves a San Francisco.

Ella dibuja una sonrisa que realmente me confunde y se acerca a mí.

—¿Te molestaría si lo hiciera?

—Por supuesto, Erin. Sabes lo que siento, te lo dije hace un tiempo y creo que te he demostrado que me importas. Sabes que eso no ha cambiado, podría decir que sigue evolucionando, pero yo no puedo obligarte a que tú sientas lo mismo... —le respondo con sinceridad. Ella nunca me ha dicho nada sobre el tema y yo jamás he hecho nada para que lo haga. Creo que uno tiene que abrir su corazón cuando está preparado para ello, nunca debe verse obligado por ninguna otra circunstancia o persona.

—Durante un tiempo me he negado a sentir, a abrirte mi corazón pese a que me hacías sentir cosas que jamás había sentido, pero John el último día me hizo una pregunta y fue cuando me di cuenta de que a veces hay que ser valiente y seguir adelante con nuestra vida, lanzarse al vacío y luchar por esas personas que nos importan, que nos ayudan y nos quieren para ser felices. Tienes que saber que la vida a mi lado no será un camino de rosas. Conoces casi todo de mí, pero también tengo que advertirte de que soy una mujer muy cabezota, tozuda y también tenaz. Meticulosa, e intento ser bastante organizada. Aun así, ¿quieres compartir tu vida conmigo?

La pregunta me pilla fuera de juego, ¿me está diciendo que quiere estar conmigo? Es lo que le iba a proponer y me lo está proponiendo ella.

—¿En serio? ¿Quieres salir conmigo?

—Bueno, salir..., creo que eso es para los adolescentes, Patrick, nosotros ya tenemos una edad. Me refiero a tener una relación de pareja, que es algo más serio.

Suelto una carcajada y la atraigo hacia mí.

—Lo dirás por ti, preciosa. Porque yo soy todavía un chaval.

—¡Ja! Un chaval. ¿Y por qué te están saliendo canas en el flequillo? —pregunta con ironía.

—Esto es de todos los disgustos que me has dado —comento pellizcándole el trasero.

—¡Menudo fresco! Te vas a enterar —dice dándome un manotazo.

La cojo en brazos y la subo al dormitorio, ella patalea y mordisquea mi cuello. Me gusta este juego y ella parece también estar disfrutarlo.

—Eres un chico malo, ¿lo sabías?

—¿Quién lo ha empezado? —le pregunto desafiándola.

—Yo solo he dicho que no eres un chaval: tienes canas... Si te ofendes por algo será.

—Tú tampoco eres una niña.

—Soy más joven que tú.

La miro de medio lado. Si soy sincero, nunca le he preguntado la edad. Pero debe de rondar los treinta años, teniendo en cuenta que lleva fuera de casa cinco años y que se marchó después de cursar sus estudios.

—Veamos..., tienes, ¿veintiocho?

Suelta una carcajada. Y no sé si he acertado o no. Yo tengo treinta y dos. Ella no tiene que tener muchos más que yo.

¡Mierda, ¿por qué no se me habrá ocurrido nunca preguntarle a Larry por su edad?!

—¿Me he acercado?

Ella solo sonríe y se encoje de hombros, pero no dice nada más.

—Teniendo en cuenta que te marchaste al acabar los estudios y el tiempo que estuviste fuera, he dejado un año de margen, por si acaso...

—Entonces, según tú, si terminé mis estudios a tiempo y no estudié nada más que la carrera, ni un máster, ni nada más, tendría veintisiete años.

—¿Son los que tienes?

—No.

—¡Joder! ¿Cuántos tienes?

—¡Adivínalo! Tienes un intento más y, entonces, tendrás sexo conmigo... Si no, hoy te quedarás sin nada de nada.

—Vamos, Erin, no seas así —digo a modo de súplica.

Ella sonríe maliciosa y, entonces, decido poner mis normas.

—Está bien, pero si acierto probaremos algo nuevo.

—Patrick... —dice nerviosa.

—Tranquila. Nada fuera de lo normal y sé lo que no puedo hacer.

—De acuerdo.

—Veintinueve —le digo, y ella asiente.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Me la he jugado porque, como has hablado de un master, he pensado que quizás hubieras hecho uno y casi todos son de dos años.

—¡Chico listo!

—He ganado, así que jugaremos a un juego.

—Patrick, yo...

—Lo sé, tranquila, no tienes nada que temer: te lo prometo —murmuro besando su cuello, después acaricio sus brazos. Sé que está nerviosa, pero no voy a hacerle nada que ella no quiera, ni ahora ni nunca. Eso lo tengo claro.

La desnudo lentamente, besando poco a poco cada parte de su cuerpo. Ella

está de pie, al lado de la cama, y no hace nada, solo permanece quieta, recibiendo mis besos y caricias, expectante.

—No tienes nada que temer —le digo cuando noto que su cuerpo se estremece—. Te juro que vas a disfrutar...

La llevo hasta la pared. Me voy desnudando despacio, haciendo que ella me mire. Veo que sigue nerviosa, así que busco en mi móvil una canción que a veces pongo cuando estoy en la ducha; se trata de *Walk me Home*, de Pink, creo que es muy apropiada para este momento. Para que se sienta como en casa. Ella me sonrío y parece que comienza a calmarse. Cuando me he despojado de toda mi ropa, me acerco a ella despacio.

—Te quiero, Erin —le digo por segunda vez, para infundirle algo más de serenidad...

Ella me sonrío y me besa. Nuestros labios se han juntado con necesidad, buscándose como si llevaran días sin encontrarse. Nuestros cuerpos desnudos, al entrar en contacto, parecen fuego. El calor que desprenden podría incendiar un bosque entero.

Me acerco mucho más a ella. Está pegada a la pared y apenas dejo espacio, quiero que sienta mi miembro erecto cerca de su sexo. Que tenga la necesidad de tocarlo, aunque sé que es difícil, pero me gustaría que lo intentara. Cojo su mano y la acerco a mi culo, al menos que experimente esa sensación y, aunque al principio parece reacia, después lo acaricia, con cierta reticencia. Mi cuerpo parece que va a volatilizarse de un momento a otro mientras yo sigo moviéndome para que mi sexo se roce con el suyo y aumentar así nuestra excitación.

—Quiero que intentes tocarme todo lo que puedas —le digo.

—Patrick..., yo... no puedo tocar tu miembro.

—Inténtalo, ¿vale? Si nunca lo intentas...

—Yo...

—¿Quieres que te ayude?

Ella me mira nerviosa, pero al final asiente.

Cojo su mano y la llevo a mi pene. Al principio tiembla, pero después lo acaricia despacio, no es que lo haga con mucha soltura, pero al menos lo intenta y ese simple gesto me basta para aumentar mi excitación, que está alcanzando el límite.

—Tengo que ponerme protección —le digo.

—Patrick, no hace falta, tomo la píldora y hace tiempo que no tenemos relaciones con otras personas.

Me alegra que no haya dudado de mí, igual que yo no lo hago de ella. Así que, sin dudarlo, me adentro en su sexo. Es una sensación indescriptible. Nunca he tenido relaciones con ninguna mujer sin protección y en cuanto noto su humedad mi cuerpo se tensa y creo que voy a irme de un momento a otro.

—¡Mierda! —mascullo entre dientes.

—¿Qué ocurre? —me pregunta asustada.

—Creo que esto va a ser más rápido de lo que había planeado —le digo embistiéndola enérgicamente—. Agárrate fuerte a mí.

Ella suelta una carcajada y hace lo que le he pedido. Me muevo con rapidez y no tardo mucho en alcanzar el clímax. Ella no tarda mucho más que yo.

—No me sueltes, creo que no siento las piernas —dice al terminar.

La llevo a la cama y la tumbo en ella. Después me coloco a su lado.

—Lo siento... Nunca había tenido relaciones sin preservativo y que me acariciaras antes no ha ayudado mucho.

Ella me mira y sonrío.

—Tranquilo. Habrá muchas más veces... Creo que debemos asearnos un poco.

—Sí, creo que es lo mejor.

Nos dirigimos a la ducha y, tras compartirla por primera vez, hablamos de un futuro juntos.

## Capítulo 25

### *Erin*

Comenzar a compartir mi vida con Patrick ha sido lo más fácil que he hecho nunca. Pensé que sería mucho más difícil, pero me equivoqué. No he podido tener más suerte con él y, aunque tengo que admitir que a veces tenemos nuestras peleas y rifirrafes, es un hombre maravilloso. Pero aún no he dicho las dos palabras mágicas: «Te quiero». Y no sé por qué. John, en mis visitas, me pregunta cómo me va y yo le digo que de maravilla. Kate me riñe cada vez que me pregunta si se lo he dicho y yo niego. No entiendo por qué no me salen, cuando a ella se las digo constantemente. Cuando surge una situación romántica en la que puedo decírselo, mi boca se queda bloqueada, sin saliva, y no puedo articular palabra.

Creo que él lo sabe. Igual que a mí me gusta que él me lo diga, él espera que yo lo haga, pero es que soy incapaz.

—Cariño, es muy fácil, repite conmigo: te qui-ero, otra vez: te qui-ero. ¿Ves? Muy fácil; ahora tú —me dice Kate cuando estamos haciendo un descanso en el trabajo.

Al final las dos estamos de trabajadoras sociales aquí en Los Ángeles, nuestra antigua jefa veló por mí y me consiguió el traslado.

—¡Vamos! Ensaya...

—No hay nada que ensayar, Kate. La teoría me la sé de memoria. El problema es que cuando surge la ocasión me quedo bloqueada, no sé qué me pasa.

—¿Pero tú le quieres? —La pregunta me deja sin palabras.

Es obvio. Cada día que pasa me convengo de que la vida no tiene sentido sin él.

—Por supuesto que le quiero, Kate. Sé que es el hombre de mi vida. Ahora mismo no podría imaginarla sin él.

—Entonces, lánzate a la piscina y díselo. Afronta tus miedos y tus inseguridades de una vez por todas...

Quizás tiene razón. Tengo que dejar a un lado todas estas paranoias. Patrick es un hombre muy guapo y a veces me da por pensar que encontrará a otra mujer que le dé todas las cosas que yo no le doy y...

—Erin... —me devuelve a la realidad mi amiga.

—Lo siento, estaba distraída.

—Lo sé, a veces te metes en tu mundo y hablo para las musarañas... Te decía que había pensado que deberías hacerle una cenita romántica y declararte de una manera especial.

—Es una idea fantástica.

—Yo siempre tengo ideas estupendas —comenta mi amiga orgullosa.

—A veces eres un poco prepotente, ¿lo sabías?

—¿Yo? Qué va...

Le doy un achuchón fuerte y nos vamos de nuevo al trabajo. Cuando salgo me voy al supermercado a comprar algo para preparar la cena; nada laborioso, porque yo no soy una buena cocinera como él. Si fuera al contrario estoy segura de que prepararía algo maravilloso y me sorprendería gratamente, pero como soy yo la que va a cocinar se tendrá que conformar con un plato de pasta. Lo que sí he hecho ha sido comprar un postre, que sé que le gustará. Al menos le compensaré.

Cuando llega del parque me pilla en la cocina. Estoy tarareando una canción que he escuchado hoy en la radio. He picado ajo y estoy salteándolo en la sartén, tengo la pasta cocida.

—¡Hmm! ¿Qué bien huele! ¿Qué celebramos?

—¿No puedo cocinar hoy para ti? Siempre cocinas tú.

Se encoje de hombros y me da un tierno beso en la mejilla.

—Bueno, bueno, bueno... Esto voy a marcarlo en el calendario como día festivo, que lo sepas, preciosa. Voy a darme una ducha, ha sido un día complicado y no he podido hacerlo en el parque. Quería llegar a casa cuanto antes para estar contigo.

—Tranquilo, lo tengo todo controlado, tómate el tiempo que necesites —le digo con seguridad.

Pero cuando se marcha, me doy cuenta de que el ajo se me ha empezado a quemar y maldigo en silencio. No pasa nada, porque aún se puede comer, pero eso me pasa por pasarme de chula.

Retiro lo más chamuscado y dejo lo que está menos cocinado, corto un poco más y lo echo en otra sartén, lo doro un poco y luego echo el bacon, después la nata. Voy a hacer la pasta al estilo italiano: a la carbonara. He consultado la receta en Internet y me ha gustado mucho. Nunca lo había hecho, pero me ha parecido fácil. Solo espero que esté buena.

Tras mezclar todos los ingredientes junto con el champiñón, que también

he pasado un poco por la sartén aunque ya venía cocinado, lo echo en la pasta que ya había retirado del fuego y escurrido. Después lo pruebo y, aunque no sabe igual que la que suelo comer con mi amiga Kate en un restaurante italiano en San Francisco, no está mal.

—¡Vaya! ¿Vas a empezar sin mí? —me pregunta Patrick cuando me ve con el cucharón en la boca.

—Solo estaba probándolo... —le digo tras masticar.

—¿Y qué tal está?

—Dame tú el veredicto —digo cogiendo otro poco de la cazuela y dándole a probar.

Lo saborea y me quedo expectante. Tras unos segundos esperando su respuesta tengo que insistir.

—¿Y bien?

—No te diré que es la mejor pasta a la carbonara que he probado en mi vida porque te mentiría, pero está buena.

—¿De verdad? ¿No me mientes? —inquiero perspicaz.

—De verdad, no te mentiría con la comida. Además, sabes que no suelo mentir.

—De acuerdo, te haré caso, porque te quiero —le digo y él me mira asombrado. Entonces me doy cuenta de lo que acabo de decir.

—Repítelo... —dice agarrándose de la cintura y atrayéndome hacia él.

—No sé si me saldrá de nuevo... —respondo nerviosa.

—¡Inténtalo! —me anima.

—Te haré caso. Por... Porque... Porque te quiero —repito titubeando.

—Yo también te quiero, Erin. Y no sabes las ganas que tenía de oírtelo decir... —dice dándome un suave beso en los labios.

—Me lo imagino, pero es que cuando lo intentaba parecía que algo dentro de mí me frenara, quería hacerlo, pero no podía...

—Bueno, no pasa nada, lo has hecho y con eso me conformo. Ha habido veces en las que pensé...

—¿Pensaste que no te quería? —le pregunto un poco contrariada.

—No. Bueno, no sé... Es que cuando yo te lo decía tú enmudecías. Era un poco frustrante para mí.

—Lo siento... —respondo alicaída.

Nunca he pretendido que se sintiera así, ni hacerle ningún desprecio, pero me doy cuenta de ello ahora. Debería haberme esforzado más.

—Cariño..., no pasa nada. Ahora sé que estabas atascada, pero ya está. Y,

aunque habrá alguna vez que tampoco puedas, lo importante es que sé lo que sientes.

—Eso nunca lo dudes: si estoy contigo es porque de verdad te quiero —le digo esta vez con más soltura, y él sonríe. Yo también lo hago.

—Aclarado esto, entonces cenemos esa rica pasta.

Degustamos la pasta y, después, le sorprendo con el postre: unos profiteroles de chocolate con nata.

—¡Madre mía! Eso es un pecado, Erin. No deberías...

—Sabía que te gustaban y esto es una vez cada...

—¿Mes? —me interrumpe con una pícaro sonrisa.

—Ya veremos —respondo yo ladina.

Nos comemos los profiteroles y tras recoger damos rienda suelta a nuestros impulsos más carnales, dejando que me enseñe algunas cosas más y avance cada día en aspectos referentes al sexo que antes ni siquiera hubiera pensado.

\*\*\*

Hoy podría ser un día cualquiera, pero hace un año que falleció mi hermano. Mi madre sigue en estado vegetativo, pero mi padre ha tomado la decisión de desconectarla del soporte vital. Su juicio salió hace unos meses y le declararon culpable. Aun así, yo he ido varias veces a visitarle a la cárcel. A veces me pregunto por qué lo hago, pero cuando lo hablo con John y me dice que piense en cosas buenas, me doy cuenta de que mi padre puso a Manson en mi vida para cuidarme y protegerme, y entonces veo que, dentro de mi familia, era el menos malo. Por eso voy a verle. En mi última visita, hace tan solo unos días, me dio el papel firmado por sus abogados en el que autorizaba la desconexión de las máquinas que mantienen con vida a Keshla —ni siquiera sé por qué no se lo dio directamente a sus abogados—. El caso es que estoy en la clínica donde se encuentra, acompañada, eso sí, por Patrick para proceder con ello.

He esperado un par de días intentando reconocer algún sentimiento al respecto. He hablado con John de ello, pero no siento nada. Ni siquiera alivio, ¿me estaré volviendo una mujer de hielo?

«No, ni mucho menos, Erin, la cuestión es que ya cerraste ese capítulo de tu vida, que era tu madre», me recuerda mi conciencia sabiamente.

Y es cierto. Para mí ella murió mucho antes, cuando permitió que su hijo

me hiciera esas atrocidades. Cuando su marido le pidió consejo y tampoco le apoyó. Por eso, cuando mi padre me dio ese papel, no sentí pena, tampoco alegría: no sentí nada, porque es como si esa mujer ya no existiera para mí, es un trámite más. Es una persona que hace mucho dejó de afectarme.

—¿Estás bien? —me pregunta Patrick, tras entregar el documento a la directora de la clínica.

—Sí, muy bien, tranquilo.

Ella lo lee detenidamente antes de hablar.

—¿Quieren despedirse de ella? No les reconocerá, pero si quieren verla por última vez...

—No, gracias. Es mejor quedarse con lo bueno —me excuso.

—Claro, es cierto. Les avisaremos para la recogida del cadáver.

—Perfecto.

De eso se encarga el abogado de mi padre, ya que yo no voy a asistir al funeral. Creo que mi padre ha conseguido un permiso para acudir al sepelio. Imagino que habrá sido difícil tomar esa decisión, no lo he consultado con él, pero sabe que los pronósticos son cada día menos alentadores. Es la decisión acertada. No obstante, para mí ha sido un puro trámite.

—¿Sabes, Erin?, ¿me sorprendes! —me dice Patrick.

—¿Por qué? —inquiero algo confusa.

—Hace poco más de un año querías matar a tu madre y ahora que está muerta no pareces muy contenta. Bueno, parece que te dé igual.

—Porque es así. Deberías estar orgulloso de mí —contesto enfadada.

—Lo estoy, créeme, aunque me resulta increíble.

—Es que he avanzado en mi vida. La venganza quedó relegada y dio paso a la búsqueda de una vida tranquila, con la gente que quiero y que me quiere. Nada más...

Él asiente y me mira aún perplejo. Después, me da un tierno beso en los labios.

—Tengo que admitir que John ha hecho un buen trabajo.

—¿Y yo no cuento? —inquiero todavía molesta.

—Sí, tienes razón. Rectifico: John te ha guiado, pero tú has hecho casi todo el trabajo.

—¡Eso está mejor! Pero sí, te agradezco que me recomendaras a John, tengo que admitir que supo ver las cosas de otra forma y guiarme para que dejara atrás la venganza y el rencor y dejara de estar atrapada en mi pasado.

—Me alegro, y ahora tú y yo vamos a construir un futuro juntos, ¿no te

parece?

—Lo estamos haciendo ya.

—Sí, pero ¿no crees que en lugar de cuidar a Luke y a Terry deberíamos empezar a practicar para cuidar a nuestros propios niños?

La pregunta me deja sorprendida. Nunca habíamos hablado de ello y, la verdad, tampoco me había planteado tener hijos. Porque, como bien he dicho antes, siempre había vivido atrapada en mi pasado, jamás había hecho planes de futuro. Por eso, tener hijos era algo inconcebible.

—No sé qué decirte, Patrick, yo nunca he pensado más allá de un día o dos. Esto es...

—¿Ya estamos con los miedos, Erin Wise? —me pregunta mirándome seriamente.

—Un poco... —le respondo con sinceridad.

—Pues deja atrás los miedos y vivamos, cariño. No hace falta que empecemos ahora, pero tener hijos no es una tarea de un día para otro. Quiero que estés segura de ello. Así que nos daremos el tiempo que necesites...

Asiento, esto es algo nuevo para mí, así que realmente necesito ese tiempo para pensar si estoy preparada para ser madre.

—De acuerdo...

Nos vamos a casa y durante varias semanas doy vueltas al tema. Ni siquiera lo he comentado con Kate, sé lo que me diría, que estoy loca si no quiero tener hijos. Ella siempre me ha hablado de ello, así que no voy a contárselo, aunque sea mi mejor amiga.

Nos han invitado a la fiesta de graduación de Terry y Luke. Myra sigue trabajando solo de mañana. Al final decidí dejarle la parte de herencia de Randy a ella para que pudiera terminar de pagar todas sus deudas y seguir cuidando de sus hermanos, tal y como estaba haciendo hasta el momento. Con el dinero que mi padre me dejó y el que cobro por mi trabajo, además del trabajo de Patrick, podemos vivir de maravilla. No necesito nada más y soy feliz viéndolos crecer a ellos bien. Son como mis hermanos pequeños, como me dijo una vez Terry.

Cuando Terry y Luke se abrazan y juegan con Patrick y Larry en el jardín de la casa de Larry, es cuando me doy cuenta.

—¿En qué piensas? —me pregunta Kate.

—Quizás haya llegado mi hora de ser madre...

—¿En serio? —me pregunta emocionada—. ¿Estás...? ¡Estás...!

—¡No! Pero hace unas semanas Patrick me lo planteó y yo le dije que no

sabía si quería ser madre. Ahora les veo a los dos jugando con Terry y Luke y veo que ambos serán unos padres maravillosos, y que yo adoro a esos niños... ¿Por qué no tener un hijo?

Kate me agarra por el hombro y me besa la cabeza.

—¡Mi chica! ¡Cuánto me alegro! Porque Larry y yo también lo habíamos hablado hace un tiempo. Sé que somos más jóvenes que vosotros. Bueno, yo soy un par de años mayor que él, por eso decidimos intentarlo...

—¿Y? No me dirás que ya estás embarazada... —inquiero sorprendida.

—¡Sí! Me hice la prueba ayer.

—¡Madre mía, Kate! ¡Enhorabuena! —la felicito un poco aturrida.

—Me he quedado a la primera. ¿No es una locura?!

—Bastante... Pero si es lo que queréis, me alegro mucho por vosotros. ¡Voy a ser tía!

—Sí, porque nos casaremos dentro de unos meses. Antes de que se empiece a notar el embarazo. Más que nada para que el vestido me quede bien, que luego estaré gordísima...

—Estarás guapísima de todas formas, cariño.

—Y tú deberías casarte con ese pedazo de bombero que Dios te ha dado... Madre, si es que mírale, qué culito tiene...

—¡Kate! ¡Que tienes novio y, además, Patrick es mi chico! —la recrimino.

—¡Son las hormonas! ¡Lo siento!

—¡Ja! ¡Y una mierda las hormonas! —digo en tono enfadado. Pero a veces Kate es así, y más cuando se trata de Patrick, siempre me ha picado mucho. No se lo voy a tener en cuenta.

—No te enfades, solo lo hago para fastidiarte, pero deberías casarte y tener ese bebé ya, para que puedan jugar juntos los primitos.

—Ya sabes que eso no es una ciencia exacta.

Cuando nos sentamos a la mesa, Larry le da la buena noticia a su hermano, que me mira un poco sorprendido. Yo le sonrío. Hablaré con él cuando nos vayamos para contarle mi decisión.

Cuando llegamos a casa le cojo de la mano y le siento en el sofá.

—He pensado en tu propuesta y me parece una buena idea. Se lo dije a Kate justo antes de decirme que está embarazada, cuando jugabais en el jardín tu hermano y tú con Terry y Luke. Aunque me parece que antes deberíamos formalizar nuestra relación, casarnos...

—Eso no se hace así, señorita —me responde y se marcha dejándome sentada en el sofá.

Sube al dormitorio y baja de nuevo. Se pone de rodillas y me coge la mano. Mi corazón se acelera.

—Me has estropeado la sorpresa, que lo sepas. Pero, bueno..., allá voy: Erin, desde que tu mirada se cruzó con la mía aquel día en el ascensor, todo mi mundo cambió. Al principio me negué a ello, me cerré a sentir, pero el destino nos lo había preparado; nuestro amor estaba predestinado y, aunque la vida a veces no sea un camino de rosas, sino uno lleno de espinas, yo te invito a caminar conmigo. Te prometo que te cogeré siempre para evitar que te pinches y te ayudaré y apoyaré en los momentos difíciles, como lo he hecho hasta ahora. No te aseguro que todo será bonito, ni que viviremos un cuento de hadas, eso solo pasa en las películas y en los libros románticos, pero sí que estaré ahí para tenderte mi mano y mi apoyo incondicional cuando más me necesites. Te amo, Erin, y quiero que me concedas el honor de ser tu esposo para seguir compartiendo nuestro amor el resto de nuestra vida.

Sin querer las lágrimas salen de mis ojos, libres, sin control. Las había estado aguantando todo el discurso, pero ahora, una vez ha finalizado, no puedo evitarlo.

—Cariño..., no llores.

—Solo lloro de emoción, jamás me han dicho nada tan bonito en mi vida...

—Si me dices que sí, te diré cosas tan bonitas más a menudo.

—¿Me lo prometes? —pregunto aún llorosa.

—Sí, te lo prometo.

—Entonces: sí, quiero casarme contigo.

# *Epílogo*

## *Erin*

Nunca pensé que mi vida fuera a cambiar tanto en tan poco tiempo. Me he casado, tengo un pequeño sobrino llamado Martin y, aunque aún no soy madre, Patrick y yo no dejamos de intentarlo. No hemos sido tan afortunados como Kate y Larry, que acertaron a la primera; su pequeño nació hace tan solo dos meses. Es una preciosidad, se parece mucho a mi amiga, y ahora cuñada, Kate. Es de piel clara, con ojos verdes como su madre y tan vivaz y despierto como su padre.

Tengo que reconocer que estamos todos embobados con el pequeño Martin, que lleva el nombre del padre de Patrick. Me parece un bonito gesto que Kate y Larry decidieran ponerle el nombre de su difunto abuelo.

Mi trabajo cada vez es más gratificante e instructivo, en Los Ángeles hay muchos casos complicados que intento resolver, ahora sin la ayuda de mi amiga, que está de excedencia para cuidar a su pequeño. Y con Patrick tengo que reconocer que la vida es maravillosa.

Nuestra boda fue más bien formal, sin ostentosas y de lo más íntima, ya que ninguno tenemos mucha familia en la actualidad y tampoco grandes amigos.

Tras la ceremonia disfrutamos de unas vacaciones en Hawaii: bonitas playas, cócteles, él y yo. No se podía pedir nada más. Fueron unos días estupendos de desconexión y de disfrutar juntos. Nos sirvió para reencontrarnos y conocer algunas cosas de ambos que, aun compartiendo el apartamento, desconocíamos. Una cosa muy curiosa que descubrí de Patrick es que es muy meticuloso con las cosas de la ducha. Le gusta utilizar siempre su champú y el gel de baño, después tienen que cerrarse. En ese sentido yo soy un desastre. Quizás en su piso no me había dado cuenta, pero en el hotel vi como cada día me cerraba los botes delante de las narices y, aunque no decía nada, sabía que le molestaba soberanamente. Los últimos días lo hice a propósito para ver si decía algo, pero no dijo nada, absolutamente nada.

Por lo demás, siempre hemos sido sinceros el uno con el otro. Llevamos una vida de pareja normal, disfrutamos de noches de sexo y, aunque sigo teniendo mis reticencias con el sexo oral, Patrick poco a poco me va

enseñando ciertas posturas y prácticas que antes me resultaba inimaginable realizar con ningún hombre.

Y si hablo de mi reducida familia, o sea, mi padre; sigue en la cárcel cumpliendo condena. Cuando pueda salir será un anciano de noventa años, al menos...

En lo que respecta a Manson, le veo de vez en cuando, no con la asiduidad de cuando estaba en San Francisco, pero a veces viene a Los Ángeles, charlamos y quedamos para comer. Cuando Larry puede también se apunta. Patrick prefiere no acudir, sigue sin caerle bien, y yo prefiero distanciarlos, no quiero enemistar a mi amigo con mi marido.

¡Uf! Aún me suena extraño hablar de Patrick como mi marido, pero es la verdad...

Myra, Terry y Luke siguen siendo una familia feliz, con los problemas típicos de los niños siendo Myra como una madre soltera, pero pueden decir que la vida les sonrío.

Mi vida es así: normal y tranquila, esperando que algún día el destino — que últimamente me está siendo favorable— decida apiadarse de mí y nos conceda un hijo. Mientras tanto, disfrutaremos de nuestra convivencia.

Como hoy es nuestro aniversario de relación, mi chico me ha dicho que me va a llevar a patinar, y yo no lo he dicho lo torpe que soy para no arruinarle la ilusión, pues me contó que su hermano y él solían hacerlo con su madre cuando eran pequeños. Jamás he patinado, porque siempre he tenido el sentido del equilibrio en las pestañas. Quizás fuera una chica mona, o tenga unos ojos preciosos —no es que lo diga yo, es que me lo dice todo el mundo—, pero mi sentido del equilibrio es totalmente nulo. ¿Pero como voy a decirle que no con la ilusión con la que lo ha preparado? Intentaré dejarme llevar y estar agarrada a él todo el tiempo que nos permitan estar en la pista. Imagino que con una persona que controla el patinaje será imposible caerse.

—Cariño, ya estoy en casa. Me doy una ducha, me cambio de ropa y nos vamos, ¿te parece bien? No voy a tardar.

—Tómame tu tiempo.

Si es que soy idiota, ¿por qué le digo que se tome su tiempo si al final lo único que consigo es salir más tarde y alargar la agonía?

Qué más me va a dar ya..., si lo hecho, hecho está.

A los diez minutos Patrick baja con unos vaqueros y una cazadora deportiva.

—¿No vamos a patinar? ¿No sería mejor ir de *sport*?

—No es necesario, ropa cómoda y listo.

Pues podría habérmelo dicho, porque yo llevo algo deportivo.

—¿Entonces me cambio?

—Estás bien, cariño, son unas mallas deportivas y una camiseta. Esta cazadora está genial, abriga mucho, te vendrá bien.

Le hago caso y nos vamos a la pista de hielo. Hay bastante gente para ser aún temprano. Patrick se encarga de los patines, me preguntado el número de calzado y tras abonar la cuota, nos sentamos para ponérselos. Nada más entrar, si no es por él, me caigo.

«¡La primera en la frente!», sisea graciosa mi conciencia.

—Tengo que confesarte que no sé patinar —le digo una vez estoy dentro.

—¡Erin! ¿Cómo no me dijiste nada? —inquire molesto.

—Porque sabía que te haría ilusión. No te preocupes... Capearemos el temporal como nos venga.

Patrick niega, un poco molesto, y después me agarra de la mano, tirando de mí con fuerza. Si no fuera porque él me sujeta, ya me habría caído en varias ocasiones. Creo que la gente me mira, pero una vez que llegan a mi altura se dan cuenta de que no sé patinar y después se marchan sin más. El caso es que no voy a darle importancia al asunto, porque ahora mismo tengo que concentrarme en patinar y disfrutar, y así lo hago. Pero en un despiste por mi parte, varios chicos vienen un poco rápidos, parece que están haciendo una competición entre ellos, se cruzan entre Patrick y yo, me suelto un instante de su mano y, al final, no sé cómo, me caigo al suelo con tan mala suerte que la cuchilla del patín roza mi otra pierna. No parece un corte profundo, pero es suficiente para que Patrick se altere rápidamente.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, no ha sido nada...

—¡Malditos críos! Dime quién ha sido, los voy a denunciar.

—Patrick... Vamos..., ha sido un accidente, podría pasarle a cualquiera. Además, no he visto su cara...

—Pues ahora mismo voy al encargado y que me dé los nombres de todos.

—Déjémoslo estar y llévame a casa.

Cuando nos quitamos los patines él observa detenidamente la herida, que no deja de sangrar, y vuelve a mascullar algo ininteligible para mí.

—¿Qué pasa, Patrick?

—Tenemos que ir al hospital, la herida es profunda y seguramente tengan que coserte la herida.

—Vale, pero tranquilo... No será nada, ¿de acuerdo?

—Sí, vale... —me responde nervioso.

Me duele un poco la pierna, pero no le he dicho nada para no agobiarle.

Al llegar al hospital no tardan en meterme en un box.

—Señorita Stone, tenemos que coserle la herida y suministrarle medicación. Pero antes vamos a hacer algunas averiguaciones: si toma alguna medicación, alergias conocidas, si está embarazada...

La pregunta me pilla un poco por sorpresa. La verdad es que este mes ando desorientada. Debería haber tenido el periodo esta semana, pero no estoy muy segura, con el trabajo y Martin, no soy muy consciente de ello.

—No estoy muy segura de lo último. Llevamos un año intentando ser padres y estos últimos meses no tengo controlado el periodo, tengo bastante estrés en el trabajo y acabamos de ser tíos...

—Antes de aplicarle ninguna mediación empezaremos por limpiar la herida y hacerle una prueba de embarazo. Cuando tengamos los resultados, seguiremos un camino u otro.

Miro a Patrick y él me sonrío. Sabe que soy un poco desastre para este tema, pero es que si no hubiera sido por la píldora, no sé que habría sido de mí.

Tras hacer lo que me han indicado, espero pacientemente a que me den los resultados...

—Señorita Stone, tengo que comunicarle que van a ser ustedes padres, así que no podemos suministrarle ningún antibiótico por el momento, al estar de tan pocas semanas...

Yo miro a Patrick que tiene la misma cara de alucinado que yo y él sonrío.

—La herida tardará más tiempo en cicatrizar con los que le voy a dar, pero tiene que ser así. En el futuro, le aconsejo que en su estado ni se le ocurra patinar ni hacer otros deportes similares, se encuentra en una fase muy peligrosa para el bebé.

—Gracias, no lo sabía, pero lo tendré en cuenta.

No se despide ni me dice nada más. Cuando me prepararan el alta, tras dejar las cosas del hospital, suspiro y me abrazo a Patrick.

¡Estoy embarazada! ¡Voy a ser madre! Me gustaría gritarle al mundo que lo hemos conseguido, que ha costado pero que al fin, dentro de unos ocho meses, vendrá al mundo un pequeño Patrick o una pequeña Erin que, estoy segura, nos llenará de gozo y felicidad.



FIN

# *Agradecimientos*

Cuando se termina una novela, es una gran satisfacción personal escribir esas tres letras finales que significan tanto para un escritor: otro logro cumplido, otro objetivo por fin concluido. Poner FIN a esta novela ha sido para mí un gran reto, porque en mi mente se fraguaba ya otra idea que me perseguía día y noche taladrándome la cabeza.

En muchas ocasiones he estado tentada a dejarla aparcada y comenzar con esa nueva idea, pero esta vez he tenido una gran fuerza de voluntad y la he terminado. Porque os puedo asegurar que en varias ocasiones he dejado otras novelas durante un tiempo en el cajón para escribir otras historias que han venido a mi mente. Esta misma historia es un claro ejemplo de ello, pues la idea surgió hace unos dos años y estaba relegada en el baúl de mi ordenador esperando a ser desarrollada, y hace unos meses me decidí por fin a desenterrarla. Por eso no deseaba demorarla más y he decidido concluir la pese a las ganas que tenía de escribir la nueva historia.

Seré breve en mis agradecimientos y como siempre un poco repetitiva: agradecer a los dos pilares fundamentales de mi vida: mi marido y mi hija que siempre son los que me dan la fuerza para continuar en esta aventura y a los que robo su tiempo para escribir. Os quiero, mis dos amores.

A Violeta, gracias una vez más por hacer que esta novela brille con tus arreglos y correcciones, porque siempre creas magia y haces cosas que yo no consigo hacer para que la novela quede siempre tan bien. Millones de gracias.

Y para no ser repetitiva (pues son ya muchas historias escritas y publicadas), como siempre hago, solo dar las gracias a mis amigas y compañeras de trabajo por estar a mi lado desde la primera novela que publiqué hasta ahora, compartiendo mis desvaríos y mis aventuras y sobre todo apoyándome en esta bonita aventura. Os quiero a todas, sois geniales.

Y, por último, gracias a ti, lector@, por haber elegido esta novela para pasar unas horas evadiéndote con las desventuras de Erin y Patrick, una historia en

la que las ansias de venganza pueden al principio sobre cualquier cosa, aunque después, poco a poco, el amor hará que se vayan desvaneciendo.

Gracias por elegir a esta humilde mortal para formar parte de tus lecturas, solo espero que te haya gustado y si no ha sido así, te pido perdón. Desde luego está escrita con el corazón e intentando que disfrutes al máximo.

Millones de gracias. Un besazo enorme.

Rose B. Loren

## *Otras novelas de la autora*

### **Algo más que Asia (Junio 2015)**

Xenia Velázquez, veinticinco años, diseñadora gráfica en prácticas en la empresa Diseños Cantalapiedra; su vida es monótona lejos de sus raíces y sus amigos.

Mikel Sastre, veintisiete años, veterinario en la tienda de mascotas Happy Pet, con una vida libertina y sin ataduras.

Alexis Poveda, veintiocho años, director ejecutivo en Sweet Dreams. Pasa por una ruptura reciente y no cree en el amor.

El destino hace que Xenia y Mikel se conozcan y entablen amistad, pero un concurso de la radio hará que sus vidas se separen durante unos días y que Xenia conozca a Alexis.

Cinco destinos por descubrir en Asia donde, con unos comienzos más que difíciles, ambos descubrirán la pasión.

Un viaje que termina, una separación y un reencuentro harán que el corazón de Xenia tenga que decidirse entre Alexis o Mikel.



# Todo por un beso (Enero 2016)

Zaira ha perdido la esperanza de encontrar el amor de su vida después de algún que otro desengaño amoroso, por lo que piensa que la mejor opción, por el momento, es tener una aventura con su jefe, aunque a veces se lo niegue a su mejor amiga e incluso a ella misma.

Pero la fiesta de máscara que su empresa organiza por Navidad, le devolverá la esperanza.

Un beso y un misterioso hombre que con el solo roce de sus labios le provoca un sentimiento más allá de lo experimentado hasta ahora, le harán cambiar de opinión.

Tras pasar la noche buena junto a ese hombre, compartiendo algo más que una cena familiar, Zaira decidirá dar rienda suelta a lo que pueda a llegar a ser esta historia.

Unas vacaciones juntos, un viaje por compartir y un accidente que hará que su relación se vea afectada, ¿pero hasta qué punto?

*¿Te atreves a descubrir la historia de Zaira  
y ese beso que lo cambia todo?*



# Las mentiras DE MI VIDA (Junio 2016)

## Primera parte de la Bilogía “Descubriendo la verdad”

*¿Y si descubrieras que tu vida está rodeada de mentiras?*

Desde el abandono de su madre a los doce años, Claudia sabe lo que es trabajar duro. Marcada por la falta de cariño y desconfianza en el amor, trata de sobrellevar su vida con su hermano menor y su padre, aunque su relación sea difícil.

Un juego de seducción, le llevará a la habitación de un hotel para pasar una noche con un desconocido hasta ahora, Marco.

Todo cambia al día siguiente, pues él, resultará ser el futuro jefe de la empresa para la que trabaja Claudia.

Un chantaje, una entrega de dinero, una oportunidad, un engaño, unas fotos en una revista y un reencuentro.

Claudia descubrirá muchos secretos, tendrá que lidiar con muchas pruebas y algún que otro impedimento para conseguir salvar a su familia.

*¿Conseguirán unir sus caminos Marco y Claudia?  
¿Marco otra mentira más? ¿Te atreves a sentir?*



# Hasta que LLEGASTE TÚ (Julio 2.016)

## Segunda parte de la Bilogía “Descubriendo la verdad”

Si disfrutaste con “Las mentiras de mi vida” esta nueva entrega nos cuenta la visión de Marco desde que conoció a Claudia. Cómo comienza su historia de amor, sus sentimientos y vivencias, su pérdida y el ansiado reencuentro.

Marco y Claudia se enfrentarán a todos los problemas y mentiras en las que se basa su vida, afrontando todas las adversidades que el destino les presenta.

Disfrutarás de muchos momentos íntimos, un precioso viaje y la pérdida de un ser querido que hará que la tristeza aflore en la vida de Claudia, pero Marco la compensará queriéndola como solo él lo hace, con una bonita declaración de amor.

Descubrirás nuevos personajes y muchas más experiencias por vivir de esta pareja.

*¿Conseguirá Marco que Claudia ceda a sus deseos de formar una familia? ¿Te atreves a sentir?*



# Me quiero enamorar (Noviembre 2.016)

Vera acaba de finalizar su carrera como una prestigiosa modelo, cotizada en las mejores pasarelas. Sus éxitos profesionales le han llevado a alcanzar una gran fama.

Dispuesta a emprender un nuevo proyecto empresarial lanzándose al diseño de bisutería para una reconocida marca mundial, empezará una nueva vida.

Ha conocido a algunos hombres en su vida, pero ninguno ha sido el indicado; aún no conoce el amor verdadero, pero se muere de ganas por encontrarlo.

Asesorada por su mejor amiga, se apuntará a una empresa de citas, pero el destino le tiene preparado algo diferente. Varios encuentros casuales harán que su corazón empiece a latir con fuerza por Aaron, un fotógrafo que lleva obsesionado con ella desde hace mucho tiempo.

Vera decide dar una oportunidad a esos sentimientos, pero un contratiempo hará que su relación penda de un hilo.

*¿Conocerá Vera el amor verdadero?  
¿Será Aaron quien atrape su corazón y consiga por fin enamorarla?*



# DESTINO , **Tu corazón** (Enero 2.017)

Dicen que el primer amor siempre es verdadero, que deja huella...

Bethany acaba de terminar sus estudios de diseño y aún no sabe qué va a hacer con su vida, pues de momento, con tan solo diecinueve años, está intentando buscar un trabajo para costearse una carrera; pero lo que sí que tiene claro es que está enamorada de James, su vecino, catorce años mayor que ella. Un hombre independiente, liberal y que no cree en las relaciones de pareja. Sabe que es un sueño inalcanzable, pero los sueños a veces se hacen realidad...

Tras comenzar a trabajar para Vera, una diseñadora de bisutería, la casualidad hace que James sea el mejor amigo de Aaron, el hombre del que su jefa está enamorada y, tras una cena los cuatro juntos, Bethany tendrá un encuentro con James.

Despierta sentimientos en él que nunca antes había experimentado, pero James se niega a dejarse llevar en un primer momento.

Muchos son los obstáculos que hay que vencer para que una noche de pasión pueda llevar al amor, pero el destino a veces es quien dicta las normas y, sin darse cuenta, comienzan a verse con asiduidad, siempre encuentros furtivos, hasta que los padres de Bethany los descubren y todo se complica.

*¿Podrán luchar por su amor pese a la diferencia de edad? ¿Será James el primer y único amor de Bethany?*

*Todo esto y mucho más podrás descubrirlo en Destino, tu corazón.*



# Nuestro amor No fue casualidad

(Abril 2.017)

Inma es una joven diseñadora madrileña cuyo único objetivo es alcanzar la fama en el mundo de la moda, por lo que se traslada a Nueva York en busca de un futuro más prometedor, dejando a sus padres desilusionados por su decisión.

Con su duro trabajo y tras años de dedicación casi en exclusiva, consigue que sus diseños desfilen por la pasarela de la moda de dicho país, pero un fatal accidente hará que tenga que dejarlo todo y regresar a España. Allí conocerá a Lucas, inspector jefe de policía y mano derecha de su padre.

Durante semanas ambos convivirán juntos, mientras el amor comienza a florecer sin que ellos se percaten más que de una fuerte atracción.

Sus vidas se complicarán, una trama se cierne detrás del accidente de sus padres, aunque siempre estará presente el amor que ambos se procesan y lucharan contra todos los acontecimientos que la vida les depara.

¿Conseguirán estar juntos y vivir la vida que se merecen? Descubre la historia de Inma y Lucas en “Nuestro amor no fue casualidad”.



## MI VIDA en tus manos (Agosto 2.017)

Zoe es una joven doctorada en educación infantil, con un pasado que le ha marcado para siempre; su madre los abandonó a ella y a su padre cuando era tan solo una niña, y este falleció en un accidente aéreo siendo una adolescente. Procedente de una familia acomodada, sus abuelos fueron los responsables de procurarle una buena formación en los mejores colegios y universidades. Con un gran corazón, rechazó un puesto en la universidad para dedicar su tiempo a ser maestra en un orfanato de Cardiff.

Pero toda su vida se ve truncada justo cuando está a punto de recibir una suma importante de dinero proveniente de la herencia de sus abuelos.

Un cambio que la pondrá en una situación extrema y que necesitará de la ayuda de Owen, un subinspector de policía que le tenderá una mano cuando más lo necesita.

Situaciones al límite y decisiones desesperadas que harán que todo gire alrededor de una sola idea, recuperar la vida que le ha sido arrebatada.

¿Recuperará Zoe su verdadera vida? ¿Quién está detrás de toda esta trama?

Descúbrelo en *Mi vida en tus manos...*



# Enganchada a ti (Diciembre 2.017)

*Susana lleva toda su vida enamorada de Héctor, desde que tenía doce años y sus padres se mudaron a Santoña, aunque él solo la ve como una amiga.*

*Enganchada a ti nos cuenta la vida de Susana y de Héctor, desde que van a la Universidad hasta que se gradúan como médicos y ambos trabajan en el mismo hospital en Santander, siempre conviviendo en la misma casa con su mejor amiga, Lara.*

Susana tiene que sobrellevar el amor que siente por Héctor a escondidas y mantener otras relaciones que no le hacen sentir nada, mientras ve cómo él disfruta de su vida libertina con otras mujeres, haciendo que su corazón poco a poco se vaya resquebrajando.

Pero cuán caprichoso es a veces el destino... Cuando la vida de Susana está estabilizada, con una pareja que le hace sentir bien y alejada de Héctor tras su marcha a Nueva York, un trágico acontecimiento hará que vuelvan a encontrarse y él se dé cuenta de lo que realmente siente por ella. Aunque quizás ya sea demasiado tarde y Susana no esté dispuesta a romper su actual relación para luchar por la persona de la que lleva toda la vida enamorada.

Descubre esta historia de amistad, pasión y constante lucha de sentimientos por conseguir el amor verdadero.



# SÁLVAME de MÍ (Marzo 2.018)

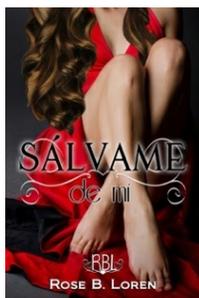
Hace cuatro años que estoy trabajando para la empresa de un amigo de mi padre, desde que mi novio decidió abandonarme. Y hoy, por primera vez en mucho tiempo, sentada en mi despacho, leyendo un informe, me he sentido vacía.

Ahora no dejo que ningún hombre se aproveche de mí, más bien soy yo la que lo hago. Suelo contratar a hombres más jóvenes e inexpertos para así utilizarles en mi propio beneficio. Sí, así de ruin me he vuelto en estos últimos cuatro años. De ahí que me sienta tan vacía. No tengo alma, no siento nada por dentro... Solo me quedan unos pequeños restos de algo parecido al amor, que despiertan cuando estoy con mis padres, pero son contadas las ocasiones.

Y es que mi padre perdió su pequeño negocio en manos de un gran empresario y ahora mi obsesión es conseguir algún día competir contra ese malnacido y arrebatarle todo aquello que más quiere. Sé que será difícil, pero me he esforzado en ascender y obtener un puesto de relevancia, destacando entre el mercado para poder hacerle frente.

Mientras nado en un mundo de tiburones en el que tengo que codearme diariamente con muchísimos hombres, juego mis cartas con maestría haciendo que poco a poco se rindan ante mí.

Me llamo Aria y esta es mi historia.



# CARROZAS, CALABAZAS Y UNOS MANOLOS (Junio 2018)

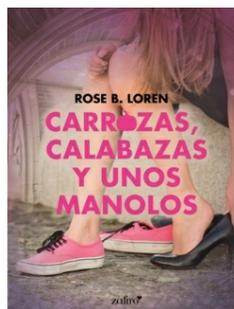
Anne siempre había querido que su vida fuera como el cuento de Cenicienta, con una carroza y los zapatos de cristal, aunque sin calabazas, porque siente una aversión especial por ellas. Y por supuesto encontrar a su príncipe azul y tener ese final de «vivieron felices para siempre».

Cuando su padre falleció, ella quedó a cargo de su madrastra y sus dos hermanastras, quienes durante un tiempo la trataron como a una sirvienta.

Pero su suerte cambia cuando consigue trabajo como profesora en la Universidad de Oxford, aunque las cosas se tuercen cuando Noah, el jefe de su departamento, no deja de hacerle la vida imposible.

Su madrastra, por su parte, intentará arrebatarle la casa familiar. Y para colmo, Anne cometerá un grave error que puede poner en peligro toda su carrera laboral.

¿Podrá transformar su actual vida aparentemente desastrosa en un cuento de hadas? ¿Existen los finales felices como los de los cuentos con carrozas y zapatos de cristal?



## En mis *sueños* (Octubre 2.018)

Aanisa Salek es la directora de una multinacional del petróleo con sede en Valencia. Durante varios meses y debido a su estresante ritmo de vida, cada noche se despierta sobresaltada, siempre con un mismo y perturbador sueño. En él aparece un hombre al que no reconoce, solo recuerda sus preciosos ojos verdes, su penetrante mirada y después... un destino incierto.

David Aldrich es el director de una empresa familiar afincada en Londres, dedicada a la fabricación de barcos de recreo. Tras varias negociaciones con la empresa petrolera de la que es directora Aanisa, decide viajar a España para cerrar un trato que les proporcionará el suministro de carburante para sus embarcaciones.

Al conocerse, Aanisa se da cuenta de que David es el hombre de sus sueños. Intenta por todos los medios no caer rendida a sus encantos, pero el deseo puede más que la razón y ambos sucumbirán a la tempestad de sentimientos que inunda sus corazones.

Pero como si el destino moviera los hilos en su contra, la relación se verá afectada por varias personas que quieren destruirla y por un acontecimiento que cambiará del todo sus asentadas vidas.

Adéntrate en esta historia de amor fulminante, conoce la vida de Aanisa Salek, el origen de su nombre y el porqué de sus sueños. Descubre al atractivo y rompedor David Aldrich y cómo cambia su vida al conocer a Aanisa. Atrévete a descubrir «En mis sueños».



## Me enseñaste a vivir (Enero 2.019)

Abigail siempre ha tenido un sueño: ser periodista. Pero hasta ahora no lo había conseguido. Con treinta y cinco años, ama de casa, casada con un médico pretencioso y madre de un joven que pronto abandonará el nido para ir a la universidad, su vida parece estar ya completa y estable, pero da un giro cuando, mientras viaja a Nueva York para disfrutar de unas merecidas vacaciones, choca con un hombre en el aeropuerto y es en ese momento cuando todo su mundo se pondrá patas arriba.

En Nueva York, Abby realiza una entrevista de trabajo y recibe una oferta de empleo, la cual acepta con muchas dudas e inseguridades, pues no está segura de servir para el puesto y además tendría que trasladarse a más de mil kilómetros de su casa. Su nuevo trabajo le supondrá muchos problemas familiares. Y para colmo, el hijo de la dueña de la revista es ni más ni menos que el hombre del aeropuerto: Archibald.

Archibald es el director de una empresa familiar dedicada a la venta de cosméticos, divorciado y con un mejor amigo vividor y un tanto alocado. Cuando se encuentra por primera vez con Abigail, no puede obviar la gran impresión que ella le causa. Más tarde, cuando vuelve a verla, siente una gran conexión al descubrir en ella a una mujer admirable y valiente. Aunque intenta por todos los medios no interponerse en su matrimonio, tampoco puede dejar de lado a la mujer que le vuelve loco en todos los sentidos.

Todo está en su contra: un marido, un hijo y una exmujer que no desean que esa relación llegue a suceder, problemas laborales y sus propias barreras personales. Pero quizás el destino les tenga preparado algo maravilloso, porque a veces, solo a veces, la vida ya nos ha trazado un camino, aunque al principio no queramos verlo así y tengamos que sufrir mucho para llegar a ver un final feliz.

Descubre la historia de Abigail (Abby) y Archibald (Archi) en «Me enseñaste a vivir», una historia llena de amor, lucha y superación.



## Su canción (Marzo 2.019)

Anabel es una joven soñadora española afincada en Canadá. Tras terminar sus estudios financieros acepta el trabajo de niñera que le ofrece un reconocido compositor de fama mundial, que abandonó su carrera tras la muerte de su esposa y que actualmente dirige la empresa familiar.

La llegada de Anabel a la familia le altera su vida por completo. La arrogancia, la vida libertina y la prepotencia de Andrew harán que desde el primer momento sus caracteres choquen, pero las niñas la adoran y harán todo lo posible para que entre ellos reine la paz.

Sin embargo, a veces el deseo es más poderoso que la razón y, una noche, Anabel sucumbirá a sus encantos y se dejará llevar, olvidándose del pasado. Pero no será hasta que escuche *su canción* cuando se rinda del todo a él y dé rienda suelta a sus verdaderos sentimientos.

Adéntrate en esta historia llena de pasión y amor cuyos protagonistas no te dejarán indiferente, y descubre el verdadero poder de la música y de una canción muy especial.



## Amor ... , ¿ qué te he hecho yo? (Mayo 2.019)

El amor no siempre llega a primera vista. Y si no que se lo digan a Violet, una mujer que, tras dos relaciones fallidas, ha perdido la esperanza de encontrar a su pareja ideal. Dinámica e independiente, trabaja como comercial en Nueva York y tras su última mala experiencia decide alquilar parte de su vivienda para no sentirse tan sola. Su compañera de piso será Abby, la protagonista de «Me enseñaste a vivir», y forjarán una gran amistad y complicidad. Esa amistad le llevará a conocer a Brandon, un hombre que vive sin ataduras en Boston, entregado al libertinaje y con un trabajo de ojeador deportivo que en el fondo no le llena. Este, tras un día de fiesta con su mejor amigo Archi, conocerá a Violet, con la que pasará una noche en un hotel y, aunque al principio parecía que ella solo era una más en su lista de conquistas, pronto despierta en Brandon algo para él desconocido. ¿Será deseo, pasión o amor?

Aunque a veces nada es lo que parece, el destino es caprichoso y puede girar la rueda en nuestra contra.

¿Será Brandon el candidato perfecto en su vida o por el contrario aparecerá un tercero en discordia? ¿Adéntrate en esta historia y descubre si al final Violet podrá darle una buena patada al desamor!

